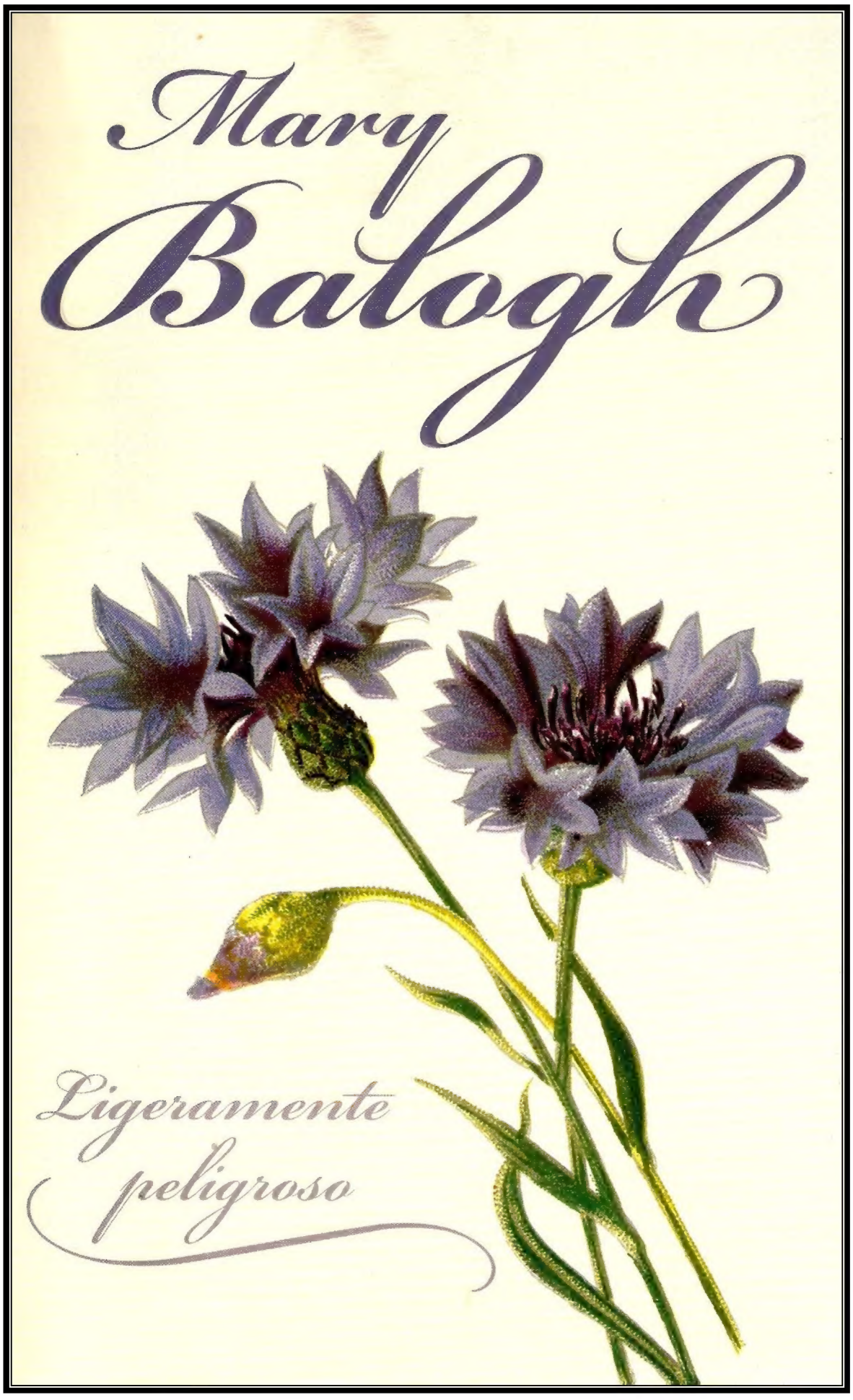
Mary
Balogh
Ligeramente
peligroso

Mary Balogh

LIGERAMENTE PELIGROSO

6º Bedwyn

ARGUMENTO

La llegada de Wulfric Bedwyn, duque de Bewcastle, a la fiesta campestre por excelencia de la temporada ha revolucionado a la alta sociedad londinense. Es uno de los hombres más ricos, poderosos e influyentes del reino; también el más altivo y distante. Pero en esta deslumbrante tarde de verano, mientras todas las miradas femeninas convergen en el apuesto y arrogante duque, él solo parece tener ojos para la única mujer que de ninguna manera querría llamar su atención.

Christine Derrick es inmune a su título y su posición. Lo desconcierta y lo exaspera con su vitalidad y sus francas maneras. Es absolutamente inadecuada para él. Pero a su lado, por primera vez en su vida, Wulfric siente que ese muro de frialdad y reserva que ha levantado entre él y el mundo se empieza a resquebrajar.

Capítulo 1

—Tienes las mejillas excesivamente sonrojadas, Christine —comentó su madre al tiempo que soltaba la costura en su regazo para echarle un vistazo más concienzudo—. Y los ojos muy brillantes. Espero que no tengas fiebre.

Christine se echó a reír.

—Vengo de la vicaría. He estado jugando con los niños —explicó—. Alexander quería jugar al criquet, pero enseguida nos dimos cuenta de que Marianne no podía atrapar la pelota y de que Robin era incapaz de golpearla. Así que decidimos jugar al escondite, aunque a Alexander le parecía un juego demasiado infantil para sus nueve años y tuve que pedirle que se pusiera en el lugar de su pobre tía con sus ¡veintinueve años! Como era de esperar, me tocó a mí buscarlos. Nos lo estábamos pasando en grande hasta que Charles asomó por la ventana de su despacho y nos ha preguntado, aunque supongo que fue una pregunta retórica, que cómo iba a terminar el sermón con todo el jaleo que estábamos haciendo. En ese momento salió Hazel con los vasos de limonada y se llevó a los niños al salón para que se entretuvieran leyendo en silencio, pobrecillos, y yo decidí volver a casa.

—Me parece que no llevabas el bonete mientras correteabas de un lado para otro con los niños —comentó su hermana mayor, Eleanor, que apartó la mirada del libro para observarla por encima de sus anteojos—. No estás sonrojada, ¡es que te ha dado demasiado el sol!

—¿Cómo quieres que meta la cabeza en los escondrijos más diminutos si el bonete dobla su tamaño? —le preguntó, echando mano de la lógica al tiempo que comenzaba a colocar en un jarrón con agua que había cogido de la cocina las flores que había cortado del jardín antes de entrar en casa.

—Que sepas que tienes el pelo hecho un desastre —añadió Eleanor.

—Eso tiene fácil arreglo —le aseguró, pasándose las manos por los cortos rizos con una carcajada—. Ya está. ¿Mejor así?

Eleanor meneó la cabeza antes de devolver la mirada al libro, aunque lo hizo con una sonrisa.

Un agradable silencio reinó de nuevo en la estancia mientras las tres mujeres se concentraban en sus respectivas tareas. Sin embargo, el silencio —enmarcado por los trinos de los pájaros y el zumbido de los insectos que revoloteaban al otro lado de las ventanas abiertas— fue interrumpido al cabo de unos minutos por el sonido del carruaje que enfiló la calle en dirección a Hyacinth Cottage. Había más de un caballo y el sonido de las ruedas indicaba que era un vehículo grande. Debía de ser el carruaje de Schofield Park, la casa solariega del barón Renable emplazada a unos tres kilómetros de distancia, supuso de forma distraída.

Ninguna de las tres le prestó mucha atención a la llegada del vehículo. Lady Renable solía utilizarlo cuando iba de visita, aunque una calesa podría haberle servido para el mismo propósito, o un simple caballo... o sus dos pies. Eleanor solía describir a la dama como frívola y ostentosa, y no era una descripción desacertada. Aunque también era amiga de Christine.

En ese momento comprendieron que los caballos estaban aminorando el paso. Las ruedas del carruaje chirriaron en protesta. Las tres alzaron la vista a la vez.

—Creo que lady Renable viene de visita —dijo Eleanor, con la vista clavada al otro lado de la ventana por encima de los anteojos—. ¿A qué se deberá el honor? ¿La estabas esperando, Christine?

—Sabía que tenía que haberme cambiado de cofia después del almuerzo —dijo su madre—. Christine, por favor, dile a la señora Skinner que suba corriendo a por una limpia.

—La que llevas te sienta muy bien, mamá —le aseguró mientras le daba los últimos toques al ramo, tras lo cual atravesó la estancia para darle un beso en la frente—. Además, solo es Melanie.

—Ya sé que es lady Renable. De ahí mi preocupación —replicó exasperada su madre, aunque no volvió a insistir con el tema de la cofia.

No hacía falta ser un genio para adivinar el motivo de la visita de Melanie.

—Supongo que viene a preguntar por qué has rechazado la invitación —aventuró Eleanor, poniéndole voz a sus propios pensamientos—. Y supongo que no aceptará un no por respuesta ahora que ha venido en persona. Pobre Christine. ¿Quieres correr a esconderte en tu dormitorio mientras yo le digo que has contraído un leve episodio de viruela?

Se echó a reír al escuchar el comentario de su hermana mientras su madre se llevaba las manos a la cabeza.

Era por todos sabido que Melanie jamás aceptaba un *no* por respuesta. Independientemente de lo que Christine estuviera haciendo, y siempre estaba ocupada con algo —daba clases en la escuela del pueblo varios días a la semana; visitaba y ayudaba a los ancianos y a los enfermos, a alguna mujer que acababa de dar a luz, a algún niño enfermo o a algún amigo; y jugaba y entretenía a sus sobrinos en la vicaría, ya que en su opinión Charles y Hazel los desatendían con la excusa de que los niños no necesitaban que un adulto jugara con ellos cuando se tenían unos a otros para entretenerse—, Melanie se empeñaba en creer que debía de estar languideciendo a la espera de que apareciera alguien con alguna diversión frívola.

Claro que Melanie era su amiga y le encantaba estar con ella y con sus hijos. Pero dentro de unos límites. Estaba segura de que su visita no tenía otro fin que repetir en persona la invitación que le había llevado por escrito un criado el día anterior. Y que ella había rehusado también por escrito, con tacto pero con firmeza.

En realidad había rehusado un mes antes, la primera vez que la invitó.

El carruaje se detuvo frente a la verja del jardín con tal jaleo que todos los habitantes del pueblo debieron de ser dé ser conscientes de que la baronesa se había tomado la molestia de hacerles una visita a la señora Thompson y a sus hijas, residentes de Hyacinth Cottage.

Se escuchó el ruido de la portezuela al abrirse y cerrarse, justo antes de que alguien —posiblemente el cochero, puesto que era imposible que fuera Melanie— llamara a la puerta de la casa con insistencia.

Suspiró y se sentó a la mesa. Su madre soltó la costura y se enderezó la cofia. Y Eleanor regresó a su libro con una sonrisa socarrona.

Melanie, lady Renable, entró en la estancia al cabo de un instante, dejando atrás a la señora Skinner, el ama de llaves, que había abierto la puerta para anunciarla. Como era habitual, iba demasiado arreglada para la vida rural. Su atuendo era tan elegante como si fuera a dar un paseo por Hyde Park, en Londres. Su rígido sombrero estaba coronado por unas coloridas y espigadas plumas cuyo fin era el de hacerla parecer más alta. Llevaba guantes y una de sus manos aferraba unos impertinentes. Su persona parecía ocupar la mitad de la estancia.

Le sonrió con jovial afecto.

—¡Vaya, aquí estás, Christine! —exclamó Melanie con grandilocuencia después de los saludos y las cortesías de rigor con las otras dos damas.

—Aquí estoy —reiteró—. ¿Cómo estás, Melanie? Siéntate en el sillón, frente a mamá.

Sin embargo, su señoría declinó la invitación con un gesto de los impertinentes.

—No tengo tiempo —adujo—. Estoy segura de que sufriré una de mis migrañas antes de que acabe el día. Tú tienes la culpa de que esta visita sea necesaria, Christine. La invitación debería haber bastado, que lo sepas. No entiendo por qué has tenido que enviarme esa nota rechazándola. Bertie asegura que es un exceso de falsa modestia y dice que debería darte una lección y no venir en persona para hacerte recapacitar. El pobre no dice más que tonterías... Pero yo sé por qué has rechazado la invitación, y estoy aquí para decirte que tú también haces tonterías de vez en cuando. Es porque Basil y Hermione están invitados, ¿verdad? Y porque discutiste con ellos después de la muerte de Oscar. Pero de eso hace mucho tiempo, y tú tienes el mismo derecho que ellos a venir a mi casa. Al fin y al cabo, Oscar era el hermano de Basil y, aunque el pobre ya no esté con nosotros, tú eres y seguirás siendo parte de nuestra familia porque estuviste casada con él. Christine, no seas testaruda. Ni peques de falsa modestia. ¡Recuerda que eres la viuda del hermano de un vizconde!

Era imposible que lo olvidara, aunque en ocasiones le gustaría hacerlo. Había estado casada durante siete años con Oscar Derrick, hermano de Basil, vizconde de Elrick, y primo de lady Renable. Se conocieron en Schofield Park, en la primera fiesta que organizó Melanie justo después de casarse con Bertie, el barón Renable. Para ella, hija de un caballero con unos recursos tan escasos que se había visto obligado a complementar sus ingresos con el salario de maestro de pueblo, había sido un matrimonio muy ventajoso.

Y en esos momentos Melanie quería que asistiera a otra de sus fiestas.

—Es todo un detalle por tu parte que me invites —dijo Christine—. Pero de verdad que preferiría no ir.

—¡Tonterías! —Melanie se llevó los impertinentes a los ojos e inspeccionó la estancia con ellos, un gesto afectado que les hacía mucha gracia a Eleanor y a ella; y cómo no, su hermana no tardó en esconder la cabeza detrás del libro para ocultar su sonrisa.

—Por supuesto que quieres venir. ¿Quién no iba a querer? Mi madre vendrá, acompañada de Audrey y sir Lewis Wiseman. En realidad, la fiesta es la celebración de su

compromiso, aunque ya haya sido anunciado. Incluso hemos convencido a Héctor, aunque ya sabes que es imposible convencerlo de que se divierta a menos que alguien lo obligue.

—¿También vendrá Justin? —preguntó.

Audrey era la hermana pequeña de Melanie; Héctor y Justin, sus hermanos. Justin era su amigo desde que los presentaron en aquella más que lejana primera fiesta. Prácticamente había sido su único amigo durante los últimos años de su matrimonio.

—Por supuesto que sí —contestó Melanie—. ¿Acaso no va donde quiere? Sobre todo a mi casa, que es donde más tiempo pasa. Siempre te has llevado muy bien con mi familia. Pero además de ellos, esperamos a un sinfín de invitados distinguidos y agradables, y hemos planeado un buen número de actividades para que todo el mundo se divierta, mañana, tarde y noche. Tienes que venir. Insisto.

—Melanie —protestó Christine—, de verdad que...

—Deberías ir, Christine —la interrumpió su madre—, y divertirte. Siempre estás pendiente de las necesidades de los demás.

—Ya puedes ir diciendo que sí —añadió Eleanor, que prefirió volver a mirar por encima de los anteojos en lugar de quitárselos hasta que la visita se marchara y pudiera regresar a la lectura—. Sabes muy bien que lady Renable no se irá hasta que te haya convencido.

Miró con exasperación a su hermana, que se limitó a enfrentar su mirada con expresión risueña. ¿Por qué nadie invitaba a Eleanor a ese tipo de acontecimientos? Sin embargo, conocía la respuesta. A sus treinta y cuatro años, su hermana había aceptado con placidez su papel como solterona y como apoyo de su madre, y no parecía añorar la juventud perdida. Porque ese fue el camino que eligió de forma deliberada cuando el único pretendiente que tuvo murió en combate en la Península muchos años atrás, y desde entonces ningún hombre había logrado hacerla cambiar de opinión, aunque unos cuantos lo habían intentado.

—Tiene usted mucha razón, señorita Thompson —replicó Melanie, y las plumas de su sombrero se inclinaron cuando asintió con la cabeza—. Porque ha pasado algo terrible. Como siempre, Héctor se ha dejado llevar por su carácter impulsivo.

Héctor Magnus, vizconde de Mowbury, era un erudito que vivía prácticamente apartado del mundo. Era imposible imaginárselo haciendo algo impulsivo…

Melanie comenzó a golpear la mesa con los dedos.

—El pobre no sabe cómo comportarse —afirmó—. Ha tenido la temeridad de invitar a un amigo a la fiesta, asegurándole que era yo quien lo invitaba. Y ha tenido la amabilidad de informarme de este cambio de planes hace apenas dos días; demasiado tarde como para encontrar a una dama que cuadre el número de invitados.

¡Ah! Por fin lo entendía. Su invitación había llegado el día anterior por la mañana, un día después de que Melanie descubriera la catástrofe que se cernía sobre su mundo.

—Tienes que venir —repitió—. Querida Christine, no puedes negarte. Sería una desgracia impensable verme obligada a celebrar una fiesta con un número impar de invitados. Tú no lo permitirías, ¿verdad? Mucho menos cuando mi salvación está en tus manos.

—Sería muy bochornoso, la verdad —reconoció su madre—. Sobre todo cuando Christine no tiene nada especial que hacer durante las próximas dos semanas.

—¡Mamá! —protestó.

Los ojos de Eleanor seguían mirándola con expresión risueña por encima de los anteojos.

Suspiró… con fuerza. Estaba decidida a mantenerse firme. Nueve años antes había entrado a formar parte de la alta sociedad gracias a su matrimonio. En aquella época la idea le había resultado maravillosa. Además de estar enamoradísima de Oscar, la posibilidad de formar parte de los círculos sociales más exquisitos la había deslumbrado por completo. Y durante unos cuantos años todo había ido bien tanto en su matrimonio como en la alta sociedad. Después todo comenzó a ir cuesta abajo. Todo. Aún se sentía aturdida y dolida cuando lo recordaba. Sobre todo el desenlace… En fin, se había asegurado de mantenerlo todo enterrado en el fondo de su mente a fin de conservar la cordura y recuperar el ánimo, y en ese momento no necesitaba ningún recordatorio del pasado. No quería ver a Basil ni a Hermione ni en pintura.

Sin embargo, era incapaz de quedarse de brazos cruzados

Cuando alguien estaba en apuros. Y Melanie parecía necesitar de verdad su ayuda, porque la fama de anfitriona meticulosa era su mayor orgullo. Además, por encima de cualquier cosa, eran amigas.

—¿Qué te parece si sigo aquí en casa pero me uno a la fiesta en alguna que otra ocasión? —sugirió con una nota esperanzada en la voz.

—Pero Bertie tendría que ordenar que prepararan el carruaje todas las noches para traerte y que te recogieran por la mañana —adujo Melanie—. Sería un incordio, Christine.

—Podría ir caminando —señaló.

—¿Y llegar con el bajo del vestido polvoriento o embarrado, las mejillas sonrojadas y el pelo alborotado? —preguntó—. Para eso, mejor no vayas. Tienes que quedarte a dormir con nosotros. Y no hay más que hablar. Los invitados llegarán pasado mañana. Te enviaré el carruaje temprano para que puedas instalarte cómodamente.

Comprendió que el momento para negarse en redondo ya había pasado. Al parecer, estaba condenada a asistir a una de las fiestas campestres de Melanie. ¡Por el amor de Dios! ¡Si no tenía nada que ponerse ni dinero para comprarse un guardarropa nuevo! Claro que, de todas formas, tampoco había ningún lugar donde comprar un guardarropa nuevo en ochenta kilómetros a la redonda. Melanie acababa de regresar de Londres, donde había pasado la temporada social actuando como madrina del debut de su hermana y su presentación a la reina. Todos sus invitados, ¡salvo ella!, acabarían de regresar de la capital y llevarían consigo sus mejores galas y sus exquisitos modales. Aquello era una pesadilla.

—Muy bien —dijo—. Iré.

Melanie olvidó su dignidad lo suficiente como para rebajarse a sonreír de oreja a oreja, antes de golpearle el brazo con los impertinentes.

—Sabía que lo harías —afirmó—. Aunque me habría gustado que no me hubieras hecho perder todo este tiempo para venir a convencerte. Tengo un sinfín de cosas que hacer. Me dan ganas de estrangular a Héctor. De todos los caballeros a los que podría

haber invitado, ha tenido que elegir al único capaz de convertir una fiesta en un sin vivir para la anfitriona. ¡Y para colmo me avisa de su llegada con un par de días de antelación!

—¿El príncipe de Gales? —aventuró Christine, riéndose entre dientes.

—No creo que nadie desee tenerlo en su casa —contestó Melanie—, aunque supongo que sería todo un logro contar con él. Más o menos como sucede con mí invitado, que no es otro que el duque de Bewcastle.

Enarcó las cejas al escucharla. Conocía al duque de oídas, pero jamás se lo habían presentado. Era increíblemente poderoso y arrogante… y también frío como un témpano de hielo, según los rumores. Comprendía el nerviosismo de Melanie. ¿Y la había elegido a ella para cuadrar el número de invitados? La idea le resultó hilarante hasta que comprendió que la presencia del duque era una razón más para quedarse en casa. Claro que ya era demasiado tarde.

—¡Ay, Dios! —exclamó su madre, que parecía muy impresionada.

—Sí —convino Melanie con los labios apretados al tiempo que sus plumas se balanceaban—. Pero no tienes por qué preocuparte, Christine. Hay un buen número de caballeros que te resultarán muy agradables y que estarán encantadísimos de buscar tu compañía. Siempre tienes ese efecto en los hombres, ¿sabes? A pesar de tus años. Yo misma estaría muerta de celos si no estuviera tan apegada a Bertie, aunque se ponga tan insufrible cada vez que organizo una fiesta. No para de gruñir, de quejarse y de insinuar que divertirse no le interesa en lo más mínimo. De todas formas, supongo que no tendrás que cruzar ni una palabra con su excelencia si no quieres. Su arrogancia y su reserva son archiconocidas, y posiblemente ni siquiera llegue a reparar en ti.

—Te prometo que no me tropezaré con sus pies —replicó—, porque me mantendré bien lejos de él.

Los labios de Eleanor volvieron a esbozar otra sonrisa cuando la miró.

Sin embargo, pensó, el problema era que tal vez sucediera lo que tanto deseaba evitar: tropezarse con él. O más bien se tropezaría consigo misma cuando pasara frente al duque mientras llevaba en las manos una bandeja con gelatina o una jarra de limonada. Estaría mucho más contenta quedándose en casa, pero ya no podía hacer nada. Había accedido a quedarse en Schofield Park durante dos semanas.

—Ahora que el número de invitados vuelve a ser par —dijo Melanie—, intentaré perdonar a Héctor. Esta será la fiesta campestre más sonada de todos los tiempos. Seguro que será el tema de conversación en todos los salones londinenses la próxima temporada. Voy a convertirme en la envidia de todas las anfitrionas inglesas y aquellos que no están invitados buscarán con ahínco una invitación el año que viene. El duque de Bewcastle nunca sale de Londres a menos que sea a una de sus propiedades. No logro entender cómo consiguió Héctor convencerlo de que viniera. Tal vez le hayan llegado rumores de lo exquisitas que son mis fiestas. O tal vez…

No obstante, ella había dejado de escucharla. Las siguientes dos semanas estaban abocadas a ser cualquier cosa menos agradable. Y para colmo estaba el agravante de la presencia del duque de Bewcastle como invitado, cosa que la haría sentirse avergonzada. En vano, por supuesto, ya que tal como Melanie acababa de afirmar, era improbable que se percatara de su presencia, del mismo modo que no se percataría si pisaba una lombriz. ¡Cómo detestaba sentirse avergonzada! Nunca lo había hecho hasta unos años después de

su boda, cuando se convirtió de repente en la protagonista de las habladurías de la gente sin comerlo ni beberlo. Después de enviudar se prometió que jamás volvería a ponerse en esa situación, que jamás abandonaría los límites de su reducido mundo.

Claro que los años no pasaban en balde. Estaba a punto de cumplir los treinta… ¡era un vejestorio! Nadie esperaría que se uniera a los jóvenes para retozar alegremente. Podía formar parte del grupo de adultos dignos. Podía acomodarse en su silla y observar los acontecimientos en lugar de participar en ellos. De hecho, incluso podría resultar muy entretenido.

—¿Le apetece tomar una taza de té con pastas, lady Renable? —preguntó su madre.

—No tengo tiempo, señora Thompson —respondió Melanie—. Los invitados llegan pasado mañana y todavía me quedan mil y un detalles que atender. La vida de una baronesa no es tan glamorosa como parece, se lo aseguro. Tengo que marcharme.

Se despidió con un elegante gesto de la cabeza, aunque a ella le dio un beso en la mejilla y un cariñoso apretón en el brazo, y salió de la estancia agitando los impertinentes entre un revuelo de plumas y faldas.

—Christine —dijo Eleanor—, sería preferible que recordaras para futuras ocasiones que es mejor decirle que sí a su señoría la primera vez que te pida algo, ya sea por escrito o en persona.

Su madre ya estaba de pie.

—Tenemos que subir a tu dormitorio ahora mismo, Christine —dijo—, para ver si hay que limpiar, remendar o adornar tu ropa. ¡Por el amor de Dios, el duque de Bewcastle! ¡Además del vizconde de Mowbury, de su madre y del vizconde de Elrick con su esposa! Y de lord y lady Renable, por supuesto.

Subió corriendo la escalera por delante de su madre para ver si, por algún milagro, habían aparecido de repente en su armario diez o doce vestidos elegantes y a la moda desde que se vistió esa mañana.

Wulfric Bedwyn, duque de Bewcastle, estaba sentado tras el enorme escritorio de roble de la magnífica y bien surtida biblioteca de su residencia londinense, Bedwyn House. Se había arreglado para la velada con mucho esmero y elegancia, aunque no había cenado con ningún invitado ni había nadie presente en esos momentos. El tapete de cuero de su escritorio estaba vacío, salvo por el papel secante, varias plumas recién afiladas y el tintero con su tapón de plata. No tenía nada que hacer, puesto que siempre se aseguraba de concluir los asuntos de negocios durante el día, y ya era de noche.

Podría haber salido; de hecho, todavía podía hacerlo. Tenía varias invitaciones entre las que elegir, aunque la temporada había concluido y la mayoría de sus pares se había marchado a Brighton o a sus respectivas propiedades en el campo para pasar el verano. Sin embargo, nunca le habían gustado las reuniones sociales a menos que su presencia fuera requerida por un motivo muy concreto.

Podría haber pasado la noche en White's. Aunque el club no estaría muy concurrido en esa época del año, era un buen lugar donde buscar compañía agradable y conversación.

No obstante, había pasado demasiado tiempo en sus distintos clubes a lo largo de la última semana más o menos, desde que el Parlamento cerró sus puertas.

Ningún miembro de su familia estaba en la ciudad. Lord Aidan Bedwyn, el hermano con el que menos diferencia de edad tenía y su legítimo heredero, ni siquiera había puesto un pie en Londres esa primavera. Se había quedado en Oxfordshire con su esposa, Eve, debido al nacimiento de su primogénito, que había sido una niña. Tras tres años de matrimonio había sido un acontecimiento muy celebrado y esperado. El bautizo había tenido lugar en mayo y él mismo había asistido, aunque solo se había quedado con ellos un par de días. Lord Rannulf Bedwyn, el tercero de los Bedwyn por orden de nacimiento, estaba en Leicestershire con Judith y sus dos hijos, un niño y una niña. Desde la muerte de su abuela, momento en el que heredó la propiedad, se tomaba sus obligaciones como terrateniente con más seriedad que nunca. Freyja, una de sus hermanas, estaba en Cornualles con el marqués de Hallmere, su marido, que ese año había descuidado sus obligaciones parlamentarias y tampoco había pisado la capital. Freyja estaba embarazada de nuevo. Su primer hijo nació a principios del año anterior y al parecer los dos deseaban una niña en esa ocasión.

Lord Alleyne Bedwyn estaba en el campo con su esposa, Rachel, y sus gemelas, que nacieron el verano anterior. Estaban muy preocupados por la salud del barón Weston, el tío de Rachel, con el que vivían, y no querían dejarlo solo. El corazón volvía a darle problemas. Morgan, la benjamina de la familia, estaba en Kent.

Ella y su marido, el conde de Rosthorn, habían pasado unas semanas en la ciudad, pero el clima de Londres no le había sentado muy bien a su hijo, de modo que Morgan lo había llevado de vuelta a casa. Rosthorn había pasado la primavera viajando entre Londres y el campo hasta que el Parlamento cerró sus puertas, momento en el que se marchó sin pérdida de tiempo. No volvería a repetir la experiencia jamás, le había asegurado antes de partir. En el futuro, si su esposa y sus hijos no podían acompañarlo, se quedaría en casa, y que se fuera a hacer puñetas el Parlamento. «Sus hijos», había dicho. En plural. Lo que seguramente quería decir que Morgan también estaba embarazada.

Era muy gratificante, concluyó mientras cogía una de las plumas y la acariciaba con el índice y el pulgar, ver que sus hermanos estaban felizmente casados. Sus obligaciones en lo referente a ellos habían concluido de forma satisfactoria.

Sin embargo, Bedwyn House estaba vacía sin ellos. Morgan ni siquiera se había alojado con él durante las semanas que había estado en la ciudad. Lo que era lógico, claro estaba.

Lindsey Hall, la casa solariega emplazada en Hampshire, iba a parecerle aún más vacía.

Tal vez fue esa conclusión la que lo había llevado a tomar una decisión impulsiva, cosa inusual en él, pocos días antes. Había aceptado una invitación verbal de parte de lady Renable —ofrecida de labios de su hermano, el vizconde de Mowbury— para asistir a la fiesta campestre que la dama celebraba en Schofield Park, en Gloucestershire. Jamás asistía a fiestas campestres. Era incapaz de imaginarse una forma más insípida de pasar dos semanas. Claro que Mowbury le había asegurado que la compañía sería excepcional y la conversación, inteligente, y que podrían pescar. De todas formas, dos semanas rodeado

por las mismas personas, por muy afables que estas fueran, podrían acabar con la paciencia de cualquiera.

Se reclinó en el sillón y apoyó los codos en los reposabrazos, tras lo cual unió las manos por las puntas de los dedos y clavó la mirada al frente. Echaba de menos a Rose más de lo que se atrevía a admitir.

La que fuera su amante durante más de diez años había muerto en febrero. Un resfriado inofensivo en apariencia, aunque él insistió en llamar a su médico personal para que la atendiera. A pesar de dicha atención, acabó convirtiéndose en una inflamación de los pulmones, y lo único que el médico pudo hacer fue evitarle las molestias en la medida de lo posible. Su muerte había sido un duro golpe. Estuvo a su lado en el último momento, al igual que durante la práctica totalidad de su enfermedad.

Y se sentía exactamente igual que si hubiera enviudado.

Rose y él habían disfrutado de una relación muy agradable. Durante los meses del año en los que residía en la ciudad, se encargaba de que ella estuviera alojada con todos los lujos y comodidades, y cuando se marchaba a Lindsey Hall, ella se iba a casa de su padre, un herrero, donde su condición de amante rica de un duque le reportaba cierta fama y un considerable respeto. Siempre que estaba en Londres solía pasar las noches con ella. La suya no había sido una relación apasionada —la pasión era algo ajeno a él— y tampoco habían disfrutado de una amistad especialmente íntima, puesto que sus intereses y su educación eran muy diferentes. No obstante, sí habían tenido un agradable compañerismo. Estaba seguro de que para ella también había sido una relación satisfactoria. De no ser así, lo habría notado a lo largo de los diez años de su relación. Siempre se había alegrado de no haber tenido ningún hijo con ella. Aunque los habría mantenido si hubieran nacido, le habría resultado incómodo tener hijos bastardos.

Su muerte había dejado un enorme vacío en su vida.

La echaba de menos. Había llevado una existencia célibe desde febrero, pero no sabía cómo podía reemplazarla. Tampoco estaba seguro de querer hacerlo. Al menos, de momento. Rose había sabido complacerlo y satisfacerlo. Y él había sabido complacerla y satisfacerla, pero ¿estaría dispuesto a amoldarse a otra persona? A los treinta y cinco años se sentía como un anciano.

En ese momento apoyó la barbilla en la punta de los dedos.

Tenía treinta y cinco años.

Había cumplido sus obligaciones como duque de Bewcastle al pie de la letra, y eso que nunca había querido el título, a pesar de haberlo heredado a los diecisiete años. Todas las obligaciones salvo la de casarse y engendrar hijos y herederos. Muchos años antes había estado a punto de cumplir también esa obligación, cuando era joven y albergaba la esperanza de que la felicidad personal y las obligaciones pudieran ir de la mano. Sin embargo, la misma noche elegida para anunciar el compromiso, su futura esposa puso en marcha un elaborado plan a fin de librarse de un matrimonio que le resultaba repugnante, ya que les tenía demasiado miedo —a él y a su propio padre— como para decir la verdad.

¿Cómo iba un duque a elegir a una mujer como su duquesa y a esperar que la unión le reportara felicidad personal? ¿Quién iba a casarse con un duque por la persona, no por el título? De una amante era fácil deshacerse. De una esposa, no.

De ahí que la pequeña rebelión que se había permitido desde aquel asunto con lady Marianne Bonner no fuera otra que la de permanecer soltero. Y satisfacer sus necesidades con Rose, a quien conoció e hizo su amante menos de dos meses después de aquella desastrosa noche.

Pero Rose estaba muerta y enterrada gracias a su generosidad en una iglesia próxima a la forja de su padre. El duque de Bewcastle había dejado al vecindario boquiabierto con su presencia en el funeral.

¿Por qué demonios había aceptado ir a Schofield Park con Mowbury? ¿Porque no quería volver solo a Lindsey Hall, pero al mismo tiempo tampoco soportaba la idea de quedarse en Londres? Una razón de poco peso, aunque Mowbury fuera muy inteligente y un gran conversador, y le hubiera asegurado que el resto de los invitados cumpliría la misma premisa. De todas formas, habría sido mejor pasar el verano inspeccionando sus diversas propiedades en Inglaterra y Gales, y tal vez quedándose unos días con cada uno de sus hermanos mientras viajaba de una a otra. No, lo último no habría sido buena idea. Todos ellos tenían vidas propias. Cónyuges e hijos. Todos eran felices. Sí, así lo creía. Eran felices de verdad. Todos ellos.

Y se alegraba muchísimo.

El duque de Bewcastle, completamente a solas con su esplendor y poder personal, y rodeado por la magnificencia de la mansión londinense que habitaba, siguió mirando al vacío mientras se golpeaba la barbilla con las puntas de los dedos.

Capítulo 2

El carruaje del barón Renable llegó bastante pronto esa mañana para recoger a Christine y llevarla a Schofield Park. Melanie, con aspecto agitado, aceptó gustosa que la ayudara con los preparativos de última hora. Christine se pasó por la habitación que le habían asignado —una estancia del tamaño de una caja de zapatos situada en la parte posterior de la mansión entre dos chimeneas, que a su vez bloqueaban la vista de la ventana y solo le permitían ver un trocho del huerto— para coger su bonete, arreglarse el pelo y colocar su escaso equipaje. Después subió a la habitación infantil para saludar a los niños, y pasó el resto de la mañana y parte de la tarde de un lado para otro haciendo diversos recados. Habría estado haciéndolo todo el día si Melanie no la hubiera visto a media tarde subiendo la escalera a toda prisa, cargada de toallas en dirección a una de las habitaciones de invitados más lujosas, y le hubiera echado una regañina por su aspecto.

—Tienes que vestirte ahora mismo, Christine —dijo horrorizada con una mano sobre el corazón—, y arreglarte el pelo. Te dije que podías ayudar, no que te dejases tratar como una criada. ¿Eso que llevas son toallas? Ve a tu habitación ahora mismo, tonta, y empieza a comportarte como una invitada.

Menos de media hora después, reapareció en la planta baja vestida decentemente, si bien no a la moda, con su segundo mejor vestido de muselina bordada y el cabello lustroso después de habérselo cepillado. Detestaba con toda su alma estar nerviosa...

Y haberse dejado atrapar. Podría estar en mitad de la lección de geografía en la escuela y disfrutando de lo lindo con ello.

—Vaya, aquí estás —dijo Melanie cuando se reunió con ella en el vestíbulo. Le cogió una mano y le dio un apretón un tanto doloroso—. Va a ser muy divertido, Christine. Espero no haberme olvidado de nada. Y también espero no ponerme a vomitar cuando vea llegar a los invitados. ¿Por qué vomito siempre en este tipo de situaciones? Es de lo más inapropiado.

—Como de costumbre, todo saldrá tan maravillosamente bien que te declararán la mejor anfitriona del verano —le aseguró.

—¿De verdad lo crees? —Melanie se colocó una mano sobre el corazón como si quisiera refrenar su errático latir—. Me gusta cómo te queda el pelo corto, Christine. Estuvo a punto de darme un soponcio cuando me dijiste que ibas a cortártelo, pero pareces más joven y guapa, como si alguien hubiera retrocedido el tiempo para ti... Claro que siempre has sido guapa. No sabes los celos que tengo. ¿Qué has dicho, Bertie?

Sin embargo, lord Renable, que estaba a unos cuantos pasos de ellas, se había limitado a carraspear con una especie de gruñido.

—Se acerca un carruaje, Mel —dijo el barón—. Empieza la fiesta. —Miró a su esposa como si el condestable estuviera a punto de invadir Schofield Park para llevarse todos sus

bienes terrenales—. Sube a tu cuarto a esconderte, Christine. Creo que podrás disfrutar de otra hora de libertad.

Melanie le dio un golpecito en el brazo con brusquedad e inspiró de forma audible. Dio la sensación de crecer varios centímetros y se transformó al punto en una anfitriona elegante y aristocrática que jamás en la vida había experimentado los nervios ni la necesidad de vomitar en tiempos de crisis.

Aunque estuvo a punto de hacerlo cuando bajó la vista de repente y se dio cuenta de que tenía un vaso de limonada a medio beber en la mano derecha.

—¡Que alguien se lleve esto! —ordenó mientras miraba a su alrededor en busca del criado más cercano—. ¡Por el amor de Dios!

Podría haberlo derramado sobre las botas o sobre el vestido de alguien.

—Ya lo cojo yo. —se ofreció ella con una carcajada mientras se lo quitaba de la mano—. Y derramar la bebida sobre alguien es algo típico en mí, no en ti, Melanie. Desapareceré con la limonada para evitar el peligro.

Subió la escalera en dirección a la salita amarilla, donde las invitadas debían reunirse con ella. Por alguna razón que solo ella conocía, Melanie siempre mantenía a las damas y a los caballeros separados hasta que podía recibirlos conjuntamente en el salón para tomar el té, momento en el que se inauguraba de forma oficial la fiesta.

Sin embargo, se detuvo un momento en el descansillo, situado justo sobre el vestíbulo, de modo que se podía ver lo que había abajo si se asomaba por la barandilla. El carruaje que había oído Bertie debía de estar más cerca de lo que pensaba. Los primeros invitados ya estaban entrando en el vestíbulo. Fue incapaz de resistirse a echar un vistazo para comprobar si conocía a alguno de los recién llegados.

Se trataba de dos caballeros. Uno de ellos, vestido descuidadamente con una chaqueta marrón arrugada y demasiado grande, pantalones azul oscuro con bolsas a la altura de las rodillas, botas desgastadas que habían vivido mejores tiempos, una corbata que parecía anudada al cuello con prisas y sin ayuda ni de espejo ni de sirviente, el cuello de la camisa sin apresto, y el pelo alborotado como si acabara de levantarse de la cama, era Héctor Magnus, vizconde de Mowbury.

—¡Mel, aquí estás! —exclamó con una sonrisa en dirección a su hermana, como si hubiera esperado que lo recibiera otra persona en su casa—. ¿Cómo estás, Bertie?

Christine sonrió con afecto, y lo habría saludado de no ser por la presencia del otro caballero. No habría sido más opuesto a Héctor aunque lo hubiera intentado. Era alto, bien formado y muy elegante. Llevaba una magnífica chaqueta azul sobre un chaleco bordado en gris claro, unos pantalones gris oscuro y unas relucientes botas de montar rematadas en blanco. El nudo de la corbata era elegante y preciso, sin caer en la ostentación

El cuello almidonado de la camisa le llegaba justo a la mandíbula. Ambas prendas eran de un blanco prístino. Llevaba un sombren de copa en la mano. Su cabello era oscuro y abundante, con un corte exquisito y muy bien peinado.

Bajo el elegante atuendo, su pecho y sus hombros parecían muy anchos y poderosos, y en comparación, sus caderas resultaban muy estrechas. Saltaba a la vista que esos muslos no necesitaban que el sastre rellenara los pantalones.

Aunque no fue su impresionante aspecto lo que la mantuve en silencio y clavada en el sitio, espiándolo en lugar de seguir si camino, sino la seguridad de su porte, la orgullosa

y arrogante inclinación de su cabeza. Estaba claro que se trataba de un hombre que dominaba su mundo con facilidad y que exigía obediencia inmediata de sus subordinados, entre los que se encontraba, por supuesto, prácticamente el resto de los mortales... Tal vez fuera una idea ridícula, aunque no tanto si era el archiconocido duque de Bewcastle.

Su aspecto era el que esperaba, por lo que conocía de él.

Era un aristócrata de los pies a la cabeza.

Vio parte de su rostro cuando Melanie y Bertie lo saludaron y él hizo una reverencia. Era guapo, pese a la frialdad y austeridad de su atractivo, con una mandíbula firme, labios delgados, rasgos marcados y una nariz prominente, ligeramente curvada y muy aristocrática.

Sin embargo, no le vio los ojos. Tras saludar a Melanie se había movido hasta colocarse casi debajo de ella mientras que su amiga charlaba con Héctor, de modo que se inclinó ligeramente sobre la barandilla en el preciso instante en el que el duque echaba la cabeza hacia atrás y levantaba la vista hacia ella.

Se habría retirado a toda prisa, avergonzada porque la hubiese pillado espiando, si no la hubieran sorprendido los ojos que intentaba ver. Porque parecieron atravesarla hasta llegar hasta su nuca. No tenía muy claro su color: ¿azul claro?, ¿gris claro? pero la distancia que los separaba no era suficiente para librarse de su efecto.

¡Con razón tenía semejante reputación!

Por un breve instante tuvo la impresión de que el duque de Bewcastle podía ser un hombre muy peligroso. El corazón se le desbocó como si la acabaran de descubrir mirando por el ojo de la cerradura de una habitación donde se estuvieran cometiendo actos escandalosos.

Y en ese momento sucedió algo extraordinario.

El duque le guiñó un ojo.

O eso le pareció por otro brevísimo instante.

No obstante y mientras abría los ojos como platos, se percató de que estaba frotándose el ojo que le había guiñado, y entonces cayó en la cuenta de que al inclinarse sobre la barandilla también había inclinado el vaso que tenía en la mano. ¡Había derramado limonada sobre el ojo del duque de Bewcastle!

—¡Ay! —exclamó—. Lo siento muchísimo.

Acto seguido, dio media vuelta y subió la escalera todo lo deprisa que le permitieron las piernas. ¡Qué bochorno más horroroso! ¡Qué torpeza por su parte! Había prometido que no se tropezaría con él el primer día, pero no se le había ocurrido prometer que no le derramaría limonada en un ojo.

Deseaba con toda su alma que ese incidente no fuera un mal presagio de los días venideros.

Tenía que recuperar la compostura antes de que las damas se reunieran con ella, pensó una vez que llegó sana y salva a la salita amarilla. Y debía mantenerse bien lejos del duque de Bewcastle durante los siguientes trece días y medio. Claro que eso no sería muy difícil. Seguramente ni siquiera la reconocería cuando volviera a verla. Además, no era la clase de persona en la que el duque podría fijarse en circunstancias normales.

A pesar del accidente con la limonada, el duque de Bewcastle ni siquiera significaría un ligero peligro para alguien tan insignificante como ella.

Además, ¿por qué debería afectarla su presencia? Era uno de esos hombres a los que jamás intentaría impresionar.

Era limonada, se percató Wulfric al punto. No obstante, aunque la limonada fuera una bebida refrescante para los que no gustaban del vino ni de otros licores en días calurosos, no podía decirse que fuera un colirio agradable...

No se quejó en voz alta. Los Renable no parecían haberse dado cuenta del incidente, a pesar de que la criatura que le había echado la limonada desde la galería superior había sido lo bastante impertinente como para disculparse a gritos antes de salir huyendo como un conejo asustado... y había hecho bien. Los Renable estaban muy ocupados con Mowbury.

Se limpió el ojo con un pañuelo y esperó que no estuviera tan irritado como lo sentía.

De todas formas, no era un comienzo prometedor para una visita de dos semanas. Un criado que trabajara para él no seguiría siéndolo durante mucho tiempo si espiaba a los invitados, les derramaba algún líquido encima, se disculpaba en voz alta y luego salía huyendo. Esperaba que fuera un episodio aislado y no un indicio de la pobre calidad del servicio doméstico.

La criatura ni siquiera llevaba cofia. Había alcanzado a ver que tenía el pelo rizado, el rostro redondo y unos ojos enormes aunque, evidentemente, no había tenido la oportunidad de echarle un buen vistazo. Hecho que no lamentaba en lo más mínimo.

La desterró de sus pensamientos. Si los Renable eran incapaces de controlar a sus criados, no sería él quien se preocupara de la mala calidad del servicio. Eso era cosa de los barones. Al fin y al cabo, él iba acompañado de su ayuda de cámara para que se encargara de sus necesidades personales.

Todavía albergaba la esperanza de que la fiesta campestre en Schofield Park fuera de su agrado. Mowbury, un hombre de unos treinta años que era un lector compulsivo y que había viajado por todo el mundo, sobre todo a Grecia y Egipto, había sido un compañero de viaje muy interesante durante el largo trayecto desde Londres. Se conocían desde hacía años y mantenían una especie de amistad. Los Renable lo habían recibido cordialmente. Le habían asignado una suite espaciosa y elegante orientada hacia los jardines, la arboleda y los parterres de flores de la fachada de la mansión.

Tras cambiarse de ropa y sentarse frente al espejo en el vestidor para que su ayuda de cámara lo afeitara, bajó a la sala de billar, el lugar de reunión destinado a los caballeros y allí se encontró con el conde de Kitredge y el vizconde de Elrick, que habían llegado antes que él. Ambos caballeros eran mayores y siempre le habían resultado una compañía amena. Era una señal prometedora. Mowbury y su hermano menor, Justin Magnus, también estaban en la estancia. Nunca se había relacionado con Magnus, pero le parecía un joven bastante agradable.

Tal vez eso fuera después de todo lo más indicado para él, pensó mientras se sumaba a la conversación. Disfrutaría dos semanas de una compañía interesante y luego estaría preparado para regresar a Lindsey Hall y pasar allí el resto del verano. Al fin y al cabo, no

iba a convertirse en un ermitaño por el simple hecho de que sus hermanos se hubieran casado y su amante hubiera muerto.

En ese preciso momento la puerta volvió a abrirse y escuchó dos sonidos extremadamente desagradables: risillas femeninas y carcajadas masculinas. Las voces femeninas y masculinas producían una alegre algarabía. Las damas siguieron su camino. Un considerable grupo de caballeros entró en la sala de billar. Y ni uno solo de ellos, estimó, sobrepasaba los veinticinco años. Y ni uno solo de ellos, concluyó a juzgar por las carcajadas, las poses y los andares, tenía dos dedos de frente.

Si no estaba muy equivocado, acababa de pasar frente a la puerta un grupo igual de numeroso de acompañantes femeninas.

Eran las mismas personas, participantes del mercado matrimonial, que llenaban los salones de baile londinenses durante la temporada social. Y eran el principal motivo por el que evitaba dichos eventos a menos que las circunstancias lo obligaran a asistir.

Eran el resto de los invitados.

—Vaya, parece que casi todo el mundo ha llegado ya —dijo uno del grupo, un tal sir Lewis Wiseman, un joven de aspecto simpático a quien conocía de vista—. Un hombre no necesita una fiesta de compromiso en su honor, pero la hermana de Audrey y su madre insistieron, al igual que Audrey, supongo. Así que aquí estamos. —Se ruborizó y luego se echó a reír cuando sus jóvenes amigos comenzaron a darle palmaditas en la espalda y lo convirtieron en el blanco de varias bromas subidas de tono.

Wiseman, recordó demasiado tarde, acababa de anunciar su compromiso con la señorita Magnus, la hermana de lady Renable. La fiesta era en honor de su compromiso. Y dado que los dos miembros de la pareja eran muy jóvenes, la mayoría de los invitados también lo eran.

La idea lo horrorizó. ¿Lo habían invitado con falsos pretextos para retozar con infantes de ambos sexos? ¿Durante dos semanas?

¿Lo había engañado Mowbury a conciencia o alguien había engañado al vizconde?

Sin embargo, no podía culpar a nadie, salvo a sí mismo, por creer a un hombre que apenas si se relacionaba con el mundo exterior. Hasta tal punto era eso cierto que Mowbury había llegado a presentarse en White's con botas dispares. Era muy posible que se hubiera olvidado por completo del reciente compromiso de su hermana.

Agarró el mango de su monóculo y de forma casi inconsciente adoptó su expresión más fría e imponente cuando los jóvenes mostraron su intención de tratar a los caballeros mayores y a él mismo con alegre camaradería.

Parpadeó varias veces. En ese momento se dio cuenta de que aún sufría un ligero escozor en el ojo.

❧•☙

La cuñada de Christine, Hermione Derrick, vizcondesa de Elrick, fue de unas primeras damas en llegar. Alta, rubia y delgada, estaba tan elegante y guapa como de costumbre a pesar de tener más de cuarenta años. Christine, con el corazón en la boca, se levantó y le sonrió. Le habría dado un beso en la mejilla, pero algo en su actitud la detuvo, de modo que se quedó de pie donde estaba.

—¿Cómo estás, Hermione? —preguntó.

—Christine... —Hermione la saludó con un rígido gesto de cabeza y pasó por alto la pregunta—. Melanie me dijo que estabas invitada.

—¿Cómo están los niños? —Los sobrinos de Oscar ya no eran niños, comprendió de repente, sino jóvenes que sin duda ya habrían salido del nido para explorar el mundo por sí solos.

—Te has cortado el pelo —comentó Hermione—. ¡Qué inusual!

Y con ese comentario la abandonó para charlar con el resto de las damas presentes.

Bueno, pensó mientras volvía a sentarse, al parecer su cuñada no pensaba pasar por alto su presencia, aunque sí su voz. Un comienzo nada prometedor... o más bien una continuación nada prometedora del comienzo.

Hermione, que era hija de un procurador rural, había hecho un matrimonio mucho más ventajoso que el suyo cuando se casó con el vizconde de Elrick hacía más de veinte años. La acogió en el seno de la familia con los brazos abiertos y la ayudó a acomodarse a la vida de la alta sociedad. Incluso se encargó de presentarla a la reina. Se hicieron amigas a pesar de los más de diez años de edad que las separaban, aunque dicha amistad se resintió durante los últimos años de su matrimonio. De todas formas, la espantosa pelea que tuvieron después de la muerte de Oscar la pilló por sorpresa y la dejó conmocionada. El día posterior al funeral abandonó Winford Abbey, la casa solariega de Basil, destrozada, desolada y sin un penique después de haber comprado un pasaje en el coche de postas, decidida a regresar a casa, a Hyacinth Cottage, para lamerse las heridas y recomponer como pudiera los pedazos de su vida. No había vuelto a tener noticias de sus cuñados desde entonces... Hasta ese día.

Esperaba fervientemente que al menos pudieran ser corteses durante dos semanas. Al fin y al cabo, ella no había hecho nada malo.

La vizcondesa de Mowbury, la madre de Melanie, una mujer bajita y rechoncha de pelo canoso y ojos penetrantes, la abrazó y le dijo que se alegraba de volver a ver su adorable rostro

Audrey también le comentó lo encantada que estaba de verla antes de sonrojarse y sonreír de felicidad cuando le dio la enhorabuena por su compromiso. Por suerte, la tensión que había existido con la familia directa de Oscar jamás afectó a la relación que mantuvo con su tía y sus primos, quienes no solían pasar mucho tiempo en Londres mientras ella estuvo casada.

Lady Chisholm, casada con sir Clive y a quien conocía de otros tiempos, así como la señora King, a quien también conocía, la saludaron con amabilidad.

Además había seis jovencitas ataviadas con elegancia y opulencia, seguramente amigas de Audrey. Saltaba a la vista que se conocían muy bien, ya que se agruparon para reír y charlar haciendo caso omiso del resto de las invitadas. Todas ellas habrían estado en el aula mientras ella vivía en Londres, pensó. Volvió a sentirse como una anciana. Y su segundo mejor vestido de muselina de repente le pareció un fósil. Era una de las últimas prendas que Oscar le había regalado antes de morir. Dudaba mucho que hubiera llegado siquiera a pagarla...

—El duque de Bewcastle es uno de los invitados —anunció lady Sarah Buchan al resto de jovencitas en voz bastante alta, con los ojos desorbitados y dos rosetones en las mejillas.

Tal vez se la podría perdonar por creer que estaba revelando una primicia sorprendente. Al fin y al cabo, acababa de llegar con su padre, el conde de Kitredge, y su hermano, el honorable George Buchan. No obstante, todos lo sabían porque Melanie lo había ido desvelando a los invitados conforme llegaban a fin de impresionarlos. Al parecer, su enfado con Héctor por haberlo invitado había desaparecido.

—No lo he visto ni una sola vez durante la temporada social —continuó lady Sarah—, aunque estuvo todo el tiempo en Londres. Se dice que apenas sale, y que solo va a la Cámara de los Lores y a sus clubes. Pero va a estar aquí. ¡Imagináoslo!

—Un solo duque y una horda de damas —comentó Rowena Siddings con expresión picara y una sonrisa que dejaba a la vista sus hoyuelos—. Aunque las casadas no cuentan. Y Audrey tampoco porque está comprometida con sir Lewis Wiseman.

Pero aún así, seguimos siendo demasiadas para competir por las atenciones de un solo duque.

—Pero el duque de Bewcastle es viejo, Rowena —señaló Miriam Dunstan-Lutt—. Tiene más de treinta años.

—Pero sigue siendo un duque —le recordó lady Sarah—, así que su edad no importa en absoluto, Miriam. Mi padre dice que no puedo rebajarme a casarme con un hombre que ostente un título inferior al de conde, aunque esta primavera he recibido multitud de proposiciones por parte de caballeros perfectamente aceptables para muchas otras. No sería tan descabellado que me casara con un duque.

—Sería toda una hazaña conseguir la mano del duque de Bewcastle —añadió Beryl Chisholrn—. Pero ¿por qué tenemos que concederte la victoria, Sarah? Tal vez debamos competir todas por él.

Se alzó un coro de risillas.

—Todas sois unas jovencitas muy guapas —dijo lady Mowbury con afabilidad, levantando la voz para que pudieran escucharla desde el otro lado de la estancia—, y seguro que os casaréis el año que viene o el siguiente, pero tal vez deberíais saber que Bewcastle ha eludido todos los intentos casamenteros hasta el momento. Tanto es así que incluso las madres más decididas han cejado en su empeño. Yo ni siquiera lo tuve en cuenta para Audrey.

—De todas maneras, ¿quién querría casarse con él? —preguntó la aludida desde la complaciente seguridad que le otorgaba el estar comprometida—. Le basta con entrar en una estancia para bajar la temperatura varios grados. Carece de sentimientos, de sensibilidad y de corazón. Lo sé de una fuente muy fiable. Lewis dice que casi todos los jóvenes que frecuentan White's le tienen miedo y que lo evitan en la medida de lo posible. Creo que ha sido de lo más injusto por parte de mi hermano invitarlo.

Ella era de la misma opinión. Si Héctor no hubiera invitado al duque, ella no estaría allí sentada en ese preciso instante, a caballo entre la incomodidad y el aburrimiento... y desde luego que no le habría derramado limonada en el ojo.

Se sentía un poco alejada de las damas mayores, que pronto formaron un grupo y comenzaron a charlar, y también de las más jóvenes, aunque como estas se encontraban

más cerca acabó por convertirse en un miembro de su grupo cuando bajaron la voz y las risillas tontas continuaron.

—Propongo una apuesta —dijo lady Sarah bajando la voz. Tenía que ser la más joven, pensó. De hecho, parecía haberse escapado de la habitación infantil aunque debía de tener al menos diecisiete años si había sido presentada en sociedad—. La ganadora será la que logre que el duque de Bewcastle le proponga matrimonio antes de que acabe la fiesta campestre.

—Me temo que eso es casi imposible, Sarah —replicó Audrey mientras las demás contenían las carcajadas—. El duque no tiene intención de casarse.

—Y ninguna apuesta resulta atractiva si no hay posibilidad de que alguien la gane —añadió Harriet King.

—¿Qué proponéis que apostemos? —quiso saber Sarah, que seguía con las mejillas encendidas y ese brillo pícaro en los ojos, y que no estaba dispuesta a desterrar la idea así como así—. ¿Ver quién es capaz de entablar una conversación con él? No, no, eso es demasiado fácil. ¿Adivinar quién es la primera en bailar con él? Audrey, ¿tu hermana ha planeado algún baile? ¿Qué se os ocurre?

—Ganará quien sea capaz de mantenerlo entretenido durante una hora entera —sugirió Audrey—. Creedme, eso será una tarea muy difícil. Y la vencedora, si hay alguna, habrá ganado su premio con creces. Tengo la sensación de que una hora en compañía del duque será como estar una hora sentada en el Polo Norte.

Se alzó otro coro de risillas.

No obstante, Sarah hizo caso omiso de la advertencia y miró a las integrantes del grupo con los ojos brillantes. A todas salvo a ella, que no formaba parte del grupo aunque había escuchado cada palabra.

—Que sea una hora a solas con él —dijo—. La ganadora será la primera en conseguir tal hazaña. ¿Quién sabe? Tal vez consiga que se enamore de ella y le proponga matrimonio después de todo. No lo veo tan raro, la verdad.

Hubo una pausa antes de las inevitables risillas.

—¿Quién quiere participar? —preguntó lady Sarah.

Lady Sarah, Rowena, Miriam, Beryl, su hermana Penélope y Harriet King aceptaron el reto, todo acompañado de más risillas, gritos y sonrisas indulgentes por parte de las damas de más edad, que quisieron saber qué les hacía tanta gracia.

—Nada —contestó Harriet King—. No es nada, mamá. Solo estamos hablando de los caballeros que están invitados.

Christine también sonrió ¿Alguna vez había sido tan tonta?, se preguntó. Pero sabía que sí. Se había casado con Oscar a los dos meses de conocerle, simplemente porque era tan guapo como un dios griego —así solían describirlo— y porque se había enamorado hasta las cejas de su apostura y su encanto.

—Y tú, ¿prima Christine? —le preguntó Audrey cuando las damas de más edad dejaron de prestarles atención.

Las jóvenes habían acordado que Audrey fuera la banca; cada una apostaría una guinea y el total se lo llevaría la ganadora. Si nadie conseguía el premio, las guineas regresarían a manos de sus respectivas dueñas al cabo de las dos semanas.

Sorprendida, se señaló con la mano y enarcó las cejas.

—¿Yo? ¡No, ni hablar! —contestó con una carcajada.

—Pues no veo por qué no —insistió Audrey, que ladeó la cabeza y la observó con detenimiento—. Al fin y al cabo, eres viuda, no una mujer casada, y el primo Oscar nos dejó hace dos años. Y no eres tan mayor. Dudo mucho que hayas cumplido los treinta.

Las otras jovencitas se volvieron hacia ella como si fueran una sola para contemplar con recelo a alguien que estaba tan cerca de los treinta. Su silencio fue lo bastante elocuente como para decirle que a su edad no tenía la menor oportunidad de hacerse con la atención de un duque durante una hora.

Estaba absolutamente de acuerdo con ellas, si bien no por la misma razón. Lo mismo daba los veintinueve años que tenía que los diecinueve.

—La verdad es que no me hace gracia pagar para pasarme una hora convertida en un carámbano —dijo.

—En eso tienes razón —concedió Audrey.

—Es la hija de un maestro de escuela rural, ¿no es así, señora Derrick? —Preguntó Harriet King con evidente desdén—. Estoy segura de que le da miedo perder la apuesta.

—Desde luego que me da miedo —reconoció con una sonrisa, ya que el comentario no requería respuesta—. Pero creo que me da mucho más miedo ganar. ¿Qué diantres iba a hacer yo con un duque?

Se produjo un momentáneo silencio antes de que volvieran a estallar en risillas.

—Se me ocurren un par de cosillas —comentó Miriam Dunstan-Lutt, que se ruborizó por sus atrevidas palabras.

—Ya está bien —declaró Audrey con firmeza al tiempo que levantaba una mano para llamar la atención de todas y comprobaba que ninguna integrante del otro grupo estuviera escuchando—. No puedo permitir que te excluyas de la apuesta por el mero hecho de que no deseas ganar, prima Christine. Yo pondré tu guinea. De hecho, voy a apostar por ti. ¿No creéis que esto es de lo más escandaloso? Se supone que las damas no deben apostar.

—Ojos que no ven, corazón que no siente —adujo Beryl Chisholm.

—Vas a perder tus dos guineas, te lo aseguro —le dijo Christine a Audrey y se echó a reír al pensar en la reacción del duque de Bewcastle si llegara a enterarse de lo que estaba pasando en la salita amarilla.

—Es posible —convino Audrey—. Pero como espero que nadie gane, recuperaré el dinero sin duda alguna. Por supuesto, dado que la apuesta consiste en entablar conversación con el duque durante una hora y no en hacer que proponga matrimonio, podría participar yo misma, pero creo que no voy a hacerlo. Siete guineas no me parecen incentivo suficiente. Además, Lewis podría ponerse celoso, y explicarle que intentaba ganar una apuesta no sería una excusa apropiada.

En algún lugar de la planta baja alguien hizo sonar una campanilla, señal de que todos los invitados habían llegado y de que se esperaba que se reunieran en el salón para tomar el té.

—Bueno, ¿conoces al duque de Bewcastle? —le preguntó Harriet King a lady Sarah.

—No —admitió la aludida—, pero si es un duque, seguro que tiene que ser guapo.

—Yo sí lo conozco —replicó Harriet al tiempo que se cogía de su brazo para salir de la estancia con ella—, y en circunstancias normales no lo miraría dos veces. Pero no puedo

arriesgarme a que me gane una viuda, hija de un maestro rural, que puede que sí o puede que no haya cumplido ya los treinta, ¿no te parece?

La pareja salió de la salita cogida del brazo.

Audrey la miró con un mohín.

—¡Ay, Dios! Me temo que ya han trazado la línea de combate —le dijo—. Claro que no vas a rechazar semejante desafío, ¿verdad, Christine? Vas a tener que recuperar mi dinero.

Rowena Siddings la cogió del brazo mientras bajaban al salón.

—Pero qué tontas somos todas —dijo la muchacha—. ¿Aceptamos el reto, señora Derrick, o mantenemos las distancias y admiramos al gran hombre desde lejos?

—Creo que yo voy a mantener las distancias y a reírme de él desde lejos si resulta ser tan pretencioso y soberbio como se rumorea —contestó—. No admiro la grandeza carente de consistencia.

—¡Qué valiente es usted! —la muchacha sonrió—. ¡Reírse del duque de Bewcastle!

O de ella misma, pensó, por haberse dejado arrastrar a los secretitos y las tonterías de esas jovencitas cuando lo único que tenía que haber hecho era rechazar la invitación de Melanie el día anterior o decirle que no a Audrey unos minutos antes.

Sin embargo, no podía culpar a nadie, salvo a sí misma, reconoció con pesar.

Capítulo 3

El salón ya estaba lleno de caballeros. La fiesta campestre, al parecer, había comenzado de forma oficial… Menos mal. Si no empezaba, jamás acabaría. ¿Sería demasiado pronto para empezar a contar los días que faltaban hasta su regreso a casa?, se preguntó Christine.

El primer hombre al que vio fue Justin Magnus, el hermano pequeño de Melanie. Le sonrió y la saludó con la mano desde el otro extremo de la estancia. Lady Chisholm estaba hablando con él y a la dama le gustaba mucho hablar... Le devolvió el saludo y la sonrisa. Justin, que era bajito —ella casi le sacaba media cabeza—, delgado y de apariencia bastante corriente, poseía inteligencia, una personalidad encantadora y un gran sentido del humor como cartas de presentación. Y siempre se vestía con elegancia y buen gusto; no como su pobre hermano Héctor. Justin se declaró y le pidió matrimonio en aquella primera y lejana fiesta. Sin embargo, después de rechazarlo y de aceptar a Oscar, floreció entre ellos una amistad que se había estrechado con el paso del tiempo hasta tal punto que durante los dos o tres años previos a la muerte de su marido fue su único amigo. O, al menos, el único al que podía acudir. Su familia se encontraba lejos. Él fue el único que jamás dio crédito a los terribles rumores que corrían sobre ella. Ni siquiera al peor de todos, el último. Él fue el único que salió en su defensa, aunque Oscar, Basil y Hermione no lo creyeran jamás. Todavía lo contaba entre sus amigos.

A continuación vio a Basil. La apariencia física del vizconde de Elrick, un hombre de mediana estatura y complexión delgada, de pelo ralo y calva en la coronilla, rostro alargado y facciones regulares, que no atractivas, siempre había quedado eclipsada por la de su hermano menor. Basil era más de diez años mayor que Oscar, pero lo adoraba y su muerte lo dejó destrozado.

En lugar de darle la espalda, como creía que haría, la saludó con una reverencia muy formal al tiempo que ella hacía lo propio y se dirigía a él por su nombre de pila. Acto seguido y tal como hiciera su esposa poco antes, se dio la vuelta para seguir hablando con un caballero de mediana edad que según creyó recordar era el conde de Kitredge. No le dijo ni una palabra.

Se alejó en busca del rincón más remoto de la estancia. Ya era hora de adoptar el papel de satírica espectadora de la humanidad, papel que pensaba desempeñar durante las siguientes dos semanas. Si tenía suerte, nadie se fijaría en ella en todo ese tiempo.

Consiguió llegar al rincón elegido y sentarse en una silla antes de que el duque de Bewcastle entrara en el salón. Después del desafortunado incidente ocurrido durante su llegada, temía el momento de verlo. Aunque ¿qué había que temer? ¿Que se abalanzara sobre ella? O lo que sería más lógico, ¿que ordenara a un batallón de criados que se abalanzara sobre ella y la arrastrara hasta el magistrado más próximo acusándola de agresión y asalto a su ojo?

Llegó acompañado de Bertie, y el rumor de las conversaciones que tenían lugar en la estancia sufrió un drástico cambio. Las jovencitas comenzaron a hablar en voz más alta y sus sonrisas se tornaron deslumbrantes; los jóvenes reían de forma más afectada y adoptaron una actitud más arrogante. Las damas de más edad exhibieron su plumaje. Fue muy divertido.

Claro que no deberían haberse tomado la molestia. El duque no habría puesto una expresión más desdeñosa si hubiera estado observando un salón lleno de lombrices. Ese rostro aristocrático y frío bastó para dejar claro que consideraba la escena tan por debajo de su dignidad ducal que no iba a hacer el esfuerzo ni de sonreír ni de adoptar una actitud medianamente afable.

Melanie, como era de esperar, se abalanzó sobre él y desplegó. Todo su buen hacer como anfitriona experimentada. Lo tomó del brazo y lo llevó por la estancia para asegurarse de que aquellos pobres mortales inferiores a su excelencia que no tenían el placer de conocerlo en persona disfrutaran de la oportunidad de besar el suelo a sus pies.

Por suerte, ¡gracias a Dios!, Melanie no la vio sentada en el rincón y así la mortal más insignificante que había en el salón se vio privada de la oportunidad de ponerse en pie para ejecutar su más elegante reverencia ante el gran nombre.

A una observación satírica, se recordó, posiblemente le sobraran esos comentarios despectivos acerca de un hombre a quien ni siquiera conocía. Sin embargo, la mera presencia del duque de Bewcastle le ponía los nervios de punta. Le caía mal, le resultaba insoportable y estaría la mar de contenta si la dejaba tranquila durante los trece días y medio que tenían por delante.

¿A qué se debía esa reacción tan antagónica? Era muy extraña en ella, tanto con conocidos como con desconocidos. Le encantaban las personas. Todo tipo de personas. Incluso le gustaban los defectillos de sus conocidos que solían sacar de quicio a los demás.

Una vez que la ronda de presentaciones llegó a su fin, el duque siguió en pie, platillo de pastas en mano, charlando con el conde de Kitredge y Héctor, que poco antes la había saludado desde la distancia con un gesto de la cabeza y una sonrisa. El conde era un hombre importante. Y también era pomposo. Pero no le despertaba animosidad alguna. Y aunque Héctor poseía el título de vizconde, le profesaba un gran cariño. Así que el título aristocrático que ostentaba Bewcastle no tenía nada que ver con su reacción.

Y en ese preciso instante la serenidad que la embargaba se esfumó en cuanto su mirada se encontró con la del duque y comenzaron a pasar por su cabeza visiones de carceleros, cárceles, grilletes y magistrados.

Su primer impulso fue el de desaparecer por completo y apartar la mirada en un intento por fundirse con la tapicería de la silla que ocupaba.

Sin embargo, nunca había sido de las que intentaba pasar desapercibida frente al mundo, aunque esa fue su actitud durante los dos últimos años de vida de Oscar. ¿Por qué tenía que desaparecer? ¿Por qué tenía que apartar ella la mirada cuando él no daba señales de hacerlo primero?

Entonces la irritó de verdad.

Sin dejar de mirarla, enarcó una de esas arrogantes cejas.

Y después la enfureció.

Con los ojos clavados en ella y la ceja enarcada, agarró el mango del monóculo y lo alzó a medio camino del ojo como si le sorprendiera el descaro que demostraba al enfrentar su mirada.

Fue entonces cuando decidió que no apartaría la vista ni por todas las cárceles y los grilletes de Inglaterra. La había reconocido, ¿verdad? ¿Y qué? Al fin y al cabo, su único delito había sido el de volcar más de la cuenta el vaso de limonada cuando casualmente él estaba debajo.

Le devolvió la mirada y aumentó su descaro riéndose en toda su cara. En fin, no se rió en alto precisamente. Pero le demostró con su expresión que no iba a dejarse acobardar por una ceja y un monóculo a medio alzar. Cogió una pasta de su plato y le dio un bocado... momento en el que descubrió que llevaba un baño de azúcar glas. El azúcar le manchó los labios y se los lamió al tiempo que el duque de Bewcastle abandonaba el grupo en el que se encontraba y echaba a andar hacia ella.

Ante él se abrió un camino como por arte de magia. Claro que no hubo magia alguna en el hecho. Todo el mundo se apartó para dejarle paso... Seguramente estaría tan acostumbrado a recibir semejante tratamiento que ni se percató de que lo hacían.

¡Por el amor de Dios!, pensó mientras lo veía acercarse. Su presencia era magnífica, desde luego.

Se detuvo cuando las puntas de sus botas de montar estuvieron a escasos centímetros de las puntas de sus escarpines. El peligro se cernía sobre ella, pensó, con el corazón desbocado muy a su pesar.

—No recuerdo que nos hayan presentado, señora —dijo con una dicción exquisita y una nota ligeramente hastiada en la voz.

—¡Vaya! Yo sí lo conozco —le aseguró—. Es el duque de Bewcastle.

—En ese caso, me lleva ventaja —replicó su excelencia.

—Christine Derrick —dijo, sin ofrecerle más explicación. Ni su familia, ni la de Oscar, tendrían el menor interés para él.

—¿He hecho inadvertidamente algo que le resulte gracioso, señorita Derrick? —quiso saber él.

—Sí, me temo que sí—respondió—. Y es «señora» Derrick. Soy viuda.

El monóculo volvía a estar en su mano. Lo vio alzar ambas cejas y componer una expresión que sin duda sería capaz de helar los racimos de uvas en las vides y de arruinar la cosecha de todo un año.

Entretanto, le dio otro bocado a la pasta... y tuvo que volver a lamerse los labios. ¿Debería pedirle disculpas de nuevo?, se preguntó. Pero ¿por qué? Ya se disculpó en su momento. ¿Tenía el ojo derecho un poco más rojo que el izquierdo? ¿O eran imaginaciones suyas?

—¿Sería tan amable de decirme qué ha sido? —le preguntó alzando el monóculo un poco más, si bien no llegó al ojo.

¡Qué arma más efectiva!, pensó. Conseguía interponer tanta distancia entre el duque y los molestos mortales como una espada en manos de un hombre corriente y moliente. Decidió que le gustaría disponer de uno. Tal vez se convirtiera en una anciana excéntrica que contemplaba el mundo a través de un monóculo gigante, aterrorizando a los

presuntuosos y arrancando carcajadas a los niños por culpa de un horripilante ojo magnificado.

Le estaba preguntando qué le había hecho gracia. «Gracia» no era la palabra más acertada, pero ciertamente se había reído de él. Cosa que estaba haciendo de nuevo.

—Se ha mostrado contrariado, de hecho sigue contrariado —se encogió—, porque me he negado a obedecer sus deseos.

—¿Contrariado, dice usted? —Sus cejas se arquearon de nuevo—. ¿Acaso le he ordenado yo algo?

—Desde luego que sí —contestó—. Me descubrió observándolo desde el otro extremo de la estancia y procedió a alzar una ceja, que fue seguida del monóculo. Claro que ni siquiera debería haberme percatado de que alzaba usted el monóculo. Debería haber apartado obedientemente la mirada mucho antes de que lo hiciera.

—¿Y el hecho de alzar una ceja se equipara a una orden y el de alzar un monóculo es sinónimo de contrariedad, señora? —preguntó de nuevo.

—¿De qué otra forma explicaría usted que haya cruzado el salón para dirigirse a mí? —preguntó ella a su vez.

—Tal vez, señora —respondió—, se deba a que, al contrario que usted, he estado circulando entre los restantes invitados.

La respuesta le encantó. Tanto que soltó una carcajada.

—Y ahora he despertado su hostilidad —señaló—. Sería mejor que no me prestara la menor atención, excelencia, y que me dejara seguir interpretando mi papel de espectadora. No espere que me acobarde ante usted

—¿Acobardarse? —Se llevó el monóculo al ojo y observó sus manos a través de la lente.

Llevaba las uñas cortas. Y limpias, pero sospechaba que al duque le resultaría fácil adivinar que trabajaba con ellas.

—Sí, acobardarme —reiteró—. Así es como gobierna su mundo. Acobardando a todos los demás.

—Me alegra que crea conocerme tan bien a pesar de la breve relación que nos une, señora —repuso.

—Supongo que no debería haber hablado con tanta franqueza —admitió—. Pero fue usted quien preguntó.

—Ciertamente —replicó al tiempo que ejecutaba una rígida reverencia

Sin embargo, antes de que el duque pudiera darse media vuelta y marcharse, apareció Melanie.

—Veo que ya ha conocido a Christine, excelencia —dijo, tomándolo del brazo y esbozando una elegante sonrisa—. Sin embargo, ¿me permite alejarlo de ella un momento? Lady Sarah Buchan desea hacerle una pregunta, pero es demasiado tímida como para dirigirse a usted por sí misma.

Melanie lo condujo hacia el lugar que ocupaba lady Sarah, quien le lanzó una mirada ponzoñosa a ella antes de hacer una reverencia y dirigirle una deslumbrante sonrisa al duque.

¡Madre del amor hermoso! ¡La apuesta!, pensó. ¿Acaso pensaba esa chiquilla que intentaba ganarla? Claro que de ser así, no era la única que lo hacía. Harriet King se plantó delante de ella.

—Un consejo, señora Derrick, si me permite —le dijo con amabilidad—. Tal vez sea capaz de atraer al duque de Bewcastle hasta su rincón con una sonrisa incitante y una total falta de decoro al negarse a apartar la mirada de su persona, pero va a necesitar un plan mucho más elaborado si quiere entablar una conversación durante toda una hora.

¡Pero bueno!, exclamó para sus adentros y se echó a reír de buena gana.

—Estoy segura de que lleva razón —afirmó—. Voy a tener que pensar en algo realmente incitante.

Sin embargo, en lugar de compartir la broma, la muchacha se dio media vuelta después de haber cumplido con su buena obra.

Tuvo el palpito de que su intención de pasar desapercibida en un rincón durante dos semanas no iba a ser fácil. Acababa de llamar la atención del mismo modo que si hubiera estado en mitad del salón agitando un estandarte. Aunque jamás había sido capaz de pasar desapercibida en ningún sitio... y eso había sido parte del problema durante su matrimonio. Poseía una naturaleza demasiado sociable.

¡Esos ojos!, pensó de repente. Durante su breve conversación con el duque había descubierto que eran plateados. Los ojos más extraordinarios que había visto en la vida. Eran duros, fríos y velados. Mirarlos era como mirar una superficie que repelía todo lo que le lanzaran de modo que nada conseguía traspasarla. Le había dado la impresión de que o bien no había nada en su interior, que ese aristocrático caparazón duro y arrogante estaba hueco, o bien que la persona que moraba en su interior estaba muy bien escondida.

De cualquier forma, esos ojos eran muy inquietantes, porque a pesar de guardar con celo el interior del duque, parecían poseer el extraordinario poder de atravesar a los demás y llegar directamente a la nuca. Verlos a tan corta distancia y, sobre todo, sentirlos penetrar su cráneo había confirmado su impresión inicial: podía ser un hombre peligroso si se le provocaba. ¿Lo habría provocado ella? Supuso que, como mucho, lo habría molestado tanto como un diminuto mosquito que revoloteara en torno a su oreja... o que se le metiera en el ojo.

Suspiró y apuró la pasta que tenía en la mano. Estaba lamiéndose los dedos cuando Justin se acercó a su rincón. Se puso en pie con un alegre brinco y se fundieron en un cálido abrazo.

—¡Justin! —exclamó—. ¡Han pasado siglos!

—Milenios, diría yo —la corrigió con una sonrisa—. En realidad nos vimos en Pascua. Me gusta cómo te queda el pelo corto. Estás más guapa que nunca. Ya veo que acabas de conocer al gran hombre. Me apostaría lo que fuera a que Mel ha pasado unas cuantas noches en vela desde que descubrió que Héctor lo había invitado.

—Incluso fue a Hyacinth Cottage para convencerme de que viniera y así equilibrar el número de invitados —replicó con un mohín—. Y ya conoces a Melanie cuando se le mete algo entre ceja y ceja. No me dejó alternativa.

—¡Pobre Chrissie! —se burló de ella—. Aunque yo he salido ganando.

Tras ese comentario pareció relajarse por primera vez en todo el día.

—Christine estuvo casada con mi pobre primo Oscar —le estaba explicando Renable a Wulfric—. ¿Lo conocía usted? Era el hermano pequeño del vizconde de Elrick. Un hombre encantador y querido por todos. Su muerte fue una tragedia, sobre todo para Christine, que se vio obligada a volver a la casa de su madre, aquí en el pueblo. Era la hija del maestro del pueblo cuando Oscar la conoció. E hizo un matrimonio brillante. Pero, en fin, no duró, y le tengo muchísima lástima. Por eso la he invitado. Tenemos una gran amistad y necesita divertirse un poco.

Su apellido lo había llevado a suponer que era familia de los Elrick, y al explicarle que era viuda, recordó que el vizconde había perdido a su único hermano unos años antes. Sin embargo, no dependía económicamente de los Elrick, puesto que vivía con su madre y se veía obligada a aceptar la caridad de sus amigos para asistir a acontecimientos sociales como ese. Oscar Derrick no contaría con una fortuna al casarse o, lo que era más probable, la había dilapidado. Su viuda no parecía contar con ingresos propios Su vestimenta era mucho menos elegante que la del resto de las damas.

A decir verdad, la primera vez que la vio —con un solo ojo, por cierto— la había tomado por una criada. El vestido de muselina que llevaba era decente, aunque ni mucho menos era el último grito de la moda. Y tampoco era muy joven. Tal vez rondara la treintena. Era muy guapa, de ojos grandes, rostro redondo y bronceado por el sol —a tan escasa distancia había sido imposible no percatarse de ese detalle—. Por si eso no bastara, tenía pecas en el puente de la nariz. Era morena y de pelo rizado, aunque lo llevaba corto.

Su aspecto delataba su origen rural, y parecía muy fuera de lugar entre los invitados de lady Renable. Pero claro, realmente estaba fuera de lugar. A pesar de haber hecho un matrimonio muy ventajoso, no dejaba de ser la hija de un maestro de escuela... increíblemente impertinente para más inri. Una lástima que Derrick hubiera tenido la desconsideración de morir tan joven.

Decidió que no ahondaría en su relación con la dama durante las dos semanas que duraría su estancia. Aunque lo mismo podría decir en lo tocante a casi todas las demás invitadas. Comenzaba a darse cuenta del error garrafal que había cometido al aceptar de forma impulsiva una invitación verbal procedente de otro invitado... que no era otro que lord Mowbury, cuyos despistes eran ampliamente conocidos.

Lady Sarah Buchan estaba haciéndole otra reverencia, a pesar de que no hacía ni media hora que habían sido presentados.

—Quería preguntarle, excelencia —dijo sonrojada cuando clavó la mirada en esos enormes ojos plateados—, qué actividad matinal prefiere: ¿cabalgar o pasear? He hecho una apuesta con Miriam Dunstan-Lutt, aunque sé perfectamente que no está bien visto que las damas apuesten. —Se rió con disimulo.

Llevaba mucho tiempo fuera del ámbito del mercado matrimonial y tanto las damas de todas las edades como sus respectivas madres habían dejado de rondarlo hacía años al darse cuenta de que no se dejaría cazar. No obstante y aunque sus habilidades estaban algo oxidadas, era capaz de reconocer una trampa cuando la tenía delante.

—Por regla general, dedico las mañanas a la correspondencia y a los asuntos de negocios porque es cuando mi mente está más lúcida, lady Sarah —contestó con brusquedad—. Suelo cabalgar o pasear cuando el día está bien avanzado. Y usted, ¿qué prefiere?

Estaba a punto de morir de aburrimiento.

¿De verdad estaba la muchacha coqueteando con él?

Capítulo 4

Muchos de los invitados estaban cansados del viaje y aprovecharon el tiempo entre el té y la cena para descansar en la tranquilidad de sus habitaciones. Wulfric aprovechó la oportunidad para escaparse al exterior en busca de aire fresco y un poco de ejercicio. Evidentemente no conocía la propiedad, pero buscó el amparo de la vegetación para ocultarse de forma instintiva de la mansión y evitar que alguien se le uniera. Atravesó en diagonal un prado salpicado de árboles y enfiló un sendero que cruzaba una zona boscosa hasta llegar a la orilla de un lago artificial cuyo emplazamiento había sido elegido con esmero para lograr el mayor efecto visual.

No era demasiado grande, pero estaba apartado y era un lugar encantador y tranquilo… y también quedaba oculto a la mansión. El día era agradable, cálido pero no caluroso, y corría una suave brisa. Eso, pensó mientras respiraba hondo, era lo que necesitaba, aire puro y un entorno campestre para recuperar los ánimos tras el largo viaje y el salón atestado de personas a las que había tenido que enfrentarse. Varios senderos se internaban entre los árboles en distintas direcciones, pero se quedó donde estaba, sin saber muy bien si seguir caminando o demorarse en ese lugar, disfrutando de los olores del campo en verano. Debería haber ido a Lindsey Hall.

Sin embargo, no lo había hecho, así que no tenía sentido desear en ese instante haber tomado otra decisión.

Todavía estaba en el mismo sitio, contento sin hacer nada cuando escuchó a su espalda el inconfundible sonido de une pasos que se acercaban por el mismo sendero por el que había llegado. Se reprendió por no haberse movido antes. Lo último que deseaba era tener compañía. Pero ya era demasiado tarde. Daba igual el sendero por el que se decantara, ya que le sería imposible marcharse sin que lo viera quienquiera que apareciese en la orilla

Se giró, incapaz de disimular por completo la irritación.

La mujer avanzaba con pasos muy poco femeninos, no llevaba bonete ni guantes, e iba mirando hacia atrás como si quisiera asegurarse de que nadie la seguía. Antes de que pudiera apartarse o avisarla del inminente desastre, se dio de bruces contra él. La cogió por los brazos demasiado tarde y se encontró con una maraña de rizos en la nariz, antes de que ella alzara la cabeza con un grito alarmado y sus narices sufrieran un encontronazo.

De alguna manera era casi inevitable, se dijo con triste resignación... Y con la nariz dolorida y los ojos llorosos. Algún ángel malévolo tenía que haberla enviado a esa fiesta campestre para atormentarlo... o para recordarle que jamás se debían tomar decisiones impulsivas.

La vio llevarse la mano a la nariz, seguramente para averiguar si se la había roto, si le sangraba o padecía ambos males. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Señora Derrick —dijo con una leve arrogancia, si bien ya era demasiado tarde para disuadirla de que se acercara a él.

—¡Ay, Dios! —exclamó ella al tiempo que bajaba la mano y parpadeaba—. ¡Lo siento muchísimo! ¡Qué torpe soy! No estaba mirando por dónde iba.

—En ese caso —replicó—, bien podría haber acabado en el lago si yo no hubiera estado aquí.

—Pero no lo he hecho —repuso ella con sensatez—. De repente, tuve la impresión de que no estaba sola y miré hacia atrás en lugar de prestarle atención al camino. Y tenía que ser usted ni más ni menos.

—Discúlpeme. —Le hizo una reverencia muy rígida. Podría haberle devuelto el comentario, pero no lo hizo.

En ese momento quedaron en evidencia sus rústicos modales y la falta de elegancia y sofisticación que esperaba encontrar en las damas con las que estaba obligado a relacionarse durante esas dos semanas. La brisa alborotaba los mechones rizados de su pelo. El sol hacía que su piel pareciera aún más bronceada que en el salón. Sus dientes parecían muy blancos en comparación. Sus ojos eran tan azules como el cielo. Era, reconoció a regañadientes con cierta sorpresa, bastante guapa... a pesar de que la nariz se le iba enrojeciendo por momentos.

—Mis palabras han sonado muy rudas —adujo ella con una sonrisa—. No era mi intención decirlo así. Pero primero le derramo limonada en un ojo, luego le reto en un duelo de miradas por el mero hecho de que me molestó su ceja y ahora me doy de bruces contra usted y le parto la nariz a la par que me rompo la mía. Espero de todo corazón que con esto se haya agotado mi reserva de torpezas para estas dos semanas y que pueda ser decorosa, elegante y muy aburrida durante el resto de mi estancia en esta casa.

Podían decirse gran cantidad de cosas como réplica a un comentario tan franco. Sin embargo, dicho comentario había revelado muchas cosas sobre ella misma, y ninguna especialmente atractiva.

—He elegido un sendero al azar —replicó él al tiempo que se apartaba ligeramente—. El lago ha sido una sorpresa, pero está situado en un entorno muy agradable.

—¡Sí, desde luego! —convino ella—. Siempre ha sido uno de mis lugares preferidos.

—No me cabe la menor duda de que ha salido porque deseaba estar sola —dijo, preparando su huida—. La he molestado.

—En absoluto —lo corrigió con voz alegre—. Además, he salido para pasear. Hay un sendero que rodea el lago y que fue planeado al detalle para ofrecer una gran variedad de placeres sensuales. —Lo miró a los ojos, hizo un mohín y se ruborizó—. A veces no elijo las palabras con mucho acierto —comentó.

«Placeres sensuales», eso era lo que debía de haberla avergonzado.

No obstante, en lugar de enfilar al punto el sendero que había mencionado, la vio titubear un instante y comprendió que le estaba bloqueando el paso. Antes de que pudiera moverse, ella volvió a hablar:

—Tal vez le apetezca acompañarme...

No había nada que le apeteciera menos en el mundo. No se le ocurría una manera más indeseada de pasar la escasa hora libre de la que disponía antes de cambiarse de ropa para la cena.

—O tal vez no... —añadió ella con esa mirada risueña que había visto poco antes, desde el otro lado del salón cuando enarcó una ceja y la ofendió con el gesto.

Lo dijo como si fuera un desafío. Y la verdad, pensó, era que tenía algo que le resultaba un tanto fascinante. Era muy diferente a cualquier otra mujer a la que había conocido. Y al menos no había ni rastro de coquetería en sus ademanes.

—Me apetece —dijo, y se apartó para que ella lo precediera por el sendero que se adentraba entre los árboles y discurría paralelo a la orilla del lago.

Después se colocó a su lado, dado que cuando se diseñó el sendero tuvieron la previsión de hacerlo lo bastante ancho como para que dos personas pudieran caminar una al lado de la otra. No hablaron durante un rato. Aunque como buen caballero era hábil para entablar una conversación educada, nunca había sido dado a charlar para evitar el silencio. Si ella estaba contenta con pasear en silencio, él también.

—Creo que debo agradecerle mi invitación a Schofield Park —dijo ella finalmente con una sonrisa, si bien no lo miró a la cara.

—¿Cómo dice? —La miró con las cejas enarcadas.

—Después de que lo invitaran —le explicó ella—, Melanie se vio asaltada por el pánico al darse cuenta de que el número de caballeros superaba en uno al de damas en su lista de invitados. De modo que despachó a toda prisa una carta a Hyacinth Cottage para invitarme, y cuando me negué, fue en persona para rogarme que aceptara.

Acababa de confirmarle sus sospechas.

—Después de que me invitaran —repitió—. De que me invitara el vizconde de Mowbury. Debo entender, entonces, que la invitación no partió de lady Renable.

—En su caso yo no me preocuparía por eso —lo tranquilizó—. En cuanto accedí a venir y la rescaté del potencial desastre, admitió que prefería su presencia antes que la del príncipe regente por muy sonado que hubiera sido contar con su majestad. Según ella —y quizá esté en lo cierto—, será la envidia de todas las anfitrionas de Inglaterra.

Siguió mirándola. Efectivamente, un ángel malévolo había intervenido en todo el asunto. Esa mujer estaba allí por él... y él estaba allí por el mero hecho de haber actuado de forma ajena a su carácter.

—¿No deseaba aceptar la invitación? —le preguntó.

—No. —Había estado balanceando los brazos de un modo muy poco apropiado para una dama, pero en ese momento entrelazó las manos a la espalda.

—¿Porque se sentía ofendida al haber sido excluida de la lista original? —sugirió. Eso indicaba que solían tratarla como una pariente pobre a la que nadie hacía caso, ¿no?

—Porque, aunque parezca muy extraño, no deseaba venir —contestó.

—Tal vez se sienta fuera de lugar en compañía superior, señora Derrick —aventuró.

—Creo que no comparto su definición de «superior» —replicó—. Pero, en resumidas cuentas, tiene razón.

—Y aún así estuvo casada con un hermano del vizconde de Elrick —comentó.

—Y aún así lo estuve —afirmó con jovialidad.

Sin embargo, no ahondó en el tema. Habían salido de la arboleda y se encontraban al pie de una verde colina salpicada de margaritas y ranúnculos.

—¿No le parece una colina preciosa? —le preguntó, aunque sin duda no esperaba respuesta—. ¿Ve? Si subimos, nos permitirá ver por encima de las copas de los árboles y

tendremos una panorámica perfecta del pueblo y de las tierras de labor que se extienden a lo largo y ancho de kilómetros a la redonda. La campiña es como un tablero de ajedrez. ¿Quién elegiría la vida en ciudad antes que esto?

No le esperó ni se amedrentó por lo empinado de la subida Lo precedió hasta coronar la colina, si bien podrían haberla rodeado y haberse quedado al pie, y una vez en lo más alto, extendió los brazos en cruz y dio una vuelta completa con el rostro alzado hacia el sol. La brisa, que allí arriba soplaba con fuerza, agitó el cabello y el vestido e hizo que la cinta que llevaba en torno a la cintura ondeara al viento hacia delante.

Parecía una ninfa del bosque, y a pesar de eso tenía la sensación de que sus movimientos y sus gestos eran genuinamente espontáneos y naturales. Lo que en otra mujer podría interpretarse como coquetería en ella era una expresión de exuberante alegría. Tenía la extraña sensación de haber entrado, sin pretenderlo, en otro mundo.

—Desde luego... —reconoció.

La señora Derrick dejó de moverse para mirarlo.

—¿Usted prefiere el campo? —le preguntó.

—Sí —contestó al tiempo que seguía subiendo hasta llegar su lado y, una vez arriba, fue girando despacio para admirar toda la vista de la campiña.

—Entonces, ¿por qué pasa tanto tiempo en la capital?

—Soy miembro de la Cámara de los Lores —le explicó—. Es mi deber asistir a las sesiones. —Clavó la vista en el pueblo.

—La iglesia es bonita, ¿no le parece? —comentó ella—. Reconstruyeron la aguja de la torre hace veinte años, después de que una tormenta derruyera la antigua. Recuerdo tanto la tormenta como las obras. La nueva es cinco metros más alta que la anterior.

—¿La vicaría es el edificio que está al lado? —preguntó.

—Sí —contestó—. Mis dos hermanas y yo prácticamente crecimos allí, con el antiguo vicario y su esposa. Eran muy amables y hospitalarios. Sus dos hijas eran nuestras mejores amigas, y luego estaba su hijo, Charles, con quien teníamos menos relación. El pobre era el único varón entre cinco chicas. Todos asistimos a la escuela local, las chicas y los chicos. Tuvimos suerte porque el maestro, mi padre por cierto, no era de la opinión de que lo único que las jovencitas tienen entre las orejas es aire. Louisa y Catherine se casaron muy jóvenes y viven algo apartadas. Pero después de que el antiguo vicario y su esposa murieran con dos meses de diferencia, Charles, que ocupaba un puesto de diácono a unos treinta kilómetros de aquí, se quedó con el cargo y se casó con mi hermana Hazel, la mediana de las tres.

—¿Su hermana mayor también está casada? —quiso saber.

—¿Eleanor? —Negó con la cabeza—. Cuando tenía doce años anunció que siempre se quedaría en casa para cuidar de nuestros padres cuando fueran mayores. Se enamoró una vez, pero su prometido murió en la batalla de Talavera antes de que se casaran, y después perdió el interés por los hombres. Cuando nuestro padre murió, insistió en lo que decía de niña, aunque claro, ahora solo necesita cuidar a mi madre. Creo que es feliz.

Sí, pensó, desde luego que pertenecía a otro mundo... al de la nobleza rural. Ciertamente había hecho un matrimonio muy ventajoso.

La vio extender un brazo y dar un paso hacia él para indicarle con más facilidad lo que le señalaba.

—Aquello de allí es Hyacinth Cottage —dijo—. Allí vivimos. La casa siempre me ha parecido muy pintoresca. Pasamos momentos de incertidumbre cuando mi padre murió, ya que solo constaba él como arrendatario. Pero Bertie, el barón Renable, tuvo la amabilidad de arrendárselo a mi madre y a Eleanor de por vida.

—¿Pensando que usted no les sobreviviera? —preguntó.

La señora Derrick bajó el brazo.

—Aún estaba casada con Oscar —contestó—. Su muerte era impredecible, por supuesto, pero aunque no hubiera sido ese el caso, supongo que Bertie habría pensado que me quedaría con su familia.

—Pero ¿no lo hizo?

—No.

Contempló Hyacinth Cottage desde la distancia. Era una casa bonita, con su tejado de paja y su extenso jardín. Parecía una de las casas más grandes del pueblo, un hogar adecuado para un caballero de nacimiento, aunque hubiera ejercido de maestro de escuela.

La señora Derrick, que estaba de pie y en silencio a su lado, se echó a reír por lo bajo.

Giró la cabeza para mirarla.

—¿He vuelto a hacer algo que le resulte gracioso, señora Derrick? —preguntó.

—La verdad es que no. —Le sonrió—. Pero acabo de darme cuenta que Hyacinth Cottage parece una casita de muñecas desde aquí arriba. Seguramente cabría en un rinconcito del salón de su casa.

—¿Se refiere a Lindsey Hall? —puntualizó—. Lo dudo mucho. Calculo que debe de haber cuatro dormitorios en la planta alta y otras tantas estancias en la planta baja.

—Entonces quizá en un rinconcito de su salón de baile.

—Quizá —convino, aunque lo dudaba. No obstante, la idea era graciosa.

—Si seguimos por el sendero que rodea el lago a este paso, puede que todavía queden pastas con las que acompañar el té de la tarde.

—En ese caso será mejor que nos pongamos en marcha.

—Es posible que no quisiera caminar hasta tan lejos —dijo ella—. Tal vez prefiera regresar por donde hemos venido en lugar de acompañarme.

Ahí estaba... su oportunidad de escapar. No supo por qué no la aceptó. Tal vez porque no estaba acostumbrado a que lo despacharan.

—No estará intentando deshacerse de mí por casualidad, ¿verdad, señora Derrick? —preguntó al tiempo que aferraba el mango del monóculo y se lo llevaba al ojo para observarla a través de la lente, solo porque sabía que el gesto le molestaría.

No obstante, ella se echó a reír.

—Simplemente he pensado que tal vez esté acostumbrado a ir a caballo a todas partes o a que lo lleven en carruaje —contestó—. No quiero ser la culpable de que le salgan ampollas en los pies.

—¿Ni de que llegue tarde a la cena? —Bajó el monóculo y lo dejó colgando de la cinta—. Es usted muy amable, señora, pero no la culparé de cualquier posible desastre.

Señaló con una mano el camino que descendía por el otro lado de la colina. Según comprobó, seguía discurriendo en paralelo a la orilla del lago durante un tramo antes de volver a desaparecer entre los árboles.

La señora Derrick hizo varias preguntas mientras caminaban. Le preguntó por Lindsey Hall, en Hampshire, y también por sus otras propiedades. Pareció muy interesada en la propiedad que tenía en una remota península de Gales, cerca del mar. Le preguntó por sus hermanas y hermanos, y después, cuando se enteró de que estaban todos casados, le preguntó por sus cónyuges y sus hijos. Cayó en la cuenta de que estaba hablando más de lo habitual sobre sí mismo.

Una vez que salieron de la arboleda, descubrió un bonito puente de piedra emplazado sobre un riachuelo cuyas aguas descendían con rapidez entre sus escarpadas orillas de camino al lago. Se detuvieron al llegar al centro y contemplaron el reflejo del sol en el agua. La señora Derrick se apoyó en el pretil. Los trinos de los pájaros inundaban el aire. Era una escena bucólica.

—Justamente aquí fue donde Oscar me besó por primera vez y me pidió que me casara con él —dijo ella en voz baja—. Ha pasado mucha agua por debajo de este puente desde aquella tarde... en más de un sentido.

No dijo nada. Esperaba que no le diera por soltar un sinfín de sandeces sentimentales sobre el amor y la enormidad de su pérdida. Sin embargo, cuando se giró para mirarlo, lo hizo muy deprisa y con las mejillas sonrojadas. Supuso que había olvidado por un momento con quién estaba... y agradeció enormemente que lo hubiera recordado al punto.

—¿Ama Lindsey Hall y sus otras propiedades? —preguntó ella.

Solo una mujer, una mujer muy sentimental, podría hacer semejante pregunta.

—«Amar» tal vez sea una palabra muy extravagante para referirse a un montón de piedras y un trozo de tierra, señora Derrick —contestó—. Me preocupo de que estén bien administradas. Cumplo mis responsabilidades con aquellos que viven de mis propiedades. Paso todo el tiempo que me es posible en el campo.

—¿Y ama a sus hermanos y hermanas?

Enarcó las cejas.

—«Amar» es una palabra utilizada por las mujeres, señora Derrick —respondió—, y en mi experiencia suele implicar tal abanico de emociones que es prácticamente imposible que contenga un significado. Las mujeres aman a sus maridos, a sus hijos, a los bebés y a sus perros; la última fruslería que se han comprado, dar paseos por el parque y la última novela que han tomado prestada de la biblioteca. También aman la luz del sol y las rosas. Yo he cumplido mi deber con mis hermanos, me he asegurado de que todos tengan un porvenir y un matrimonio feliz. Les escribo una vez al mes. Y supongo que moriría por cualquiera de ellos si alguna vez fuera necesario un sacrificio tan ostentoso y noble. ¿Eso es amor? La respuesta se la dejo a usted.

Ella lo observó en silencio durante un buen rato.

—Se refiere a las emociones de las mujeres con desdén —replicó—. Sí, amamos todas esas cosas que ha mencionado y muchas más. Creo que no querría vivir si mi vida no estuviera llena de amor por todas las cosas y por todas las personas que me rodean. No es una emoción que deba inspirar desdén. Es una actitud ante la vida completamente opuesta a la de aquellos que la ven como una sucesión de deberes que cumplir o de cargas que soportar. Es evidente que la palabra «amar» tiene un sinfín de acepciones, al igual que muchísimas palabras de nuestra preciosa lengua en constante evolución. Pero aunque digamos que amamos las rosas o amamos a los bebés, nuestras mentes y nuestros

corazones comprenden que la emoción no es la misma. Sentimos una inmensa alegría al contemplar una rosa perfecta. Nos da un vuelco el corazón al ver a un niño de nuestra sangre o de nuestra familia. Nadie conseguirá que me avergüence por la ternura que siento hacia mis hermanas o hacia mis sobrinos.

Tuvo la firme impresión de que acababa de ponerlo en su lugar. Sin embargo, tal como sucedía con las personas que discutían llevadas por la pasión y no por la razón, había tergiversado sus palabras. Le lanzó una de sus miradas más gélidas.

—Discúlpeme si me equivoco, pero ¿he dicho o insinuado que deba avergonzarse, señora Derrick? —apostilló.

Sus palabras habrían escarmentado a cualquier otra dama.

No así a la señora Derrick.

—Sí —afirmó tajante—, lo ha insinuado. Ha insinuado que las mujeres somos vanas y que fingimos amar cuando en realidad no conocemos el significado de esa palabra... Cuando, de hecho, esa palabra no tiene un significado verdadero.

—¡Vaya! —exclamó en voz baja, más molesto de lo que jamás se permitía estar—. En ese caso, tal vez deba disculparme, señora.

Se apartó del pretil y reemprendieron la marcha. El camino volvió a llevarlos entre los árboles, aunque en ese tramo podían contemplar el lago que estaban rodeando para poder llegar al punto de partida. La señora Derrick avivó el paso hasta llegar a la mansión.

—Bueno —le dijo ella con una sonrisa deslumbrante cuando entraron en el vestíbulo, rompiendo así el largo silencio que había dominado la última parte del paseo—, debo darme prisa si no quiero llegar tarde a la cena.

Se despidió de ella con una reverencia y la dejó correr —sí, «correr» era la palabra adecuada— escaleras arriba hasta que desapareció de su vista, tras lo cual emprendió el camino a sus aposentos. Al llegar a su destino le sorprendió descubrir que había estado fuera más de una hora. No se le había hecho tan largo. Debería haber sido así. Normalmente no le hacía ni pizca de gracia aguantar la compañía de alguien que no hubiera escogido con antelación... y eso incluía a todos los desconocidos.

El duque de Bewcastle no se sintió obligado a acompañarla a la diminuta habitación que le habían asignado, comprobó Christine con alivio. Posiblemente estaría contento después de haber sobrevivido a una hora tan tediosa, pensó mientras corría escaleras arriba, olvidando que Hermione había insistido en que correr no era una manera elegante de desplazarse de un lugar a otro.

Siguió corriendo hasta llegar a su habitación. No tardaría mucho en cambiarse de vestido para la cena, pero le quedaba muy poco tiempo.

Apenas daba crédito a lo que acababa de hacer. Se había dejado acicatear por un par de tontuelas, eso era lo que había hecho. Había salido a toda prisa de la mansión después del té para disfrutar de un poco de tiempo a solas, se había dado de bruces con el duque de Bewcastle —¡qué momento más bochornoso!— y después, justo cuando estaba a punto de escapar de él, se le había ocurrido la genial idea de ganar la apuesta en ese preciso instante, casi antes de que se hubiera hecho. Solo para demostrarse a sí misma que podía

hacerlo. Porque en ningún momento tuvo la intención de regresar corriendo para reclamar su premio. No necesitaba el premio ni ser la envidia de las jóvenes conspiradoras. En realidad, todo se debía a sus espantosos veintinueve años y al hecho de que todas las jovencitas, casi sin excepción, la hubieran mirado con lástima y desdén, como si fuera una anciana.

Le resultaba increíble haberlo hecho... y que él hubiera aceptado su compañía. Y que, una vez en la colina, asaltada por los remordimientos y después de ofrecerle la oportunidad de huir, él hubiera elegido continuar camino con ella.

Se alegraba enormemente de que la hora hubiera terminado. Jamás había conocido a un hombre más soberbio y frío. Había hablado de Lindsey Hall y de sus otras propiedades, de sus hermanos y de sus sobrinos sin el menor rastro de emoción.

Y después se refirió con desdén al amor cuando le preguntó por el concepto.

La verdad fuera dicha, ese hombre le resultaba fascinante de un modo un tanto aterrador. Y su perfil era espléndido... al igual que su físico. Deberían esculpirlo en mármol o en bronce, concluyó, y colocarlo sobre un alto pedestal en una avenida de su casa solariega para que las futuras generaciones de su familia pudieran contemplarlo con admiración y asombro.

El duque de Bewcastle era un hombre muy guapo y un regalo para la vista.

Se detuvo en mitad de su diminuta habitación y frunció el ceño. No, su atractivo no radicaba ahí. Oscar había sido un hombre guapo, tanto que quitaba el aliento. Fue su apostura lo que la conquistó nada más verlo. Hace nueve años fue la típica jovencita tonta. El aspecto físico lo era todo. Le bastó una mirada para caer rendida a sus pies. Lo único que importaba en aquel momento era su rostro. Las restantes cualidades que pudiera o no tener habían pasado totalmente desapercibidas a sus ojos.

No obstante, ya era mayor. No se movía a ciegas, los años le habían enseñado. Era una mujer madura.

El duque de Bewcastle era sin duda muy guapo, pese a la frialdad y la austeridad de su atractivo. Sin embargo, tenía algo más aparte del físico. La atraía desde el punto de vista sexual.

La simple idea, formulada en su mente, logró que se le endurecieran los pezones y que el deseo hiciera mella en su entrepierna.

¡Qué vergüenza!

¡Y qué peligro!

Ciertamente era un hombre peligroso, aunque no resultara patente a simple vista. Al fin y al cabo, no había intentado propasarse con ella en el bosque, ¿verdad? La idea era ridícula. Ni siquiera había intentado seducirla... lo que era todavía más ridículo. Ni había sonreído una sola vez.

Claro que, a pesar de todo, su cuerpo había reaccionado a la atracción sexual mientras paseaba a su lado.

Debía de tener la cabeza llena de pájaros para sentirse sexualmente atraída por el duque de Bewcastle, se dijo antes de reprenderse con severidad y sentarse delante del tocador, un hombre a quien podrían colocar tal cual en el susodicho pedestal de la avenida y pasar sin problemas por una estatua de mármol sin que nadie reparase en la diferencia.

En ese momento se llevó una mano a la boca para contener un grito. ¿Pájaros en la cabeza? Parecía que un pájaro hubiera intentado anidar en su cabeza. Tenía el pelo hecho un desastre, la nariz como un tomate y las mejillas parecían dos manzanas rojas después de haber estado expuestas al viento.

¡Madre del amor hermoso! Bromas aparte, ese hombre debía de estar hecho de mármol si había sido capaz de mirarla a la cara con esas pintas sin doblarse de la risa.

Mientras que su cuerpo palpitaba alegremente por el deseo sexual que le provocaba, el del duque debía de estar encogido a causa de la repulsión.

Avergonzada, aunque ya fuera demasiado tarde, cogió el cepillo.

Cuando por fin se metió en la cama esa primera noche, Christine se sentía muchísimo más a gusto en la fiesta campestre de lo que lo estaba antes de que comenzara y hasta justo después del té. Además de haber ido obligada, había comenzado de una manera desastrosa. Pero el éxito de haber conseguido que el duque de Bewcastle pasara una hora con ella le había hecho gracia y le había levantado el ánimo, pese a su decisión de no compartir su triunfo con las otras damas.

No obstante, sí lo compartió con Justin, con quien se sentó en el salón para tomar el té después de la cena. Le habló sobre la absurda apuesta y le contó lo fácil que le había resultado ganarla, aunque nadie más lo sabría jamás.

—Por supuesto que no fue una hora fácil —le aseguró—. Ahora entiendo por qué el duque de Bewcastle tiene reputación de frío. No sonrió ni una sola vez, Justin, y cuando le dije que me invitaron porque Melanie estaba histérica después de que Héctor lo invitara, ni se rió ni pareció contrariado.

—¿Contrariado? —replicó Justin—. ¿Bewcastle? Dudo mucho que sepa lo que significa la palabra, Chrissie. Seguramente crea que es su derecho divino asistir a cualquier fiesta campestre que le llame la atención.

—Pues no creo que eso suceda a menudo —comentó—. Que muchas fiestas campestres llamen su atención, quiero decir. En fin, dejemos de ser hirientes, ¿te parece? Me alegro mucho de haber ganado esa estúpida apuesta según mis condiciones. Ahora va puedo evitarlo durante los siguientes trece días.

—El se lo pierde y yo salgo ganando —replicó Justin con una sonrisa—. Me habría encantado verle la cara cuando te diste de bruces con él.

Sin embargo, fue otra cosa la que le aligeró el humor. Al final de la velada cayó en la cuenta de que había sobrevivido al momento que llevaba temiendo dos años, que no era ni más ni menos que volver a ver a Hermione y a Basil. De modo que comprendió que ya no tenía nada que temer y que podía ser ella misma, sin inhibiciones.

Había ido a Schofield Park con la intención de pasar desapercibida, de observar más que de participar, de evitar cualquier incidente y cualquier encuentro que pudiera hacerla objeto de rumores. Había ido, de hecho, con la intención de comportarse tal cual había intentado comportarse durante los últimos años de su matrimonio, antes de que Oscar muriera. En aquel entonces no sirvió de nada, por más que lo intentó, y tampoco había servido de nada durante las primeras horas de la fiesta campestre.

Se alegraba de que su plan hubiera fracasado tan pronto. Porque el fracaso la había llevado a hacerse una pregunta: ¿Por qué tenía que comportarse de un modo contrario a su naturaleza? Si sus vecinos supieran que Christine Derrick tenía pensado pasar dos semanas en una fiesta campestre sentada en un rincón y observando lo que sucedía a su alrededor, se morirían de la risa... Si acaso llegaran a creer semejante patraña, claro estaba.

¿Por qué tenía que comportarse de esa forma, o intentarlo al menos, por el mero hecho de que sus cuñados también estuvieran invitados a la fiesta? La opinión que tenían de ella no podía ser peor. Seguían odiándola, cosa que había quedado clara esa misma tarde. Pero ya se había librado de ellos, llevaba dos años siendo libre. Oscar estaba muerto y enterrado.

Podía volver a ser ella misma.

Era un pensamiento maravilloso y liberador, pese a la dolorosa sensación provocada por el recuerdo de Oscar —revivido con especial emotividad en el puente de piedra cercano al lago— y el encuentro con Hermione y con Basil. Sería ella misma.

De modo que pasó el resto de la noche jugando a las charadas, si bien al principio no la escogió ninguno de los equipos, al creer —o eso supuso ella— que debía mezclarse con los invitados de más edad. Al final la eligió un equipo al que le faltaba un miembro, puesto que Penélope Chisholm se negaba a participar aduciendo que era tan mala que todos le suplicarían que abandonara el juego en cuanto empezaran.

Ella no era mala jugando a las charadas ni mucho menos. De hecho, era uno de sus juegos de interior preferidos. Siempre le había encantado el desafío de comunicar una idea sin palabras y de tener que adivinar los gestos de otra persona. Se lanzó de lleno al juego con patente entusiasmo, y no tardó en estar acalorada y muerta de la risa, y en convertirse en la preferida de todos... al menos de su propio equipo, por supuesto.

Su equipo ganó con mucha ventaja. Rowena Siddings y Audrey, contagiadas por su entusiasmo, no tardaron en mejorar sus actuaciones, aunque Harriet King, que era un desastre en el juego, fingió estar aburrida y dijo que esas tonterías estaban muy por debajo de ella. El señor George Buchan y sir Wendell Snapes comenzaron a mirarla con admiración y aprobación. Al igual que el conde de Kitredgé y sir Clive Chisholm, que observaban el juego desde un rincón mientras animaban a los participantes.

El duque de Bewcastle también estaba observando con una expresión de supremo hastío en el rostro. Pero no reparó en él... salvo para fijarse en esa expresión, claro. Pese a su fama de bajar la temperatura de la estancia donde estuviera, no pensaba permitirle que la desanimara.

Cuando por fin se acostó, había aceptado por completo la idea de disfrutar de esas dos semanas y de olvidarse de todos los deberes con los que solía ocupar sus días.

Capítulo 5

A lo largo de los siguientes días Wulfric descubrió que la señora Derrick carecía de buenos modales.

La primera noche de la fiesta, cuando los invitados decidieron jugar a las charadas, se lanzó de cabeza al juego, se sonrojó y comenzó a reír a carcajadas en lugar de hacerlo con disimulo como el resto de las damas y a gritar respuestas sin temor a superar a los caballeros. Además, le importaba un comino hacer el ridículo cuando le llegaba el turno de hacer gestos.

Sin embargo y a pesar de que se había propuesto evitar la aburrida experiencia de observar el juego, descubrió que no podía apartar los ojos de ella. Era el tipo de mujer que resultaba guapa cuando estaba inmóvil, pero que se convertía en una belleza cuando se animaba. Y tal parecía que ese era su estado natural.

—Es imposible no admirarla, ¿verdad? —escuchó que le preguntaba con voz risueña Justin Magnus, que se había acercado sin que se diera cuenta—. Salta a la vista que carece del refinamiento que muchos miembros de la alta sociedad esperan encontrar en una dama bien educada. Recuerdo que mi primo Oscar se sentía muchas veces avergonzado por su comportamiento, igual que Elrick y que Hermione. Pero si le interesa mi opinión, Oscar fue afortunado por tenerla durante un tiempo. Yo siempre la he defendido a capa y espada, y siempre lo haré. No tiene término medio. A menos que se sea demasiado estirado, claro está.

Observó al joven a través del monóculo. No sabía si acababa de echarle una sutil reprimenda por ser demasiado estirado o si lo estaba tratando como a una especie de camarada del que se esperaba que reconociera que las mujeres sin término medio eran preferibles a las damas de modales refinados. De una manera o de otra, no le gustó en absoluto la familiaridad con que lo había tratado. Aunque Magnus fuera el hermano de Mowbury, apenas lo conocía de vista.

—Supongo que está usted hablando de la señora Derrick —replicó con la voz que utilizaba siempre que quería bajarle los humos a alguien—. Yo me limito a observar el juego.

Sin embargo, una verdadera dama no debería tener los ojos tan brillantes, ni ser tan alegre, ni... tener ese aspecto tan desaliñado cuando estaba en compañía de fa aristocracia. Sus cortos rizos se agitaban cada vez que se movía, y no había tardado mucho en perder toda la apariencia de elegancia y refinamiento. El hecho de que al final del juego estuviera el doble de guapa que al principio era una cuestión del todo irrelevante.

No debería comportarse de ese modo. Si ese había sido el comportamiento que había demostrado durante su matrimonio, tanto Derrick como los Elrick estaban en todo su derecho a sentirse ofendidos.

Le recordaba un poco a sus hermanas, reconoció a regañadientes, aunque carecía del aire aristocrática que siempre las había salvado de caer en la vulgaridad. Aunque no podía decirse que la señora Derrick fuera vulgar. Simple y llanamente, era una persona común y corriente. Pero claro, sus orígenes distaban mucho de la alta sociedad.

Eso sí, durante los siguientes días se comportó con más decoro. Pasó gran parte de su tiempo con Justin Magnus, con quien parecía compartir una estrecha amistad. Sin embargo, cada vez que la observaba con detenimiento —cosa que sucedía con más frecuencia de la debida— atisbaba en su rostro la misma inteligencia y jovialidad que vio aquella primera tarde en el salón. Pero nunca volvió a verla sola en un rincón. Su popularidad crecía entre los más jóvenes, un hecho de lo más extraño. Porque no era una jovenzuela. No debería retozar con los infantes.

La cosa cambió la tarde que fueron todos de excursión a las ruinas de un castillo normando situado a varios kilómetros de distancia de la mansión. Los carruajes estaban preparados en la explanada principal, al igual que lo estaban los invitados en espera de las instrucciones de lady Renable, que era la encargada de hacer las distribuciones. Sin embargo, llegado el recuento final se descubrió que faltaba una dama, y eso hizo peligrar el cuidadoso plan de emparejar a los invitados. La dama ausente era la señora Derrick, según señaló con voz gélida lady Elrick, cuyo tono sugería que deberían haberlo sospechado desde el principio. La buscaron durante un cuarto de hora, durante el cual lady Renable estuvo al borde del soponcio, hasta que por fin apareció.

En realidad, más que aparecer llegó a la carrera desde el lago con dos niños pisándole los talones, un chico y una chica, y otro en brazos.

—¡Lo siento muchísimo! —gritó alegremente y casi sin aliento mientras se acercaba—. Estábamos haciendo rebotar guijarros en el agua y perdí la noción del tiempo. Volveré en cuanto lleve a tus hijos a su habitación, Melanie.

Sin embargo, lady Renable dejó a sus retoños —cuya existencia él ignoraba hasta ese preciso instante— al cuidado de un lacayo y la señora Derrick, con un aspecto un poco desaliñado pero guapa de todas formas, subió a uno de los carruajes ayudada por Gerard Hilliers, su pareja para la excursión. Cinco minutos más, tarde ya estaban en marcha, y su comportamiento fue intachable durante el resto de la jornada, si bien acompañó a los caballeros en la subida hasta el parapeto del castillo mientras que las otras damas los aguardaban en el patio de armas, admirando las ruinas desde abajo. A decir verdad, el grupito de jóvenes al que acompañaba parecía muy animado. La situación habría sido inapropiada de ser ella más joven, pero puesto que no lo era y que era viuda, acabó por reconocer que su comportamiento no terminaba de ser escandaloso.

Aunque sí poco convencional y tal vez un tanto imprudente. Poco aristocrático.

Sin embargo, fue el quinto día cuando traspasó los límites del decoro. Tras la excursión al castillo tuvieron un día lluvioso, otro bastante gris, pero el sol acabó apareciendo finalmente. Alguien propuso un paseo hasta el pueblo para ver la iglesia y tomar refrescos en la posada, de modo que un buen número invitados se apuntó al plan.

Wulfric entre ellos. Le interesaban las iglesias antiguas. Y puesto que le resultaba imposible evitar que las damas más jóvenes lo agarraran por los faldones —en sentido figurado, menos mal—, buscó deliberadamente la compañía de dos de ellas —la señorita King y la señorita Beryl Chisholm— y se preguntó en que momento había enloquecido el

mundo. Las jovencitas, y otras que no lo eran tanto, llevaban años evitándolo, pero las dos que lo acompañaban se dirigían a él con una actitud claramente coqueta. Vio que la señora Derrick caminaba con los gemelos Culver, sobrinos de Renable, cogida de sus brazos. El trío reía a carcajadas y conversaba alegremente, aunque la distancia no le permitía escuchar lo que decían. La dama llevaba su inseparable bonete, uno de paja con el ala un poco caída por el paso del tiempo, aunque debía reconocer que le sentaba estupendamente. Se percató de que tenía tendencia a caminar con grandes zancadas como si tuviera energía a raudales... y como si nunca le hubieran dicho cómo debía comportarse una dama.

En primer lugar entraron en la iglesia y el vicario les ofreció una detallada visita guiada, ya que estaba muy bien informado acerca de la historia y el estilo arquitectónico del edificio, de modo que contestó a todas las preguntas que le hicieron, casi todas ellas formuladas por él. Después se trasladaron al cementerio, un lugar pintoresco y silencioso cuyo centro ocupaban dos vetustos tejos. El vicario les señaló las tumbas más ilustres, aunque las damas más jóvenes se mostraron impacientes por trasladarse a la posada. Lady Sarah Buchan dejó caer, después de acercarse a él, que si no se quitaba del sol en ese mismo momento y se refugiaba en algún lugar fresco, acabaría desmayándose por el calor en cuestión de minutos. Sin embargo, su hermano replicó que era una pánfila sin remedio y la tomó del brazo mientras le recordaba que estaban a la sombra de uno de los tejos y que el día no era tan caluroso.

Una de dos, o George Buchan desconocía lo que era la sutileza o era incapaz de reconocer los coqueteos de una mujer. O tal vez seguía considerando que su hermana era una niña pequeña. Fuera lo que fuera, se lo agradeció de corazón.

Y en ese momento, cuando llegaron al lugar reservado para la familia Renable y se reunieron en torno al solemne mausoleo con el respeto apropiado dejando que el vicario comenzara con su lección de historia, los interrumpió una voz infantil.

—¡Tía Christine! —chilló a pleno plumón un niño que atravesó el cementerio como una exhalación y se lanzó a los brazos de la señora Derrick, que lo alzó del suelo y lo hizo girar en el aire entre carcajadas, las suyas y las del niño.

—¡Robin! —dijo—, te has escapado del jardín, ¿verdad? Mamá te va a dar unos buenos azotes y papá ya está mirándote con muy mala cara. —Frotó la nariz del pequeño con la suya y lo dejó en el suelo—. Pero ¡qué recibimiento más maravilloso!

El vicario, ciertamente, los miraba con cara de pocos amigos. Una dama que debía de ser su esposa, y por tanto hermana de la señora Derrick, acompañada por una niña y un niño mayores que Robin, se acercó rápidamente al grupo con la clara intención de llevarse a su benjamín de vuelta a casa.

No obstante, algunas de las damas, aburridas a más no poder de estar entre las tumbas, le lanzaron exclamaciones y halagos al pequeño, que con sus rizos rubios y sus mejillas regordetas parecía más un bebé que un niño más crecido. Uno de los Culver le quitó la pelota que llevaba en una mano y se la lanzó a su gemelo por encima de su cabeza, retándolo a jugar. Cuando su hermano se la devolvió, Robin chilló y soltó una risilla mientras intentaba recuperarla alzando los brazos.

La inapropiada escena habría concluido al cabo de unos momentos. Uno de los gemelos le habría dado la pelota y le habría revuelto el pelo al pequeñín. Las damas se

habrían cansado de hacer aspavientos por lo guapo que era. El vicario habría dicho algo apropiado para calmar al niño, que habría regresado a su casa cogido de las manos de sus dos hermanos.

Sin embargo, la señora Derrick perdió los papeles... de nuevo. Al parecer, le gustaban muchísimo los niños y era capaz de ponerse a su nivel a la menor oportunidad. Así que se lanzó de cabeza al juego, con el ala de su bonete y las cintas al viento, atrapó la pelota cuando pasaba por encima de su sobrino. Todo ello entre alegres carcajadas.

—¡Robin! —exclamó, alejándose unos pasos a toda prisa ajena por completo al hecho de que estaba regalando a los espectadores una escandalosa imagen de sus tobillos—, ¡cógela!

Como era de esperar, al niño se le escapó la pelota, que siguió volando por los aires mientras sus manos daban una palmada. Sin embargo, se apresuró a correr tras ella, la cogió con una mano y se la devolvió a su tía. Pero dada la falta de coordinación propia de un bebé, la lanzó con fuerza y la pelota comenzó a subir... y a subir... pero no bajó. Porque se quedó firmemente encajada entre una de las ramas del tejo y el tronco.

El niño comenzó a mostrar todas las señales propias de un berrinche. Su padre pronunció su nombre con evidente enfado. Su hermano intentó distraerlo invitándolo a ver lo que acababa de hacer. Su hermana lo acusó de ser muy torpe. La señora Derrick se acercó al árbol. Y Anthony o Ronald Culver —era imposible distinguirlos— comenzó a subir por el tronco.

Llegados a ese punto, la escena aún podría haber concluido poco después. Y en realidad, los culpables de que se hubiera prolongado tanto no fueron otros que los gemelos. No obstante, aunque uno de ellos rescató la pelota y la arrojó de vuelta al suelo sin la menor dificultad, fue incapaz de hacer lo mismo con su propia persona. Por lo visto, la espalda de la chaqueta se le había trabado en una rama bastante gruesa y se quedó atrapado allá arriba.

Ronald —o Anthony— Culver habría subido a rescatar a su gemelo sin duda alguna. Sin embargo, mientras perdía un tiempo precioso burlándose sin piedad del atolladero en el que su hermano se encontraba, otra persona acudió al rescate. Y quedó patente que no era el primer árbol al que la señora Derrick había trepado en su vida.

Observó con sufrida resignación cómo la dama introducía la mano bajo la chaqueta de Culver para liberarlo de la rama. Pese a las carcajadas que la escena suscitó, fue una evidente exhibición de vulgaridad... por no mencionar la exhibición de piernas que todos pudieron ver.

Culver bajó al suelo de un salto y le ofreció su ayuda con gentileza a su salvadora. No obstante, ella rehusó y se sentó en la rama más baja desde donde saltó.

—Siempre que trepo un árbol —dijo con voz alegre y el bonete ligeramente torcido, los rizos alborotados, las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes—, se me olvida que tengo que volver a bajar. ¡Allá voy! —Y se dejó caer.

Y cayó.

Aunque parte de su vestido se quedó atrás...

Se escuchó el sonido del tejido al rasgarse cuando el vestido se trabó en otra impertinente rama, que le produjo un desgarrón en el costado desde el bajo hasta el talle.

A pesar de no ser quien más cerca se encontraba de ella, fue, el primero en llegar a su lado. Se colocó frente a ella para ocultarla a los ojos de los demás y mantuvo la mirada clavada en su rostro. Más adelante tuvo la sensación de que tal vez hubiera estado «pegado» a ella, porque ciertamente recordaba el calor que irradiaba su cuerpo y ese olor tan femenino que desprendía bajo el sol. Se quitó la chaqueta tan rápido como pudo, toda una hazaña debida a que su ayuda de cámara había empleado toda su fuerza e ingenio para colocársela, y la envolvió con ella mientras que la dama intentaba unir el desgarrón en la medida de lo posible.

La miró con seriedad a los ojos. Y ella le devolvió una mirada ¡risueña! Aunque era cierto que el rubor que le teñía las mejillas era más intenso que el que habría provocado el simple esfuerzo físico.

—Qué bochorno más espantoso y mortificante —dijo—. ¿No le parece raro que siempre acabe poniéndome en evidencia delante de la aristocracia, excelencia?

No, no le parecía raro en absoluto.

A su espalda se produjo un gran alboroto, pero lo obvió por completo y se limitó a enarcar las cejas.

—Christine —la voz del vicario se alzó por encima del barullo—, sugiero que entres en la vicaría y dejes que Hazel te atienda.

—Gracias, Charles, voy ahora mismo —accedió mientras lo miraba a él con expresión risueña—. El problema es que no sé si podré hacerlo decentemente. —Se había aferrado los extremos desgarrados del vestido con ambas manos, aunque era obvio que necesitaría cuatro pares más para cubrirse un poco...

—Permítame, señora —dijo él, que procedió a cubrirla con la chaqueta desde la cintura hacia abajo, intentando no rozarla, a fin de no empeorar su bochorno. Porque suponía que estaba avergonzada, como bien se merecía.

Sin embargo, no sirvió de nada. Era evidente que no podría caminar hasta la vicaría sin exponer bastante más que los tobillos y las piernas como había sucedido mientras trepaba al árbol.

—Agarre la chaqueta —le ordenó.

En cuanto lo obedeció, se inclinó y la alzó en brazos. Echó a andar hacia la vicaría sin dirigirles a los demás ni una mirada ni una palabra, y se preguntó cómo demonios se había metido en una situación tan ridícula y tan inusual en él. El grupo se apartó para abrirle paso... algo que por suerte no era nada inusual.

En ese momento no sentía ninguna compasión por la humanidad, mucho menos por la parte de la humanidad que llevaba en brazos.

Los niños echaron a andar dando brincos a su lado y el pequeñín les relató a sus hermanos lo que acababa de pasar como si no lo hubieran presenciado. Incluso imitó con gran acierto el sonido de la muselina al rasgarse...

—¡Ay, Dios mío! —exclamó la señora Derrick—. Debo de pesar muchísimo.

—En absoluto, señora —le aseguró.

—Lo veo un poco malhumorado —dijo ella—. Supongo que sus criados serán los encargados de realizar este tipo de tareas por usted.

—Por regla general las damas no suelen saltar desde los árboles, destrozándose los vestidos en el proceso, a mí alrededor ni alrededor de mis criados —replicó.

Eso la enmudeció.

Al cabo de un minuto llegaron a la vicaría. La esposa del vicario había tenido la previsión de armarse con un enorme mantel blanco con el que procedió a cubrir a su hermana nada más entraron en la casa y la dejó en el suelo de la cocina. La cocinera o el ama de llaves, no habría sabido decirlo, lanzó una exclamación sorprendida antes de volver a atender el guiso que tenía al fuego.

—Adiós a mi segundo mejor vestido de muselina, Hazel —comentó la señora Derrick—. Lloraré su pérdida. Era mi preferido y solo tenía tres años. Ahora tendré que ascender al tercero y por fin el cuarto subirá un puesto.

—Tal vez pueda remendarse —sugirió su hermana con más optimismo que sentido común—. Pero entretanto, enviaré a Marianne sin pérdida de tiempo a Hyacinth Cottage para que te traiga un vestido limpio y puedas regresar a Schofield Park. Los míos te quedarían demasiado grandes. Marianne, ve a casa de la abuela y dile, a ella o a la tía Eleanor, que te den un vestido para la tía Christine, ¿quieres, cariño? Espera arriba, Christine.

En ese momento la señora Derrick cayó en la cuenta de que no los había presentado y procedió a enmendar el error.

—Hazel, te presento al duque de Bewcastle —dijo—. Excelencia, mi hermana, la señora Lofter. Aunque supongo que debería haberle preguntado si deseaba conocerla, ¿verdad? En fin, ya es demasiado tarde.

La saludó con una reverencia, y la señora Lofter, que de repente parecía aterrada, hizo lo propio con evidente torpeza.

—Supongo que querrá reunirse con los demás en la posada —le dijo la señora Derrick, que comenzó a retorcerse por debajo del mantel y logró sacar su chaqueta para devolvérsela—. No tiene por qué sentirse obligado a esperarme.

—Aún así la esperaré, señora —repuso con un brusco asentimiento de cabeza—. Aguardaré fuera y la acompañaré hasta la posada.

Sin embargo, sus motivos para tomar semejante decisión le resultaron un misterio, ya que la dama había pasado la mayor parte de su vida en el pueblo y sería capaz de encontrar el camino con los ojos vendados. Durante la media hora de espera, se entretuvo primero poniéndose la chaqueta como pudo, ya que no contaba con la asistencia de su ayuda de cámara, y después manteniendo una incoherente conversación con el vicario. Entretanto, el hijo mayor del susodicho correteaba por el jardín con su hermano a cuestas.

La señora Derrick salió por fin ataviada con un vestido azul claro que, a juzgar por las costuras, tal vez fuera azul oscuro cuando se confeccionó. Cerca del borde se distinguía un remiendo muy bien disimulado pero evidente de todas formas, un posible indicio de que la prenda había sufrido algún accidente en el pasado. Se había peinado y llevaba el bonete derecho. Tenía las mejillas sonrosadas y brillantes, como si se acabara de refrescar el rostro con agua.

—¡Ay, Dios! —exclamó, mirándolo—. ¡Me ha esperado!

Respondió al comentario con una rígida reverencia. ¿Cómo era posible que una criatura tan zarrapastrosa lograra no solo ser guapísima sino también parecer rebosante de vida?, se preguntó.

La vio girarse para asomar la cabeza por la puerta de la cocina.

—¡Me voy! —gritó—. Gracias por el agua y el jabón, señora Mitchell. Es usted un encanto.

¿¡Le estaba hablando a la criada!?

Su hermana salió en ese momento y se abrazaron. Al verlas, los niños corrieron para reclamar su correspondiente abrazo de despedida, aunque el mayor extendió la mano derecha, avergonzado, y ella le dio un apretón entre carcajadas. Se despidió de la misma manera del vicario, aunque añadió un beso en la mejilla y todos juntos, la troupe al completo, rodearon la casa en dirección al jardín delantero para despedirse de ella agitando las manos, si bien la posada estaba a dos minutos escasos a pie.

La escena fue asombrosa.

—Jamás comprenderé cómo me las arreglo para meterme en estos berenjenales tan espantosos —dijo la señora Derrick después de aceptar el brazo que le había ofrecido—. Pero así soy yo. Y siempre lo he sido. Hermione, que intentó convertirme en la dama perfecta después de la boda, acabó desesperada. Oscar llegó a creer que lo hacía adrede para avergonzarlo. Pero no lo hago a propósito.

Se limitó a guardar silencio mientras ella proseguía.

—Aunque supongo que si hubiera esperado un poco —siguió—, Anthony Culver habría acudido al rescate. ¿No cree usted?

—Efectivamente, señora —respondió con brusquedad.

En ese momento la escuchó soltar una carcajada.

—En fin —dijo—, al menos ninguno de los invitados de Melanie y Bertie me olvidarán en una buena temporada.

—Yo diría que no lo harán —concedió.

En ese momento entraron en la posada y al punto la rodeó un grupo entre cuyos integrantes estaban Justin Magnus, su hermana pequeña y los gemelos Culver. Todos la saludaron como si fuera una especie de heroína, si bien un tanto cómica. Las risas se sucedían sin pausa, incluidas las de la recién llegada. Al menos, tuvo que reconocer, se tomaba bien las cosas.

Sin embargo, cuando la mañana llegaba a su fin se vio obligado a admitir que carecía de buenos modales. Y si sus palabras eran sinceras —y ya había demostrado en anteriores ocasiones que decía la verdad—, el desastre del tejo no era un episodio esporádico en su vida.

Tendría que cuidarse y guardar las distancias con ella durante el resto de su estancia.

Aún así y a pesar de que comenzaba a confundir al resto de las damas más jóvenes en su mente, descubrió que pensaba más de la cuenta en la señora Derrick. Tenía unos ojos preciosos y una cara bonita y alegre —aunque las pecas y el bronceado estropearan el efecto— capaz de transformarse en una belleza deslumbrante cuando reía o se enzarzaba en alguna actividad física extenuante. Poseía unos tobillos delgados, piernas torneadas y una figura agradablemente curvilínea.

Y no fue ni mucho menos el único en notarlo. Pronto se convirtió en la preferida de la mayoría de los caballeros. Era difícil explicar su atractivo con palabras, porque no era ni elegante ni refinada... ni joven.

Pero poseía una especie de chispa, de jovialidad, de vitalidad arrolladora, de...

Poseía atractivo sexual.

Para colmo y según tenía entendido, estaba a dos velas tal cual rezaba la expresión. Gracias a una pregunta dirigida a Mowbury, había descubierto de forma fortuita que el marido dilapidó su fortuna en los últimos años de su vida en las mesas de juego y la dejó con una mano delante y la otra detrás al morir en un accidente de caza en la casa solariega de Elrick. Al parecer, el vizconde se hizo cargo de las cuantiosas deudas de su hermano, que no así del cuidado de su viuda. Su segundo mejor vestido mañanero, que había acabado desgarrado y no tenía arreglo alguno, tenía tres años... nada más. Y no tenía precisamente muchos con los que reponerlo.

No le hacía ni pizca de gracia saberse atraído por una mujer que carecía por completo de las cualidades que admiraba en una fémina. De hecho, le molestaba profundamente descubrirse imaginando lo que sentiría si se acostaba con ella. Porque no tenía por costumbre mirar a las damas, ni a las mujeres en general, con ideas lujuriosas.

Pero se sentía atraído por la señora Derrick.

Y se preguntaba qué sentiría...

❧

El día del desastroso accidente del cementerio, Christine regresó a Schofield Park, caminando con Justin.

—Habéis tenido que esperar muchísimo tiempo en la posada —dijo—. Pero te agradezco mucho que lo hayas hecho, Justin. ¿Lo sugeriste tú? Si no me hubierais esperado, habría tenido que hacer todo el camino de vuelta con el duque de Bewcastle.

—Pensaba que a partir de este momento lo verías como una especie de caballero de brillante armadura —replicó él con una sonrisa.

—No he pasado tanta vergüenza en la vida —confesó—. Si por lo menos él se hubiera quedado en la mansión y no hubiera presenciado la espantosa escena, no me parecería tan bochornosa. Justin, ni siquiera me alentó con una sonrisa ni con una palabra de consuelo. No me importa que os hayáis reído de mí dadas las circunstancias, yo misma lo habría hecho de haberle sucedido a otra persona. Y al final yo misma he acabado riéndome. Pero, aunque se ha comportado en todo momento de forma intachable y caballerosa y le estoy muy agradecida por la rapidez con la que reaccionó, estaba malhumorado y he tenido la sensación de que me trataba como a un trapo. Ojalá me hubiera tragado la tierra. Si él no hubiera estado en el cementerio, me habría agarrado el vestido como buenamente hubiera podido y habría buscado refugio en la vicaría tranquilamente, sin que mi dignidad se resintiera.

—Ojalá te hubieras visto, Chrissie —replicó Justin, incapaz de contener la risa.

—Me lo imagino perfectamente, gracias —le aseguró antes de estallar otra vez en carcajadas.

¡Ay, Dios mío!, pensó. ¡Ay, Dios mío! Cuando se colocó frente a ella y la miró tan serio a los ojos mientras ocultaba su estado de semidesnudez ante las atónitas miradas de los demás, su cuerpo reaccionó de tal forma a su cercanía que dio las gracias por poder disimular dicha reacción con el bochorno por su aspecto y los intentos por cubrirse. ¡Lo había olido! Llevaba una colonia almizclada e indudablemente carísima. Y el calor que irradiaba su cuerpo la asaltó como si fuera un horno al rojo vivo.

Menos mal que Justin no se había percatado de nada de eso.

Ciertas cosas era mejor ocultárselas incluso a los mejores amigos.

No era sensato, ni elogiable desde luego, suspirar por un hombre a quien despreciaba con todas sus fuerzas.

Le encantaría poder escaparse a su diminuto dormitorio un rato cuando llegaran a la mansión. En realidad, le habría encantado que dispusiera de un abismo sin fondo al que poder arrojarse y así desaparecer. Pero las jovencitas que habían presenciado su humillación no iban a permitirle una huida fácil.

—Yo no habría sido capaz de ponerme en evidencia de esa manera tan escandalosa ni por todas las apuestas del mundo —afirmó lady Sarah con desdén después de citarla en la salita amarilla junto a todas las demás.

—Y si piensa que ya ha ganado, señora Derrick —añadió Miriam Dunstan-Lutt con evidente resentimiento—, voy a tener que llevarle la contraria. Desde que llegamos a la posada hasta que usted apareció con el duque de Bewcastle solo transcurrieron cincuenta minutos. Yo misma controlé el paso del tiempo en el reloj que había sobre la puerta. Además, estuvieron acompañados prácticamente todo el rato por el vicario, su esposa y sus hijos, y no a solas.

¡Otra vez la dichosa apuesta!

—Me alegro de no tener que darte el dinero hoy, prima Christine —dijo Audrey con tirantez—. Porque nadie me ha dado todavía su guinea.

—Yo creo que deberíamos compadecernos un poco de la señora Derrick —les recordó Harriet King, aunque su voz no tenía nada de compasiva—. Supongo que la esposa del vicario ha debido de sacar ese vestido del baúl de los trapos.

—Pero el remiendo del bajo está tan bien hecho, Harriet —apostilló lady Sarah con voz almibarada—, que es casi imperceptible.

—Sin embargo —intervino Rowena Siddings—, hay que admitir que la escena del cementerio ha sido impagable. Jamás me he reído tanto. Ojalá se hubiera visto la cara cuando aterrizó, señora Derrick. —Prorrumpió en carcajadas y las demás, salvo por las notables excepciones de la señorita King y de lady Sarah, se unieron.

Christine, a falta de otra cosa que hacer puesto que prefería no enzarzarse en una disputa encarnizada, se rió... de nuevo. Claro que reírse de una misma perdía la gracia al cabo de un tiempo.

La conversación tomó otros derroteros y acabaron discutiendo acerca de las condiciones para ganar la apuesta.

Las damas de más edad, que no las habían acompañado al pueblo, se hicieron eco del incidente poco después —habría sido un milagro de proporciones épicas si hubiera pasado sin pena ni gloria—. Lady Mowbury no le planteó el menor problema. La invitó a sentarse a su lado en el salón antes de la cena para que le contara su versión de la historia; cosa que hizo, aunque con un considerable embellecimiento de los hechos.

Tanto lady Chisholm como la señora King obviaron el tema y mantuvieron las distancias, tal vez temiendo que la aquejara algo contagioso que pudiera impulsarlas, en el momento menos pensado, a saltar desde los árboles, dejándose la mitad del vestido.

Hermione se sentó a su lado cuando lady Mowbury comenzó a hablar con otro invitado y Basil se colocó frente a ella. Era la primera vez desde su llegada que se habían acercado a ella y que demostraban la intención de hablarle.

—Supongo que era demasiado pedir que te comportases con un mínimo de decoro durante dos semanas, Christine —susurró Hermione con tirantez.

—Y ni siquiera ha pasado una semana desde que llegamos... —señaló Basil.

—¿No eres capaz de demostrarle respeto a la memoria de mi cuñado? —preguntó Hermione con voz temblorosa—. ¿Ni a nosotros?

—Para colmo, obligaste a Bewcastle, nada más y nada menos, que acudiera a rescatarte —añadió Basil—. Aunque no sé por qué me sorprendí cuando me relataron el incidente, la verdad.

—¿¡Qué pensará ahora de nosotros!? —preguntó Hermione, que parecía sinceramente nerviosa, al tiempo que se llevaba un pañuelo a los labios.

—Yo diría que piensa lo mismo que ayer y que anteayer —respondió ella al tiempo que un intenso rubor le cubría las medias—. Y que la opinión que tiene de mí ha caído en picado. Sin embargo, como estoy segura de que, para empezar, tampoco me tenía en alta estima, no creo que pueda caer mucho más bajo. No voy a permitir que esta cuestión me robe el sueño, la verdad.

El comentario fue lo más ridículo que había dicho y hecho en todo el día, no le cabía la menor duda, porque era fruto del enorme enfado que la embargaba. El incidente al que se referían sus cuñados ya era suficientemente bochornoso de por sí, pero no tanto como para robarle el sueño o el apetito. La animosidad que los movía, eso sí, era otro cantar. Hubo un tiempo en el que fueron amables con ella. Le habían mostrado simpatía. Era posible que Hermione incluso le hubiera tomado afecto. Por su parte solo había existido cariño hacia ellos. Había intentado con todas sus fuerzas amoldarse a su mundo, y durante los primeros años lo había conseguido. Intentó ser una buena esposa para Oscar y lo quiso con locura. Pero en un momento dado todo se desmoronó y en ese instante la trataban con amarga hostilidad. Ni siquiera quisieron escucharla después de la muerte de Oscar. Bueno, en realidad sí la escucharon pero se negaron a creerla.

—Supongo que has coqueteado con el duque de Bewcastle —aventuró Hermione—. No me sorprendería en absoluto porque es lo que estás haciendo con todos los demás.

Se puso en pie de un brinco y se alejó sin decir una sola palabra más. ¡La misma acusación de siempre! Y dolía tanto como de costumbre. ¿Por qué podían otras damas hablar con los caballeros, reírse con ellos, bailar con ellos y ser admiradas por mostrarse sociables mientras que a ella siempre la acusaban de coquetear? ¡Cuando ni siquiera sabía cómo hacerlo! A menos que lo hiciera de forma inconsciente, claro estaba. Además, de haber sabido cómo, jamás lo habría hecho durante su matrimonio. Porque se casó enamorada. Y aunque no lo hubiera estado, creía firmemente que una esposa le debía fidelidad absoluta a su marido. Jamás se le ocurriría coquetear con nadie a pesar de ser una mujer libre. ¿Para qué? Si deseara contraer matrimonio de nuevo, contaba con varias opciones bastante aceptables entre los caballeros de su entorno. La cuestión era que no quería volver a casarse.

¿Cómo era posible que alguien, aunque fuera Hermione, pudiera creerla capaz de coquetear con un hombre como el duque de Bewcastle?

Sin embargo, antes de que pudiera huir de la estancia y evitar de ese modo al resto de los invitados durante la cena, Melanie la tomó del brazo y le sonrió con cariño.

—Christine —le dijo—, sé que si hay un niño aburrido, tú lo entretendrás, y que si alguien necesita ser rescatado, serás tú quien acuda en su ayuda aunque eso implique trepar a un árbol. Si te digo la verdad, creí que iba a sufrir una migraña cuando me contaron lo sucedido. Pero a Bertie le dio por reír a mandíbula batiente cuando Justin se lo contó. Hasta Héctor, el bueno de Héctor, lo encontró desternillante. Así que decidí seguir sus ejemplos. Te aseguro que no podía parar de reír, y te pido por favor que no me mires ni de reojo ahora mismo o estallaré en carcajadas de nuevo. Solo Hermione y Basil, los muy tontos, se negaron a verle la gracia a la situación, aunque Justin les aseguró que lo hiciste de buena fe y que no buscabas convertirte en el centro de atención, mucho menos llamar la atención de Bewcastle. ¡Ojalá hubiera estado allí para verlo!

—Si quieres, me marcharé a casa a hurtadillas y no volveréis a verme durante el resto de la fiesta —sugirió—. Espero que me perdones, Melanie.

Melanie se limitó a darle un apretón en el brazo y a decirle que no fuera tonta.

—Christine, querida —replicó—, tú relájate y disfruta. Te he invitado precisamente para eso; para que no estés tan ocupada durante dos semanas. Lástima que tuviera que ser el duque de Bewcastle quien acudiera en tu ayuda, pero no vamos a preocuparnos más por eso. Seguro que lo olvida antes de que acabe el día y es posible que no vuelva a dirigirte la palabra durante el resto de su estancia.

—Eso sería un alivio —afirmó ella.

—Entretanto —siguió Melanie—, está claro que hay un buen número de caballeros que beben los vientos por ti, como siempre; el conde incluido.

—¿¡El conde de Kitredge!? —preguntó, sorprendida.

—¿Quién si no? —repuso su amiga y tras darle unas palmaditas en la mano a modo de despedida para proseguir con sus deberes de anfitriona, añadió—: Sus hijos ya están crecidos y está buscando una nueva esposa. Me atrevería a decir que podrías hacer otro brillante matrimonio si quisieras. Eso sí, prométeme ahora mismo que no volverás a trepar a un árbol mientras dure la fiesta.

«Otro brillante matrimonio.»

La simple idea bastaba para provocarle pesadillas.

No obstante, parecía que Melanie tenía razón en una cosa. Durante lo que restaba de día y a lo largo de los dos o tres siguientes el duque de Bewcastle evitó relacionarse con ella. Aunque ella tampoco hizo nada por cruzarse en su camino, por supuesto. La mera idea de que el duque, o cualquier otro invitado, pudiera pensar que había estado coqueteando con él...

Siempre que lo miraba —y, por molesto que le resultara, era incapaz de mantener la vista apartada de él más de cinco minutos cuando estaban en la misma estancia—, lo veía actuar con esa arrogancia y esa fría dignidad tan características de su persona. Cuando sus miradas se encontraban, cosa que sucedía con demasiada frecuencia, el duque se limitaba a alzar una ceja o las dos y a agarrar el mango de su monóculo, como si tuviera la intención de verificar el sorprendente hecho de que una simple mortal se hubiera atrevido a enfrentar su mirada.

Había acabado por odiar ese monóculo. Se entretenía imaginándose las cosas que podría hacer con él si tuviera la oportunidad. Como por ejemplo metérselo por la garganta y observar cómo le deformaba el cuello mientras se lo tragaba. Esa imagen se le ocurrió un día que estaba sentada en un rincón del salón, mientras intentaba recuperar su breve papel de espectadora satírica, y dio la casualidad de que sus miradas de encontraron en el preciso momento en el que llegaba a la parte más gráfica. De repente, descubrió que la estaba observando a través de la lente.

Y se vio obligada a admitir en su fuero interno que se sentía muy atraída por él.

Que se moría de curiosidad por saber qué sentiría si se acostaba con él.

La simple idea la dejó horrorizada. Pero ciertas partes de su persona totalmente ajenas a su control —la parte situada entre los muslos, por ejemplo— se despertaron, sacudidas por el influjo de la lujuria.

Detestaba al duque de Bewcastle con todas sus fuerzas. No, iba más allá. Lo detestaba a él como persona y también detestaba todo lo que él representaba. Pero reconocía que la asustaba, un poco al menos, si bien prefería que la estiraran en el potro hasta que sus miembros alcanzaran el doble de su longitud antes que admitir tan denigrante sensación ante otra persona.

A pesar de todo seguía preguntándose qué se sentiría en la cama con él y en según qué ocasiones su imaginación iba un poco más allá...

También en según qué ocasiones, se dijo, necesitaba urgentemente que un doctor le examinara la cabeza.

Capítulo 6

Wulfric no tardó mucho en comprender que las invitabas más jóvenes habían puesto en marcha algún tipo de reto en el que él estaba involucrado. A pesar de ser uno de los solteros más codiciados de Inglaterra, no era de los hombres que atraía a las jóvenes. Aún así, todas se pegaban a él casi cada insufrible minuto del día y utilizaban todas las artimañas imaginables para separarlo del grupo.

Cosa que no le hacía ni pizca de gracia.

Contraatacó adoptando una actitud más distante y fría cuando se encontraba en compañía de las damas y también relacionándose cuanto le era posible con los caballeros y los invitados de más edad. Dado que ya no podía hacer nada para evitar la fiesta, decidió que la utilizaría para aprender una lección. Esa era la consecuencia de haberse sentido solo y deprimido durante unos días muy tontos después de que el Parlamento clausurara sus sesiones. Jamás permitiría que le sucediera de nuevo.

Siempre había estado solo en lo que de verdad importaba. Al menos, desde los doce años, cuando lo separaron de sus hermanos y lo dejaron al cargo de dos tutores supervisados de cerca por su padre, quien, consciente de que se acercaba su muerte, quiso que su primogénito y heredero fuera instruido para sucederlo. Estaba solo desde los diecisiete años, cuando su padre murió y él se convirtió en el duque de Bewcastle. Estaba solo desde los veinticuatro, cuando Marianne Bonner lo rechazó de un modo especialmente humillante. Estaba solo desde que sus hermanos se casaron, todos en cuestión de dos años. Estaba solo desde que Rose murió en febrera.

Estar solo no era lo mismo que sentirse solo. Sentir compasión por sí mismo no tenía sentido. Como tampoco lo tenía asistir a la primera fiesta campestre que se cruzaba en su camino. Estar en compañía de otras personas solía ser mucho menos tolerable que estar solo.

Su irritación aumentó una tarde en concreto tras una larga cabalgada durante la cual lo apartaron del grupo principal en dos ocasiones, primero la señorita King y después la señorita Dunstan-Lutt, con sendos pretextos igual de ridículos, y en ambas ocasiones habría acabado perdido de no haber tenido un gran sentido de la orientación y un instinto de supervivencia incluso más desarrollado.

¿Estaban intentando tenderle una trampa para casarse con él?

La mera idea resultaba ridícula. Aunque no fuera lo bastante mayor como para ser el padre de las muchachas, así se sentía.

En lugar de seguir al resto del grupo de vuelta en la mansión, se escapó y atajó por el cenador tras el cual se extendía un largo paseo de hierba. Era un lugar pintoresco y aislado, con muretes de piedra que llegaban a la altura de las rodillas a ambos lados y flanqueado por dos hileras de laburnos cuyas ramas crecían sobre un emparrado abovedado. La impresión era la de estar en una especie de catedral gótica al aire libre.

Que en ese momento estaba ocupada, por cierto. La señora Derrick estaba sentada en uno de los muretes, leyendo lo que parecía una carta.

No lo había visto. Tal vez pudiera retroceder hasta el cenador sin hacer ruido y encontrar otro sitio por el que pasear, cosa que no pudo hacer en la otra ocasión junto al lago, cuando la dama se dio de bruces con él. Sin embargo, no retrocedió. Tal vez tuviera la desafortunada costumbre de carecer de modales en según qué situaciones, pero al menos no era tonta, y no suspiraba ni coqueteaba.

Se acercó, y ella alzó la cabeza y lo vio.

—¡Ah! —la oyó exclamar.

Volvía a llevar el bonete de paja con el ala caída. En realidad no la había visto con otra cosa en toda esa semana. Salvo por las cintas que llevaba atadas bajo la barbilla, la prenda carecía de adornos. Sin embargo, a ella le sentaba de maravilla. El resto de su atuendo consistía en un vestido de manga corta confeccionado en popelina a rayas blancas y verdes con el escote cuadrado y rematado por una puntilla de encaje, que ya había lucido en varias ocasiones. A diferencia de las demás invitadas, que se cambiaban de ropa varías veces al día y que casi nunca usaban el mismo vestido dos veces. La prenda no era nueva ni tampoco estaba a la última moda. Se preguntó si era su mejor vestido o el que acababa de ascender al segundo puesto.

Estaba muy guapa.

—No la molestaré, señora Derrick. —Inclinó la cabeza sin mover las manos, que tenía entrelazadas a la espalda—. A menos que le apetezca dar un paseo conmigo, por supuesto.

En un primer momento pareció sorprendida. En ese instante, sin embargo, lo miraba con esa expresión que lo intrigaba en la misma medida que lo irritaba en ocasiones. ¿Cómo era posible que se riera, que incluso lo hiciera a carcajadas, sin cambiar la expresión de su rostro?

—¿Ya ha vuelto de su paseo a caballo? —le preguntó—. Y supongo que ahora quiere escapar de las presiones humanas. Y aquí estoy yo para perturbar su soledad nuevamente. Sin embargo, en esta ocasión yo estaba antes que usted.

Al menos, se dijo, estaba con una persona que no le imponía constantemente su presencia en un intento por ganar cualquiera que fuera el reto que las jóvenes habían acordado.

—¿Le apetece pasear conmigo? —le preguntó a su vez.

Por un instante creyó que se negaría, y se alegró. ¿Por qué demonios iba a querer la compañía de una mujer que, en su opinión, ni siquiera debería haber sido invitada a la fiesta? Sin embargo, la vio mirar la carta, doblarla y guardarla en un bolsillo de su vestido antes de levantarse.

—Sí —contestó.

Y en ese momento se alegró de su respuesta.

Parecía haber pasado una eternidad desde la última vez que una mujer le calentó la sangre. Rose llevaba muerta seis meses. Todavía le sorprendía lo mucho que lamentaba su pérdida. Siempre había creído que lo suyo era un acuerdo de negocios muy satisfactorio más que una relación personal.

Era indudable que Christine Derrick, por alguna extraña razón, le calentaba la sangre. En ese mismo momento sus sentidos se agudizaron y fue muy consciente de la

cúpula de ramas que los cubría, del cielo azul que se veía entre las hojas y del tapiz de luces y sombras que el sol dibujaba en el largo paseo que tenían por delante. Fue muy consciente del calor de ese día estival, de la suave brisa en su rostro, de la intensa fragancia de la hierba y de las hojas. Los trinos de los pájaros reverberaban en el paseo, aunque ninguno fuera visible.

La señora Derrick echó a andar a su lado. El ala del bonete le ocultaba el rostro. Recordó que el día que pasearon juntos por el lago llevaba la cabeza descubierta.

—¿Ha sido agradable la excursión a caballo? —la escuchó preguntar—. Supongo que podría decirse que usted nació en la silla de montar.

—Eso habría sido un poco incómodo para mi madre —replicó y sus palabras le reportaron una fugaz visión de su rostro cuando giró la cabeza, para sonreírle con expresión traviesa—. Pero sí, gracias, la excursión ha sido agradable.

En realidad, nunca había entendido qué le veían en el hecho de cabalgar por pura diversión, aunque sus hermanos lo hacían con frecuencia... si bien «cabalgar» no era la palabra más apropiada para lo que hacían. Por regla general solían ir a galope tendido, saltando cualquier obstáculo que se cruzara en su camino.

—Ahora le toca a usted —dijo ella tras una pausa.

—¿Cómo dice?—preguntó.

—Yo he hecho una pregunta —contestó—, y usted la ha respondido. Quizá podría haber extendido su comentario describiendo la excursión, el destino y las estimulantes conversaciones que ha mantenido con el resto de los jinetes. Pero ha elegido responder con suma brevedad y sin ofrecer información útil. Ahora le toca a usted intentar entablar una conversación agradable.

Se estaba riendo de él una vez más. Nadie se había reído de él jamás. Por curioso que pareciera, le resultaba intrigante que se atreviera a hacerlo.

—¿Estaba leyendo una carta agradable? —replicó.

La pregunta le arrancó una carcajada alegre y sincera.

—¡Touché! —contestó—. Era de Eleanor, mi hermana mayor. Me ha escrito aunque solo está a un par de kilómetros de aquí, en Hyacinth Cottage. Es una escritora compulsiva de cartas, y también muy entretenida. Se encargó de dar mi clase de geografía en la escuela del pueblo dos días después de que yo me marchara y se pregunta cómo es posible enseñar algo a los niños si no dejan de hacer preguntas sobre cualquier tema imaginable, siempre que no esté relacionado con la lección del día, por supuesto. Ese es su secretillo. Los niños son muy listos y se aprovechan de los incautos que no saben qué hacer. Les echaré un buen sermón cuando regrese, pero se limitarán a mirarme con cara de no haber roto nunca un plato y yo acabaré riendo. Y ellos también se reirán. Y la pobre Eleanor jamás será vengada.

—Da clases en la escuela. —Era una afirmación, no una pregunta, pero la vio girar la cabeza para mirarlo una vez más.

—Ayudo un poco —contestó—. Al fin y al cabo, debo hacer algo. Por si no lo sabe, las mujeres debemos hacer algo si no queremos morir de aburrimiento.

—Me pregunto por qué no se quedó con Elrick y su esposa después de que su marido muriera —dijo—. Así habría seguido frecuentando el círculo social al que debió de acostumbrarse durante su matrimonio y habría encontrado más actividades y

entretenimientos de los que disfruta aquí. —Además, Elrick se habría encargado de que renovara su guardarropa durante esos dos años.

—Cierto, ¿verdad? —replicó ella, pero no profundizó en el rema.

No era la primera vez que eludía hablar de su matrimonio o de algo relacionado con él. Y ya se había dado cuenta de que los Elrick mantenían las distancias con ella, y viceversa. Tal vez no les cayera bien. Era probable que se hubieran llevado una decepción cuando Oscar se casó con ella y que no la hubieran acogido gustosamente en el seno de la familia. No sería sorprendente.

—Podría contarle más cosas de mi carta —continuó ella tras una breve pausa—, pero no debo monopolizar la conversación. ¿Pasa los veranos yendo de una fiesta campestre a otra? Sé que es frecuente entre la alta sociedad. Oscar y yo solíamos hacerlo.

—Esta es la primera a la que asisto en años —contestó—. Paso los veranos en Lindsey Hall. En ocasiones viajo por el país, inspeccionando mis otras propiedades.

—Debe de resultar extraño ser tan rico —comentó ella.

La vulgaridad del comentario hizo que enarcara las cejas. Las personas bien educadas no hablaban de dinero. Aunque en su caso lo extraño sería no ser rico. Saltaba a la vista que ella era pobre. A él le resultaría extraño ser pobre. Supuso que era una cuestión de perspectiva.

—Espero que eso no fuera una pregunta —replicó.

—No. —Soltó una carcajada. Su risa era ronca e incitante—. Le pido disculpas. No ha sido un comentario muy educado, ¿verdad? ¿No le parece un paseo precioso? Toda la propiedad lo es. Recuerdo que en una ocasión, cuando Oscar vivía, le pregunté a Bertie por qué no abría la finca al público para que todos los habitantes del pueblo pudieran pasear por aquí, al menos cuando la familia no estuviera en casa. El se limitó a gruñir y luego se echó a reír de esa manera tan suya antes de mirarme como si hubiera soltado algo tan descabellado que no merecía siquiera respuesta. ¿Lindsey Hall tiene mucho terreno? ¿Y sus otras propiedades?

—Sí —contestó—. Casi todas son extensas.

—¿Y permite que las personas disfruten de alguna de ellas?

—¿Permite usted que las personas entren en su jardín, señora Derrick? —preguntó a su vez.

Lo miró a la cara una vez más.

—Hay una enorme diferencia —contestó ella.

—¿La hay? —Esa era la clase de actitud que lo irritaba—. Estamos hablando de su casa, de su jardín o de su propiedad, de su dominio privado, del lugar donde se puede relajar y tener intimidad, donde puede tener espacio para sus necesidades privadas. No veo ninguna diferencia esencial entre su casa y la mía.

—Salvo el tamaño—señaló ella.

—Sí—convino.

Detestaba a las personas que lo hacían ponerse a la defensiva.

—Creo que debemos establecer que siempre estaremos en desacuerdo, excelencia. De otro modo, llegaríamos a los puños, y estoy convencida de que me llevaría la peor parte. Una vez más, es cuestión de tamaño.

Volvía a reírse de él... y tal vez también de ella misma. Al menos no era como esos desagradables cruzados que se sentían obligados a discutir hasta resultar ofensivos, sobre todo si el tema estaba relacionado con los privilegios de la aristocracia y las injusticias que sufrían los pobres. De hecho, todas sus propiedades salvo Lindsey Hall estaban abiertas a cualquier viajero que llamara a su puerta y pidiera permiso al ama de llaves para entrar. Era una cortesía muy extendida entre los terratenientes.

Las luces y las sombras jugueteaban sobre ella mientras caminaban. Su figura era muy agradable a la vista, volvió a comprobar. Su cuerpo era el de una mujer madura, no el de una jovenzuela delgada. Intentó formular en su mente las razones por las que le resultaba tan sumamente atractiva. Conocía a muchas damas mucho más hermosas y elegantes que ella, incluidas varias invitadas a la fiesta. Esa tez ligeramente bronceada y las pecas impedían tildarla de belleza. Además, llevaba el pelo corto y con frecuencia alborotado. Sin embargo, irradiaba una energía, una vitalidad, que le llamó la atención desde el principio. Estaba rodeada por un halo de luz y de alegría. Cuando estaba animada, cosa que sucedía con frecuencia, parecía brillar desde el interior. Daba la sensación de que amaba a todo el mundo... y casi todo el mundo la correspondía.

No obstante, jamás se le habría pasado por la cabeza la posibilidad de sentirse atraído por una mujer así. Sus gustos, o eso pensaba hasta entonces, se inclinaban más hacia la sutil elegancia y la sofisticación.

—Declinó usted unirse al paseo a caballo —comentó.

La señora Derrick le regaló una sonrisa.

—Debería darme las gracias por haberlo hecho —le aseguró—. Sé montar, si por montar se entiende subirse a lomos de un caballo y permanecer en la silla sin caerse. Al menos, nunca me he caído hasta ahora. Pero sea cual sea mi montura, ya puede ser el más dócil de los animales, pierdo la batalla nada más subir a la silla y en cuestión de minutos me encuentro deambulando sin rumbo en cualquier dirección salvo en la que yo deseo ir o en la que va el resto del grupo.

No hizo comentario alguno. Todas las damas eran consumadas amazonas. Y casi todas montaban con elegancia. Sí, debía dar gracias por que hubiera decidido quedarse en la mansión con su carta.

—En una ocasión salí a cabalgar por Hyde Park con Oscar, Hermione y Basil —prosiguió ella—. Gracias a Dios, solo fue en una ocasión. Íbamos por un sendero estrecho cuando vimos que un grupo de jinetes se acercaba a nosotros de frente. Oscar y los demás se apartaron respetuosamente y les cedieron el camino, pero mi caballo decidió ponerse de costado, bloqueándoles el paso, y allí se quedó, como si fuera una estatua. Mis compañeros se deshicieron en disculpas hacia el otro grupo, aunque yo no podía parar de reír. La escena me resultó graciosísima. Basil me explicó más tarde que los otros jinetes eran importantes funcionarios del Gobierno que cabalgaban en compañía del embajador ruso. No obstante todos se tomaron el incidente muy bien, y el embajador incluso me mandó flores al día siguiente. Pero Oscar no volvió a pedirme que saliera a cabalgar con él mientras estuvimos en Londres.

Clavó la mirada en su bonete y se imaginó a la perfección la vergüenza que debieron sentir sus acompañantes. ¿Y ella se quedó allí sentada mientras se reía? Sin embargo, lo más raro del asunto era que al imaginarse la escena, al imaginársela sentada en su caballo

petrificado, riéndose a carcajadas y ganándose la admiración del embajador ruso, tuvo deseos de echarse a reír. Debería sentirse horrorizado. Debería dar por confirmada su opinión de que carecía de buenos modales. En cambio, ansiaba echar la cabeza hacia atrás y estallar en carcajadas.

No lo hizo. Se limitó a fruncir el ceño y a seguir adelante.

Al cabo de un momento se percató de que estaban llegando al final del paseo. Llevaban unos minutos caminando en silencio. Un silencio en absoluto incómodo, al menos no para él, pero de repente pareció envolverlos cierta tensión, cierta percepción que debía ser mutua.

¿Sería posible que se sintiera atraída por él en la misma medida que ella lo atraía? Ciertamente no había hecho nada extraordinario para seducirlo. No coqueteaba. No era una coqueta. Pero ¿se sentía atraída? Por regla general y hasta donde él sabía, las mujeres no solían encontrarlo atractivo. Su título y su fortuna tal vez lo fueran, pero su persona no. Tal vez estuviera avergonzada por el silencio.

—¿Le parece que continuemos? —le preguntó al tiempo que señalaba con la mano los escalones de piedra del final del paseo—. ¿O prefiere regresar a la mansión? Creo que corremos el riesgo de perdernos el té.

—En las fiestas campestres se come y se bebe en exceso —respondió ella—. Ahí arriba hay un laberinto espléndido. ¿Lo ha visto ya?

No lo había visto. No le veía el atractivo a un laberinto, pero no quería regresar a la mansión. Quería pasar un poco más de tiempo en contacto con su luz, su vitalidad y su risa. Quería pasar más tiempo con ella.

Desde el último escalón se veía un prado verde salpicado de árboles que se perdía en la distancia. El laberinto del que ella había hablado se encontraba cerca de donde estaban. Los setos alcanzaban una altura de unos dos metros y estaban podados cuidadosamente para parecer muros verdes.

—Le echo una carrera hasta el centro —lo retó cuando se acercaron al laberinto mientras se giraba para mirarlo con expresión traviesa. De hecho, no solo había girado la cabeza. Se había colocado frente a él y mantuvo la distancia caminando deprisa hacia atrás.

—¿De verdad? —Enarcó las cejas y dejó de andar—. Yo diría que conoce usted el camino señora Derrick.

—Lo descubrí hace tiempo —admitió—. Pero han pasado años desde entonces. Debe contar lentamente hasta diez antes de salir en mi busca, y yo contaré lentamente hasta diez cuando llegue al centro. Si paso de diez, habré ganado.

No le dio la oportunidad de negarse a participar. Transpuso a toda prisa la estrecha apertura del seto exterior, giró a la derecha y se perdió de vista.

Siguió un rato con la vista clavada en la entrada sin dar crédito a lo que estaba pasando. ¿Se suponía que debía corretear por un laberinto? ¿Estaba dispuesto a hacerlo? Sin embargo, no tenía alternativa, ¿verdad? Salvo que la dejara abandonada en el centro del laberinto contando hasta tres mil o más.

Uno... dos... tres...

¿Debería haberse negado?

Cuatro... cinco... seis... siete...

Nunca participaba en ese tipo de juegos.

Ocho... nueve...

Nunca participaba en ningún tipo de juego.

Diez.

Se adentró en el laberinto con expresión seria. Los setos estaban perfectamente podados. Eran altos y frondosos, de modo que resultaba imposible atisbar el centro ni el camino que llevaba hasta él. Supuso que una persona podría deambular durante un buen rato hasta encontrar el camino correcto. Al doblar una esquina le pareció vislumbrar sus faldas, pero era una mariposa blanca que cruzó frente a él antes de alzarse por encima del seto que tenía a la izquierda. Al doblar la siguiente esquina sí la vio, pero desapareció al instante y, cuando llegó a la abertura por la que había pasado, no había rastro de ella ni forma de saber qué camino había cogido.

Se percató de que el ambiente del laberinto era de total intimidad, como si el mundo real hubiera quedado atrás y no existiera nada más que los árboles, la hierba, las mariposas, el cielo... y la mujer ala que perseguía.

Se equivocó varias veces de camino, pero finalmente consiguió averiguar cuál era el diseño. Había que alternar los giros a la izquierda y a la derecha al llegar a las encrucijadas. En cuanto lo comprendió, tardó muy poco en llegar a su destino, si bien no consiguió alcanzar a la señora Derrick por el camino.

—Quince —dijo ella en voz alta cuando llegó al claro que conformaba el centro del laberinto, unos diez minutos después de haber entrado en él.

La estatua de alguna diosa griega se alzaba en el centro del lugar y a su lado había un banco de hierro forjado. La señora Derrick estaba apoyada en la estatua. Una diosa o tal vez una ninfa de carne y hueso, con las mejillas sonrojadas y un brillo triunfal en los ojos. Se acercó a ella.

—Podemos sentarnos un momento y descansar si lo desea —la escuchó decir—. Pero la vista no es nada del otro mundo.

—No, desde luego —reconoció tras echar un vistazo a su alrededor—. ¿Había algún premio? No lo mencionó después de lanzar su desafío.

—Bueno —dijo con una carcajada—, el triunfo de ser el vencedor es más que suficiente.

En ese momento apenas los separaba un paso y al parecer no teñían nada más que decirse ni tenían otra cosa que mirar salvo sus rostros. La sensación de intimidad se incrementó. Escuchó el zumbido de una abeja que debía de revolotear por allí cerca.

La vio morderse el labio inferior y se percató de que estaba aún más ruborizada que antes.

Aferró una de sus manos y la sostuvo entre las suyas. Estaba cálida y su piel era suave.

—En ese caso, me limitaré a admitir mi derrota —dijo y se llevó la mano a los labios.

Por alguna extraña razón, el corazón le latía tan deprisa que se sentía ligeramente mareado. Notó que a ella le temblaba la mano. La sostuvo contra sus labios más tiempo del necesario.

¿Habría sido necesario siquiera retenerla?

¿O sensato?

Al levantar la cabeza vio que lo estaba mirando con los ojos desorbitados y los labios ligeramente entreabiertos. Volvía a irradiar ese olor tan femenino bajo el sol.

Se inclinó hacia ella y la besó en los labios.

Al instante, el deseo y la sensación de intimidad lo asaltaron con fuerza.

Sus labios eran cálidos, suaves e incitantes. La saboreó, la acarició con la lengua, degustó la delicada carne que había tras sus labios, se dejó envolver por su calidez y se embriagó con su esencia. No soltó su mano en ningún momento, y tuvo la sensación de que parte del bloque de hielo en el que siempre había resguardado sus emociones comenzaba a derretirse y de que el agua tibia se filtraba hasta sus venas.

No supo si fue ella quien liberó su mano o si él la soltó. Fuera como fuera sucedió, y ella le arrojó los brazos al cuello al tiempo que él le pasaba uno por la cintura y otro por los hombros. Se estrecharon con fuerza. Ese cuerpo cálido, femenino y suave se pegó a él por completo.

La incitó a separar más los labios y le introdujo la lengua en la boca. Ella la rozó con la suya y después la chupó con fuerza.

Fue un beso largo y apasionado. No supo cuánto duró ni por qué se separaron. Pero acabaron separándose, y él levantó la cabeza, la soltó y retrocedió un paso.

Esos enormes ojos, tan azules como el cielo, lo miraron abiertos como platos, y de repente pensó que podría perderse en sus profundidades. Tenía los labios sonrosados y húmedos por el beso. Debía de haber estado ciego para no ver que era la mujer más hermosa que había conocido en la vida.

—Discúlpeme —dijo al tiempo que entrelazaba las manos a la espalda—. Le pido mil disculpas, señora.

Ella siguió mirándolo sin variar la expresión.

—No veo por qué —la escuchó decir en voz baja—. Al fin y al cabo no he dicho que no, ¿verdad? Aunque supongo que debería haberlo hecho. Y evidentemente no debería haberlo retado a entrar en el laberinto conmigo. En ocasiones no suelo pensar antes de actuar o de hablar. De hecho, tengo fama de todo lo contrario... Más bien debería admitir que soy famosa por ese hecho. ¿Le parece que regresemos a la mansión y comprobemos si nos han dejado un poco de té?

Al parecer, había recobrado la compostura porque la vio sonreír con expresión alegre... quizá demasiado alegre.

—¿Cuánto tiempo lleva Derrick muerto? —le preguntó.

—¿Oscar? —la sonrisa desapareció—. Dos años.

—Debe de haberse sentido muy sola durante esos dos años —comentó—, y también infeliz por haberse visto obligada a regresar a su pueblo natal para vivir con su madre y su hermana soltera.

Al enviudar había vuelto a su situación inicial. O tal vez fuera peor. Porque sabía lo que se estaba perdiendo.

—Todos tenemos que vivir nuestra vida —replicó ella al tiempo que se llevaba las manos a la espalda para apoyarse en la estatua—. La mía no es intolerable.

—Pero podría ser mejor —afirmó—. Yo podría ofrecerle algo mejor.

Escuchó sus propias palabras como si las estuviera diciendo un desconocido. No había pensado decirlas ni mucho menos. Sin embargo, no se retractaría aunque pudiera hacerlo, admitió con sorpresa. Aunque había recuperado el control, seguía excitándolo.

Sus miradas se encontraron. Se produjo un largo silencio durante el cual escuchó el zumbido de una abeja que se alejaba hacia el seto, y se preguntó de forma distraída si sería la misma de antes. La expresión de esos ojos azules era más reservada que la que tenían apenas un minuto antes.

—¿Usted lo cree?—preguntó finalmente.

—Podría ser mi amante —le ofreció—. La instalaría en su propia casa, con su propio carruaje, en Londres. No le faltaría nada. Ni ropa, ni joyas, ni dinero. La trataría muy bien en todos los sentidos.

Siguió mirándolo un buen rato en silencio.

—¿Y todo ello simplemente por estar disponible para usted en todo momento? ¿Disponible para acostarme con usted siempre que le apeteciera acostarse conmigo?

—Sería una posición de considerable prestigio —le explicó, por si acaso creía que le estaba ofreciendo la vida de una cortesana cualquiera—. Sería respetada y podría llevar una vida social tan activa como quisiera.

—Siempre y cuando no insista en acompañarlo a ningún evento de la alta sociedad— apostilló ella.

—Por supuesto. —Enarcó las cejas.

—Bueno, al menos eso sería un alivio —confesó.

La miró un buen rato. No había malinterpretado la naturaleza del beso y ella tampoco lo había hecho, no le cabía la menor duda al respecto. No había habido ni inocencia ni romanticismo. Además, ella ya no era una joven inocente. Había estado casada varios años. Su reacción, el anhelo que había demostrado, había tenido un claro tinte sexual. Seguramente sabía que no era un hombre dado a las aventuras ligeras con las mujeres, fuera cual fuera su posición social.

¿La había ofendido?

Su vida sería infinitamente mejor como su amante que como la ayudante del maestro del pueblo, obligada a vivir con su madre por su condición de viuda y por su pobreza. Le iría mucho mejor en el plano material. Y en el plano sexual también, por supuesto. Dos años de celibato debían de ser tan molestos para una mujer como para un hombre. Sin embargo, fue incapaz de interpretar su expresión mientras lo miraba a la cara.

Era imposible que hubiera esperado una proposición matrimonial...

—Una casa propia —dijo por fin—. Un carruaje. Joyas, ropa, dinero, entretenimientos... Y, lo mejor de todo, usted en mi cama de forma regular. Diría que es una oferta increíblemente halagadora. Pero me temo que tengo que rechazarla. Nunca he aspirado a convertirme en una puta.

—Señora, hay una enorme diferencia entre una puta y la amante de un duque —replicó con tirantez.

—¿La hay? —preguntó ella—. ¿Se refiere a que la puta se da un revolcón en un portal a cambio de un mísero penique y la amante hace lo mismo entre sábanas de seda a cambio de una pequeña fortuna? Sin embargo, tanto la una como la otra venden su cuerpo a

cambio de dinero. Yo no venderé el mío, excelencia, aunque le estoy muy agradecida por su amable oferta. Me siento honrada.

Esas últimas palabras fueron pronunciadas, evidentemente, con marcado sarcasmo. En ese momento se dio cuenta de que estaba enfadadísima, aunque el único indicio que la delataba era el tono que había utilizado y el ligero temblor de su voz. La vulgaridad de sus palabras lo había sobresaltado un poco.

—Discúlpeme. —Le hizo una reverencia formal y le indicó con la mano la abertura que había en uno de los setos—. Permítame que la acompañe de vuelta a la mansión.

—Preferiría que se quedara aquí y contara hasta diez muy despacio después de que me haya ido —replicó ella—. Me temo que el encanto de su compañía se ha esfumado.

Rodeó la estatua y se quedó de espaldas a ella hasta que estuvo seguro de que se había ido. Acto seguido se sentó en el banco.

Había malinterpretado las señales. Aunque había estado dispuesta a disfrutar de un beso lujurioso, no lo estaba para entablar una relación duradera con él... al menos no como su amante, y esa era la única posición que estaba dispuesto a ofrecerle. Por más que le pesara. Le había calentado la sangre y su sensación podía compararse con la del deshielo primaveral después de un largo y frío invierno.

Su rechazo lo había pillado por sorpresa. Porque era evidente que se sentía atraída por él, eso no lo había fingido. Además, le labia hecho una oferta muy generosa, sobre todo considerando su posición social y sus circunstancias económicas. Sí, en el pasado estuvo casada con el hijo de un vizconde, aunque no fuera el heredero. Y tal vez por eso, aunque fuera una viuda empobrecida que vivía con su madre y con su hermana en un pueblecito perdido, tal vez aspirase a algo más que a convertirse en la amante de un duque. Tal vez se hubiera llevado una decepción al escuchar que no tenía nada más que ofrecerle... aunque eso no era asunto suyo.

Esa tediosa fiesta campestre acababa de empeorar considerablemente, pensó. ¿Qué necesidad tenía de aguantar todo eso? Ninguna.

Evidentemente la culpa era solo suya. Su mente había pasado de una ligera atracción y un abrazo apasionado a algo muchísimo más serio. La de la dama no había seguido el mismo curso. No era habitual en él hablar de forma tan impulsiva sin reflexionar antes acerca de las posibles consecuencias de una idea. Al fin y al cabo, era la cuñada de Elrick, aunque ni el vizconde ni su esposa parecían querer saber nada de ella. Y también era la hija de un caballero, aunque el pobre hombre se hubiera visto obligado a convertirse en maestro de escuela.

Menos mal que había declinado la oferta. Y además, le desagradaba su comportamiento, ¿no?

Siguió sentado muy quieto, con la vista clavada en el seto, intentando nuevamente encerrar sus emociones en ese seguro bloque de hielo.

Capítulo 7

Christine giró en la dirección equivocada varias veces hasta que consiguió salir del laberinto dando traspiés. Una vez fuera bajó los escalones y echó a correr por el paseo de los laburnos que de repente parecía el doble de largo. Miró hacia atrás en un par de ocasiones, pero no la seguía. ¿Qué esperaba? ¿Que la persiguiera y la obligara a acatar sus deseos a golpe de monóculo?

Aminoró el paso. Lo habría hecho de todos modos, porque le dolía el costado.

«Podría ser mi amante. »

Lo más absurdo de todo era que al escucharlo decir que podría ofrecerle una vida mejor que la que llevaba en ese momento había pensado que se refería al matrimonio.

Aunque lo peor, la locura más absoluta, era el vuelco que le había dado el corazón. ¿Se podía ser más tonta?

¿Era posible que el duque de Bewcastle —¡el duque de Bewcastle!— quisiera casarse con alguien como ella? El quid del asunto era otro: ¿se casaría ella con alguien como el duque de Bewcastle?

La respuesta a ambas preguntas era un no tajante.

De modo que había sido una suerte, una enorme suerte, que le hubiera ofrecido algo totalmente distinto.

Cuando entró en el cenador se dio cuenta con pesar de que había alguien sentado. El alivio la invadió cuando vio que era Justin, que se puso en pie y se acercó a ella con una sonrisa en el rostro.

—¡Uf, me has asustado! —exclamó al tiempo que se llevaba una mano al corazón.

—¿De verdad? —Lo vio ladear la cabeza mientras la observaba con atención—. ¿Ha pasado algo que te haya molestado, Chrissie? Ven, siéntate conmigo y cuéntamelo.

En lugar de hacerle caso, se acercó a él y lo tomó del brazo.

—Aquí no —se apresuró a decir—. Vamos al otro lado de la mansión.

Justin le dio unas palmaditas en la mano para reconfortarla mientras caminaban.

—Te he visto pasear con Bewcastle —comentó—. Como me dijiste que ibas a leer la carta de tu hermana, aguardé lo que me pareció un tiempo razonable para que la disfrutaras, y vine en tu busca por si querías pasear conmigo. Pero llegué demasiado tarde, él se me adelantó. ¿Te ha insultado?

—No, por supuesto que no —negó con presteza y le regaló una sonrisa.

—Estás hablando conmigo, Chrissie —señaló Justin—. No puedes engañarme así como así, ¿recuerdas? Estabas muy agitada cuando entraste en el cenador. Y sigues estándolo.

Tomó aire y lo soltó muy despacio, con un suspiro. Justin llevaba siendo su amigo muchísimo tiempo, y había seguido siendo fiel en los tiempos difíciles. Podía confiarle su vida.

—Entramos en el laberinto y me besó —le explicó—. Eso es todo.

—¿Quieres que lo rete a duelo y le enseñe modales? —preguntó él, mirándola con una sonrisa torcida.

—Por supuesto que no. —Soltó una carcajada temblorosa—. Le devolví el beso. En realidad no ha sido nada.

—No tenía a Bewcastle por un mujeriego —comentó Justin cuando dejaron atrás el prado que había detrás del establo, y el huerto emplazado en la parte posterior de la mansión—. Pero puedo tener unas palabras con él si quieres, Chrissie. Es evidente que te ha molestado. No esperarás convertirte en su duquesa, ¿verdad?

—¡Justin! —volvió a reír—. Me ha ofrecido algo mucho más humillante. Me ha pedido que sea su amante.

Era humillante. Era degradante. No había sido su intención compartir esa humillación con nadie, pero de todas maneras se le había escapado.

Justin se detuvo y se giró hacia ella al tiempo que le soltaba el brazo. Estaba muy serio, cosa rara en él.

—¿¡Eso ha hecho!? ¡Por el amor de Dios! —le temblaba la voz de la furia—. Sí, no me extraña. Bewcastle no se rebajaría a casarse con alguien que no fuera una princesa por lo menos, no me cabe la menor duda. Pero ¡insultarte de esa manera! Es intolerable. Chrissie, mantente apartada de él. No es una persona agradable. No conozco a nadie a quien le caiga bien, ni que lo tolere siquiera. No es aconsejable relacionarse con gente como él. Voy a...

—¡Justin! —Lo tomó del brazo una vez más y lo obligó a seguir caminando—. Es un detalle precioso que te ofendas en mi nombre. No me he enfadado mucho... aunque reconozco que estoy un poco afectada. Por supuesto que no quiero ser su duquesa. ¿Quién en su sano juicio querría serlo? No quiero volver a casarme nunca. Estoy muy feliz con la vida que llevo. Y ten por seguro que no pienso exponerme a nuevos insultos. No hace falta que te preocupes por mí.

—Pero en ocasiones no puedo evitarlo —confesó él con un suspiro—. Sabes que te tengo mucho afecto. Llegaría incluso a proponerte matrimonio si supiera que ibas a aceptarme, pero como sé que no lo harías me conformo con ser tu amigo. Pero no esperes que me quede de brazos cruzados mientras otros hombres te insultan.

Esas palabras la conmovieron... y la avergonzaron. Le dio un apretón en el brazo.

—De verdad que ya estoy bien —dijo—. Pero me gustaría disfrutar de un poco de tranquilidad y aire fresco antes de volver a la mansión. ¿Te importa, Justin?

—Que nunca se diga que no capto una indirecta —contestó, con una sonrisa—. Te veré más tarde.

Eso era precisamente lo que siempre le había gustado de él, pensó mientras lo veía alejarse. Era su mejor amigo, pero nunca le impondría ni su presencia ni sus atenciones cuando deseaba estar sola. Sin embargo, lamentaba que en muchos aspectos dicha amistad no fuera mutua. Justin rara vez confiaba en ella o compartía sus cosas. Ya llegaría el momento, se dijo. Algún día necesitaría de su amistad y allí estaría ella para ofrecérsela.

Cuando por fin subió la escalinata y llegó a la puerta de su dormitorio, estaba exhausta. Agotada física y mentalmente. Aunque parecía que no iban a dejarla descansar todavía.

—¡Señora Derrick! —gritó una voz a su espalda. Cuando miró hacia atrás, vio a Harriet King en la puerta de su dormitorio y después vio la cabeza rubia de lady Sarah Buchan por encima de su hombro—. Por favor, venga.

Fue más una orden imperiosa que una petición, aunque podría haber hecho oídos sordos sin más. Pero ¿para qué? Había muy poca intimidad en una fiesta campestre. Si no iba en ese momento a ver lo que querían, tendría que soportarlas más tarde.

—Por supuesto. —Sonrió mientras entraba en la habitación, una espaciosa estancia orientada hacia la fachada de la mansión—. ¿Han disfrutado del paseo a caballo?

Todas las jovencitas estaban en la habitación de Harriet: lady Sarah, Rowena Siddings, Audrey, Miriam Dunstan-Lutt, Beryl y Penelope Chisholm y, cómo no, la misma Harriet.

—Debemos felicitarla —dijo Harriet con un deje acerado en la voz.

—Solo puedo darte cinco guineas del premio —le explicó Audrey—. El resto aún no lo han puesto. Felicidades, prima Christine. Aunque aposté por ti, confieso que en el fondo no esperaba que ganaras. De hecho, no creí que nadie pudiera hacerlo.

—Pues yo me alegro muchísimo de que alguien haya ganado —declaró Rowena con sinceridad—. Ahora puedo relajarme durante la segunda semana de la fiesta. Por mucho que me gusten los retos, os aseguro que la idea de pasar una hora completa en compañía del duque de Bewcastle no me ha dejado pegar ojo. Felicidades, señora Derrick.

—La hemos visto —explicó Beryl—. Penelope y yo. Acabábamos de llegar al cenador cuando el duque salió de él en dirección al paseo de los laburnos. Estábamos discutiendo quién de las dos debía seguirlo —o, mejor dicho, quién no— cuando vimos que se ponía a charlar con usted. Y después echaron a andar juntos por el paseo. El señor Magnus apareció poco después y nos demoramos un rato hablando con él. Usted no ha regresado hasta ahora, y eso que la hemos estado esperando. Ha pasado más de hora y media con el duque. Bien hecho. Estábamos deseando ganar la apuesta, ¿verdad, Pen? Pero al igual que a Rowena, el requisito para hacerlo no era santo de nuestra devoción.

—Yo no pasaría hora y media a solas con un caballero ni por todo el oro del mundo —afirmó Sarah, cosa extraña dada la naturaleza de la apuesta—. Sería una forma segura de perder la reputación.

—Siempre y cuando se tenga una reputación que perder, Sarah —apostilló Harriet, una indirecta en toda regla.

Todas comenzaron a hablar al unísono, y en cierta forma lo agradeció. Así tuvo la oportunidad de recuperarse de la sorpresa inicial. ¿Había alguien que no la hubiera visto pasear con el duque? ¿Por qué no había pensado ni una sola vez en la dichosa apuesta mientras estaba con él?

—Audrey, debes quedarte con el dinero —dijo—. Además de apostar por mí, aportaste mi guinea. Por tanto, el premio es tuyo. La verdad es que ha sido un reto de lo más tonto, ¿no os parece? Se me presentó la oportunidad de ganarlo cuando el duque de Bewcastle me encontró leyendo una carta en el paseo, y la aproveché. Me he pasado toda una hora parloteando, y creo que he estado a punto de matarlo de aburrimiento, lo mismo que me pasaría a mí si tuviera que repetir la experiencia. Así que, señoritas, acepto mi victoria.

Soltó una carcajada y miró a las muchachas con expresión radiante. Casi todas parecían aliviadísimas y encantadas de ceder sus guineas. Por supuesto, dos de ellas parecían furiosas y desencantadas, pero tanto lady Sarah como Harriet King eran un par de malcriadas que no merecían su compasión. Al fin y al cabo, no se había esforzado para ganar la apuesta. Resultaba irónico que la hubieran visto en esa ocasión y no en la anterior, cuando se propuso pasar una hora con el duque mientras regresaban a la mansión sin que nadie los viera.

—Harriet, Sarah, me debéis una guinea cada una —dijo Audrey.

Escapó poco después de ese comentario y se refugió por fin en su dormitorio. Era ridículo pensar que jamás había estado tan molesta en la vida, pero esa era la sensación que tenía.

«Podría ser mi amante. »

Cerró los ojos con fuerza y meneó la cabeza.

La había besado. Y ella le había devuelto el beso. Por unos instantes —tal vez por minutos u horas— se había dejado arrastrar por la pasión más intensa que había experimentado jamás.

Y después él le había pedido que fuera su amante.

¡Qué humillante!

—Le aseguro que Christine no es una coqueta —le dijo Justin Magnus a Wulfric.

Habían pasado dos días desde el desastre del laberinto. Durante ese tiempo ambos se habían evitado por todos los medios, aunque la experiencia no parecía haber afectado el ánimo de la señora Derrick. Todo lo contrario. Parecía haberse ganado el afecto de la mayoría de las jóvenes y la admiración de casi todos los jóvenes caballeros. Además, saltaba a la vista que Kitredge estaba enamorado de ella. A pesar de no tomar la iniciativa en ninguna de las actividades programadas, había acabado convirtiéndose en el alma de la fiesta. Allí donde la conversación fuera más alegre y se escucharan más carcajadas, estaba presente la señora Derrick.

Ciertas personas podrían tildarla de ser una coqueta.

En su opinión, resultaba evidente que no lo era. El magnetismo de su personalidad era genuino. E igual de genuino era su afecto por las personas.

—Ciertamente —replicó con voz tan gélida como le fue posible.

El grupo al completo caminaba en dirección a la colina cercana al lago para disfrutar de lo que lady Renable había descrito como «una merienda campestre improvisada», pero sospechaba que de improvisada no tenía nada. Magnus había decidido caminar a su lado.

—No es una belleza convencional, ni tiene talento ni es elefante —continuó el joven—, pero es atractiva. Ella no es consciente del efecto, pero cualquier hombre que se cruce con ella acaba bajo su irremediable influjo. Lo más extraordinario es que el efecto es similar en la mayoría de las damas. Así que, como ve, no se trata de coquetería, sino del extraordinario atractivo de su personalidad. Mi primo Oscar se enamoró de ella a primera vista e insistió en casarse con ella, a pesar de que podría haberse casado con cualquier mujer que quisiera. Tenía el físico de un dios griego.

—Qué afortunado para él...

Llegaron al claro que había junto al lago, el mismo lugar donde la señora Derrick se dio de bruces con él, y giraron hacia la colina. Aminoró el paso ligeramente con la esperanza de que Magnus se adelantara, pero parecía que tenía una misión que cumplir. No podía pasar por alto que era amigo de la señora Derrick. ¿Lo había enviado con un mensaje? ¿O había sido decisión propia? El hecho de haber acabado en la ridícula situación de tener que aguantar el sermón de un jovenzuelo era muy irritante.

—De modo que la admiración que le profesan Kitredge —continuó Magnus—, los Culver, Hilliers y Snapes es algo espontáneo que ella no ha alentado en absoluto.

—Supongo que tiene la intención de explicarme la importancia de dicha conclusión —replicó.

—Usted también la admira —afirmó su interlocutor—. Y tal vez crea que ha estado coqueteando con usted. O tal vez crea que ha estado coqueteando con todos los caballeros y que a usted en concreto intenta cazarlo. Cualquiera de las dos suposiciones sería errónea. Es el efecto de su carácter afable y trata a todo el mundo por igual. Si Oscar se hubiera dado cuenta, habría sido muchísimo más feliz. Pero quería que todas sus sonrisas y toda su atención fueran para él.

Alguien debería decirle a Magnus que abandonara el papel de paladín de su amiga, pensó. De forma inadvertida, parecía insinuar que la señora Derrick era incapaz de albergar sentimientos profundos por nadie, ni siquiera por un marido, y que repartía sus atenciones de forma indiscriminada y descocada. Que, de hecho, era una coqueta.

—Lo siento, pero mi interés por la felicidad o infelicidad de un hombre muerto es nulo —dijo al tiempo que acariciaba el mango del monóculo—. Si me disculpa...

Habían llegado a la colina y resultó evidente al punto que la merienda campestre había sido preparada de antemano. Había mantas extendidas en la ladera orientada al lago y unas cuantas sillas para los invitados de más edad. Junto a cada manta y cerca de las sillas había cestas con comida y bebida. Unos cuantos criados aguardaban entre los árboles, al pie de la colina, para atenderlos.

Acababa de entablar una conversación con Renable cuando se percató de que la señora Derrick estaba en la cima de la colina, con las cintas del bonete ondeando al viento, mientras le señalaba varios puntos a Kitredge... tal cual había hecho con él, aquella primera tarde. Se estaba riendo por algo que Kitredge había dicho.

Le molestaba que le hubiera ido con quejas a Magnus. Le molestaba sentirse culpable en lo concerniente a esa mujer. Porque hasta que la besó, sin que ella lo invitara, no había visto en su actitud nada que indicase que podría aceptar de buen grado sus atenciones o su oferta. Era evidente que le debía una disculpa.

Por regla general no solía ser ni impulsivo ni maleducado. Rara vez cometía un error o se exponía a que lo atacaran.

No volvería a suceder. Estaba muy molesto con Christine Derrick... tal vez porque sabía que ella no tenía la culpa de nada.

Christine pasó en vela gran parte de la noche posterior a la atroz escena del laberinto y estuvo a punto de tomar la decisión de regresar a casa por la mañana. Sin embargo, el orgullo y la terquedad acudieron a su rescate. ¿Por qué debía ser ella quien saliera huyendo después de que el duque de Bewcastle le hubiera propuesto ser su amante? El hecho de que no se hubiera atrevido a hacerle esa oferta a ninguna de las otras damas no tenía importancia. No tenía la menor importancia.

¿Por qué iba a tenerla? Le caía peor que nunca, lo despreciaba más que nunca. Apenas soportaba estar en la misma estancia que él... ni en la misma casa, por cierto. Pero se quedaría, decidió finalmente, aunque solo fuera por la posibilidad de que su presencia lo avergonzara.

De modo que se enfrentó a lo que quedaba de fiesta campestre con renovada energía, y obtuvo la satisfacción de constatar que se había ganado la amistad de varios invitados, tanto hombres como mujeres. Podía hacerlo, decidió. Podía disfrutar mientras guardaba las distancias con el duque de Bewcastle, que parecía igual de decidido a hacer lo mismo con ella.

Y todo salió a pedir de boca.

Se lo pasó muy bien en la merienda campestre. Estuvo señalándole varios lugares distintos desde la cima de la colina al conde de Kitredge, que la retuvo un rato con sus preguntas, y después del té, corrió hacia la orilla del lago a petición de un grupo de jóvenes que querían que les demostrara el arte de hacer rebotar guijarros sobre el agua. Algunas de las damas se sumaron a la actividad, y disfrutaron de lo lindo. Por su parte, acabó con el bajo del vestido empapado porque cuando veía en el fondo del lago un guijarro ideal para arrojarlo, insistía en cogerlo en persona aunque no estuviera cerca de la orilla. Pero como había tenido la precaución de quitarse los zapatos y las medias, el desastre fue menor.

En algunos momentos fue capaz de convencerse de que el casado estaba más que enterrado y de que había recuperado plenamente tanto la juventud como el ánimo. Sin embargo, las sombras del pasado acechaban en las cercanías, sin importarles lo resplandeciente que fuera la luz... o tal vez por eso mismo. Los acontecimientos que estaban por llegar lo demostraron.

Fue una de las últimas en marcharse de la colina, ya que tuvo que encontrar un lugar resguardado donde ponerse las medias. Vio que Hermione y Basil seguían en la ladera, y después se percató de que el duque de Bewcastle estaba con ellos.

—Excelencia, confieso que Elrick y yo teníamos la intención de mantener una conversación con usted desde anteayer —escuchó decir a Hermione mientras ella echaba a andar hacia el trío—, pero creo que es apropiado que Christine escuche lo que tenemos que decir. Debemos disculparnos en su nombre.

Estaba a unos pasos de ellos cuando se detuvo y alzó la vista para mirar a su cuñada sin dar crédito.

—Fue una tremenda tontería que las jovencitas apostaran entre ellas para ver quién sería capaz de mantener una conversación privada con usted durante una hora —continuó Hermione, con voz trémula a causa de una emoción que bien podía ser furia reprimida—, pero conociendo como son las jovencitas, es comprensible que quisieran impresionar a

alguien de su rango y posición. Sin embargo, por parte de Christine fue imperdonablemente presuntuoso participar en semejante apuesta y además ganarla.

Cerró los ojos un momento al escuchar esas palabras. ¡La dichosa apuesta! ¿Cómo se había enterado Hermione? A través de lady Sarah y de Harriet King, sin duda alguna.

Basil carraspeó.

—Tenga por seguro que lady Elrick y yo desaprobamos un comportamiento tan vulgar, Bewcastle —afirmó.

—Fue una desgracia para nosotros que mi cuñado se enamorara de la hija de un maestro rural y se casara con ella —añadió Hermione—. Se ha pasado toda la fiesta campestre coqueteando con todos los invitados humillándonos con comportamientos como este. —Señaló con una mano el bajo mojado de su vestido—. Pero que lo involucre en sus tejemanejes y que coquetee con usted es imperdonable.

Era incapaz de dar crédito a lo que estaba escuchando a pesar de que la escena sucedía delante de sus narices. Era como volver de golpe al pasado. Estaban hablando con tanta furia y amargura... y tan injustamente... Estaba demasiado sorprendida para protestar... o para marcharse de allí sin más.

El duque de Bewcastle alzó el monóculo y lo dejó a medio camino de su ojo. Si le miraba el bajo del vestido o cualquier otra parte de su persona a través de la lente, se lo quitaría y se lo partiría sobre la nariz. O le partiría la nariz con él. Sin embargo, concentró toda su atención en Hermione.

—No es necesario que se soliviante, señora —dijo con tirantez y una nota terriblemente gélida en la voz—. Usted tampoco, Elrick. Las hijas de aquellos caballeros con mentes académicas suelen estar mejor educadas y, por tanto, su conversación suele ser mucho más interesante que la de las típicas jovencitas de la alta sociedad. ¿He pasado toda una hora en compañía de la señora Derrick tras invitarla a pasear por el paseo de los laburnos? Reconozco que el tiempo se me pasó volando. ¿He coqueteado con ella mientras hablábamos del paseo a caballo y de la carta enviada por su hermana que estaba leyendo cuando la encontré? De ser así, le pido mil disculpas y prometo ser más discreto en el futuro.

El monóculo quedó colgando de la cinta negra cuando el duque lo soltó.

Su aspecto era peligrosísimo, reconoció, y el silencio que siguió a sus palabras dejó bien claro que no era la única que lo había percibido. Acababa de poner a sus cuñados en su sitio. De no sentirse tan herida, le habría encantado.

—¡Hermione! —exclamó en voz baja.

En el caso de Basil se limitó a mirarlo. Su cuñado había adorado a Oscar, pero en cambio trataba a su viuda con desprecio. Él evitó su mirada.

Se habría marchado en ese mismo momento a la carrera, de no ser porque el duque de Bewcastle se dirigió a ella.

—Permítame que la acompañe de vuelta a la casa, señora —dijo—. Así podrá decirme si verdaderamente le debo una disculpa.

Jamás lo había escuchado hablar con esa frialdad.

El duque le ofreció el brazo, y como no se le ocurrió ninguna excusa para rechazarlo, lo aceptó. Sus ojos, se percató, se asemejaban a dos carámbanos. Su encantador estado natural, de hecho. Habría preferido salir corriendo en dirección contraria y perderse entre

los árboles para lamerse las heridas en privado. Porque hasta ese momento no se había dado cuenta de que aún tenía heridas que lamerse. Pensaba que habían cicatrizado hacía mucho tiempo.

Hermione y Basil no hicieron ademán de regresar con ellos.

—¿Le debo una disculpa, señora Derrick? —le preguntó el duque cuando se hubieron alejado lo bastante como para que no los escucharan.

—¿Por hacerme la oferta que me hizo? —apostilló—. Ya se ha disculpado por eso.

—Eso creía —replicó él—, aunque supongo que mi oferta debió de ser un final bastante chocante para su exitosa artimaña de retener mi atención durante una hora. Utilizar el laberinto para dilatar el momento fue muy inteligente por su parte. Espero que disfrutara al reclamar el premio y que este sea merecedor de sus esfuerzos... e incluso del insulto que se vio obligada a soportar.

Respiró hondo y soltó el aire muy despacio. Sus heridas personales iban a tener que esperar un poco más.

—La verdad es que no reclamé el premio —le aseguró—. Otra persona puso el dinero por mí y también apostó en mi nombre. Le entregué el premio a ella en su totalidad. Pero sí, disfruté de mi momento de triunfo junto al lago porque, evidentemente, gané el primer día cuando lo convencí para que paseara conmigo, pero habría sido de lo más injusto dar por terminado el juego tan pronto. Así que decidí repetir la hazaña. —Suspiró y levantó el rostro al cielo.

—No obstante, fui yo quien la invitó a pasear en la segunda ocasión —señaló él.

—Por supuesto que sí. —Lo miró con expresión sorprendida—. Una dama no debe invitar a un caballero a pasar tiempo en su compañía, ¿no es cierto? Mucho menos si es de forma tan seguida, dos veces en la misma semana. Pero eso no fue impedimento alguno para mí. Hay formas de lograr que un caballero me invite... como sentarme con expresión pensativa en un murete con una carta de hace un mes, por ejemplo, a escasa distancia de un paseo y fingir que estoy leyéndola.

Su excelencia mantuvo la calma, tal vez con acierto. Sintió una malsana satisfacción al darse cuenta de que quizá estuviera enfadado y de que quizá también estuviera —¿podría aferrarse a esa esperanza?— un poco humillado.

Se habían internado en la arboleda. Podría haberse soltado de su brazo en ese instante, y lo habría hecho si no se le hubiera pasado por la cabeza que tal vez fuera eso lo que él quería.

—Que sepa que la apuesta original era engatusarlo hasta el punto de que propusiera matrimonio —confesó—. Pero como llegamos a la conclusión de que no tenía gracia apostar por un imposible, cambiamos los términos y se acordó que ganaría quien lograra entablar con usted una conversación privada de una hora de duración. Posiblemente habría podido ganar la primera apuesta con tanta facilidad como la segunda, pero me ofreció carta blanca en lugar de matrimonio. Para su información, me resultó muy humillante, aunque supongo que se debe a mi condición de hija de un maestro de escuela y al hecho de que soy demasiado vulgar como para ocupar la posición de duquesa. Sin embargo, el daño no fue permanente ya que no tuve que confesarles ese detalle a mis contrincantes.

El duque de Bewcastle siguió conservando la calma.

Era muy irritante. Jamás había sido dada a discutir y pelear con los demás. Sin embargo, tenía la sensación de que sería extremadamente satisfactorio mantener una acalorada discusión con el duque de Bewcastle. Aunque si sus suposiciones eran correctas, sería mucho más difícil provocarle un inapropiado y descontrolado arrebato emocional que llevarlo ante el altar. Por la sencilla razón de que carecía de emoción, de pasión. Desterró el recuerdo de cierto beso en el laberinto. Eso no había sido pasión, había sido lujuria.

Volvió a suspirar.

—Me alegro de haber ganado la apuesta... dos veces —dijo—. Ya no me veré obligada a buscar su compañía.

—Supongo que ese es mi pie y ahora debo asegurarle que estoy encantado con las noticias, ¿no es así?

—¿Lo está? —quiso saber—. Me refiero a si está encantado.

—No tengo una opinión al respecto —contestó.

—¿Nunca discute con nadie?

—Discutir es absolutamente innecesario —fue su respuesta.

—Por supuesto. —Agitó la mano libre en el aire—. Es capaz de obtener obediencia ciega con solo enarcar una ceja.

—Salvo cuando alguien decide hacer caso omiso de la amenaza que supone tanto mi ceja como mi monóculo —apostilló.

Soltó una carcajada, aunque no porque le hiciera gracia el comentario, la verdad. Había sufrido una humillación espantosa, primero en el laberinto y después en la colina, y estaba deseando esconderse en su diminuta habitación y acurrucarse en la cama.

—Sus cuñados no la soportan, señora Derrick —afirmó el duque de Bewcastle de buenas a primeras con voz fría.

Bueno, Basil y Hermione lo habían dejado clarísimo. No tenía sentido volver a molestarse aunque lo hubiera dejado caer de esa forma tan abrupta.

—Seguramente les aterra la posibilidad de que lo seduzca para que se case conmigo, igual que hice con Oscar —replicó cuando estuvieron en el claro del lago, donde se dio de bruces con él la primera tarde—. Y de que después les eche usted la culpa por no haberle advertido.

—¿Por no haberme advertido de que es la hija de un maestro de escuela? —señaló—. ¿De que es una intrigante?

—Y de que soy vulgar —añadió—. Que no se le olvide. Ese era uno de mis pecados capitales, por si no lo sabe. Mi comportamiento siempre me convertía en el centro de atención y acababa avergonzándolos. Por más que lo intenté, nunca pude ser tan perfecta como Hermione. Ahora que ha tenido tiempo para meditarlo, supongo que se sentirá aliviado de que rehusara ser su amante.

—¿Debo estarlo? —preguntó él—. ¿Porque no es usted una dama perfecta?

Estaban atravesando la arboleda que lindaba con el prado de la fachada de la mansión.

—Y porque soy una coqueta —añadió.

—¿Lo es?

—Y porque podría matarlo como maté a Oscar —concluyó.

Se produjo un breve silencio durante el cual se percató de que todas las defensas que había erigido a su alrededor sin darse cuenta habían caído y de que ya no había rastro de su buen humor. También se percató de que si no llegaban pronto a la casa, iba a discutir con el duque lo quisiera él o no. Se imaginó a sí misma golpeándole el pecho con ambas manos, pisándolo con ambos pies y convirtiendo su monóculo en un sacacorchos mientras le gritaba como una verdulera. El problema era que la imagen no tenía ni pizca de gracia.

Iba a echarse a llorar si no se andaba con cuidado. Ella nunca lloraba. No servía de nada llorar, ¿verdad?

—En ese caso, parece que Elrick y su esposa tienen un motivo para despreciarla —dijo él finalmente.

¿Qué esperaba? ¿Que le preguntase si era verdad? ¿Que le sonsacara la historia que nadie había logrado arrancarle y la exonerase de toda culpa? ¿Que después le pidiera perdón por la oferta que le había hecho en el laberinto y la subiera a lomos de su corcel —todo caballero que se preciara tenía uno— para convertirla en su duquesa?

No alcanzaba a imaginar un destino peor. No lo había. Porque no era un caballero de brillante armadura. Era un aristócrata frío, desagradable y arrogante.

—Por supuesto —reconoció—. Desde luego que sí. Da exactamente igual que yo no estuviera cerca cuando murió, ¿verdad? Es una prueba más de mis intrigas. Lo maté de todas formas. Y no estoy de buen humor, excelencia, como tal vez se haya dado cuenta. Voy a echar a correr en cuanto termine de hablar y voy a llegar a la mansión sonrojada y jadeante. No espero que me siga en un alarde de caballerosidad.

Sin embargo, antes de que pudiera hacerlo, la mano derecha del duque la cogió del brazo con fuerza y se encontró con que su pecho, que subía y bajaba con rapidez por la falta de aliento, estaba a escasos centímetros del suyo. Esos ojos plateados la fulminaron con su gélido brillo.

En un instante de locura creyó que iba a besarla de nuevo.

Tal vez él también lo creyó. Porque esos ojos se clavaron en su boca y lo vio resoplar por la nariz. Su mano izquierda le sujetó el otro brazo con más suavidad.

La tensión crepitaba en el ambiente con la misma intensidad que el restallido de un relámpago.

Sin embargo, no la besó... detalle que agradeció de todo corazón más tarde, cuando su mente volvió a funcionar con normalidad. Seguramente le habría devuelto el beso, se habría pegado a él y le habría rogado que la llevara al corazón del bosque para seducirla. Y el problema era, pensó en ese instante, que lo habría hecho de verdad, que habría ido con él, que habría yacido con él. Incluso le habría rogado que repitiera la oferta del laberinto. Pero no la besó.

—Cada vez me arrepiento más de haber venido —lo escuchó decir, y tuvo la sensación de que en realidad estaba hablando consigo mismo—. Y antes de que sea usted quien diga la última palabra, señora Derrick, estoy seguro de que usted también lo lamenta... Lamenta que yo haya venido y lamenta haber venido.

En cuanto le soltó los brazos, se alzó el bajo mojado del vestido y salió corriendo, sintiéndose peor de lo que se había sentido en dos años. No debería haber ido a la fiesta... y eso era un eufemismo como la copa de un pino. Sabía de antemano que Hermione y Basil iban a asistir. Y además se había expuesto al ridículo y a la censura del duque de

Bewcastle, que en esos momentos la creería capaz de haber matado a Oscar, ¡por el amor de Dios!

A pesar de todo, si hubiera llegado a besarla, le habría devuelto el beso. No obstante y en lugar de besarla, se había limitado a lamentarse abiertamente por haber ido a la fiesta campestre.

Lo odiaba con toda su alma. Era un pensamiento preocupante. Habría preferido con mucho ser indiferente a su persona.

Debería quedarse fuera tomando el aire, pensó al llegar a la mansión acalorada, jadeante y descompuesta. Debería enfrentarse a Hermione y a Basil en cuanto regresaran. Ya era hora de que lo hiciera. Los días posteriores a la muerte de Oscar fueron horribles para todos y no tuvo fuerzas para defenderse, como era debido, de sus acusaciones. Aunque en ese momento en concreto no se sentía mucho mejor. De modo que, como la cobarde que era en ocasiones, corrió escaleras arriba hasta su dormitorio y respiró aliviada cuando llegó sin haberse encontrado a nadie por el camino.

Cerró la puerta, se tiró de bruces en la cama y se aferró con las manos al cobertor mientras intentaba no llorar para no aparecer en la cena con los párpados hinchados, los ojos rojos y la nariz congestionada. Sabía que no podía echarle la culpa a nadie, que era la única culpable de esa situación. Debería haberse negado a asistir. Ni siquiera Melanie podría haberla obligado a ir si se hubiera cerrado en banda.

Tardó mucho rato en calmarse. Después se sentó en la cama y comprobó su aspecto en un espejo. Si sonreía un poco, su aspecto no sería muy diferente del habitual. Sonrió al espejo para comprobar su teoría. Parecía la imagen de la tragedia esbozando una sonrisa grotesca. Separó un poco los labios y probó a alegrar la mirada.

Eso es, pensó... Estaba como nueva y una vez más al resguardo de sus defensas. Qué raro... no se había dado cuenta de que aún las tenía, de que aún las necesitaba. Llevaba dos años de libertad siendo feliz. Bueno, casi feliz.

Sobreviviría a lo que quedaba de fiesta, decidió con firmeza, hasta que regresara a casa y volviera a esconder su corazón tras la cómoda rutina del día a día. Al fin y al cabo, había sobrevivido a la muerte de Oscar.

Wulfric se sentía inusualmente descompuesto... otra vez. Y por el mismo motivo... otra vez. ¡Había estado a punto de besarla, por el amor de Dios! No se le ocurría un final más inapropiado para una tarde tan desagradable.

Sin embargo, tal como comprendió mientras la observaba alejarse de él, había cometido un gravísimo error de cálculo. En más de un sentido.

Seguía enfadada con él por la proposición que le había hecho.

Hasta él estaba irritado consigo mismo. Ninguna de las dos largas conversaciones que habían mantenido podía ser premeditada por parte de la señora Derrick. Pero sí había participado en esa ridícula apuesta y posiblemente hubiera prolongado su último encuentro en la medida de lo posible. Al fin y al cabo, había sido idea suya entrar en el laberinto y él la había seguido como una marioneta movida por el titiritero. Y después la besó y le hizo su impulsiva propuesta.

En cierto modo debió de ser un consuelo para ella salir corriendo del laberinto para reclamar la victoria y el premio.

No obstante, su irritación no era nada comparada con el daño que ella había sufrido a causa del comportamiento de los Elrick en la colina. Era normal que estuviera dolida. Aunque conocía a la pareja de forma superficial, jamás los había tenido por personas desagradables, indiscretas, ni rencorosas sin motivo. Adjetivos que podían aplicarse a su comportamiento de esa tarde.

Habían aireado los trapos sucios de la familia frente a él de un modo muy inapropiado. Estaban molestos con ella por su origen humilde, por su vulgaridad, por su coquetería... Sí, otra vez esa palabra. Aparecía con tediosa frecuencia en lo referente a ella. No le interesaban en lo más mínimo los sentimientos que los Elrick albergaban por su cuñada. O al menos no necesitaba conocerlos.

Sin embargo, era evidente que algo había sucedido entre esos tres... algo que estaba relacionado con la muerte de Oscar Derrick. En ningún momento había llegado a creer que Christine Derrick lo hubiera asesinado, pero era evidente que algo había sucedido para provocar una animosidad tan enconada. Esa tarde se había visto involucrado de alguna manera en una sórdida disputa familiar.

Semejante imposición no le gustaba en lo más mínimo.

Sin embargo, gracias a ese episodio había descubierto algo muy interesante sobre la señora Derrick. En su interior albergaba mucho más que luz y risas. También había oscuridad, oculta en lo más hondo de su persona, aunque había salido a la superficie mientras volvían a la mansión. Había intentado por todos los medios enzarzarlo en una discusión.

Había estado a punto de sucumbir... de un modo que la habría tomado por sorpresa.

No tenía ganas, ni tampoco la menor intención, de lidiar con la vulnerabilidad que había demostrado la dama. Se había sentido atraído por ella, la había besado, le había ofrecido ser su amante, ella había rechazado la oferta y ahí se acababa todo. Aparte de lo que reconocía que era una atracción residual por su persona, no albergaba el menor interés por ella ni por la oscura complejidad de su vida.

Sin embargo y para su irritación, descubrió durante esa segunda semana que se le iban los ojos detrás de ella tanto o más que antes.

Irradiaba luz, a pesar de la oscuridad que había vislumbrado en su interior.

Y muy a su pesar, seguía deslumbrado por esa luz.

Capítulo 8

Durante varias mañanas consecutivas, Wulfric fue a pescar, acompañado por el barón Renable y varios caballeros más. Charló de política, de la situación internacional y de libros con un reducido grupo en la biblioteca en alguna que otra ocasión. Jugó al billar con aquellos que también mostraban inclinación por el juego. Por las tardes jugaba a las cartas, ya que solo los invitados de más edad sentían predilección por dicho entretenimiento. Participó en el resto de las actividades de la siesta lo justo como para no parecer maleducado. También pasó a solas todo el tiempo posible, que fue bien poco. Contaba los días, incluso las horas, que le restaban para poder marcharse a casa.

No obstante, había un acontecimiento que no podía evitar, si bien estaba organizado para el final de la fiesta como colofón de la misma. Se iba a celebrar un gran baile —en términos rurales, por supuesto— en honor al compromiso matrimonial de la señorita Magnus y sir Lewis Wiseman. Se había invitado a un selecto grupo de vecinos, puesto que los veinticuatro invitados más sus dos anfitriones no serían capaces de llenar un salón de baile como mandaban los cánones.

—Los vecinos que están invitados no pertenecen en su totalidad a la nobleza rural —le explicó lady Renable un par de días antes del baile—. Sin embargo, les gusta muchísimo recibir este tipo de invitaciones, y nos sentimos obligados a darles el gusto un par de veces al año. Espero que la compañía no le resulte demasiado insípida.

—Señora —replicó, alzando las cejas y el monóculo—, creo que su gusto a la hora de elegir invitados es equiparable al que demuestra en todo lo demás.

¿Por qué disculparse por algo inevitable? ¿Y por qué disculparse solo con él? ¿Por qué disculparse, simple y llanamente? Si había algo que agradecía a los Bedwyn, era que no andaban pidiendo disculpas a todas horas.

Los bailes nunca habían sido santo de su devoción, aunque había que soportarlos en ciertas ocasiones. Como la presente. Puesto que no podía encerrarse en su dormitorio con un libro, se vistió con su acostumbrada sobriedad y permitió que su ayuda de cámara se esmerara un poco más en el nudo de su corbata. Bajó al baile a la hora acordada. Había reservado la pieza inicial con lady Elrick, la segunda con lady Renable y después esperaba poder retirarse tranquilamente a la sala de juegos.

Mientras se acercaba a Mowbury, que parecía incómodo, por no decir absolutamente abatido, observó que las damas más jóvenes iban ataviadas con sus mejores galas. Las joyas resplandecían a la luz de las arañas y las plumas eran las estrellas de los tocados más elaborados; tal vez como una deliberada estrategia para destacar sobre los vecinos que habían sido invitados al evento y cuya vestimenta no era tan ostentosa, y que comenzaban a llegar.

—Le he recordado a Melanie que bailo como un pato mareado —le dijo Mowbury—, pero se mostró muy insistente al decirme que tenía que asistir y bailar con alguien. Le he

pedido un baile a Christine... a la señora Derrick. Estuvo casada con mi primo, y siempre me ha parecido una gran mujer, aunque Hermione y Elrick no simpaticen con ella, cosa que es evidente, ¿verdad? Los bailes son tediosos, Bewcastle.

Estaba al otro lado del salón, conversando con tres damas y un caballero. La señora Derrick, claro estaba. Reconoció al vicario y a su esposa, y supuso que las otras dos damas eran su madre y su hermana mayor. Reconoció que la dama en cuestión se había llevado toda la belleza de la familia. La esposa del vicario no poseía ningún rasgo destacable. La hermana mayor carecía de todo atractivo.

La señora Derrick llevaba un vestido de noche color crema de talle alto, con un volante en el bajo y un pequeño fruncido a juego en el borde de las mangas, que eran cortas y de farol. El escote era bajo, aunque decente. Su lustroso cabello estaba adornado con una cinta rosa a juego con el ceñidor. Salvo por los dichos objetos y el abanico cerrado que sostenía, no llevaba más adornos. Ni joyas, ni turbante, ni plumas. Tampoco podía decirse que el vestido en sí mismo fuera el último grito.

Las demás invitadas parecían ridículamente emperifolladas a su lado.

—Así que la señora Derrick ha accedido a bailar la primera pieza contigo —dijo.

—Pues sí —afirmó Mowbury, torciendo el gesto—. Le he prometido no aplastarle los dedos, aunque ella se limitará a reírse de mí si lo hago y a decirme que de todas formas necesitaban estar un poco más aplastados o algo por el estilo. Sabe tomarse bien las cosas.

Se percató de que Kitredge, cuya voluminosa figura estaba embutida en las ballenas de un corsé que no paraba de crujir, se unió al grupo de la señora Derrick y fue presentado a la familia. En un momento dado, una mano regordeta, adornada con un anillo, se demoró en la base de su espalda. Contempló la escena apretando con fuerza el mango enjoyado del monóculo. La mano del conde se apartó en cuanto ella cambió de posición para sonreírle. La vio asentir con la cabeza, tras lo cual Kitredge se alejo. Supuso que la segunda pieza había sido concedida.

Soltó el monóculo, que cayó y quedó suspendido del extremo de la cinta de seda.

A Christine siempre le había encantado bailar. Aunque no siempre había disfrutado de los bailes, al menos durante los últimos años de su matrimonio. Oscar había comenzado a protestar cada vez que bailaba con otros hombres, si bien siempre intentó hacerle entender que el propósito de un baile no era otro que el de bailar con distintas personas y que no podía pasar toda la noche bailando con él. No estaba bien visto. Además, a él le gustaba pasar un rato en la sala de juegos o charlando con sus amigos, por lo que se vio en el dilema de elegir entre convertirse en un florero o molestar a su marido.

El matrimonio le había parecido una prueba mucho más dura de lo que esperaba. Pese a su extraordinaria apariencia física, Oscar había sido un hombre muy inseguro. De sí mismo y de ella. El paso del tiempo había aumentado su afán posesivo y su dependencia. Lo había amado con locura, pero le resultó muy difícil no reprocharle la falta de confianza que demostraba. Llegó incluso a plantearse la posibilidad de haberse desenamorado por completo de él durante los últimos tiempos, cuando sus acusaciones comenzaron a resultarle hirientes, incluso insultantes.

Sin embargo, esos dolorosos e infelices días eran agua pasada y esa noche era libre para bailar todas las piezas; siempre y cuando se lo solicitara el número de caballeros suficiente, claro estaba. Se echó a reír en la primera pieza, ya que se vio obligada a guiar a Héctor durante la contradanza y a rescatarlo en más de una ocasión para evitar que diera un brinco en la dirección opuesta cuando el resto de los caballeros se desplazaba con elegancia hacia el lado contrario. Después se lo agradeció con gran efusividad hasta tal punto que incluso le besó la mano, gesto impensable en él.

La segunda pieza la bailó con un sudoroso conde de Kitredge, y la disfrutó enormemente, si bien tuvo que esforzarse para desviar la conversación del jovial coqueteo al que el caballero llevaba sometiéndola desde hacía una semana. Cuando hizo ademán de llevarla al otro lado de las puertas francesas para salir al jardín y tomar un poco de aire fresco, se vio obligada a asegurarle que la entristecería muchísimo perderse un paso de una sola pieza de un baile tan espléndido.

Bailó con el señor Ronald Culver —había acabado por distinguir a los gemelos— y con el señor Cobley, uno de los arrendatarios de Bertie que le había pedido matrimonio en tres ocasiones durante el último año y medio, con quien rió y habló por los codos.

Se percató con gran satisfacción de que Hazel también había bailado cada una de las piezas y de que Eleanor había puesto los pies en la pista en dos ocasiones, pese a su aversión al baile.

Siempre que veía juntos a Audrey y a sir Lewis Wiseman, esbozaba una sonrisa. Aunque no se mostraban especialmente abiertos a la hora de proclamar su afecto en público, parecían ser una pareja muy compenetrada. Parecían felices juntos. Y la felicidad era un bien muy escaso. Esperaba de corazón que les durase. Siempre le había tenido mucho cariño a Audrey, que apenas era una niña cuando se casó con Oscar.

Al día siguiente se iría a casa, recordó en ese instante. ¡Qué alegría más grande la embargó al hacerlo! A pesar de que en términos generales había disfrutado de la fiesta y de la simpatía de los invitados. Claro que tres de ellos no le habían demostrado ninguna, y eso marcaba una gran diferencia. Desde el día de la merienda campestre había reinado una tensión horrorosa entre Hermione, Basil y ella. Se habían evitado en la medida de lo posible, aunque se había prometido acorralarlos en algún rincón a la primera oportunidad para aclarar las cosas de una vez por todas. Sin embargo, era difícil encontrar un momento de privacidad en una fiesta campestre; o tal vez no le hubiera puesto mucho empeño. Para colmo, el duque de Bewcastle le había ofrecido convertirse en su amante y después había presenciado la humillación a la que la sometieron sus cuñados y su posterior arranque de mal humor, rencor e indiscreción. Todo era ciertamente muy desagradable.

No veía el momento de volver a casa.

Nunca más, jamás de los jamases, volvería a dejarse convencer para asistir a un acontecimiento en el que estuvieran involucrados la alta sociedad en general y Hermione y Basil en particular. El pensamiento no incluía al duque de Bewcastle, ya que era imposible que volviera a encontrárselo en la vida.

Hecho por el cual estaría eternamente agradecida.

Sin embargo y durante todo el tiempo que pasó en el salón de baile —durante cada uno de los minutos—, fue muy consciente de la presencia del duque de Bewcastle, cuyo aspecto era muy serio, impecable y decididamente siniestro dado el color negro del frac y

de las calzas de seda, que quedaba suavizado por el gris plateado del chaleco y el blanco níveo de las medias, la camisa y el encaje de los puños. Parecía que despreciaba a todos los mortales con los que se veía obligado a compartir esa última noche de una fiesta campestre que no parecía haberle reportado muchas alegrías. Era muy probable que le horrorizara el hecho de verse obligado a compartir un salón de baile con personas que, aunque afirmaran tener ciertos vínculos con la nobleza, estaban muy por debajo de su elevado rango social. Como su madre y Eleanor, por ejemplo.

Lo vio bailar con Hermione y con Melanie, tras lo cual desapareció en dirección a la sala de juegos. De modo que fue una sorpresa verlo aparecer de nuevo al inicio de la tercera pieza mientras ella ocupaba su lugar en la pista de baile con Ronald Culver. En contra de su voluntad, lo observó dar un titubeante paso al frente con expresión arrogante si bien un tanto angustiada, y después se adentró con más decisión y se inclinó frente a Mavis Page, la escuálida y corrientucha hija de un capitán de la Marina recientemente fallecido, que había estado sentada junto a su madre desde el comienzo del baile. Nadie sacaba nunca a bailar a Mavis, que por desgracia no contaba con una personalidad arrolladora que compensara su falta de atractivo.

De repente se vio asaltada por sentimientos encontrados. Se alegraba muchísimo por Mavis —la señora Page tendría algo de lo que alardear durante un año o más, o tal vez durante el resto de su vida—, pero era irritante —por no decir que desconcertante— ver al duque actuar de un modo tan inusual. Porque no quería descubrir ni una sola cualidad que lo redimiera. Al parecer, el duque había reconocido que Mavis era un florero y había acudido a rescatarla. El señor Fontain, otro de los arrendatarios de Bertie, la sacó a bailar la siguiente pieza. El leve rubor que apareció en sus mejillas le sentaba bien y la hacía parecer casi guapa.

El duque, por su parte, desapareció hacia la sala de juegos tras la tercera pieza y por fin se sintió tranquila para relajarse y disfrutar. A partir del día siguiente jamás tendría que volver a pensar en él. Jamás tendría que volver a mirar ese rostro arrogante y frío. Jamás tendría que volver a recordar que le había hecho una proposición deshonrosa y que por un breve y vergonzoso instante se había sentido desilusionada porque no era matrimonio lo que le ofrecía.

La simple idea de estar casada con él...

El alivio por su ausencia le duró bien poco. Acabada la cuarta pieza, se disponía a regresar al lado de su familia cuando George Buchany y Anthony Culver la detuvieron. Seguro que uno de ellos quería invitarla a bailar, pensó. Y estaba deseando que alguien lo hiciera. Porque la siguiente pieza era un vals. Había aprendido a bailarlo durante sus días en la capital, aunque solo lo había bailado con Oscar.

Ojalá alguien la invitara a bailar el vals.

En ese momento sintió que alguien le tocaba el brazo y al mirar hacia atrás se encontró con los ojos plateados del duque de Bewcastle.

—Señora Derrick —le dijo—, si aún no tiene comprometida la siguiente pieza, me gustaría que la bailara conmigo.

La pilló totalmente desprevenida. De todas formas y pese a la sorpresa, cayó en la cuenta de que podía declinar la invitación sin más. Pero si lo hacía, no podría bailar con nadie. Y era el único vals de la noche.

¡La madre que lo trajo!, exclamó para sus adentros.

El corazón le latía desbocado en el pecho, las piernas apenas la sostenían y respiraba de forma entrecortada, como si acabara de correr un kilómetro sin detenerse a descansar. Al margen de todo lo demás y en ese instante de locura, reconoció que era un hombre guapísimo.

Esa era la última noche de la fiesta campestre. La despedida entre ellos.

¡E iba a ser un vals!

—¿No conoce los pasos?—lo escuchó preguntar.

Porque desde que la invitó había estado mirándolo boquiabierta como un pez fuera del agua.

—Sí—contestó al tiempo que abría el abanico para refrescarse las acaloradas mejillas—, aunque ha pasado mucho tiempo desde la última vez que lo bailé. Gracias, excelencia.

El duque le ofreció el brazo, de modo que cerró el abanico, le colocó la mano en el antebrazo y permitió que la sacara a la pista. De repente, recordó que lo había visto bailar con Mavis y lo miró con cierta curiosidad. Sus miradas se encontraron.

Llegó a la conclusión de que esos ojos plateados eran similares a los de un lobo. Alguien había comentado pocos días antes que su nombre de pila era Wulfric. ¡Qué extraña coincidencia!

—Creí que esta noche me evitaría a toda costa —comentó.

—¿De veras? —replicó el duque con voz arrogante y las cejas enarcadas.

Bueno, no había respuesta para esa pregunta, de modo que en lugar de devanarse los sesos en busca de algo apropiado, aguardó en silencio a que comenzara la música. ¿Qué era lo que había pensado un momento antes? ¿Que era un hombre guapísimo? ¿¡Guapísimo!? ¿Acaso tenía la cabeza llena de pájaros? Lo miró de nuevo a la cara. Su nariz era demasiado grande. No, eso no era cierto. Era precisamente ese perfil aguileño lo que dotaba de personalidad a su rostro y aumentaba su apostura. El efecto no habría sido el mismo con una nariz más recta.

Qué apéndices más absurdos eran las narices cuando se analizaban en profundidad.

—¿He vuelto a hacer algo que le resulte gracioso? —lo escuchó preguntar.

—La verdad es que no. —Soltó una carcajada—. Me reía de mis propios pensamientos. Estaba pensando en lo absurdas que son las narices.

—Y que lo diga —replicó con un brillo extraño en los ojos.

En ese momento, la orquesta comenzó a tocar y el duque de Bewcastle tomó su mano derecha con la izquierda y le colocó la otra en la base de la espalda. Ella le puso la mano izquierda en el hombro... y tuvo que hacer un esfuerzo para no jadear. La distancia que los separaba era la adecuada. Pero de repente comprendía por qué tantas personas seguían considerando que el vals era un baile indecente. La verdad era que jamás se había sentido tan cerca de Oscar cuando bailaba con él. No recordaba haber percibido su calor corporal ni el olor de su colonia. El corazón se le había desbocado de nuevo y ni siquiera se habían movido.

Aunque lo hicieron en ese instante.

Y supo nada más comenzar que jamás había bailado un vals con anterioridad. El duque bailaba con pasos largos y seguros y la guiaba durante los giros con tal resolución

que la luz de las velas se transformó en un torbellino. Acababa de descubrir lo que era bailar un vals. Nunca antes lo había comprendido. Porque era un deleite sensual. Luces, colores, perfumes, el calor que irradiaba la pareja, la colonia almizclada, la música, el suelo ligeramente resbaladizo, la mano que la sostenía por la cintura, la que la agarraba de la mano, la euforia provocada por la ligereza de su cuerpo, por el movimiento... Era pura magia.

Miró al duque de Bewcastle a la cara con una sonrisa y en ese instante sintió una delirante felicidad.

Él le devolvió la mirada y a la parpadeante luz de las velas de las arañas le pareció que, por primera vez, sus ojos tenían un brillo cálido.

¡Pero, ay! El hechizo no duró.

Giraron al llegar a uno de los rincones del salón, el más cercano a las puertas francesas, al mismo tiempo que Héctor se acercaba con Melanie ¡en dirección contraria! El duque la acercó a su pecho con lo que después reconoció como un vano intento de protegerla del desastre, pero ya era demasiado tarde. Héctor le dio un pisotón en el pie izquierdo del cual no se salvó ni uno solo de sus dedos.

El duque la sostuvo con firmeza por la cintura mientras ella alzaba el dolorido pie y contenía el aliento. Las proverbiales estrellitas giraban a su alrededor, iluminando la oscuridad que la rodeaba. Escuchó la exclamación horrorizada de Melanie, que procedió a recordarle a su hermano que le había avisado de que iban en dirección contraria. Héctor se disculpó con tal profusión que rozaba el ridículo.

—Le advertí a Melanie que no bailo bien el vals —adujo—. Ella sabe muy bien que no sé bailar, pero insistió en que la sacara a bailar el vals. Lo siento muchísimo, Christine. ¿Te he hecho daño?

—Héctor, esa es la pregunta más tonta que he oído en la vida —comentó su hermana con voz malhumorada—. Por supuesto que le has hecho daño, grandísimo patán.

—Estoy segura de que las ganas de chillar se me pasarán en un ratito —contestó ella—. Entretanto, seguiré contando despacio. Cuarenta y siete... cuarenta y ocho... no te preocupes, Héctor, de todas formas mis dedos necesitaban estar un poquito más aplastados.

—Pobre mía —dijo Melanie—. ¿Quieres que te acompañe a tu dormitorio y que mande llamar a una doncella?

Sin embargo, les pidió que se marcharan con los dientes apretados e intentando disimular. ¿Por qué siempre le pasaban esas cosas cuando su único afán era pasar desapercibida y dedicarse a sus asuntos?

Héctor se alejó trastabillando, en esa ocasión en la dirección correcta, con Melanie a la zaga. En ese instante se percató de que seguía apoyada en el costado del duque de Bewcastle. El dolor ni siquiera había alcanzado su punto álgido. Contuvo de nuevo el aliento.

Y entonces lo vio inclinarse por el rabillo del ojo y la alzó en brazos, tras lo cual echó a andar hacia las puertas francesas. Fue una maniobra ejecutada a la perfección, admitió, aunque abrió los ojos como platos, horrorizada. Dudaba mucho que algún invitado se hubiera percatado siquiera del encontronazo y de sus consecuencias, mucho menos de su

salida al jardín en brazos del duque. Claro que si alguien había presenciado la última parte...

—¡Ay, Dios! —exclamó—. Esto comienza a convertirse en costumbre. —¿A qué mujer normal tenían que llevarla en brazos dos veces en el plazo de dos semanas?

El duque se alejó un poco de las puertas y la dejó en el banco de madera que rodeaba el enorme tronco de un vetusto roble.

—Sin embargo, señora Derrick —replicó—, en esta ocasión la culpa ha sido solo mía. Debería haberme percatado de lo que iba a suceder mucho antes de lo que lo hice. ¿Ha sufrido algún daño serio en el pie? ¿Puede doblar los dedos?

—Permítame unos minutos más para seguir gritando en silencio —contestó—, y llegar a cien. Después intentaré moverlos. Supongo que cuando Héctor era niño se aseguraba de estar bien escondido con un libro de filosofía griega —en griego— siempre que había clases de baile. En realidad creo que no deberían permitirle que se acercara a menos de tres kilómetros de un salón de baile. El pobre parecía muy avergonzado, ¿verdad? Noventa y dos... Noventa y tres... ¡Ay!

El duque de Bewcastle había apoyado una rodilla en el suelo y estaba desatándole la cinta que aseguraba su escarpín a la pierna, tras lo cual procedió a quitárselo.

La estampa era curiosa. Parecía que estuviera a punto de pedirle matrimonio.

Era extraño que el ser humano fuera capaz de reírse en mitad del dolor más extremo, pensó mientras se mordía el labio.

Wulfric no era médico, pero en su opinión no había ningún hueso roto. Ni siquiera se le había hinchado el pie, aunque la rígida postura y la respiración superficial dejaban bien claro que seguía doliéndole horrores. Le colocó la palma de la mano bajo la planta protegida por la media y le sujetó el talón con la otra mano. Acto seguido, la obligó a levantar el pie desde atrás para que doblara los dedos con mucha delicadeza antes de devolverlo a la posición inicial.

La señora Derrick le colocó una mano en un hombro y lo apretó con fuerza. Se percató de que tenía los ojos cerrados y la cabeza inclinada. Tenía el rostro crispado y se estaba mordiendo el labio inferior, pero a medida que repetía el movimiento fue relajándose.

—Creo que sobreviviré —dijo al cabo de un minuto—. Es posible que incluso vuelva a bailar algún día. —Rió entre dientes y el sonido que brotó de su garganta fue ronco, alegre y sensual.

Su pie era pequeño, delicado y tibio. Llevaba medias de seda.

Lo dejó sobre el escarpín rosa y lo observó mientras ella proseguía ejercitándolo del mismo modo que había hecho él, alzando el talón para flexionar los dedos. Unos minutos más tarde le quitó la mano del hombro.

—Lo que no entiendo es qué hace Héctor aquí —dijo al tiempo que él se incorporaba y se llevaba las manos a la espalda sin dejar de observarla—. Es un hombre apartado del mundo, un erudito poco inclinado a mezclarse con la sociedad... al menos con las damas.

—Creo que pensó que iba a ser una reunión de intelectuales —replicó.

—¡Ay, pobre! —exclamó mientras volvía a ponerse el escarpín. Se colocó de nuevo las cintas en torno a la pantorrilla y, acto seguido, siguió flexionando los dedos—. Supongo que Melanie pensó que este tipo de fiesta le vendría bien; y seguro que pensó lo mismo cuando lo obligó a bailar el vals. Es posible que lo engañara desde el principio sin necesidad de mentirle abiertamente. Porque también es posible que ni siquiera se haya enterado de que su hermana pequeña acaba de comprometerse —o tal vez lo haya olvidado— y Melanie se haya sentido obligada a organizar una de sus famosas fiestas en honor de Audrey.

No respondió a su comentario. Vio que habían encendido unos cuantos faroles en deferencia a los invitados que quisieran salir a tomar el fresco huyendo del agobiante salón de baile. La luz de uno de ellos se derramaba sobre la señora Derrick y hacía brillar su cabello. En ese momento la dama alzó la mirada con una expresión arrobada en el rostro... y los ojos risueños.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó—. Fue Héctor quien lo invitó. ¿Usted también creyó que sería una reunión de intelectuales? Es así, ¿verdad? Me preguntaba por qué había venido, porque Melanie me aseguró que no tenía usted por costumbre abandonar Londres a menos que se retirara a una de sus propiedades rurales. ¡Qué mal debió de sentirse al descubrir el malentendido! Pobrec... perdón, excelencia.

—Supongo, señora Derrick —repuso al tiempo que los dedos de una mano se cerraban en torno al mango del monóculo—, que sus preguntas no requieren una respuesta, que son retóricas.

No estaba acostumbrado a que se rieran de él. Ni siquiera recordaba que alguien lo hubiera compadecido nunca.

—Sin embargo, posee usted algunas de las habilidades sociales requeridas... baila muy bien el vals —siguió ella, que se llevó las manos al regazo y ladeó la cabeza un poco sin apartar la mirada—. Extremadamente bien, de hecho.

—Es posible ser un erudito —le aseguró—, como usted dice, y al mismo tiempo haber perfeccionado las artes sociales, señora Derrick. Yo no huía de mis clases de baile. Aprender a bailar correctamente, incluso bien, es una parte esencial de la educación de un caballero.

No se tenía por un erudito. Aunque se consideraba culto, no tenía tiempo para estar con la nariz enterrada entre libros. Tenía otras preocupaciones de índole más práctica con las que ocupar sus días. Además, de niño ni siquiera le gustaba leer...

—Siempre me ha gustado el vals más que cualquier otra danza —confesó la señora Derrick con un sentido suspiro—, aunque rara vez lo bailé mientras vivía en Londres. Y ahora el pobre Héctor ha aplastado todas mis esperanzas de seguir bailándolo esta noche.

—Todavía no ha acabado —le señaló—. Podemos seguir bailando si se siente capaz de hacerlo.

—Mi pie se ha recuperado casi por completo —le aseguró al tiempo que movía los dedos por última vez en el interior del escarpín de seda rosa—. Debería agradecer que Héctor solo pese una tonelada en lugar de dos...

—En ese caso, sigamos bailando. —Le tendió una mano.

Ella la aceptó antes de ponerse en pie.

—Supongo que se arrepiente de haberme invitado —comentó—. Los desastres me persiguen aunque no haga nada para atraerlos.

—No me arrepiento —la contradijo... y cometió el error de no dirigirse de inmediato hacia el salón de baile. El farol se meció en la brisa, envolviéndola en un juego de luces y sombras.

De repente, la tensión crepitó en el aire que los rodeaba.

—Bailemos aquí —sugirió.

—¿Aquí? —repitió ella con las cejas enarcadas por la sorpresa, aunque acabó riéndose con suavidad—. ¿A la luz de los faroles y bajo las estrellas? Qué idea más rom... ¡maravillosa! Sí, bailemos aquí.

Había estado a punto de decir «romántica». Se esforzó por mantenerse impasible, aunque por dentro dio un respingo. Él no era romántico. No creía en el romanticismo.

Sin embargo, la sugerencia de bailar fuera no era práctica, decidió mientras la tomaba por la cintura, la agarraba de la mano y la guiaba por los primeros pasos del vals. La hierba no era la mejor superficie para bailar, y esa terraza en particular ni siquiera estaba nivelada. Además, no era apropiado que bailaran a solas tal como lo estaban haciendo. Aunque no se encontraban lejos de la mansión y las puertas francesas estaban abiertas de par en par, amén de los faroles cuya luz invitaba a los invitados a salir, no debería haberla alejado del salón de baile. No debería haberla alejado de su madre y del resto de su familia.

De todas formas no tardó en reconocer lo absurdo del pensamiento. La señora Derrick era viuda y posiblemente estuviera más cerca de los treinta que de los veinte. No había nada impropio en lo que estaban haciendo.

No obstante, era consciente de que estar a solas con ella de ese modo, bailando con ella un vals, resultaba ligeramente peligroso. O tal vez más.

Bailaron y giraron en silencio, rodeados por la música que flotaba desde el salón. Al cabo de unos minutos cayó en la cuenta de que la hierba era la superficie perfecta sobre la que bailar el vals y de que el firmamento estrellado era el techo ideal. Los aromas nocturnos de la vegetación resultaban mucho más seductores que la combinación de los perfumes que flotaba en el salón.

Y tenía entre los brazos a la pareja perfecta. Porque no ejecutaba los pasos con precisión y rigidez. La señora Derrick seguía sus movimientos totalmente relajada, hechizada como él mismo.

La acercó un poco más para guiarla mejor por la desnivelada terraza y se llevó su mano al pecho, sobre el corazón, donde la apoyó sin soltarla. En ese momento descubrió que ella había enterrado la cara en su corbata y que su cabello le hacía cosquillas en la barbilla. Ese cuerpo tan cálido, relajado y femenino estaba totalmente pegado a él. Sus muslos se rozaban mientras se movían en perfecta sincronía.

Llegó a la conclusión de que el vals era un baile erótico.

Sintió los primeros indicios de la atracción sexual.

Hacía tanto tiempo...

La música seguía sonando pero, en algún momento, ellos se habían detenido. Se mantuvieron inmóviles durante un lapso interminable de tiempo y después ella echó la cabeza hacia atrás y lo miró.

En esa ocasión fue la luz de la luna y no la del farol la que iluminó su rostro. Poseía una belleza etérea, pensó. Le tomó la cara con las manos y enterró los dedos en ese sedoso cabello. Utilizó los pulgares para delinear sus cejas, sus pómulos y su barbilla. Acarició ligeramente sus labios con un dedo, tirando del inferior hasta humedecerse la yema con su suave interior. Ella lo lamió con la punta de la lengua, invitándolo a ir más allá y una vez que lo consiguió, lo chupó con fuerza. Sintió el calor, la suavidad y la humedad de su boca.

Retiró el dedo y lo reemplazó con su boca.

Pero solo por un instante.

Se apartó para mirarla a los ojos, iluminados por la luz de la luna.

—Te deseo —confesó.

Lo dijo a sabiendas que ella podía romper el hechizo con una sola palabra. Y en parte deseó que lo hiciera.

—Sí —la escuchó decir con un hilo de voz.

Sus ojos lo miraban con una expresión soñadora y con los párpados ligeramente entornados.

—Ven conmigo al lago —le dijo.

—Sí.

La alegre melodía del vals seguía sonando. Las voces y las risas procedentes del salón continuaron. Los faroles todavía se mecían acunados por la brisa. La luna estaba casi llena. Desde un cielo despejado, su luz iluminaba la tierra junto con la de un millón de estrellas cuando cogió de la mano a Christine Derrick y la condujo hasta la linde de los árboles, tras los cuales se encontraba la verde orilla del lago.

Capítulo 9

Christine no se lo pensó dos veces. La noche era mágica y ese era el colofón de dos semanas tras las cuales la vida volvería a su cauce habitual —y aburrido, por qué no decirlo—. Reprobaba al duque de Bewcastle y a todo lo que representaba. La había insultado al suponer con arrogancia que el dinero, las joyas y un carruaje de su propiedad serían más tentadores que la pobreza de una vida rural y la vida a la que estaba acostumbrada. Representaba todo lo que no quería en un hombre.

Pero esa era la voz de la razón, y se negaba en redondo a escuchar sus lúgubres argumentos.

Entre ellos existía una atracción innegable que a todas luces era mutua. E igual de indeseada. No obstante, ahí estaba... Fuera lo que fuera. Y solo tenían esa noche para explorar ese algo a fondo antes de que sus caminos se separasen al día siguiente.

Por supuesto, sabía muy bien lo que implicaba dicha exploración. No iban al lago para contemplar la luz de la luna ni para intercambiar besos castos.

«Te deseo. »

«Sí. »

La llevaba de la mano. La intimidad del gesto era tal que podría haberse echado a llorar. Una mano que la sujetaba con fuerza y firmeza. No había entrelazado sus dedos. Su roce no dejaba entrever ternura ni romanticismo. Claro que tampoco habría recibido de buen grado ninguna de esas dos cosas. Porque entre ellos no había ternura ni mucho menos romanticismo. Solo esa especie de intimidad y la promesa de ahondar en ella cuando llegaran al lago.

No sabía por qué había accedido a hacer algo semejante. ¡No tenía ni la menor idea! Ella no era una mujer promiscua ni ligera de cascos. Antes de casarse solo había intercambiado unos cuantos besos con Oscar y, durante su matrimonio y a pesar de las acusaciones que él vertió al final, jamás se le había pasado por la cabeza la posibilidad de serle infiel. Llevaba dos años de viudez y se había mantenido célibe durante ese tiempo porque no había sentido la menor tentación de cambiar ese hecho, aún cuando varios caballeros del vecindario habrían estado encantados de dejarse seducir o de cortejarla de forma honorable.

Sin embargo, ahí estaba, caminando entre los árboles de la mano del duque de Bewcastle, en el apogeo del baile de Melanie, porque él le había dicho que la deseaba y ella había reconocido con una sola palabra que el sentimiento era mutuo.

Desafiaba la lógica.

Aunque ni siquiera intentó encontrarle la lógica. Se negaba a darle vueltas al asunto.

El duque se mantuvo en silencio. Al igual que ella. Por su parte ni siquiera fue una decisión consciente. Caminaron en silencio y los sonidos del salón de baile se fueron desvaneciendo a medida que se alejaban. La quietud de la noche solo se vio interrumpida

por el ulular de un búho, por el susurro de las copas de los árboles y por la apresurada huida de las criaturillas nocturnas que corrían bajo los matorrales. Al caluroso día había seguido una noche cálida. La luna brillaba. Su luz iluminaba el camino pese a la espesura de los árboles.

A la orilla del lago se veía prácticamente igual que si fuera de día, ya que no había nada sobre sus cabezas salvo la luna, que se reflejaba en la superficie, dejando una banda plateada.

Habría sido la noche perfecta para el romanticismo. Pero aquello no era un interludio romántico. Sin soltarla de la mano, el duque de Bewcastle giró a la derecha hasta llegar a una zona cubierta de hierba que estaba totalmente oculta desde el sendero por el que habían llegado, por si se diera el improbable caso de que a alguien más se le ocurriera dar un paseo. Acto seguido, se detuvo.

No le soltó la mano de inmediato. Se colocó frente a ella y se apoderó de sus labios.

Ya no había inhibiciones. Ya no estaban a la vista del salón de baile ni escuchaban las voces de los invitados. Y entre ellos no había hipocresía. El le había dicho que la deseaba, ella había dicho que sí, así que ahí estaban.

Sus manos se separaron. Le arrojó los brazos al cuello y él le rodeó la cintura. Notó que le introducía la lengua en la boca y la recibió con la suya. El deseo sexual que descendió desde su boca hasta su garganta y siguió bajando por sus pechos hacia el abdomen y la entrepierna fue tan poderoso que agradeció el apoyo de esos brazos y de ese cuerpo para no caerse al suelo. Una de las manos del duque se posó sobre su trasero y la pegó aún más a él, convenciéndola de que se deseaban en la misma medida.

En ese instante dejó de abrazarla, aunque su boca no se apartó de ella en ningún momento. Se estaba quitando el costosísimo frac negro. De todas formas, tuvo que dejar de besarla para girarse y extender la prenda sobre la hierba.

—Ven—le dijo—. Túmbate.

La impresión de escuchar su voz hizo que se diera cuenta de que esas eran las primeras palabras que pronunciaba desde que la invitó a acompañarlo al lago. La cuidada pronunciación y el sutil deje arrogante hicieron que volviera a darse cuenta de la identidad del hombre con el que estaba haciendo esas cosas. Sin embargo, eso solo sirvió para avivar el deseo.

Se tumbó en el suelo con la cabeza y los hombros sobre el frac, y él la siguió sin demora. Introdujo las manos bajo su vestido y las fue subiendo por sus piernas con el fin de alzarle las faldas y quitarle la ropa interior. Notó cómo se desabrochaba la bragueta y al momento le colocó un brazo bajo la cabeza y le sostuvo la barbilla con la otra mano para inmovilizarla mientras devoraba su boca de nuevo.

No hubo delicadeza ni ternura. Aunque disfrutó en gran medida de la cruda sexualidad del momento. Suponía que iba a penetrarla en breve y que todo acabaría muy pronto. De modo que se dispuso a aprovechar al máximo cada minuto, movida por un deseo voraz. Un deseo que parecía haber morado en ella no solo los dos últimos años, sino toda la vida.

Siempre había deseado más.

Siempre.

Los labios del duque abandonaron los suyos y se deslizaron hasta su barbilla. Descendieron por su garganta y se detuvieron en el pecho. En ese momento, notó que introducía un pulgar bajo el escote del vestido y lo bajaba, para dejar un pecho al aire. Sus labios se cerraron en torno al pezón y lo chuparon al tiempo que lo lamía con la lengua. Entretanto, su otra mano fue ascendiendo por los muslos hasta llegar a la entrepierna, en busca de su zona más íntima, que procedió a explorar y a acariciar hasta que no le quedó más remedio que echar la cabeza hacia atrás y, con los dedos enterrados en su cabello, se preguntó si sería posible volverse loca a causa del dolor que provocaba un placer tan intenso.

En un momento dado, se colocó entre sus muslos y los separó al tiempo que introducía las manos bajo su trasero. Llegados a ese punto, estaba segurísima de que lo único que le reportaría la parte final del acto sería dolor, porque se sentía excesivamente sensible e inflamada. Y, de hecho, cuando notó que se colocaba justo en la entrada de su cuerpo, duro y firme, estuvo a punto de suplicarle que se detuviera.

—Por favor —dijo en cambio con voz baja, ronca y casi irreconocible hasta para sus propios oídos—. Por favor.

Y la penetró. Pero su cuerpo estaba húmedo y preparado, y a pesar de llenarla hasta el fondo y a pesar de la dureza de su envite, el único dolor que sintió fue fruto del placer que amenazaba con estallar en su interior de un momento a otro.

Un dolor y un placer desconocidos para ella hasta entonces. Inimaginables hasta ese instante.

Estalló tan pronto como él comenzó a moverse en su interior con embestidas rítmicas, profundas y firmes. Todo su cuerpo se estremeció, presa de algo parecido al éxtasis, y después se relajó durante lo que le parecieron varios minutos mientras escuchaba los sonidos que la rítmica penetración producía, mientras se deleitaba en la gloriosa sensación de plenitud. Sin embargo, esos escasos minutos de placentera pasividad no tardaron en dar paso de nuevo al desenfrenado deseo que la llevó a experimentar un nuevo clímax, momentos antes de que él también lo hiciera. Lo vio tensarse de repente al tiempo que se quedaba inmóvil en su interior, mucho más adentro que antes, y al instante notó que la inundaba una cálida humedad.

Antes de apartarse, se relajó unos instantes, tras los cuales se sentó a su lado y acto seguido se puso en pie. De espaldas a ella, se colocó la ropa y se alejó hasta la misma orilla del lago, a unos metros de distancia, donde se detuvo con la mirada al frente. Una estampa digna de contemplar la de ese hombre alto, apuesto y elegante con las calzas y el chaleco bordado, la camisa blanca y una gran profusión de encaje en los puños y en la pechera de la camisa.

La estampa del duque de Bewcastle, ni más ni menos.

Se sentó para acicalarse en la medida de lo posible sin la ayuda de un cepillo ni de un espejo. Alzó las rodillas, colocó las plantas de los pies en el suelo y se abrazó las piernas. Le temblaban un poco, notó. Y tenía los pezones muy sensibles. Además de una leve molestia en la entrepierna. Físicamente, se sentía en la gloria.

Porque había hecho un gran descubrimiento.

Había amado a Oscar; al menos durante unos años, si bien no había dejado de quererlo nunca. El lecho matrimonial jamás le había resultado desagradable. Al fin y al

cabo, eso era lo que sucedía entre marido y mujer. Si en algún momento se sintió ligeramente decepcionada, dado que se había casado enamorada hasta el tuétano, se consoló con la idea de que la realidad jamás estaba a la altura de los sueños.

Sin embargo, había cambiado de opinión. La realidad estaba a la altura de los sueños e incluso los superaba. Porque acababa de experimentarlo en sus propias carnes.

Al mismo tiempo, era muy consciente de que entre ellos no había habido ni ternura ni romanticismo ni amor, ni promesas de futuro. El encuentro había sido puramente carnal.

Y pese a ello, lo había disfrutado.

¿No se suponía que solo los hombres disfrutaban de ese tipo de experiencias a un nivel físico? ¿No se suponía que para las mujeres consistía tan solo en una experiencia emocional? En cambio, ella no albergaba emoción alguna por el duque. Y en ese preciso instante ni siquiera de carácter negativo. Creerse enamorada de él era impensable. No estaba enamorada de él.

¡La revelación era terriblemente impactante!

Sin embargo, debía admitir que se sentía inquieta. Porque sabía que no iba a irse de rositas después de lo que había sucedido y volviera a estar a solas con sus propios pensamientos.

El duque de Bewcastle se giró en ese instante para mirarla. O al menos eso supuso que estaba haciendo. La luna estaba tras él, de modo que su rostro quedaba ensombrecido. Guardó silencio unos minutos.

—Señora Derrick —dijo finalmente con la voz más gélida y arrogante que nunca, según le pareció... o tal vez fuera su tono de voz habitual—, creo que estará de acuerdo conmigo en que ahora tendrá que reconsiderar...

—¡No! —lo contradijo, interrumpiéndolo a mitad de la frase. No estaba dispuesta a escuchar lo que iba a decir—. No, no estoy de acuerdo con usted y no voy a reconsiderarlo. Lo que acaba de suceder aquí no es el comienzo de nada, sino más bien el final. Por algún motivo que seguramente se nos escapa a ambos, entre nosotros ha habido algo. Y por fin hemos cedido a la tentación y la hemos satisfecho. Ahora podremos despedirnos, tomar nuestros respectivos caminos y olvidarnos el uno del otro.

Mientras hablaba, era consciente de las sandeces que estaba diciendo.

—¡Ah!—lo escuchó exclamar—. ¿Usted lo cree?

—No me convertiré en su amante —le aseguró—. He hecho esto porque sí, por mi propia satisfacción. Porque ha sido muy placentero y he satisfecho mi curiosidad. Nada más. Y ahí se acaba todo.

Se abrazó las piernas con más fuerza. El duque había girado la cabeza ligeramente hacia la izquierda, de modo que podía ver su perfil: orgulloso, aristocrático, apuesto en su austeridad. Ni siquiera en ese momento, minutos después de que todo hubiera sucedido, acababa de creerse que se había acostado con ese hombre. Que las repercusiones físicas que notaba tras haber compartido un momento de pasión eran fruto de un encuentro con ese hombre: el duque de Bewcastle. De repente, lo recordó tal cual lo vio en el vestíbulo aquella primera tarde, cuando se asomó por encima de la barandilla para observarlo y presintió el peligro que presentaba.

No se había equivocado, ¿verdad?

—¿Se le ha ocurrido pensar que cabe la posibilidad de que la haya dejado embarazada? —lo escuchó preguntar.

Se alegró de estar sentada. Porque las rodillas se le aflojaron al instante ante la crudeza de la pregunta. Evidentemente, el duque no era dado a los eufemismos.

—Fui estéril durante los siete años de mi matrimonio —confesó sin tapujos al igual que había hecho él—. Creo que me las ingeniaré para seguir siéndolo una noche más.

Se produjo un largo silencio que habría roto de buena gana si se le hubiera ocurrido algo que decir. Pero aunque su mente discurría activamente, sus pensamientos no eran adecuados para compartirlos con él. En realidad, comenzaba a comprender lo mucho que se había engañado poco antes. Sus emociones habían desempeñado un papel importantísimo en los acontecimientos de esa noche, aunque no tuvieran nada que ver con el romanticismo ni con el amor. Sabía que le aguardaban unos días, tal vez unas semanas, espantosas. Porque para una mujer no era fácil entregar su cuerpo y su honra alegremente y alejarse después con la convicción de que todo había sido por el mero placer, de que no habría consecuencias serias.

Sin embargo, ya era demasiado tarde para comprender que cuando el duque le dijo «Te deseo» debería haberle pedido diez minutos para considerar su respuesta.

—En ese caso —dijo finalmente—, ¿no hay nada que pueda decir para persuadirla de que cambie de opinión?

—Nada—respondió.

Y esa, al menos, era la pura verdad. No imaginaba peor destino que el de convertirse en la amante de ese hombre, sometida a su poder y a su arrogancia, a su capricho y a su mandato. Una empleada a sueldo que para él solo sería un cuerpo con el que satisfacerse cuando se le antojara. Y todo ello sin dejar de despreciarlo, de detestarlo en parte, asqueada por su frialdad, por su falta de humor y de humanidad. Y despreciándose a sí misma.

Lo vio acercarse a ella y se levantó como pudo, renuente en ese instante a sentir incluso el roce de su mano mientras la ayudaba a ponerse en pie. Sin embargo, su intención era la de recoger el frac. Se inclinó y lo cogió del suelo, tras lo cual lo sacudió para quitarle la hierba que se le había adherido, antes de ponérselo. En ese momento cayó en la cuenta de que su apariencia era tan impoluta como cuando lo vio por primera vez esa noche en el salón de baile.

Cuando hizo ademán de girarse hacia ella, se llevó las manos a la espalda y las entrelazó. El duque captó la indirecta y la precedió hacia el camino sin ofrecerle el brazo... ni la mano. Era raro que dos personas pudieran compartir la más profunda de las intimidades y después, al poco tiempo, rechazar hasta el más leve roce entre ellos.

Al día siguiente volvería a Hyacinth Cottage.

Al día siguiente el duque se iría.

Jamás volvería a verlo.

De todas formas notó que todavía tenía los pezones sensibles, que los muslos aún le temblaban y que sentía un ligero escozor en la entrepierna, y todo ello por haber hecho el amor.

Aunque esa expresión en particular era un eufemismo como la copa de un pino.

Regresaron a la mansión en silencio. No obstante, él se detuvo a cierta distancia de las puertas francesas que daban acceso al salón de baile.

—Sería mejor que no nos vieran regresar juntos —le dijo—. Esperaré aquí un rato.

Estaba a punto de seguir caminando, agradecida por esa muestra de consideración, cuando lo escuchó hablar de nuevo.

—Señora Derrick, me escribirá a Lindsey Hall, en Hampshire, en caso de que sea necesario.

Fue una orden, no una petición. No añadió nada más. No hacía falta.

Lo observó caminar en dirección al vetusto roble en cuyo banco la había dejado después de que Héctor le diera el pisotón y se estremeció. ¡Cuánto tiempo parecía haber pasado desde entonces!

Se apresuró hacia el salón de baile, más deprimida de lo que recordaba haberlo estado en mucho tiempo.

¡Menos mal que sus emociones no habían estado involucradas en lo que había permitido que sucediera...!

Wulfric esperó fuera un rato antes de encaminarse a la sala de juegos.

No había nada en su pasado con lo que comparar lo que había pasado esa noche entre Christine Derrick y él. Jamás había sido un mujeriego. Rose había sido su única querida, y antes de acostarse con ella habían acordado todos los detalles de su futura relación.

Siempre había tenido un apetito sexual saludable y había satisfecho sus necesidades de forma regular cuando estaba en Londres, aunque jamás se había tenido por un hombre apasionado.

Esa noche había experimentado la pasión.

Se preguntó qué habría pasado en la orilla del lago si Christine Derrick le hubiera permitido exponer lo que había querido decir, la conclusión a la que había llegado tras varios minutos de reflexión con la mirada clavada en la orilla opuesta del lago. Ella había supuesto que estaba a punto de hacerle la misma proposición que le hiciera una semana antes en el laberinto. Y había supuesto mal. Aunque, la verdad fuera dicha, se alegraba de que lo hubiera interrumpido. Había dejado que su interrupción lo desviara del camino que había decidido tomar tras una reflexión demasiado breve. Movido por el honor, cierto, pero el honor se desvaneció tras la interrupción. No quería una duquesa.

Y mucho menos una duquesa que no era su igual en el escalafón social, que era guapa normalmente y deslumbrante cuando estaba animada, pero que carecía de elegancia y refinamiento; que se comportaba de forma impulsiva y no siempre con el decoro debido ni con buena educación; que se convertía en el centro de atención siempre que algo la entusiasmaba y que se limitaba a reírse de sí misma cuando se producía un desastre en lugar de avergonzarse, como era lo normal. El título de duquesa conllevaba una enorme responsabilidad. Si alguna vez se casaba, le gustaría —no, necesitaría— hacerlo con una dama que hubiera sido educada para amoldarse a ese papel con seguridad.

Estaba clarísimo que la señora Derrick no podría hacerlo.

No había nada en ella —¡nada!— que la cualificara para ese papel.

Aidan se había casado por debajo de sus posibilidades. Eve era hija de un minero gales, por mucho que hubiera disfrutado de la educación de una dama. Rannulf se había casado por debajo de sus posibilidades. Judith era hija de un clérigo rural de origen dudoso y nieta de una actriz londinense. En ninguno de los casos aprobó su decisión, aunque sí les dio su bendición. Alleyne era el único de sus hermanos varones que había hecho un enlace respetable, con la sobrina de un barón.

¿Acaso él, el cabeza de familia, el duque de Bewcastle, iba a caer tan bajo como sus propios hermanos? ¿Acaso iba a sacrificar todos sus principios por una pasión estival que no alcanzaba a comprender?

Habría sido un desastre que la señora Derrick le hubiera permitido concluir su proposición matrimonial. Porque resultaba evidente que no lo habría rechazado si le hubiera dejado acabar de hablar. Desdeñar la proposición de convertirse en su amante era una cosa, pero ¿qué mujer en su sano juicio rechazaría la oportunidad de convertirse en duquesa, de casarse con uno de los hombres más ricos de Gran Bretaña?

Habría sido un desastre.

De modo que permitió que lo interrumpiera, que lo malinterpretara. Para su tranquilidad.

Sin embargo, tenía la impresión de que acababa de desaprovechar una de las pocas oportunidades que ofrecía la vida para descubrir si había alegría más allá de los engranajes de la rutina, la costumbre y el deber.

¿¡Alegría!?

Recordó que Aidan era feliz con Eve, al igual que Rannulf lo era con Judith... tan feliz, de hecho, como Alleyne lo era con la sobrina del barón, Freyja con su marqués o Morgan con su conde.

No obstante, ellos gozaban de la libertad de poder ser felices. Ninguno de ellos era el duque de Bewcastle, que podía esperar cualquier cosa de la vida salvo libertad y felicidad personal.

Durante un tiempo, pensó mientras sus pasos lo llevaban de vuelta a la fiesta, la vida iba a parecerle muy yerma sin poder ver, aunque fuera de lejos, a Christine Derrick.

Pero claro, la vida era yerma. En realidad, no había nada más allá de los engranajes. Al menos, no lo había para los hombres como él. A los doce años le dejaron muy claro que era diferente, especial, que el resto de su vida estaría regido por los privilegios y por las obligaciones. Había protestado y rechazado su destino por un tiempo, tal vez un año a lo sumo, antes de aceptar la verdad de lo que le habían dicho.

A partir de ese momento aprendió bien la lección.

El niño cuyo cuerpo y cuyos sueños poseyó durante doce años ya no existía.

Christine Derrick no era para él.

La música dejó de escucharse en la planta baja mientras Christine recogía sus escasas pertenencias en su dormitorio. Justin estaba sentado en la cama. Por supuesto, no era

apropiado que estuviera allí, pero le daba igual. Había sido todo un alivio abrir la puerta cuando alguien llamó y descubrir que era él en lugar de Melanie, Eleanor o... bueno, otra persona.

—He pensado que sería buena idea volver a casa esta noche con mi madre y con Eleanor y así ahorrarle a Bertie la molestia de tener que mandar preparar el carruaje mañana por la mañana otra vez —le explicó.

—Así que estás haciendo el equipaje en mitad de un baile, sin haber llamado a una doncella para que lo haga por ti —replicó Justin—. Pobre Chrissie. Vi que Héctor te aplastaba el pie cuando estaba bailando el vals y que Bewcastle te sacaba a la terraza. Y te vi volver muy discretamente una hora más tarde, aunque te limitaste a rodear la pista de baile de camino a la puerta para desaparecer de nuevo. ¿Seguro que no ha sucedido nada que te haya molestado? No habrá repetido su deshonrosa propuesta por casualidad, ¿verdad?

Suspiró mientras guardaba unos escarpines en uno de los laterales de la bolsa de viaje. Justin siempre había poseído la misteriosa habilidad de acompañarla en las diferentes crisis que había sufrido en la vida, como si presintiera que le había sucedido algo, que necesitaba un amigo que la escuchara mientras ventilaba su ira, su pena, su frustración o cualquier otra emoción negativa que la embargara y después siempre lograba encontrar el modo de consolarla, de aconsejarla o simplemente de hacerla reír. Siempre se había considerado muy afortunada de contar con semejante amigo. Pero esa noche no se sentía inclinada a confiar en él.

—No, por supuesto que no —respondió—. En realidad ha sido muy galante. Se ha quedado conmigo hasta que he sido capaz de apoyar de nuevo el pie en el suelo y después hemos bailado el vals un rato y hemos paseado hasta que la música ha acabado. Creo que se fue a la sala de juegos, aunque yo seguí en la terraza unos minutos más. La temperatura era muy agradable y fuera se estaba muy bien, así que no tenía muchas ganas de volver al salón de baile. Y entonces se me ocurrió que podía hacer el equipaje para marcharme esta noche en lugar de esperar a mañana.

Justin la miró con una sonrisa afectuosa y una mirada penetrante, y supo que era muy consciente de que acababa de mentirle por primera vez en la vida. Sin embargo, porque era quien era, su mejor amigo, no la presionaría para conseguir más información de la que ella quisiera darle.

—Me alegro de que no te haya molestado —le dijo.

—No lo hizo, de verdad —volvió a asegurarle mientras dejaba el cepillo del pelo sobre la ropa y cerraba la bolsa de viaje—. Pero me alegrará muchísimo volver a casa, Justin. Y supongo que Hermione y Basil también se alegrarán de perderme de vista. Sabes lo que hicieron esas dos malcriadas de lady Sarah Buchan y Harriet King? Ir a contarles lo de la absurda apuesta.

—¡Ay, Chrissie! —lo escuchó decir, interrumpiéndola—. Me temo que fui yo. Audrey me lo contó después de que hubieras ganado y estaba tan seguro de que todo el mundo acabaría por enterarse que se lo conté a Hermione. Quería asegurarle que te habían obligado a participar en contra de tu voluntad, que tú no habías apostado dinero alguno y que fue Bewcastle quien te invitó a acompañarlo por el paseo, no al contrario. Yo estaba allí, ¿lo recuerdas? Además, le aseguré que no coqueteaste con él en ningún momento. Lo

recalqué porque quería convencerla. Supongo que hice justo lo que no debía hacer. Es posible que no se hubiera enterado de lo de la apuesta si no llego a contárselo yo.

Lo miró un rato, espantada. ¿Justin era el responsable de la desagradable escena del lago? Sabía por experiencia que solía intervenir por su cuenta y riesgo en cualquier problema en el que acabara involucrada para defenderla, para dar las explicaciones oportunas y para interceder en su nombre. Siempre le había agradecido ese afán de ser su paladín, aunque no le hubiera servido de mucho. Sin embargo, en esa ocasión no lo aprobaba en absoluto. Porque en realidad la había perjudicado.

—Perdóname —le dijo con una voz tan abatida que se le derritió el corazón.

—Bueno —replicó—, supongo que si no se lo hubieras dicho tú, habría sido otra persona. Además, poco importa, ¿verdad? Posiblemente no vuelva a verlos en la vida después de esta noche.

Jamás volvería a aceptar otra invitación de Melanie en la que sus cuñados estuvieran incluidos. Aunque le partiera el corazón hacerlo. Basil era el hermano de Oscar y durante unos años pareció apreciarla. Hermione incluso llegó a ser como otra hermana para ella.

—Volveré a hablar con ellos—le prometió Justin.

—Preferiría que no lo hicieras —repuso al tiempo que se encaminaba hacia la puerta, dejando la bolsa de viaje donde estaba—. Has intercedido tantas veces por mí que ya no te creen. Déjalo correr. Hace rato que no se escucha música, ¿verdad? La cena estará a punto de terminar. Supongo que debería hacer acto de presencia otra vez aunque solo queden un par de piezas para el final. No creo que los vecinos quieran tardar mucho en marcharse. Además, los invitados que se alojan en la mansión partirán por la mañana y no creo que trasnochen.

—En ese caso, baila conmigo —sugirió Justin mientras se ponía en pie y se acercaba a la puerta para abrirla e invitarla a salir—. Y sonríe como solo tú sabes hacerlo, aunque estoy convencido de que Bewcastle ha hecho o dicho algo que te ha molestado, maldita sea su estampa.

—En absoluto —lo contradijo—. Estoy un poco cansada, nada más. Pero no tanto como para no bailar contigo.

Era difícil imaginarse aún más abatida de lo que se sentía en esos momentos, pensó. Tenía el ánimo por los suelos, pegado a la suela de sus escarpines. Aunque sonrió de todas formas.

Le dijo a su madre y a Eleanor que se marcharía con ellas, y después bailó con Justin y con el señor Gerard Hilliers. Se plantó una sonrisa en los labios y actuó con alegría. Fue un alivio descubrir que el duque de Bewcastle no estaba en el salón de baile.

Al término del baile, se acercó a Melanie y a Bertie para darles las gracias por todo y comunicarles que se marchaba con su madre. Aunque creyó que podría escabullirse sin que nadie se diera cuenta, Melanie extendió la noticia, haciendo que la despedida se convirtiera en todo un acontecimiento, que era justo lo que intentaba evitar al marcharse por la noche en lugar de hacerlo al día siguiente.

Se despidió de Audrey con un abruzo y estrechó la mano del señor Lewis Wiseman, deseándoles que tuvieran una boda perfecta en primavera y que el futuro les sonriera. Le dio un beso a Lady Mowbury en la mejilla y le prometió escribirle. Intercambió una

ruidosa despedida con un gran grupo de jóvenes que intentaban hablar todos a la vez... y acabaron desternillados de la risa.

Hasta Hermione y Basil se vieron en la obligación de despedirse formalmente de ella. Hermione se acercó para besar el aire junto a su mejilla y Basil ejecutó una rígida reverencia. De repente y por vergonzoso que pareciera, notó que se le llenaban los ojos de lágrimas y sorprendió a Hermione —y a ella misma, la verdad— con un fuerte abrazo.

—Lo siento mucho —dijo—. Lo siento muchísimo, Hermione. No sabes cuánto.

Aunque no supiera a lo que se refería, vio que Hermione se acercaba a su marido y que él le pasaba un brazo por los hombros, tras lo cual dio media vuelta y se subió al carruaje que la aguardaba.

Al menos el duque de Bewcastle había evitado la pequeña multitud que se congregó en la terraza. Un enorme alivio la inundó mientras se acomodaba en el mullido asiento con un nudo en la garganta a causa de las lágrimas que no había derramado. Menos mal que no había llorado, ¡menos mal!

—Ha sido un acontecimiento muy elegante —dijo su madre, que ocupó su sitio frente a Eleanor—. Y ha sido muy gratificante ver que has sabido aprovecharlo, Christine.

—Bueno, es que debe hacerlo, mamá —replicó Eleanor—. Al fin y al cabo, es una Derrick por matrimonio y tiene lazos familiares con lady Renable, con el vizconde de Elrick y con el vizconde de Mowbury. Nuestra Christine es una dama importante —concluyó, guiñándole un ojo a su hermana.

—El conde de Kitredge ha sido muy amable al pedir que fuéramos presentados —siguió su madre—. Además, bailó contigo, Christine. Como el duque de Bewcastle, aunque confieso que me resulta enormemente desagradable. Ni siquiera se acercó para presentarse.

—Demasiado frío y arrogante para su propio bien —reconoció su hermana—. Me alegro de que esta velada haya terminado de una vez por todas. Jamás le he encontrado la gracia a brincar por un salón de baile rodeada de un sinfín de personas para destrozarte las piernas o para acabar sin tema de conversación cuando se está muchísimo mejor en casa con un libro.

—Y yo me alegro de que las dos semanas por fin hayan acabado —agregó ella—. He echado de menos a los niños de la escuela, a nuestros sobrinos, a los vecinos del pueblo y nuestro jardín. Y a vosotras dos —añadió.

—Sin embargo —replicó su madre—, siempre he albergado el temor de que la vida te pareciera demasiado deslustrada, después de haber llevado una existencia mucho más deslumbrante.

—La vida jamás pierde su brillo, mamá —le aseguró con uña sonrisa al tiempo que apoyaba la cabeza en los cojines del respaldo—. Y nunca fue deslumbrante.

Cerró los ojos y de repente se encontró de nuevo en el lago mientras el duque de Bewcastle inclinaba la cabeza para besarla justo antes de que la pasión se desatara entre ellos. Había hecho un enorme esfuerzo por convencerse de que había sido un encuentro de índole carnal y, por ende, irrelevante. Una experiencia que se debía disfrutar mientras durase pero que luego se descartaba sin más.

Bueno, ¡y así había sido!

Abrió los ojos para zafarse de las imágenes.

«... me resulta enormemente desagradable. »

«Demasiado frío y arrogante para su propio bien. »

¿Por qué le habían escocido esos comentarios? En realidad, estaba de acuerdo con ambos. Pero le habían escocido. Todavía lo hacían. La embargaba un dolor atroz, aunque no entendía el motivo.

Había estado en su interior. Habían compartido la experiencia más íntima que ofrecía la vida. Pero solo en el plano físico. Entre ellos no existía ningún otro vínculo ni podría existir jamás. No poseía ninguna cualidad que pudiera gustarle o admirar y, para ser justa, tampoco ella poseía nada que al duque de Bewcastle pudiera gustarle, ni que pudiera admirar. De modo que harían compartido esa intimidad sin ser íntimos.

El corazón le pesaba en el pecho como si fuera un trozo de plomo.

Nunca volvería a verlo.

¡Gracias a Dios!

Pero nunca...

Parecía tantísimo tiempo...

Capítulo 10

Wulfric se marchó a Hampshire, a Lindsey Hall. Durante una semana entera se regodeó en la silenciosa y vasta soledad del lugar. Era su hogar. Su sitio. Tal vez por primera vez en la vida se dio cuenta de que lo amaba. Aunque en tiempos lo rechazara. Si hubiera podido hacer algo para intercambiar su puesto con Aidan cuando eran niños, para conseguir que él fuera el heredero, lo habría hecho.

Sin embargo, cuando se nacía el primogénito de un duque, evidentemente se nacía con un destino inamovible. Ese niño no tenía la menor libertad de elección.

Igual que le sucedía al hijo del deshollinador, supuso.

Jamás había sido de los que se regodeaban en sus propias desgracias. ¿Qué sentido tenía? Había miles de personas que darían su brazo derecho por una mínima parte de los privilegios, la riqueza y el poder que él daba por sentados.

Deambuló de habitación en habitación por toda la mansión, más que de costumbre, satisfecho con la certeza de que no habría gente detrás de cada puerta a la espera de mantener una conversación. Paseó por los extensos prados que rodeaban el edificio, tanto a caballo como a pie, y agradeció enormemente que no hubiera nadie que pudiera sugerir una merienda campestre o una excursión en carruaje.

Por extraño que resultara y aunque valoraba en gran medida su soledad, evitó el único lugar de la propiedad al que siempre iba cuando quería relajarse en absoluta soledad. Estaba demasiado inquieto para relajarse.

Pasó muchas horas con su administrador, ya que no lo había visto desde las vacaciones de Pascua, momento en el que las sesiones de la Cámara de los Lores se interrumpían, y lo acompañó en su visita a las extensas tierras de labor y las granjas que surtían a la mansión para comprobar que todo funcionaba perfectamente de acuerdo a sus instrucciones. Recibió en la biblioteca a varios arrendatarios, a trabajadores y a otras personas que querían verlo, costumbre que ponía en práctica dos veces por semana siempre que estaba en casa. Revisó los libros de cuentas y otros documentos legales. Leyó todos los informes que le enviaron los administradores de sus otras propiedades y dictó las respuestas adecuadas a su secretario.

Les escribió a sus hermanos, cosa que hacía con regularidad, al menos una vez al mes.

Recibió visitas de cortesía de algunos de sus vecinos y se las devolvió a la mayoría. El vizconde de Ravensberg, su esposa y sus hijos acababan de regresar de un viaje al norte que los había llevado hasta Leicestershire. Habían pasado una semana en Grandmaison con Rannulf y Judith, de modo que tenían noticias frescas de la pareja.

Empezó a creer que el resto del verano sería tediosamente largo y planeó visitar algunas de sus otras propiedades.

Leyó muchísimo. O al menos se sentaba en la biblioteca durante largos períodos de tiempo con un libro abierto en una mano mientras lo hojeaba y pensaba.

Había un buen número de mujeres a quienes ya conocía y otras muchas desconocidas que se volverían locas ante la idea de convertirse en su amante. No era una idea presuntuosa. No se tenía ni mucho menos por la respuesta a las plegarias de las mujeres. Pero sí sabía que era un hombre poderoso, influyente y muy rico, y no le cabía la menor duda de que muchas estaban al tanto de lo generoso que había sido con Rose.

Si llegara a elegir a una para convertirla en su amante, seguramente la situación lo contentaría. Su vida no tardaría en recuperar la normalidad.

Echaba de menos a Rose con una intensidad rayana en el dolor.

Se esforzó por no pensar en la única mujer con la que ya había intentado reemplazarla.

Lo había rechazado. Al igual que Marianne Bonner lo rechazó cuando le ofreció matrimonio. La señora Derrick lo había rechazado al creer que iba a ofrecerle lo mismo... y después de haberse acostado con él.

El rechazo en pequeñas dosis, supuso, era bueno para el alma.

Sin embargo, su alma parecía afectada, incluso destrozada.

Planeó visitar sus otras propiedades... pero se olvidó de dar las órdenes necesarias para que empezaran los preparativos.

No era típico de él andarse por las ramas, sentirse deprimido, darle demasiadas vueltas a las cosas.

Sentirse solo.

No pensaba en Christine Derrick. Pero en ocasiones —o, la verdad fuera dicha, la mayor parte del tiempo— era consciente de que esos risueños y brillantes ojos azules, esos rizos oscuros, esa piel dorada por el sol y esa nariz salpicada de pecas se colaban en su mente, formando unas imágenes indeseadas que lo dejaban con el corazón en un puño.

Tendría que visitar pronto sus otras propiedades. Lo único que necesitaba era algo que lo mantuviera ocupado.

Pronto recuperaría la normalidad.

Christine tenía la sensación de que había pasado un año, o una vida entera, cuando recordaba los quince días pasados en Schofield Park una semana después de que terminara la fiesta campestre. Su vida había recuperado el habitual curso semiplacentero y volvía a ser feliz.

Bueno, tal vez «feliz» no fuera la palabra exacta. Pero al menos estaba contenta. Aunque durante unos años había sido feliz con Oscar y con su mundo, este había acabado dándole la espalda y sumiéndola en la más absoluta desdicha. Ver de nuevo a Hermione y a Basil no había sido un buen trago. Y estar una vez más rodeada de personas que pertenecían a la alta sociedad le había recordado lo fácil que era recibir su desdén, su burla y su desaprobación. Aunque eso no había sido lo habitual durante su matrimonio, y tampoco lo había sido en Schofield Park. No obstante, en Hyacinth Cottage y en el pueblo

siempre estaría a salvo de esa posibilidad. Allí podía relajarse y ser ella misma, y todo el mundo parecía quererla tal cual. No tenía enemigos en la vecindad, solo amigos.

Sin embargo, los años de su matrimonio y los años que había pasado entre la alta sociedad —y la quincena pasada en Schofield Park— habían logrado que se sintiera inquieta e insatisfecha con la vida en Hyacinth Cottage, cosa que antes no le sucedía. Tenía la sensación de estar atrapada entre dos mundos y de no encajar en ninguno de los dos. Y eso no le hacía ni pizca de gracia.

Porque suya fue la decisión de vivir en el pueblo. Le encantaba la vida allí. Siempre había algo que hacer. Le gustaba dar clases en la escuela, a pesar de que solo lo hacía tres horas a la semana. Todo comenzó porque el maestro se quejó un día de lo mucho que odiaba las clases de geografía, a lo que ella comentó que era su asignatura preferida de pequeña, y así llegaron a un acuerdo. Respecto a los enfermos y a los ancianos, ya solía visitarlos de niña con su madre o con la esposa del anterior vicario. Se había convertido en un hábito, y no en uno malo. Seguía haciéndolo. Le gustaban los ancianos, y tenía muchas historias, sonrisas y conversaciones para compartir con ellos y con los enfermos... además de dos oídos dispuestos a escuchar y dos manos prestas a ayudar.

En su futuro más inmediato había unas cuantas visitas sociales que hacer y recibir, unos cuantos tés y otras tantas cenas a las que acudir, y un baile en la posada del pueblo. Tenía amigas con quienes compartía confidencias y ciertos caballeros estarían encantados de cortejarla si se dejaba.

No quería hacerlo, si bien era una lástima. Siempre había deseado un hogar propio y un marido y unos hijos a quienes querer. Pero había perdido a su marido —incluso antes de su muerte, a decir verdad— y jamás había tenido hijos. Y sus sueños habían cambiado... o tal vez simplemente habían muerto.

Tenía tres sobrinos en la vicaría, y los hijos de Melanie en Schofield Park, aunque no solía visitarlos con mucha frecuencia cuando Melanie y Bertie estaban en casa. Le encantaban. Los adoraba. La mayor decepción de su matrimonio fue el hecho de no haber concebido.

Le hizo una visita a Melanie y tuvieron una larga charla en la que se felicitaron por el éxito de la fiesta campestre. Melanie insistió en que todos los caballeros se habían enamorado de ella y en que el conde de Kitredge se quedó desolado al descubrir que se había ido de Schofield Park nada más terminar el baile, en vez de esperar a la mañana siguiente. En su opinión, podría haber sido condesa antes de que acabase el verano si lo hubiera querido.

—Pero sé muy bien que no has querido mirar a otro hombre desde la muerte del pobre Oscar —dijo su amiga con un suspiro—. Era un encanto, ¿verdad? Y tan guapo... Pero, Christine, algún día te olvidarás de él y te enamorarás de otra persona. Hubo un momento en el que creí que podría ser el duque de Bewcastle. Ganaste la escandalosa apuesta y también bailaste el vals con él. Pero, por más espléndido que sea y por más feliz que me hiciera tenerlo de invitado, te confieso que no me gusta para mi mejor amiga. Es cierto que hace bajar la temperatura de cualquier estancia en la que entra, ¿no te parece? De todas maneras, creo que te miraba con cierta debilidad.

Respondió con una carcajada como si acabara de hacer un chiste, y al cabo de un momento Melanie comenzó a reír con ella.

—Bueno, tal vez no —se corrigió Melanie—. Dudo mucho que tenga alguna debilidad o sensibilidad humana. Me pregunto si el príncipe de Gales se acobardará bajo su gélida mirada...

El duque de Bewcastle era el único detalle de su vida, de su vida pasada, sobre el que se negaba a pensar siquiera. Porque pensar en él le resultaba doloroso y había decidido evitar el dolor.

A lo largo de los días posteriores a su regreso de Schofield Park encontró muchas cosas con las que mantenerse ocupada, cosas más que suficientes para llenar las horas y alimentar exuberante naturaleza. Era casi feliz. O, al menos, admitía que estaba contenta... siempre y cuando censurara sus pensamientos con sumo cuidado.

Christine se sentía bastante acalorada y sonrojada tras una clase de geografía un tanto particular. Había sacado a los alumnos del aula, dado que hacía bastante calor, y su habitual juego de volar en una alfombra mágica al país de turno los había llevado por un enérgico viaje a través del jardín, todos agitando los brazos para mantenerlos en el aire... ella incluida. Lógicamente, no podía quedarse atrás cuando la alfombra comenzara su viaje.

Habían sobrevolado una amplia franja del océano Atlántico, donde vieron dos veleros y un enorme iceberg, hasta el canal de San Lorenzo en Canadá, hasta Montreal para ser más precisos, donde habían aterrizado y enrollado la alfombra antes de embarcarse río arriba con los extravagantes exploradores franceses en sus enormes canoas para comerciar con pieles tierra adentro. Habían remado casi al unísono tras practicar un poco y se habían enfrentado a los rápidos con ruidoso entusiasmo; habían transportado las embarcaciones por tierra cuando los rápidos eran demasiado peligrosos, sosteniendo la imaginaria canoa boca abajo sobre las cabezas de la mitad de los niños mientras que la otra mitad avanzaba a trompicones bajo el peso de la imaginaria carga. Habían entonado una alegre cancioncilla francesa para mantener los ánimos y darse fuerzas en el camino.

Cuando por fin se detuvieron para descansar en el enorme puesto comercial de Fuerte William en el lago Superior, desde donde retomarían el viaje en su siguiente clase, estaban todos exhaustos. Cayeron sobre la alfombra mágica —que habían transportado en la canoa— y se arrastraron o se acercaron a trompicones hasta la escuela con un coro de gemidos y gruñidos, mientras agitaban los brazos, se reían y se quejaban por tener que regresar al aula para la clase de aritmética.

Los observó con una sonrisa hasta que estuvieron a salvo en el interior, momento en el que ya podía regresar a casa para cambiarse de ropa y relajarse en la quietud de la sala de estar con un vaso de la limonada recién hecha de la señora Skinner. Le dio la espalda a la escuela sin perder la sonrisa.

En ese momento, se percató de que había un hombre apoyado en la cerca. Un caballero, si no se equivocaba. Se protegió los ojos del sol con una mano e intentó ver si lo conocía.

—La señora Thompson me ha dicho que podría encontrarla aquí—dijo el duque de Bewcastle—. He venido a verla.

¡Por el amor de Dios! Por absurdo que pareciera —ridículamente absurdo, de hecho—, su primer pensamiento fue que tenía las mejillas sonrojadas, el cabello húmedo y revuelto bajo el viejo coñete de paja, el vestido y los zapatos llenos de polvo, y un aspecto muy desaliñado. Su siguiente pensamiento, igual de estúpido, fue que tenía que haber observado su tonta clase... tonta, sí, pero eficaz a la hora de enseñar a los niños y de ayudarlos a memorizar sin que se dieran cuenta de que lo estaban haciendo. Su tercer pensamiento fue una enorme interrogación que parecía colgar en el aire sobre sus cabezas.

Sus sentimientos eran harina de otro costal. Tenía la sensación de que se le hubiera caído el alma a los pies... o de que el viaje en la alfombra mágica le hubiera revuelto el estómago.

—¿Qué hace aquí? —le preguntó. Era una pregunta muy maleducada para un duque, pero ¿quién pensaría en los buenos modales en semejante momento? ¿Qué estaba haciendo allí?

—He venido para hablar con usted —contestó él con la fría arrogancia de un hombre que se creía con todo el derecho del mundo a hablar con cualquiera en cualquier momento que le apeteciese.

—Muy bien. —Por lamentable que fuera, se percató de que el vuelo de regreso sobre el Atlántico la había dejado también sin aliento—. Hable.

—Tal vez podamos hacerlo de camino a Hyacinth Cottage, si le parece bien —replicó él al tiempo que se apartaba de la cerca.

¿Ya había estado en su casa? Bueno, acababa de decírselo, ¿no? Había hablado con su madre. Había caminado por el sendero del jardín hasta llegar a la casa y había llamado a la puerta. No había ni rastro de un criado que hiciera esas menudencias en su nombre.

Salió del jardín de la escuela y se colocó a su lado. Por si acaso se le ocurría la idea de ofrecerle su brazo, entrelazó las manos con fuerza a la espalda. Seguro que parecía un verdadero espantapájaros.

—Creí que se había marchado de aquí hace diez días como el resto de los invitados.

Sabía que lo había hecho. Había estado en casa de Melania después de que acabara la fiesta.

—Está en lo cierto —afirmó él con arrogancia—. Me marché a Lindsey Hall. He regresado.

—¿Por qué? —preguntó. Cualquiera diría que ni siquiera sabía el significado de la expresión «buenos modales».

—Necesitaba hablar con usted —respondió.

—¿De qué? —Empezaba a asimilar la magnitud de que el duque de Bewcastle estuviera en el pueblo, paseando por la calle a su lado.

—¿Ha habido consecuencias? —quiso saber él.

Sintió que se le ruborizaban las mejillas. Evidentemente era imposible malinterpretar lo que quería decir.

—No, claro que no —respondió—. Como ya le dije en su momento, soy estéril. ¿Este es el motivo por el que ha regresado? ¿Siempre se muestra tan solícito con todas las mujeres con quienes... ? —Por desgracia, no se le ocurrió un eufemismo adecuado con el que terminar la frase.

—Podría haber enviado a mi secretario o a otro criado si solo hubiera querido asegurarme —señaló—. He visto que su casa tiene un jardín resguardado. ¿Le parece que charlemos en él?

Iba a pedírselo de nuevo, pensó sin dar crédito. ¿Cómo se atrevía? ¿ ¡Cómo se atrevía! ? ¿ Y cómo se atrevía a regresar de esa manera para destrozar su paz una vez más? Pese a su empeño de no pensar en él; sus noches habían estado plagadas de sueños en los que él participaba, y ni siquiera sus días se habían librado de recuerdos indeseados que parecían burlarse de su censura. No le gustaba volver a verlo.

Ser un duque no le daba derecho a atosigarla.

Su presencia no pasó inadvertida. Hacía un día muy agradable. La mitad de los habitantes del pueblo, como poco, estaban en las puertas de sus casas, sentados tranquilamente o conversando en grupos. Hasta el último de ellos se giró para saludarla con la mano o decirle algo. Hasta el último de ellos examinó al duque de los pies a la cabeza. Aunque algunos no supieran de quién se trataba, no tardarían en enterarse por boca de quienes sí lo sabían. Sería la comidilla del día... No, ¡de la década! El duque de Bewcastle había vuelto y paseaba por la calle en dirección al jardín de Hyacinth Cottage con Christine Derrick. En un abrir y cerrar de ojos llegaría a oídos de Melanie, y al día siguiente nada más rayar el alba —o lo más cercano al alba que fuera capaz de levantarse y de arreglarse con elaborado esmero— la tendría en la puerta de su casa para sonsacarle toda la información.

Melanie creería que había estado en lo cierto. Creería que el duque de Bewcastle la miraba con debilidad. Sin embargo, la verdad era que la deseaba y que estaba decidido a convertirla en su amante.

El duque no volvió a hablar mientras caminaban por la calle. Ni ella tampoco. Estaba pensando que si de verdad era tan arrogante como para no aceptar un no por respuesta, iba a tener que darle una bofetada. Jamás había abofeteado a un hombre y detestaba la idea por considerarla un arma del enfado femenino, dado que el hombre en cuestión —si se trataba de un caballero— no podría responder en consecuencia. Pero la mano le ardía por el deseo de marcar esa excelsa mejilla.

No estaba encantada de verlo.

Eleanor estaba junto a la ventana de la sala de estar, observando la escena por encima de sus anteojos, pero desapareció en cuanto la fulminó con la mirada. La señora Skinner abrió la puerta principal sin que nadie llamara, pero volvió a cerrarla cuando también la fulminó a ella. Era fácil imaginarse el nerviosismo y la intriga que debían reinar en casa.

Abrió la verja del jardín lateral, emplazado en diagonal con respecto al jardín principal, el cual rebosaba de color por las innumerables flores, subió los escalones de piedra y pasó bajo el arco emparrado por el que se accedía al jardín cuadrado, cuyos altos árboles lo ocultaban tanto de la casa como de la calle y cuyos floridos parterres le otorgaban un aspecto colorido y un ambiente fragante. Se colocó al punto detrás de un banco de madera y dejó la mano sobre el respaldo. Miró con expresión seria al duque de Bewcastle. Su atuendo —chaqueta gris oscuro, pantalones gris claro y botas de montar ribeteadas de blanco— le confería un aspecto abrumadoramente masculino. Muy pocos hombres entraban en ese jardín.

—Señora Derrick —comenzó y se detuvo para quitarse el sombrero, que sostuvo en una mano a su costado. Su cabello oscuro brillaba a la luz del sol. Su tono de voz era arrogante y brusco—. Me pregunto si me concedería el honor de casarse conmigo.

La dejó boquiabierta. Mucho después, cuando rememoró el momento, supo que no lo miró con expresión meramente sorprendida, sino con la boca totalmente abierta.

—¿¡Qué!? —preguntó.

—Me he dado cuenta de que soy incapaz de dejar de pensar en usted —confesó él—. Me he estado preguntando por qué le propuse ser mi amante en lugar de mi esposa y no encuentro una respuesta satisfactoria. No hay ley alguna que me obligue a casarme con una mujer virgen ni con una soltera. No hay ley alguna que me obligue a casarme con una mujer de mi misma posición social. Y si el hecho de no haber tenido hijos tras un matrimonio de varios años demuestra su incapacidad para concebir, tampoco es un impedimento insuperable. Tengo tres hermanos menores para sucederme, y uno de ellos ya tiene un hijo varón. La elijo a usted como mi esposa. Le ruego que me acepte.

Lo miró sin poder articular palabra durante un buen rato. Se agarró al respaldo del banco con ambas manos. Su cabeza parecía regodearse con los pensamientos más ridículos en los momentos más serios. Ese momento no fue la excepción.

Podría ser la duquesa de Bewcastle, pensó. Podría llevar armiño y una tiara. O eso creía, porque nunca había investigado los privilegios de ser una duquesa ya que nunca había esperado que le ofrecieran la posición.

Sin embargo, volvió a la cruda realidad cuando cayó en la cuenta de lo que le había dicho exactamente.

«...una mujer virgen... de mi misma posición social... no haber tenido hijos... su incapacidad para concebir. La elijo a usted. »

Apretó el respaldo con más fuerza a medida que la furia se apoderaba de ella hasta un punto casi incontenible.

—Me siento honrada, excelencia —dijo al tiempo que resoplaba por la nariz—. Pero no. Rechazo su proposición.

El duque parecía paralizado, sorprendido. Lo vio enarcar las cejas. Supuso que el infernal monóculo aparecería en su mano, cosa que la habría sacado de quicio por completo, pero parecía que no lo llevaba consigo en esa ocasión.

—¡Vaya! —exclamó—. Supongo que la ofendí al proponerle algo distinto al matrimonio.

—Así es —reconoció.

—Y al permitirle creer que, después de yacer juntos, iba a hacerle la misma proposición —prosiguió él.

Frunció el ceño. ¿No había sido esa su intención? ¿Había estado a punto de proponerle matrimonio en esa ocasión? No lo creía. Un hombre no le proponía matrimonio a una mujer que acababa de darle gratis lo que deseaba de ella. Pero ¿por qué había regresado para hacer exactamente eso?

—Me ofendió —reiteró.

El duque le lanzó lo que parecía una mirada gélida y desdeñosa.

—¿Y una disculpa no basta para apaciguar su orgullo herido, señora? —le preguntó—. ¿Está decidida a rechazar mi proposición de matrimonio porque no puede perdonarme por mi otra oferta? Le pido disculpas. No fue mi intención ofenderla.

—No —contestó al tiempo que rodeaba el banco para sentarse en él antes de que le fallaran las piernas y cayera al suelo en una humillante postura de la que él tendría que rescatarla una vez más—. No, supongo que no era su intención. Es todo un honor que le ofrezcan a una ser la amante del duque de Bewcastle.

Sus ojos la atravesaron de tal forma que creyó sentirlos en la nuca.

—Ya le he pedido que me perdone —le recordó.

—Podría hacerle un enorme favor a otra —dijo—. Podría aceptar el papel de su esposa y dejar vacante el puesto de amante para otra.

Estaba siendo mucho más que maleducada. Estaba siendo vulgar. Y eso que solo estaba empezando.

«...una mujer virgen... de mi misma posición social... no haber tenido hijos... su incapacidad para concebir. La elijo a usted. »

Esa mirada plateada se tornó aún más hosca si acaso eso era posible.

—Creo en la fidelidad dentro del matrimonio, señora Derrick —le aseguró—. Si alguna vez me caso, mi esposa será la única mujer que ocupe mi cama mientras los dos vivamos.

En ese momento agradeció enormemente el hecho de estar sentada. Sentía las piernas como si fueran de gelatina.

—Como usted diga —repuso—. Pero esa mujer no seré yo.

Su guardarropa consistía en unos cuantos vestidos remendados, descoloridos y pasados de moda. Apenas tenía dinero. Dependía casi por completo de su madre. Llevaba una vida de lo más insípida. No le quedaban sueños... y aún así ahí estaba, rechazando la oportunidad de ser una duquesa. ¿Acaso tenía una bandada de pájaros en la cabeza?

Lo vio hacer ademán de marcharse. Pero se detuvo y la miró por encima del hombro.

—No creo que sea indiferente a mi persona —lo escuchó decir—. Y en contra de la creencia popular, un solo acto no termina con la atracción física. Sus posibilidades de llevar una vida plena en este lugar parecen muy escasas. La vida como mi duquesa le ofrecería muchísimo más. ¿Me rechaza solo para castigarme, señora Derrick? ¿No se estará castigando usted misma en el proceso? Puedo ofrecerle todas las cosas que haya soñado y más.

El hecho de que se sintiera tentada —¡y bien sabía Dios que lo estaba!— avivó las llamas de su ira.

—¿De veras? —preguntó con voz cortante—. ¿Un marido que tenga una personalidad cariñosa y humana, que tenga sentido del humor? ¿Alguien que ame a las personas y a los niños, que guste disfrutar de las diversiones y de las cosas absurdas? ¿Alguien que no esté obsesionado consigo mismo y con su importancia? ¿Alguien que no sea un témpano de hielo? ¿Alguien que tenga un corazón? ¿Alguien que sea mi compañero, mi amigo y mi amante? Porque eso es lo que siempre he soñado, excelencia. ¿Puede ofrecérmelo todo? ¿Puede cumplir algún requisito? ¿Puede cumplir aunque solo sea uno de esos requisitos?

Esos ojos plateados la miraron fijamente durante tanto tiempo que tuvo que echar mano de todo su autocontrol para no removerse en el banco.

—Alguien que tenga un corazón... —repitió él en voz baja—. No, tal vez tenga razón, señora Derrick. Tal vez no tenga corazón. Y si no lo tengo, eso quiere decir que carezco de todo aquello con lo que usted sueña, ¿no es verdad? Le pido disculpas por haberle hecho perder el tiempo y por haberla ofendido una vez más.

Y cuando se giró en esa ocasión siguió su camino... Dejó atrás el arco emparrado, los escalones de piedra y, tras cerrar la verja del jardín con un movimiento preciso y silencioso, enfiló la calle seguramente en dirección a la posada, donde habría dejado su carruaje. Dudaba mucho que se quedara en un establecimiento tan humilde.

Lo miró hasta que desapareció de su vista. Después clavó la mirada en sus manos, entrelazadas con tanta fuerza sobre el regazo que tenía los nudillos blancos.

—¡Ay, Dios! —exclamó en voz alta—. ¡La madre que lo trajo!

Y acto seguido estalló en lágrimas y sollozos que fue incapaz de controlar a pesar de estar segura de que podían escucharla desde la sala de estar o desde la calle.

Lloró hasta que se le congestionó la nariz, hasta que le dolieron la garganta y el pecho, y hasta que tuvo la cara roja y descompuesta. Lloró hasta que ya no le quedaron lágrimas.

¡La madre que lo trajo!

¡Cómo lo odiaba!

«Que tenga un corazón. »

«No, tal vez tenga razón, señora Derrick. Tal vez no tenga corazón. »

Había dicho esas palabras con una extraña expresión en los ojos.

¿A qué se refería? ¿Qué extraña expresión?

Una extraña expresión que le había partido el corazón, a eso se refería.

Acababa de partirle el corazón.

¡Y lo odiaba con toda su alma!

Capítulo 11

A Wulfric no le sorprendió mucho que lo invitaran a la boda de la señorita Audrey Magnus y sir Lewis Wiseman a finales de febrero. Los esponsales se celebrarían en Londres, en la iglesia de Saint George en Hanover Square, y en esa época del año no toda la alta sociedad estaría en la capital. La temporada social no daba comienzo realmente hasta después de la Pascua. Así que era comprensible que lady Mowbury y su hijo invitaran a cualquier personaje importante que sí estuviera en la ciudad. Además, él era amigo de Mowbury y ese detalle en sí mismo garantizaba una invitación con indiferencia de las circunstancias.

Salvo por los diez días que había pasado en Oxfordshire con Aidan, Eve y su familia en Navidad, llevaba en la ciudad desde el otoño, aunque no había tenido un motivo concreto para regresar antes de que la Cámara de los Lores iniciara las sesiones. Había pasado unos cuantos meses visitando e inspeccionando sus propiedades rurales, consultando con sus administradores, concediendo audiencias y siendo agasajado por las familias más importantes de cada vecindad. Lo lógico era que hubiera regresado aliviado a Lindsey Hall, donde se habría quedado hasta poco antes de la fecha de inicio de la apertura del Parlamento.

Sin embargo, nada más llegar se vio asaltado de nuevo por la ambivalencia de sentimientos: por un lado amaba el lugar y por otro sentía una inquietud insoportable. Le había resultado alarmantemente vacío... una idea muy extraña dado que era justo esa cualidad lo que añoraba cuando estaba lejos. Pero incluso Morgan, la benjamina de la familia, y su institutriz faltaban de la casa desde hacía más de dos años. Su hermana pequeña estaba casada, tenía dos niños —el segundo, también un varón, había nacido a principios de febrero—. Cuando él heredó el título, Morgan era un bebé de dos años. Siempre había sido más su hija que su hermana, aunque no se había dado cuenta de ese hecho hasta después de que se marchara... o, más concretamente, hasta el día de su boda.

De modo que se fue a la ciudad, donde al menos podía entretenerse con sus clubes y otras cuantas diversiones muy bien seleccionadas.

Además, necesitaba buscar una nueva amante. Aunque no le apeteciera mucho, era consciente de que debía satisfacer ciertas necesidades, y era demasiado escrupuloso como para satisfacerlas con una puta. Sus preferencias sexuales tendían a la regularidad y la monogamia.

No obstante, a mediados de febrero aún no había encontrado a nadie para el puesto aunque una noche invitó a cenar a una actriz muy solicitada tras admirar su interpretación en el teatro y hacerle una inesperada visita en el camerino. Su intención era la de discutir los términos de un acuerdo con la mujer, quien a su vez había dejado bien claro que estaba dispuesta a abordar semejante discusión e incluso la consumación del acuerdo antes de concretar los pormenores. Sin embargo, acabó hablando de la interpretación y del teatro

con ella y después la acompañó a su casa y le pagó con creces por su tiempo. En el caso de la hermosa, elegante y discretísima lady Falconbridge, que también había insinuado su disponibilidad y cuya compañía había frecuentado en diversos eventos sociales, seguía sin sacar a colación el tema que ambos sabían que podía sacar a colación en cualquier momento.

Había pospuesto el momento una y otra vez... cosa insólita en él.

La invitación a la boda no lo sorprendió, pero sí titubeó antes de responder. La familia de Mowbury incluía a los Elrick y a los Renable, y era muy probable que también asistieran. Eran personas a las que conocía desde hacía años. En circunstancias normales no tendría el menor reparo en encontrarse con ellos, más que nada porque no tenía especial aversión por ninguno. De hecho, poco antes —poco más de seis meses antes—, había pasado quince días con ellos en Schofield Park, donde también estuvieron los novios, junto con la madre de la novia y sus hermanos.

Sin embargo, preferiría no tener que recordar el desafortunado abandono de sus costumbres en el que había incurrido durante la fiesta campestre. Había decidido olvidarlo por completo, y creía que lo había conseguido con éxito. Al fin y al cabo, ¿por qué no iba a hacerlo? Todo ese asunto con la señora Derrick había sido un arrebato de locura, y se alegraba muchísimo de haber escapado con su vida familiar intacta. Pero no quería recordatorios.

No obstante, sí que acostumbraba a ser educado y cumplir con su deber en todas las situaciones. Redactó una breve nota aceptando la invitación y le ordenó a su secretario que se la hiciera llegar a lady Mowbury.

Por mucho cariño que les profesara a Melanie y a Héctor, a Justin, a Audrey y a lady Mowbury, Christine no habría aceptado la invitación a la boda de Audrey en febrero de no haber sucedido algo extraordinario. Al fin y al cabo, ¿cómo iba a aceptar? La boda se celebraría en Londres. Sabía que la larga distancia no era un gran impedimento. Lógicamente, Melanie y Bertie asistirían y sin duda accederían a que viajara con ellos en su carruaje. Era muy posible que también la invitaran a quedarse con ellos, si bien lady Mowbury había añadido unas líneas en la parte inferior de su invitación, asegurándole que estarían encantados de que se quedara en su casa.

Sin embargo, ¿cómo iba a asistir si no tenía nada adecuado que ponerse? Y lo más importante, ¿cómo iba a asistir si Hermione y Basil estarían invitados? Durante los meses transcurridos desde la fiesta campestre le había pesado mucho la hostilidad, la malicia incluso, que le habían demostrado. Su amargura y su odio no habían menguado en dos años... casi tres ya. Ni tan poco su resentimiento al verse obligados a reconocer el parentesco que los unía. Jamás volvería a cruzarse en su camino de forma voluntaria.

No obstante, justo una hora después de escribir una afectuosa carta en la que declinaba la invitación de lady Mowbury, la cual dejó en la repisa de la chimenea de la sala de estar para que la llevaran al correo, sucedió algo realmente extraordinario. Llegó una carta de Basil y con ella un giro bancario por valor de una enorme cantidad de

dinero... De hecho, para ella era una pequeña fortuna, ya que su trabajo como maestra era su única fuente de ingresos... unos ingresos que, además, no eran nada del otro mundo.

Debía gastar el dinero en ropa nueva y en otros objetos personales, explicaba Basil en la escueta misiva que acompañaba al giro bancario. Su cuñado suponía que querría asistir a la boda de su prima y, por tanto, debía vestir adecuadamente. Sobre todo porque, en calidad de viuda de su hermano, era su responsabilidad. Hermione le había hecho ver que los vestidos que había lucido el verano anterior estaban pasadísimos de moda.

No había ninguna expresión de afecto ni de perdón, ninguna disculpa, ningún saludo que transmitir a su familia ni ninguna palabra de Hermione. No había noticias sobre su vida ni la de sus hijos. No le preguntaba qué tal le iba la vida... Solo la breve nota explicando sus motivos y lo que quería que hiciera con el dinero.

Su primer impulso fue devolver el dinero con una nota mucho más escueta y distante que la de Basil. Sin embargo, Eleanor entró en su dormitorio y la vio con la carta en una mano y el giro bancario en el regazo. Iba en busca de hilo de seda de un color que no tenía en su costurero.

—Parece que hubieras visto un fantasma —le dijo tras pedirle el hilo.

—Mira esto. —Le tendió la carta y luego el giro bancario.

Eleanor leyó la carta y miró el giro antes de enarcar las cejas.

—El verano pasado en Schofield Park me trataron como si estuvieran deseando librar al universo de mi presencia en caso de que hubiera un modo legal de hacerlo —dijo.

—Y supongo que por eso tienes la intención de devolver el dinero —aventuró su hermana—, con todo el orgullo herido que seas capaz de reunir. Fueron muy amables con mamá y conmigo durante el baile que clausuró la fiesta. Se sentaron con nosotras durante la cena y fueron muy agradables, si mal no recuerdo.

No lo sabía.

—No puedo aceptar su dinero —afirmó.

—¿Por qué no? —replicó Eleanor—. Al fin y al cabo, eres la viuda del único hermano del vizconde de Elrick y necesitas ropa nueva. Te has empecinado en negarle a mamá la posibilidad de comprarte ropa nueva.

Era cierto. Oscar no le había dejado nada, pero aún así no creía que fuera correcto depender de su madre, cuyos ingresos por la propiedad de su padre cubrían sus necesidades y las de Eleanor a duras penas.

—Hay dinero de sobra para que las tres renovemos nuestros guardarropas de verano —dijo—. Pero no puedo aceptarlo, Eleanor. Ni siquiera les caigo bien.

—El dinero es para ti —insistió su hermana al tiempo que le daba unos golpecitos a la carta—. El vizconde de Elrick lo ha dejado bien claro en su carta. Y si no les caes bien, ¿por qué te han enviado esto? A mí me parece una ofrenda de paz.

—Todavía me culpan por la muerte de Oscar —señaló—. Basil lo adoraba, y como Hermione adora a Basil, también adoraba a Oscar.

—Pero ¿por qué iban a culparte? —preguntó Eleanor, exasperada—. Nunca lo he entendido, Christine. Salió a cazar y tú ni siquiera ibas con él. ¿Se supone que debías haber evitado que saliera?

Se encogió de hombros. Había sido incapaz de contar la verdad sobre la muerte de Osar, y esa renuencia a confiar en su hermana preferida y en su madre siempre la había apenado.

—¿Crees que es eso? —Frunció el ceño—. ¿Una ofrenda de paz?

—¿Por qué si no lo habría mandado? —repuso Eleanor.

Eso se preguntaba ella, ¿por qué? Tal vez lamentaban algunas de las cosas que le habían dicho, y que habían dicho de ella, durante las dos semanas en Schofield Park y querían tenderle una especie de rama de olivo. Si les devolvía el dinero, los ofendería y alargaría una enemistad que nunca había querido. En cierta manera, eso era lo que se merecían. Pero no era dada a guardar rencor. No quería odiarlos más tiempo. Y desde luego no quería que ellos la siguieran odiando. Tal vez Basil se había dado cuenta de repente de que ella era el último vínculo que lo unía a su hermano.

Tragó saliva para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta.

O tal vez Hermione temía que los avergonzara al presentarse en la boda vestida con harapos. Tal vez de eso se trataba el giro bancario.

Pero ¿por qué pensar siempre lo peor de los demás? ¿No sería perjudicial para sí misma adoptar esa actitud frente a la vida? Prefería pensar lo mejor y equivocarse que pensar lo peor y equivocarse.

Suspiró.

—Si me quedo el dinero, también tendré que ir a la boda de Audrey —dijo—. Siempre y cuando Melanie acceda a que viaje con ellos.

—¡Por favor, Christine! —Eleanor chasqueó la lengua y puso los ojos en blanco—. Sabes muy bien que, en cuestión de días, lady Renable llegará en tu busca para convencerte de que aceptes la invitación. Aunque hayas decidido rechazarla, aunque hubieras enviado ya la negativa, acabarías yendo de todas maneras.

—¿Tan poca voluntad tengo? —preguntó con el ceño fruncido.

—No, pero ella es la mujer más terca que he tenido la desgracia de conocer —respondió su hermana—, además de la más fría y la más pretenciosa. —Soltó una risilla—. Aunque no puedo evitar que me caiga bien, sobre todo por haberte escogido a ti como su amiga en lugar de a mí. ¿Tienes hilo de seda de este verte? Si no, voy a tener que ir a la tienda para comprar una madeja, no para de llover.

Y así fue como decidió quedarse con el dinero y gastarlo en sí misma... claro que eso no sucedió hasta que tanto Eleanor como su madre se negaran en redondo a aceptar un solo penique de ella. También decidió que debía asistir a la boda, ya que le habían mandado el dinero con el objetivo de que se comprara ropa adecuada para tan magno evento. Eso sí, les compraría regalos a su madre y a Eleanor, y también a Hazel y a los niños.

¡Ay, el maravilloso lujo de poder pensar en comprar regalos!

Rompió la carta en la que declinaba la invitación de lady Mowbury y la reemplazó con una en la que aceptaba. Y también estuvo toda una hora redactando una contestación adecuada para Basil.

No había pasado ni una hora desde que concluyó la correspondencia cuando escuchó el inconfundible sonido de los caballos y las ruedas de un carruaje que anunciaba la llegada de Melanie, preparada para la batalla pese a la lluvia. Aunque no hizo falta

librarla. Informó a su amiga de que ya había aceptado la invitación a la boda y de que tenía pensado ir andando hasta Schofield Park en cuanto escampara para pedirle el favor de que la llevasen a Londres con ellos.

—¿Habrías ido a Schofield Park caminando después de esta lluvia, Christine? —preguntó Melanie con los impertinentes en el aire y la mano libre sobre el corazón—. ¿Para pedirnos a Bertie y a mí el favor de que te lleváramos a Londres? Te aseguro que si hubieras mostrado la menor reticencia a acompañarnos voluntariamente, le habría ordenado al más forzudo de mis criados que te metiera a la fuerza en el carruaje el día de nuestra partida. ¿De verdad habrías caminado con todo este barro para pedirnos ese favor?

Soltó una risilla y Eleanor escondió la cabeza en su libro.

Parecía que iba a ir a Londres, y que iba a asistir a la boda de Audrey en Saint George. No sabía si dejarse llevar por la emoción o por los nervios, pero se decantó por lo primero. Al fin y al cabo, aún no había llegado la primavera y la temporada social no había comenzado. Seguramente no habría más eventos sociales que la boda, y lady Mowbury la había calificado de «acontecimiento familiar» en su carta.

Además, iba a tener ropa nueva y podría comprársela en Londres, a la última moda. La perspectiva habría animado a cualquiera.

Era extraño, pensó Wulfric al sentarse en el banco de la iglesia y clavar la mirada en sir Lewis Wiseman —que esperaba al pie del altar la llegada de la novia con aspecto de que su ayuda de cámara le hubiera apretado demasiado el nudo de la corbata—. Era extraño que hubiera esperado que toda la familia de la señorita Magnus asistiera a la boda y que incluso hubiera vacilado a la hora de aceptar la invitación porque no quería recordar esas dos semanas en Schofield Park... y que, sin embargo, no se le hubiera pasado ni una sola vez por la cabeza que tal vez Christine Derrick, miembro de la familia gracias a su matrimonio, también estuviera presente.

Y allí estaba.

Casi no la había reconocido al pasar junto al banco que ocupaba con los Elrick. Iba ataviada a la última moda con un vestido gris y azul claro. Al pasar junto a ella la había visto levantar la mirada y por un espantoso momento, que se esfumó en cuanto agachó la cabeza a toda prisa y él apartó la mirada con la misma rapidez, sus ojos se encontraron.

De haberlo sabido, no habría asistido al enlace ni muchísimo menos.

No le apetecía en absoluto volver a ver a Christine Derrick en lo que le quedaba de vida. La opinión que le merecía no era muy buena. Y le avergonzaba recordar que había recorrido el trayecto desde Hampshire a Gloucestershire para proponerle matrimonio a una viuda, a la hija de un maestro rural que también ejercía de maestra, que carecía de buenos modales durante la mayor parte del tiempo y que consideraba graciosas sus bochornosas meteduras de pata. No podría haber escogido a una mujer menos apropiada para ser su duquesa.

¡Y para colmo, lo había rechazado!

Fue muchísimo más tarde cuando reparó en lo extraño de sus respectivos comportamientos de esa mañana. Él no tenía por costumbre apartar la mirada de otra persona por el mero hecho de que lo estuvieran mirando. Y en Schofield Park, la señora Derrick siempre lo había retado con la mirada en lugar de hacerle creer que se sometía dócilmente a su silenciosa y arrogante orden de que bajase la vista en su excelsa presencia.

La familiar irritación que sentía en su presencia regresó como si no se hubiera olvidado de ella durante los meses transcurridos.

Asistiría a la misa, decidió, y después le daría una excusa a Mowbury para no quedarse al banquete. Esperaría en su banco hasta que todo el mundo se hubiera marchado y después desaparecería sin que nadie se diera cuenta.

Tal vez se estuviera comportando como un cobarde —nada más lejos de su comportamiento habitual—, pero le estaría haciendo un favor a la señora Derrick. Sin duda estaba tan consternada de verlo como él de verla a ella... porque para colmo su presencia en la iglesia la habría pillado absolutamente por sorpresa.

«Un marido que tenga una personalidad cariñosa y humana, y que tenga sentido del humor. »

Escuchaba su voz al pronunciar esas palabras como si las estuviera diciendo en ese mismo momento, en Saint George, para que todo el mundo la escuchara. Había desdén en su voz, trémula por la pasión.

No era un hombre cariñoso, compasivo, amable ni alegre. De eso lo había acusado. En parte lo había rechazado por ese motivo.

Por su incapacidad para demostrar cariño.

Compasión.

Sentido del humor.

¿Por qué se le había grabado ese discursito a fuego en la mente? Al igual que su imagen mientras lo pronunciaba: polvorienta e incluso desaliñada a causa de la increíble lección que les había dado a los niños del pueblo, con el bonete de paja que no lograba ocultar su cabello sudoroso y revuelto, con el rostro ruborizado y brillante por el sudor y con los ojos resplandecientes.

¿Qué demonios tenía para que pensara que debía convertirla en su esposa? Después de lo sucedido junto al lago, lo lógico habría sido pensar que bastaba con ofrecerle carta blanca... y ella no debería haber esperado nada más. La reacción que demostró al interrumpir su proposición lo demostraba. Entonces, ¿por qué el matrimonio? ¿Qué era lo que lo había contrariado durante semanas, incluso meses, después de su inesperado rechazo?

¿Su orgullo herido?

Por suerte, se habría recobrado por completo y en ese momento agradecía enormemente que lo hubiera rechazado.

«Alguien que ame a las personas y a los niños, que guste disfrutar de las diversiones y de las cosas absurdas. »

Él no era esa persona ni muchísimo menos. Menuda idea... ¡Que guste disfrutar de las diversiones y de las cosas absurdas! Sin embargo, sí amaba a ciertas personas... algunos niños incluidos.

«Alguien que no esté obsesionado consigo mismo y con su importancia. Alguien que no sea un témpano de hielo. Alguien que tenga un corazón. »

Su mente rehuyó ese recuerdo. Era incapaz de lidiar con esa parte en concreto de su rechazo. Porque era la parte que más le había dolido... durante los días que tardó en recuperarse de tan absurda aflicción.

Por suerte, la señorita Magnus llegó a la iglesia con pocos minutos de retraso y pudo concentrarse por completo en la ceremonia. Entendía perfectamente el tímido orgullo que mostró Mowbury al llevar a su hermana al altar. Habían pasado dos años y medio desde la boda de Morgan y más de tres desde la de Freyja. En ambas ocasiones le sorprendió el enorme vacío que experimentó, sobre todo con Morgan, la benjamina de la familia, a quien todos adoraban. Incluso él...

«Alguien que tenga un corazón. »

Percibía la presencia de Christine Derrick varios bancos por detrás, como si sostuviera una larga pluma en las manos y le estuviera acariciando la espalda con ella. Pronto le tocaría el cuello y él se encogería de hombros en un gesto defensivo.

Clavó su mirada seria en los novios y en el sacerdote, y se dispuso a prestar atención a todo lo que estaban diciendo... aún que no escuchó ni una sola palabra.

Por desgracia, esperó demasiado tiempo una vez que la ceremonia terminó. Cuando por fin salió de la iglesia, sir Lewis y la flamante lady Wiseman ya habían partido en el carruaje nupcial, pero Mowbury y su madre también lo habían hecho, al igual que la mayor parte de la familia, incluida la señora Derrick. Su desaparición supuso un alivio enorme, por supuesto, pero ¿cómo iba a faltar al banquete de bodas sin haberse disculpado con Mowbury o con su madre? Sería de muy mala educación, y él nunca era maleducado si podía evitarlo.

Notó que una mano lo agarraba del hombro.

—Bewcastle —lo saludó el conde de Kitredge—, ¿le importa que vaya con usted? Así les dejo mi carruaje a los más jóvenes.

—Será un placer—respondió.

En ese momento decidió que ocuparía el lugar que le habían asignado para el banquete y que después les daría la enhorabuena a los recién casados, le agradecería la invitación a lady Mowbury y se marcharía a la primera oportunidad. En los días venideros limitaría sus salidas a la Cámara de los Lores y a White's y evitaría abandonar Bedwyn House. Se percató de que semejante decisión podía tacharse de cobardía, pero se convenció de que solo estaba haciendo lo que normalmente hacía. A fin de cuentas, en esa época del año en concreto había pocos acontecimientos sociales que evitar.

Cuando llegó a Magnus House, emplazada en Berkeley Square, casi todos los invitados circulaban por el salón de baile, reconvertido en comedor para el evento, charlando y riendo unos con otros sin haber ocupado todavía sus sitios a la mesa, aunque él evitó unirse a un grupo concreto. Se le daba muy bien distanciarse del resto en semejantes ocasiones. De no haber entrado en la casa y en el salón de baile acompañado de Kitredge, habría localizado su silla, la habría ocupado y habría observado de forma desapasionada lo que sucedía a su alrededor.

—¡Vaya! —exclamó el conde al tiempo que le colocaba una mano en el brazo—, ahí está la persona con quien quería hablar, y usted también la conoce, Bewcastle. Vamos.

Se percató demasiado tarde de que lo arrastraba hacia Christine Derrick, que estaba con los Elrick, los Renable y Justin Magnus.

Se había quitado el bonete. Tenía un nuevo corte de pelo. Los lustrosos y cortos rizos enmarcaban ese hermoso rostro de ojos enormes. El vestido gris claro, adornado con frunces y cintas de color azul, le sentaba muy bien. La mayoría de las mujeres pasaría desapercibida con esos colores tan claros, pero su resplandeciente personalidad los eclipsaba. Estaba riéndose por algo que Magnus había dicho y parecía muy animada e increíblemente encantadora.

Y entonces los vio acercarse... y su alegría desapareció, si bien no perdió la sonrisa en ningún momento.

—Señora Derrick —dijo Kitredge tras saludar a los demás con buen humor. Le cogió la mano, le hizo una reverencia que le arrancó un crujido a su corsé y se la llevó a los labios—. Está más encantadora que de costumbre, si es que eso es posible. ¿No le parece, Bewcastle?

Pasó por alto la pregunta. Les hizo una reverencia a los demás y también a ella.

—Señora —la saludó con formalidad.

—Excelencia. —Lo miró directamente a los ojos aunque había esperado que su mirada se clavara en su barbilla o en la corbata. Una tontería por su parte. Saltaba a la vista que ya se había recuperado de la sorpresa de verlo en la iglesia y que no estaba dispuesta a darle la satisfacción de mostrarse avergonzada, en caso de que lo estuviera.

—Espero que su madre esté bien —dijo.

—Lo está, gracias por preguntar. —Siguió sosteniendo su mirada.

—¿Y sus hermanas?

—También. Gracias.

—¡Ah! Me alegro. —Los dedos de su mano derecha descubrieron el mango del monóculo y lo aferraron.

Y en ese preciso momento la vio bajar la mirada en dirección de su mano y al monóculo, tras lo cual la devolvió a sus ojos. Sin embargo, se había producido un cambio. Aunque ya no sonreía, se estaba riendo de él con la mirada. Había olvidado esa extraordinaria expresión.

—El salón de baile de Mowbury ha sido decorado espléndidamente para la ocasión —dijo Kitredge—. Señora Derrick, ¿le apetece dar un paseo por la estancia conmigo para admirar los arreglos florales?

La vio desviar la mirada hacia Kitredge, y en ese momento sí sonrió... una sonrisa deslumbrante.

—Sí, gracias. —Aceptó el brazo que le tendía y se alejó con el conde.

La señora Derrick se sentó con su familia durante el banquete. El lo hizo a cierta distancia y entabló conversación con lady Hemmings, sentada a su izquierda, y con la señora Chesney, a su derecha. En cuanto terminó el banquete, felicitó a los novios y agradeció la invitación, tras lo cual regresó andando a casa después de despedir a su carruaje, que lo aguardaba en la plaza junto a muchos otros.

Se sentía irritado. Y ese no era un sentimiento que se permitiera con frecuencia, aunque en caso de permitírselo, solía enfrentarse a la causa que lo motivaba del modo más adecuado.

Sin embargo, ¿cómo se enfrentaba a la irritación que sentía consigo mismo por culpa de una mujer que se negaba a abandonar sus pensamientos, a pesar de haberse creído libre de su influencia y de su recuerdo a esas alturas? Por culpa de una mujer que, para colmo, sonreía con demasiada alegría y hablaba con demasiado entusiasmo, incluso a las personas que estaban al otro lado de la mesa.

Simple y llanamente, carecía de buenos modales.

¿Cómo se enfrentaba a una mujer que se empeñaba en sostenerle la mirada cada vez que lo descubría mirándola, que lo desconcertaba al enarcar las cejas y que luego se reía de él?

Seguía prendado de ella, pensó con sorpresa al salir de la plaza, mientras un par de cocheros que estaban apoyados en la esquina quienes, al ver su expresión seria, se apartaban para dejarle paso y se llevaban la mano a la frente a modo de saludo.

¿¡Prendado!? ¡Y un cuerno! Estaba prácticamente ciego por ella. ¡Estaba enamorado, maldita fuera su estampa! A pesar de lo mucho que ella le disgustaba, de lo mucho que lo irritaba y de que desaprobaba cualquier cosa que hiciera, estaba enamorado de ella hasta la médula, como un jovenzuelo atolondrado.

Se preguntó sombríamente qué iba a hacer al respecto.

No le hacía ni pizca de gracia.

Ni le gustaba en lo más mínimo.

Capítulo 12

Christine había llegado a Londres una semana antes de la boda de Audrey y se había alojado en la casa de Melanie y Bertie. Disfrutó muchísimo de esos días, que incluyeron compras en Oxford Street e incluso en la exclusiva Bond Street, puesto que necesitaba ropa nueva y contaba por primera vez en su vida con dinero para gastar. Además, a Melanie le encantaba ir de compras. En un abrir y cerrar de ojos, tuvo un nuevo guardarropa con prendas para la primavera y el verano, elegidas con especial atención a los colores, al estilo y a la comodidad... amén al precio, claro estaba. Al fin y al cabo, quería que le quedara dinero para poder comprar regalos que llevar cuando regresara a casa. Y no era manirrota por naturaleza.

Disfrutó mucho con la visita que hicieron a lady Mowbury, donde vieron a Héctor y compartieron con Audrey la emoción de la cercana boda. Justin la llevó a dar un paseo en carruaje por el parque.

Dos días antes de la boda asistió con Melanie y Bertie a una cena celebrada por Hermione y Basil, aunque la perspectiva no le resultaba emocionante en lo más mínimo. Sin embargo, sus cuñados se comportaron con consideración, que no precisamente con afecto, y Basil la llevó a un aparte durante la velada para comunicarle que tenía la intención de hacerle llegar una pensión trimestral porque era la viuda de Oscar y, por tanto, era su deber mantenerla. Intentó discutir, pero Basil insistió, aduciendo que Hermione y él lo habían hablado y que habían llegado a la conclusión de que esa habría sido la voluntad de Oscar. Comprendió que para él era importante que aceptara, de modo que dejó de protestar.

Hermione se despidió besando el aire junto a su mejilla y se dejó abrazar.

Supuso que habían acordado una especie de tregua. Después de los acontecimientos del año anterior, era mucho más de lo que había esperado. Los dos hijos de la pareja, sobrinos de Oscar y por tanto también suyos, habían recibido con gran entusiasmo, y no tardó en recordar que siempre había sido su tía preferida.

Decidió que había hecho bien al ir a Londres para el acontecimiento familiar que sería esa boda. Y siguió pensándolo al llegar a la iglesia de Saint George, en Hanover Square, a pesar de descubrir que habían invitado a más personas aparte de la familia. Al menos iba ataviada con el vestido más elegante de los que se había comprado e iba acompañada por Hermione, Basil y sus hijos.

Todavía lo pensaba cuando alzó la vista para ver quién era el caballero cuya importancia le había otorgado un lugar en la iglesia por delante de los vizcondes de Elrick, primos de la novia, y descubrió que se trataba del duque de Bewcastle.

Decir que se sintió descompuesta sería quedarse corta. La verdad fuera dicha, estuvo a punto de dejarse llevar por el pánico, de levantarse de un brinco y de escapar a la carrera por el pasillo central de la nave... poniéndose en ridículo delante de todos los presentes. En

cambio, apartó los ojos de él en el mismo momento en el que sus miradas se encontraron y no escuchó ni una sola palabra de la ceremonia a pesar de que Audrey y Lewis se estaban casando delante de sus narices.

Estuvo pendiente en todo momento de la ancha, orgullosa y rígida espalda del duque de Bewcastle, tan elegantemente ataviada. Los recuerdos de la horrible quincena pasada en Schofield Park regresaron en tropel, al igual que lo hicieron los de la última noche junto al lago. Y los de su regreso, diez días más tarde, cuando fue a buscarla a Hyacinth Cottage.

No se le había pasado ni remotamente por la cabeza que pudieran invitarlo a la boda de Audrey. Porque había supuesto que sería un acontecimiento íntimo y familiar. Jamás de los jamases se habría acercado a menos de un millón de kilómetros de Londres de haberlo sabido.

Tan poca atención le prestó al espléndido salón de baile donde se celebró la recepción posterior y el suculento banquete que lo mismo podría haber estado en un establo vacío comiendo paja. No obstante, sabía que le había sonreído con demasiada alegría al conde de Kitredge y que su conversación había sido demasiado efervescente. También sabía que había recuperado cierto aplomo durante el banquete y que no se había amilanado y había bajado la vista cada vez que su mirada y la del duque se encontraban. De todas formas, había sido uno de los días más incómodos de su vida.

Sintió un enorme alivio cuando lo vio marcharse temprano.

Y durante el resto del día se sintió mortalmente deprimida aunque estuvo charlando, riendo y bullendo de alegría hasta que regresó a casa de Melanie ya entrada la noche y logró refugiarse en la soledad de su dormitorio.

Creía que había olvidado por completo al duque de Bewcastle en esos seis meses que habían pasado desde la última vez que lo vio. De ahí que la reacción que había experimentado al verlo la hubiera perturbado tanto. ¿Cómo se le había ocurrido pensar que podría acostarse con él la última noche de la fiesta campestre y olvidarlo luego sin más? Claro que, ¿habría reaccionado de forma menos intensa si no hubiera sucedido nada entre ellos? ¿O si no hubiera vuelto diez días después para proponerle matrimonio?

Era imposible saberlo. Jamás había entendido la atracción que sentía por un hombre que no era atractivo en absoluto. Guapo, sí. Pero no atractivo... al menos para ella.

De todas formas, le daba igual. Un par de días después de la boda volvería a casa y tendría que hacer el esfuerzo de olvidarlo otra vez. Si sus emociones se habían visto involucradas más de lo que había supuesto en un principio, solo ella tenía la culpa.

Nadie la había obligado a caminar con él por el paseo de los laburnos. Suya había sido la ocurrencia de entrar en el laberinto. Y nadie la había obligado a acompañarlo al lago.

Y después Melanie cambió de idea. Sobre el regreso, claro, plan inicial había sido el de ir a Londres para la boda y regresar luego a Schofield Park hasta después de las fiestas de Pascua, fecha en la que comenzaba la temporada social con su interminable sucesión de entretenimientos. Evidentemente, ella no los acompañaría cuando volvieran para la temporada.

—Pero, Christine —dijo Melanie durante el desayuno la mañana posterior a la boda—, el caso es que hay muchas más familias en la ciudad de lo normal por estas fechas

y todas las mañanas nos llegan un buen número de invitaciones a eventos que sería una lástima perderse. Es normal sentirse en la obligación de asistir a tantos como sea posible, porque tan a principios de año no habrá grandes multitudes en ningún sitio. Y sería una lástima haber venido a la ciudad y regresar sin habernos divertido un poco. Me parece que sería injusto privar de sus clubes al pobre Bertie tan pronto.

Bertie, que estaba desayunando con ellas, se limitó a cortar el jugoso bistec que tenía delante con un gruñido. Había perfeccionado hasta tal punto el sonido que resultaba apropiado para cualquier cosa que Melanie le preguntara o sugiriera sin necesidad de escucharla, evitándole así tener que prestar atención a todo lo que su esposa le decía.

—Además tienes toda tu ropa nueva —siguió Melanie—, y te sienta tan bien que pareces una jovencita con la mitad de tu edad. Tienes que estrenarla toda, y para eso hay que salir. Mamá y Justin se sentirán muy decepcionados si nos marchamos tan pronto, igual que Héctor, pobre mío, siempre y cuando se haya percatado de nuestra presencia. Además de todo eso, recuerda que el conde de Kitredge está prendadito de ti y no va a tardar mucho en declararse. Aunque sé que no te interesa un marido treinta años mayor que tú, y rollizo a pesar del corsé, será entretenidísimo verlo cortejarte; y no te vendrá nada mal que la alta sociedad lo presencie. Al menos la parte de la alta sociedad que está en la ciudad.

Como siempre, había abierto la boca varias veces para hablar, pero era imposible intercalar una sola palabra cuando Melanie se lanzaba a uno de sus fervorosos monólogos; sobre todo cuando presentía que la respuesta podía ser una negativa.

—Nos quedaremos una semana más —siguió al tiempo que soltaba la taza de café y le cubría la mano que ella tenía apoyada sobre la mesa—. Estaremos ocupadas desde el mediodía hasta la madrugada, y nos lo pasaremos en grande. Podré disfrutar toda una semana de tu compañía en la ciudad, o más bien una quincena si contamos los días que ya llevamos aquí. Será divertidísimo. Qué dices? Dime que vas a quedarte. Di que sí.

No era el momento de llevarle la contraria, decidió con cierto abatimiento. ¿Cómo iba a decirle que no? Había viajado a Londres en el carruaje de los Renable, se estaba alojando en su residencia y estaba comiendo en su mesa. ¿Cómo iba a llevarles la contraria y a exigirles que volvieran al campo? Se le ocurrió que podía regresar en el coche de postas, pero sabía que si llegaba siquiera a sugerir la idea, a Melanie le daría un soponcio... y se sentiría muy ofendida. Hasta Bertie se sentiría obligado a hacer algún comentario.

Pero ¿una semana completa? ¿Codeándose otra vez con la alta sociedad? La idea era espantosa. Claro que solo era una semana. Siete días. Y en Schofield Park todo el mundo había coincidido al afirmar que el duque de Bewcastle no asistía a muchos acontecimientos sociales. ¿No había asegurado lady Sarah Buchan que no lo había visto en toda la primavera durante su presentación en sociedad y eso que debía de haber asistido a cualquier evento donde la alta sociedad se reuniera en pleno? Además, ella misma no lo había visto ni una sola vez durante sus siete años de matrimonio.

—Si quieres quedarte, Melanie —respondió—, yo también debo hacerlo.

Melanie le dio un manotazo en el brazo antes de coger la taza de nuevo.

—Menuda respuesta —replicó—. Aquí no hay obligaciones que valgan. Si prefieres irte a casa, privaremos a Bertie de sus clubes y nos marcharemos. Pero nos perderemos la velada de lady Gosselin que se celebrará pasado mañana por la noche. Es muy buena

amiga mía y se enfadará mucho si me voy a casa en lugar de esperarme un par de días para hacer acto de presencia. Y nos perderemos...

—Melanie —la interrumpió, inclinándose sobre la mesa para acercarse a ella— estaré encantada de aceptar tu hospitalidad otra semana más.

—¡Sabía que aceptarías! —exclamó su amiga con una sonrisa radiante al tiempo que se llevaba las manos al pecho, encantada—. Bertie, amor mío, podrás ir a tus clubes y a Tattersall's. Podrás jugar a las cartas en la velada de lady Gosselin, donde las apuestas son tan altas como a ti te gustan.

Bertie, que había dado cuenta de la mitad de su desayuno, gruñó.

Y así fue como se encontró atrapada, pensó con lúgubre resignación, no solo en Londres, sino también en la obligación de asistir a cualquier acontecimiento social que Melanie eligiera. Y pronto descubrió que el número de dichos acontecimientos era impresionante a pesar de que el comienzo de la temporada social todavía quedaba lejos. Había tés a los que asistir, un concierto privado y una cena; y, por supuesto, la velada de lady Gosselin.

Christine se puso uno de sus vestidos nuevos para la velada. Era de terciopelo y encaje azul oscuro y le gustaba sobre todo porque tenía un diseño vaporoso y elegante sin caer en lo recargado. En su opinión, se adecuaba a la perfección tanto a su físico como a su edad. Aceptó ponerse un collar de perlas que le prestó Melanie, porque su amiga insistió muchísimo, pero salvo por los guantes blancos largos y un abanico de marfil que Hermione le había regalado años antes con motivo de un cumpleaños, no llevaba ningún complemento más.

Sonrió alegremente cuando entró al salón de lady Gosselin, una de las estancias abiertas para el uso de los invitados. Y, como no podía ser de otra manera, la primera persona a la que vio fue al duque de Bewcastle, elegante, sombrío y soberbio, al otro lado de la estancia, conversando con una dama morena muy guapa que estaba sentada y bebía una copa de vino. Lady Falconbridge, la viuda de un marqués, recordó.

De haber podido marcharse de forma disimulada y regresar a la residencia de los Renable, o a Hyacinth Cottage mejor, lo habría hecho de buena gana. Pero Melanie la tenía cogida del brazo y no le quedaba más remedio que seguir adelante.

¡Madre del amor hermoso!, pensó al percatarse de buenas a primeras del elegante recogido de lady Falconbridge y de las sofisticadas plumas que lo coronaban.

Volvió a sentirse como una prima recién llegada del campo.

Posiblemente hubiera en la estancia más de una docena de personas a las que Melanie conocía. O en la adyacente. Pero su amiga tuvo que sonreír de oreja a oreja al percatarse de la presencia de una persona en concreto. Alzó la barbilla y los impertinentes y la arrastró hasta el otro lado del salón de tal forma que Eleanor se habría echado a reír a carcajadas de haberlo presenciado. Bertie ya había desaparecido, probablemente en dirección a la sala de juegos.

—¡Bewcastle! —exclamó Melanie al tiempo que le daba un toquecito al duque en el brazo con los impertinentes—. No es frecuente verlo en este tipo de eventos.

El duque se giró con las cejas arqueadas y esos ojos plateados se toparon con los suyos antes de clavarse en Melanie. Lo vio hacer un rígido saludo con la cabeza.

—Lady Renable —dijo—. Señora Derrick.

Había olvidado lo gélidos que podían llegar a ser esos ojos y su capacidad para atravesar el cráneo de la persona a la que miraban.

—Excelencia —murmuró ella.

Según se percató, no se dignó a justificar ante Melanie su presencia en la velada. ¿Qué necesidad tenía de hacerlo? Sus dedos rozaron el mango del monóculo mientras lady Falconbridge comenzaba a demostrar su impaciencia golpeando el suelo con la punta de un pie.

—Nos hemos quedado una semana más —anunció Melanie—, porque la ciudad está llena de buena compañía a pesar de la fecha. Además, nunca hay que perderse las veladas de Lilian.

Su excelencia volvió a inclinar la cabeza.

—Melanie —dijo ella—, acabo de ver a Justin en la estancia contigua. ¿Vamos?

Los excelsos ojos del duque se clavaron en ella un instante y el excelso monóculo fue alzado hasta detenerse frente al excelso pecho. Lo retó en silencio a que se lo llevara al ojo.

—En ese caso, no las entretengo más —lo escuchó replicar antes de girarse en dirección a lady Falconbridge. La estancia contigua era la sala de música y alguien estaba tocando el piano. Lady Sarah Buchan, según comprobó. Le sonrió alegremente a Justin, que se acercó a ella mientras Melanie seguía caminando en dirección a un grupo de damas que la acogieron en su círculo con los brazos abiertos.

—Os he visto rendirle pleitesía a Bewcastle —dijo un sonriente Justin.

—Si hubiera sospechado siquiera que podría asistir —le aseguró—, jamás habría venido.

Su réplica hizo que Justin chasqueara la lengua.

—Resulta un poco extraño que reacciones de esa forma tan radical —repuso—, cuando el año pasado insistías en repetir que su comportamiento había sido intachable y caballeroso, ¿no te parece? Sin embargo, este año no tienes nada que temer por su parte. Está persiguiendo con ahínco a lady Falconbridge, y puesto que la dama demuestra el mismo ahínco en perseguirlo a él, es de opinión generalizada que no pasarán muchos días antes de que lleguen a un acuerdo discreto y satisfactorio para ambas partes. Creo que en los clubes están corriendo apuestas para ver quién acierta el número exacto de días.

—Amigo mío —le dijo con una deslumbrante sonrisa—, siempre estás dispuesto a regalar los oídos de una dama con aquello que no debería escuchar. —Y con lo que no quería escuchar de ninguna de las maneras.

—Pero sé que tú no eres tiquismiquis, Chrissie. —Se echó a reír y la condujo hasta el piano.

Sin embargo, no le permitieron relajarse mucho tiempo. El conde de Kitredge se acercó a ellos al cabo de un rato y, tras honrar la interpretación musical de su hija con un aplauso y preguntarle a ella si había visto el famoso Rembrandt que se exhibía en el salón contiguo a la sala de refrigerios, pregunta que contestó con una negativa, le ofreció el brazo y le aseguró que estaría encantado de mostrárselo.

No había nadie en el salón, un lugar apenas iluminado y que posiblemente ni siquiera estuviera abierto al público durante la velada. Después de admirar el cuadro en aras de la cortesía durante cinco minutos, hizo ademán de regresar con los invitados, pero el conde la detuvo asiéndola con firmeza del brazo, tras lo cual la condujo hasta un banco emplazado en el extremo más alejado de la estancia. Una vez que estuvo sentada, él se colocó delante, con las manos a la espalda. Sospechaba que era el corsé lo que le impedía tomar asiento a su lado, cosa que agradeció en silencio.

—Señora Derrick —dijo después de carraspear—, el pasado verano debió usted de estar al tanto de la profunda admiración que le profeso.

—Me siento muy honrada, milord —replicó, repentinamente alarmada—. ¿Nos vamos... ?

—Y este año —la interrumpió—, me siento obligado a exponerle abiertamente el ardor de los sentimientos que albergo por usted.

¿Era una coqueta?, se preguntó. ¿Lo era? Oscar había llegado a esa conclusión, y tanto Basil como Hermione habían acabado por creerlo también. Pero si lo era, no lo hacía de forma consciente. Jamás había dicho o hecho nada que alentase los sentimientos del conde hasta conformar tal ardor; ni siquiera nada que justificara un leve afecto. Nunca había hecho nada para alentar a nadie. Salvo en el caso de Oscar, hacía ya casi diez años.

—Milord —dijo de nuevo—, por más halagada que me siento, debo...

No obstante, las manos del conde le cogieron una de las suyas con tal fuerza que uno de sus anillos se le clavó de forma dolorosa en el meñique.

—Señora —replicó él—, le ruego que no me atormente más. El mundo dirá que soy muy viejo para usted, pero mis hijos son mayores y soy libre para seguir de nuevo los dictados del corazón. Y mi corazón, señora, me impulsa a seguirla. Me halaga suponer que...

—¡Milord! —lo interrumpió al tiempo que intentaba zafarse de sus manos en vano, ya que la sujetaba con mucha fuerza.

—... alberga usted afecto por mi persona —prosiguió—, la cual pongo a sus pies junto con mi título y mi fortuna.

—Milord —repitió—. Estamos en un lugar público. Por favor, suélteme...

—Dígame que me hará el más feliz de...

—¡Milord! —exclamó con firmeza, ya que el bochorno comenzaba a transformarse en enfado—. Su insistencia en que lo escuche me resulta muy grosera e incluso ofensiva. Yo...

—... los hombres —concluyó—. Le ruego que me permita hacer de usted la más feliz de las...

—Me pregunto... —lo interrumpió una voz arrogante y bastante lánguida sin dirigirse a nadie en particular—, si en este emplazamiento la luz del día le hará más justicia al lienzo que la de las velas. Los Rembrandt son famosos por sus tonos oscuros y hay que elegir con tiento su emplazamiento. ¿Qué opina, Kitredge?

De modo que el duque de Bewcastle no estaba hablando solo, ¿verdad?

Apartó la mano de las del conde y se alisó las faldas por encima de las rodillas. Estaba tan avergonzada que se habría muerto con sumo gusto en ese instante.

—Nunca me ha gustado su estilo —contestó el conde, que la miró con tristeza y tal vez con cierto arrepentimiento antes de girarse en dirección al duque—. Prefiero un Turner o un Gainsborough.

—Desde luego. —El duque se había llevado el monóculo al ojo y estaba observando el lienzo desde una distancia de medio metro—. No obstante, me gustaría ver este lienzo con mejor iluminación. —Bajó el monóculo y se giró para mirarla—. Señora, este salón es un entorno demasiado tranquilo en el que sentarse ruando el resto de los invitados está congregado en las restantes estancias. ¿Le apetece que la acompañe a la sala de los refrigerios?

—Estaba a punto de... —intervino el conde de Kitredge.

—¡Sí! —contestó ella al tiempo que se ponía en pie de un brinco—. Gracias, excelencia.

El duque correspondió a sus palabras con una reverencia formal y le ofreció el brazo. Cuando su mano estuvo por fin a salvo en dicho brazo, giró la cabeza hacia el conde con una sonrisa.

—Gracias, milord —dijo—, por enseñarme el Rembrandt. Ciertamente es impresionante.

Al conde de Kitredge no le quedó más remedio que asentir con la cabeza y permitir que se marchara.

Aunque, en realidad, acababa de elegir entre dos males, se dijo. Claro que no sabría decir cuál de los dos hombres representaba el mal menor... De modo que ahí estaba, cogida del brazo del duque de Bewcastle y sintiéndose como si acabara de agarrarse a un clavo ardiendo.

—Me ha dado la impresión de que necesitaba que alguien la rescatara, señora Derrick —dijo el duque—. Perdóneme si he malinterpretado la situación.

—Supongo que yo misma me habría rescatado tarde o temprano —replicó—. Pero ha sido la primera vez que me he alegrado de verlo aparecer.

—Me siento halagado—lo escuchó decir.

El comentario le arrancó una carcajada.

—Claro que en su caso no hubo nadie que me rescatara, excelencia —repuso—, ¿no es cierto?

—Espero que se esté refiriendo a la escena del laberinto —dijo mirándola de reojo— o a la del jardín de casa de su madre.

Para su mortificación, notó cómo se ruborizaba al recordar la otra escena que el duque se había dejado en el tintero y a la que también podía haberse referido.

—Exactamente a esas —le aseguró—. A las dos.

—Y en ambas ocasiones logró usted convencerme de que mis proposiciones no le interesaban —añadió él—. ¿Le apetece comer algo?

Habían llegado a la sala de refrigerios, donde se había dispuesto una mesa alargada con una amplia selección de manjar que los criados se encargaban de servir a requerimiento de lo invitados. Alrededor de la estancia había sillas y mesas para que aquellos que quisieran comer tomaran asiento, si bien casi todos se habían llevado los platos consigo a la sala de música o al salón.

—No tengo hambre —contestó.

—En ese caso, ¿qué le apetece beber? —le preguntó el duque.

Rechazar una segunda invitación habría sido una grosería.

—Una copa de vino, si acaso —respondió.

Lo vio alejarse en busca del vino para regresar con su copa y con un vaso de alguna otra bebida para él. Señaló una de las mesas, una que estaba vacía en un rincón.

—¿Nos sentamos? —le preguntó—. ¿O está planeando el modo de escapar también de mí? Si es así, puede marcharse con su familia cuando lo desee. No intentaré retenerla en contra de su voluntad.

No obstante, aceptó la invitación y tomó asiento.

—De haber sabido que usted asistiría a la boda —le dijo, mirándolo directamente a los ojos y resistiendo la tentación de clavar la mirada en la copa—, no habría venido a Londres.

—¿De veras? —replicó—. ¿El mundo no es lo bastante grande para los dos, señora Derrick?

—Me lo pregunto en ocasiones, sí —respondió—. Y supongo que usted tampoco tendrá muy buena opinión de mí. No es habitual que una vulgar plebeya rechace en dos ocasiones dos ofertas igual de halagadoras por parte de un duque.

—Al parecer —repuso el susodicho—, supone que pienso en usted...

La terrible incomodidad que la embargaba desapareció en ese momento y se echó a reír al tiempo que se inclinaba hacia él.

—Me encanta cuando se deja usted llevar por el rencor —le dijo—. Aunque es posible que lo esté insultando al acusarlo por esa falta. Habría sido más educado tildarlo de «desquite». Le juro que ha sido una forma magnífica de ponerme en mi sitio.

El duque de Bewcastle la miró con arrogancia.

—Y a mí me encanta cuando usted se deja llevar por la risa, señora Derrick —replicó— aunque solo sonría con los ojos.

Eso la enmudeció. Se reclinó en la silla con la sensación de e acababa de fulminarla un rayo, y eso que ni siquiera se estaban tocando. No se le ocurrió nada que decir y el duque no hizo el menor intento por romper el silencio.

—¿Me está diciendo que soy una coqueta? —preguntó.

—Coqueta... —Lo vio soltar el vaso con deliberada lentitud para acomodarse en la silla mientras la miraba con esos penetrantes ojos plateados—. Esa palabra parece aplicarse con tediosa frecuencia a su persona, señora Derrick... por regla general en una frase negativa. Yo prefiero no usarla en absoluto.

—¡Vaya, gracias! —exclamó y el silencio volvió a instalarse entre ellos, aunque el duque no desvió la mirada de su rostro y ella no se atrevió a alzar la copa por temor a que le temblara la mano. Eso sería muy bochornoso.

—No necesita coquetear —lo escuchó decir—. Posee un extraordinario atractivo que no necesita de artimañas.

—¿Yo? —Se llevó una mano al pecho y lo miró atónita—. ¿Me ha mirado usted bien, excelencia? Carezco de la belleza y de la elegancia de cualquier otra dama aquí presente. Incluso con mi vestido nuevo soy muy consciente de que parezco, de que soy, la prima del pueblo.

—Pero yo no he dicho que sea hermosa ni elegante —puntualizó él—. He dicho que es atractiva. Extraordinariamente atractiva, para ser más exactos. Su espejo no le revelará dicho atributo porque es una cualidad mucho más evidente cuando está usted animada. Para un hombre es difícil no volver a mirarla. Una y otra vez.

De labios de cualquier otro hombre, esas palabras habrían sonado ardientes. El duque de Bewcastle las pronunció como si tal cosa, como si estuvieran hablando... del Rembrandt expuesto en el otro salón. De repente, fue muy consciente de que se había acostado con él en una ocasión. Y le pareció imposible de creer, de la misma manera que no podía creer lo que acababa de decir. Porque nadie esperaría que esas palabras salieran de la boca del duque de Bewcastle.

Se libró de hacer comentario alguno porque alguien se acercó a la mesa que ocupaban. Cuando alzó la mirada vio que se trataba de Anthony Culver, que la miró con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Bewcastle? —dijo—. ¿¡Señora Derrick!? ¡Sigue en la ciudad! Creí que regresaba a Gloucestershire justo después de la boda de Wiseman. Ronald y yo estuvimos hablando de usted ayer, recordando su simpatía y cómo se convirtió en el alma de la fiesta en Schofield Park el verano pasado. Venga a verlo; está en la sala de música. Además, le presentaré a otros amigos. Estarán encantados de conocerla.

Respondió a esas palabras ofreciéndole la mano y una alegre sonrisa.

Y se percató de que el duque de Bewcastle tenía el monóculo en la mano...

—Le pido disculpas, Bewcastle —añadió Anthony Culver sin perder la sonrisa—. ¿Me permite que se la robe? ¿He interrumpido algo?

—No soy dueño del tiempo de la señora Derrick —contestó el aludido.

—Su excelencia ha tenido la amabilidad de traerme una copa de vino —señaló ella al tiempo que se ponía en pie—. Pero ya la he apurado, ¿lo ve? Será un placer saludar a su hermano y conocer a sus amigos. —Antes de alejarse del brazo del caballero, se giró para despedirse del duque con una sonrisa—. Gracias, excelencia —dijo.

En realidad, se sentía descompuesta a más no poder.

¡El duque de Bewcastle la consideraba «extraordinariamente atractiva»!

Se había negado a ser su amante.

Se había negado a ser su esposa.

Sin embargo, él la consideraba «extraordinariamente atractiva». Se despreció por sentirse halagada. ¿Por qué sentirse así después de las cosas que le había dicho el año anterior cuando le pidió matrimonio? Cuando la consideraba inferior en todos los sentidos. Cuando creía que le estaba haciendo un favor enorme.

Posiblemente no volviera a verlo después de esa noche.

¿Cómo iba a olvidarlo... de nuevo? El año anterior le resultó muy difícil hacerlo. La verdad fuera dicha y para ser sincera consigo misma —porque en lo que tocante al duque de Bewcastle nunca había sido sincera consigo misma—, no lo había logrado.

No poseía ninguna cualidad que le gustara o que admirara siquiera... salvo su apostura. Aunque reconocía que no solo era su físico lo que le había robado la tranquilidad mental durante los pasados seis meses.

Estaba terriblemente enamorada de él.

Y la palabra «terriblemente» era crucial.

Aunque sería mucho más acertado decir «ignominiosamente».

Capítulo 13

Wulfric acababa de regresar de Pickford House donde se alojaba Morgan, la benjamina de los Bedwyn, con su marido, el conde de Rosthorn. Habían llegado a Londres con sus dos hijos y esperaban que ese año el aire de la capital no afectara tanto al primogénito y que el más pequeño ni se enterase del cambio.

Jacques, al que fueron a buscar a la habitación infantil para que saludara a su tío, lo miró muy serio y guardó las distancias hasta que Morgan le puso en brazos a un dormido Jules. En ese momento Jacques se acercó para examinar las borlas de sus botas de montar y su confianza aumentó hasta el punto de atreverse a darle unas palmaditas en la rodilla.

—Ojalá pudieras verte ahora mismo, Wulf —le dijo Morgan entre carcajadas.

El temor de que se le cayera el bebé y el de asustar a Jacques si hacía algo lo mantuvieron inmóvil en el sillón. Era muy consciente de que se trataba de sus sobrinos, de los hijos de su querida Morgan a quien la maternidad había otorgado un halo de madurez que aumentaba la belleza juvenil y grácil que poseía. ¡Ni siquiera había cumplido los veintiuno!

—Ojalá pudiera verte la alta sociedad ahora mismo —añadió Gervase con un deje burlón—. Pero me temo que no lo creerían ni aún viéndolo con sus propios ojos.

Había ido para invitarlos a pasar las vacaciones de Pascua en Lindsey Hall. Freyja y Joshua, que también acababan de llegar a la ciudad, ya habían aceptado la invitación. También había invitado por escrito a Aidan, a Rannulf y a Alleyne. La última vez que coincidieron todos en un mismo lugar fue para la boda de Alleyne y Rachel, celebrada dos años y medio antes. Ya era hora de que volvieran a reunirse todos. Aunque los había visto desde entonces, recientemente había descubierto que anhelaba verse rodeado por su familia en Lindsey Hall. La familia había aumentado muchísimo con los niños, pero la propiedad era lo bastante grande como para albergarlos a todos.

Después de que Morgan y Gervase aceptaran la invitación, se marchó a caballo de la residencia de su hermana, satisfecho por contar al menos con parte de su familia durante las vacaciones. También iba a invitar a sus tíos, los marqueses de Rochester, pero no lo haría ese mismo día. Porque esa tarde tenía otro destino en mente.

En esos momentos cabalgaba por Hyde Park, a la altura de la Serpentina. El parque estaba muy concurrido, con un sorprendente número de paseantes y jinetes, sobre todo teniendo en cuenta que estaban a principios de año. Aún así, hacía un magnífico día primaveral. El sol brillaba y el ambiente era cálido.

Se dirigía a la residencia de los Renable, aunque por supuesto no tenía garantía alguna de que las damas estuvieran en casa. No había anunciado su visita. Según había dicho lady Renable en la velada de lady Gosselin, tenían pensado quedarse una semana más en Londres. Habían pasado cinco días de dicha semana, y él había tomado una decisión.

Parte de esa decisión se debía a lady Falconbridge, que fue precisamente la causa de que asistiera a la velada. Había aceptado la invitación en un deliberado intento por quitarse de la cabeza a cierta maestra rural inaceptable, la cual creía de vuelta en el campo, y por consumar por fin la relación con una dama de mundo que solo esperaría obtener placer carnal de su acuerdo.

Llevaba demasiado tiempo célibe. Más de un año si no tenía en cuenta una memorable excepción.

Sin embargo, tan pronto como vio a lady Falconbridge, tan pronto como la dama le hizo señas para que se reuniera con ella en el salón de lady Gosselin y lo envió en busca de una copa de vino antes de entrar en conversación, supo que le era imposible elegir una amante con la cabeza. La dama poseía todo lo que podía desear en una amante, salvo un detalle. No era —¡maldita fuera!— Christine Derrick.

Y entonces, justo cuando llegó a esa conclusión bastante irritado por la falta de lógica de su propia voluntad, escuchó la voz de lady Renable al tiempo que sentía los golpecitos de sus impertinentes en el brazo; y al volverse se encontró con la mujer que había llevado de nuevo el caos a su vida desde la infernal boda.

Estaba muy molesto con ella, aunque después la siguiera y la rescatara de las garras de Kitredge, y aunque después le hablara con desacostumbrada franqueza.

Y en ese momento, tres días después, marchaba con deliberación para verla... siempre y cuando se encontrase en casa, por supuesto. Si había salido... En fin, tendría que volver otro día a menos que recuperara el sentido común entretanto.

Vio a un par de niños jugar con sus barquitos de vela en la Serpentina bajo la atenta mirada de su niñera. Saludó brevemente a unos cuantos conocidos con los que se cruzó y se llevó la fusta al ala del sombrero en deferencia a las damas. Se percató de que la señora Beavis —un tratamiento de cortesía, ya que la dama era una de las cortesanas más famosas de Londres y no se sabía de ningún señor Beavis, pasado o actual— paseaba acompañada por su doncella cerca del agua, tan emperifollada y colorida como un ave del paraíso. Para completar la imagen, estaba incluso mostrando el plumaje en todo su esplendor ante la llegada de lord Powell, quien se rumoreaba que la perseguía con fervor.

Observó al descuido que la dama se quitaba un guante, tras lo cual extendió el brazo sobre el agua, sonrió coquetamente al barón y dejó caer la prenda en flagrante invitación. El guante cayó a una cuarta de la orilla.

Lord Powell siguió avanzando primorosamente en respuesta al cortejo y habría rescatado el guante con el mango de plata de su bastón si otra persona no se hubiera inmiscuido para arruinarles el momento tanto a él como al objeto de su pasión.

Ese alguien llegó casi a la carrera desde detrás de la señora Beavis, a la que le gritó que se le había caído algo al agua mientras se agachaba para recuperarlo. Hacía días que no llovía. Era casi imposible que la hierba de la orilla estuviera mojada, a no ser que la casi inapreciable brisa hubiera hecho salpicar alguna. Fuera como fuera, el pie derecho de dicha persona resbaló justo en la orilla y, si bien hizo un torpe esfuerzo por echar el peso sobre el izquierdo para recuperar el equilibrio, falló, comenzó a agitar los brazos mientras chillaba con tal fuerza que atrajo la atención de todos y cada uno de los mortales que todavía no la estaban mirando, y cayó de costado al agua con un fuerte chapoteo.

Wulfric detuvo el caballo y observó con triste resignación a lady Renable y lady Mowbury, que exclamaban horrorizadas, y a Powell, que indudablemente hervía de furia, pero al que no le quedó más remedio que ejercer el papel de caballero galante y sacar a la señora Derrick de la Serpentina.

La señora Beavis siguió caminando, ajena tanto a la desastrosa escena que seguía su curso a su espalda como al hecho de que solo llevaba un guante.

Entretanto, la señora Derrick tiritaba de pie en la orilla con las plumas rosas y lavandas de su nuevo bonete lacias, y con el vestido y la chaquetilla, ambos rosas si bien de distintos tonos, adheridos a su cuerpo cual peplo griego. Chorreaba agua por todos sitios mientras Powell se sacaba un pañuelo del bolsillo y comenzaba a secarla... en vano.

Lady Renable y lady Mowbury gesticulaban alrededor.

La nutrida audiencia contemplaba boquiabierta el espectáculo entre exclamaciones.

—A-alguien debería de-devolverle este gu-guante a aquella da-dama —dijo la señora Derrick al tiempo que alzaba la prenda en cuestión.

Por un instante sintió la tentación de seguir adelante. Sin embargo, suspiró, se apeó del caballo, al que dejó pastar a placer, y se acercó al escenario del desastre con pasos firmes mientras se quitaba el largo abrigo marrón.

—Lord Powell estará encantado de hacerlo —le aseguró, quitándole el guante de la mano y sosteniéndolo entre el índice y el pulgar frente a la nariz del barón, que parecía encantadísimo de que lo liberaran de la tarea de vérselas con una dama medio ahogada y con sus dos inútiles acompañantes mientras su enamorada amenazaba con alejarse de su futuro.

—¡Caray, Bewcastle! —exclamó—. ¡Caray! —Y escapó.

—Permítame, señora —dijo sin más, al tiempo que le colocaba el abrigo sobre los hombros y se lo cerraba al frente. La miró a los ojos con seriedad. No conocía a ninguna otra mujer, incluyendo a Freyja, tan propensa a ponerse en ridículo en público. No alcanzaba a imaginar por qué el destino lo había llevado a estar presente esa vez en concreto.

Y jamás comprendería, aunque viviera cien años, por qué había elegido precisamente a esa mujer —aunque la decisión no hubiera sido consciente ni mucho menos— para enamorarse.

—¡Qué bo-bochorno más horro-horroroso! —exclamó ella, que se arrebujó en el abrigo mientras lo miraba por debajo del ala del finado bonete, cuyas plumas caían lacias sobre sus hombros—. Pa-parece inevitable que es-estuviera en las cercanías para presenciar mi humillación.

—Señora —replicó con brusquedad—, me da la impresión de que debería estar agradecida. El pañuelo de lord Powell no habría bastado para cubrirla. —Se giró hacia lady Renable, puesto que la dama aún parecía incapaz de hacerse cargo de la situación—. Llevaré a la señora Derrick a casa en mi caballo sin dilación —le dijo.

No esperó a que le diera las gracias ni tampoco le pidió opinión a la dama en apuros. Volvió al lugar donde su caballo pastaba tranquilamente, ajeno por completo a la escena que había hipnotizado a todos los humanos que pululaban por las cercanías, subió a la silla y regresó a la orilla. Tras alargar un brazo, dijo:

—Déme la mano y coloque un pie sobre mi bota.

Como era de esperar, no fue fácil. La señora Derrick necesitaba las dos manos para sujetar el abrigo, ya que no había tenido la precaución de meter los brazos por las mangas, y el bajo se arrastraba una cuarta por el suelo. Sin embargo, con un poco de ayuda por parte de lady Renable, que sujetó el abrigo, con unos cuantos empujones —de lo más vulgares— por parte de lady Mowbury, y con algunos tirones por su parte, finalmente consiguió sentarse de lado delante de él en la silla, resguardada tanto del frío como de una exposición indecente gracias al abrigo.

—Señora —dijo cuando dos de las empapadas plumas amenazaron con mojarle el cuello de la camisa con el agua de la Serpentina—, le sugeriría que se quitara el bonete.

—¡Sí, desde luego! —exclamó ella al tiempo que sacaba un brazo del interior del abrigo para deshacer el lazo. Una vez que se lo quitó, lo contempló un momento mientras él contemplaba a su vez esos rizos mojados y aplastados—. ¡Ay, Dios! Supongo que está arruinado.

—No lo suponga, lo está. —Se lo quitó de la mano y echó un vistazo alrededor hasta que vio a una criada de expresión esperanzada, a la cual ofreció la ofensiva prenda—. Muchacha, tira esto por mí.

Le dio una guinea junto con el bonete, aunque a juzgar por la expresión de su rostro, supuso que el sombrero en sí era el mejor premio para ella. La muchacha se deshizo en reverencias y en agradecimientos... o lo que él suponía que eran agradecimientos, ya que hablaba con un acento londinense tan atroz que era imposible entenderla.

La señora Derrick eligió ese momento para estallar en carcajadas. Al principio, el movimiento de los hombros podría haber pasado por un ataque de tos provocado por el chapuzón, pero después la risa escapó de su garganta y se percató del brillo risueño de sus ojos. Antes de poder indicarle al caballo que se pusiera en marcha, la práctica totalidad de los espectadores se echó a reír con ella, que volvió a sacar la mano para saludarlos.

Y, ¡maldita fuera!, a pesar de estar oculta por el abrigo y de tener el pelo empapado, su imagen le resultó repentinamente deslumbrante.

Finalmente se pusieron en marcha. Y se encontró en aguas desconocidas... sin segundas, por supuesto. Al contrario que la señora Derrick, no estaba acostumbrado a encontrarse en mitad de una escena ridícula e ignominiosa, que sin duda sería la comidilla de todos los salones durante unos cuantos días. En parte porque la señora Beavis había estado involucrada. Pero, sobre todo, porque también lo había estado él.

Sin embargo, ¿cómo iba a dejarla allí tiritando en la orilla cuando nadie parecía capaz de prestarle ayuda práctica? De haberla dejado, no se habría reído tanto. Aunque sospechaba que podía estar equivocado al respecto.

—¿Se puede creer que Oscar me acusaba de ser un lastre muy pesado? —le preguntó.

—Desde luego que me lo creo —contestó con crueldad.

Aunque lo extraño del caso —¡lo más extraño!— era que la irritación comenzaba a dar paso a algo muy distinto. De repente, descubrió que ardía en deseos de echarse a reír tal cual lo habían hecho ella y la multitud. De echar la cabeza hacia atrás y estallar en carcajadas, para ser más exactos. Ni siquiera el incidente del tejo del verano anterior podía competir con ese último. En la vida había presenciado nada tan hilarante.

No se rió. En primer lugar, porque de camino a la residencia de los Renable estuvieron a la vista de un buen número de transeúntes y ya llamaban bastante la atención

como para dar más pábulo a las habladurías regalando a la audiencia con la desconocida estampa de un risueño duque de Bewcastle. Y en segundo lugar, porque la señora Derrick debía de estar helada y muy incómoda pese a las risas, y la cortesía lo instaba a no dar la impresión de estar burlándose de ella.

—Supongo que no caí al agua con demasiada elegancia, ¿verdad? —preguntó ella.

El brazo con el que le rodeaba la cintura comenzaba a mojarse. Su abrigo acabaría arruinado.

—No estoy seguro de que exista una forma elegante de «caerse» al agua —contestó sin tapujos—, ya que es imposible, por más que se emplee la imaginación, tildarlo de «zambullida».

La escuchó suspirar.

—Y supongo que llamé muchísimo la atención.

—Chilló —dijo sin más.

—Al menos rescaté el guante de esa pobre señora —se congratuló—. Ni siquiera se había dado cuenta de que se le había caído.

Para haber estado casada bastantes años antes de enviudar y teniendo en cuenta que rondaba la treintena, si no había entrado ya en ella, adolecía de una peligrosa inocencia. Podría haberla dejado con sus falsas ilusiones, pero volvía a estar irritado con ella. ¿Cómo se las había arreglado para caerse al agua? El guante estaba apenas a una cuarta de la orilla.

—Lo dejó caer de forma deliberada —le explicó—. Lord Powell iba a recogerlo... sin darse un chapuzón.

Sus palabras hicieron que girara la cabeza de repente para mirarlo con los ojos desorbitados.

—¿Porqué?

—La dama no es... respetable —contestó—. Y Powell está haciendo todo lo posible para conseguir sus favores. Al parecer, la señora Beavis se está haciendo de rogar.

Esos ojos azules siguieron clavados en él mientras salían del parque y enfilaban la calle. Era desconcertante sentir esa franca mirada desde tan corta distancia. Además, se le había olvidado el azul tan puro de sus ojos... y su habilidad para reírse con la mirada como estaba haciendo en ese instante.

—En ese caso, he fastidiado su momento de caballerosidad y gloria —dijo—. ¡Pobre hombre!

Se habría echado a reír de buena gana en ese mismo momento si no hubiera tenido que concentrarse en el manejo de las riendas para evitar a un barrendero que cruzó la calle a la carrera a fin de recoger la moneda que acababa de arrojarle un transeúnte.

Cuando sorteó el obstáculo, se percató de que la señora Derrick seguía mirándolo con la misma expresión risueña.

—Y lo he involucrado en una situación bochornosa —añadió—. ¿Entiende ahora la suerte que tuvo cuando decliné su apresurada oferta de matrimonio el verano pasado?

—Desde luego—reconoció con brusquedad.

La vio girar la cabeza para mirar por fin al frente.

—En fin, me alegro por usted —comentó tras una breve pausa—. Pero aunque me siento horriblemente avergonzada de que haya presenciado lo ocurrido, también le

agradezco mucho que estuviera allí. Con lo empapada que estoy, habría sido un paseo muy frío y largo hasta llegar a casa.

Y habría sido el blanco de un sinfín de miradas lascivas. Cosa que comprendería si se le ocurría mirarse en un espejo antes de quitarse la ropa. El vestido se le pegaba al cuerpo como si fuera una segunda piel. ¡Incluso era rosa, por el amor de Dios!

Se estaban acercando a la residencia de los Renable.

—Le agradezco muchísimo la ayuda que me ha prestado —la escuchó decir—. Tenga por seguro que no volveré a avergonzarlo nunca. Pasado mañana volvemos a Gloucestershire, así que esto es una despedida.

Desmontó sin dejar de sostenerla y una vez en el suelo la bajó en brazos. Un bulto suave y empapado bajo su húmedo abrigo, el cual se habría quitado de inmediato para devolvérselo y subir a la carrera los escalones si no se lo hubiera impedido.

—Entraré con usted —le dijo—. Quédese el abrigo hasta que llegue a su habitación y ordénele a una doncella que me lo devuelva.

—Es usted muy amable—replicó.

—Soy muy práctico, señora —la corrigió con énfasis al tiempo que la precedía por los escalones para llamar a la puerta con la aldaba de bronce.

—Sí —reconoció ella—. Sí, lo entiendo.

Y al parecer lo entendía... ya que cuando se giró para mirarla, tenía las mejillas encendidas.

—Adiós —le dijo cuando estuvieron en el vestíbulo, bajo la impertérrita mirada del mayordomo y de un lacayo—. Le alegrará mucho librarse por fin de mí.

Sin embargo, por primera vez desde que la conociera, se percató de que no lo miraba a los ojos, sino que clavaba la mirada en su barbilla. Una mirada que además carecía de su chispa habitual.

—¿Me alegraré? —Se despidió con una reverencia mientras ella subía la escalera con dificultad, aferrando el abrigo con una mano y levantándolo del suelo con la otra.

¿Se alegraría? Por bochornosa que hubiera sido la escena, ¿debía considerarla como un golpe de suerte? En realidad era un desastre de mujer. Era lógico que su marido la considerara un lastre. Era lógico que los Elrick se mostraran hostiles con ella y que incluso lo hubieran puesto sobre aviso aquella tarde. Tenía un sentido del humor inapropiado... ¡Había saludado a la multitud en lugar de bajar la cabeza en actitud contrita! Era un imán para los desastres. ¡Era la hija de un maestro de escuela!

Sí, en realidad era una suerte que se marchara de Londres dos días después, porque posiblemente no volviera a verla en la vida. Era una suerte que no estuviera en casa cuando fue de visita y que se la hubiera encontrado en el momento preciso.

Debería haber utilizado la misma palabra que había utilizado ella. Debería haberle dicho «adiós».

Sí, le alegraría muchísimo librarse de ella de una vez por todas.

Ojalá pudiera sacársela tan fácilmente de la cabeza y del... ¿corazón?

Al cabo de unos minutos una doncella le devolvió su empapado abrigo. Salió de la casa, montó su caballo y se alejó... de la vida de la señora Derrick.

Se alegraba de haberse librado de cometer un tremendo desastre.

Christine se sentía un poquito deprimida. Bueno, más que un poquito, la verdad fuera dicha. Hermione y Basil habían ido a visitarla por la mañana. Le habían dicho que querían asegurarse de que no había pillado una pulmonía por culpa del chapuzón del día anterior... del cual se habían enterado, como era de esperar. Habrían tenido que ser sordos para no haberlo escuchado. No obstante, estaba segura de que su verdadero propósito era el de asegurarse de que se marchaba realmente al día siguiente.

Y era cierto.

Melanie se lamentó largo y tendido por no poder quedarse más tiempo, pero después recordó que el cumpleaños de Phillip —su primogénito y único varón— se celebraría al cabo de una semana y apenas tendría tiempo suficiente para organizar su fiesta.

Se marchaban. Jamás había estado más contenta. Ni más deprimida.

El conde de Kitredge llegó poco después de que se fueran sus cuñados, también para asegurarse de que el desafortunado accidente de Hyde Park no hubiera tenido graves consecuencias. Sin embargo, apenas llegó le pidió a lady Renable que lo dejara a solas unos instantes con ella con un gran despliegue de pompa, gestos disimulados y guiños; y Melanie, la muy pécora, salió de la estancia con una alegre sonrisilla.

Rechazó su propuesta de matrimonio, aunque se lo preguntó en cuatro ocasiones distintas de cuatro formas diferentes a lo largo de un cuarto de hora e incluso así el conde se negó a creer que estuviera hablando en serio. Le prometió viajar a Gloucestershire una vez que se clausuraran las sesiones del Parlamento en verano, para así renovar su relación con la señora y la señorita Thompson y para comprobar si su disposición se había tornado más favorable.

Fue de lo más exasperante, aunque Melanie estalló en carcajadas cuando se lo contó después de que el conde se marchara, y ella misma acabó riéndose.

—Christine, eres demasiado atractiva para tu bien —adujo Melanie, que se estaba enjugando las lágrimas con un pañuelo de encaje—. Ojalá Kitredge fuera treinta años más joven y más guapo... y más inteligente y mucho más sensato. Pero carece de esos requisitos, ¿verdad? Y supongo que nunca los ha tenido. Creo que Bewcastle y tú protagonizasteis una estampa muy romántica ayer cuando os marchasteis del parque a caballo, aunque estuvieras arrebujada en su abrigo y el agua te goteara por las orejas, y aunque él llevara cara de muy pocos amigos. Supongo que no le hizo mucha gracia verse obligado a rescatarte al galope.

—Pues no —reconoció con un suspiro—. No le hizo ninguna.

En ese momento prorrumpieron de nuevo en carcajadas, aunque ella tenía los ánimos por los suelos, pegados a las suelas de los zapatos.

Gracias a Dios que al día siguiente se marchaban a casa. No obstante, la idea incrementó su abatimiento.

Esa misma tarde, mientras estaba en su dormitorio haciendo el equipaje aunque Melanie había intentado que aceptara la ayuda de una doncella, un criado llamó a su puerta y le informó de que su señoría requería su presencia en el salón de la planta baja. Cuando bajó para ver qué quería, descubrió a Melanie sentada junto a la chimenea con

una sonrisilla muy ufana y al duque de Bewcastle, que se estaba levantando del sillón que ocupaba hasta ese momento frente a su amiga.

En ese instante se percató de que sus ánimos, que seguían por los suelos, experimentaban un incómodo sobresalto.

—Señora Derrick —la saludó el duque al tiempo que hacía una reverencia.

—Excelencia —correspondió ella de la misma manera.

Melanie no dijo nada, pero siguió sonriendo.

—Señora —siguió Bewcastle convirtiéndola en el blanco de esos ojos plateados—, espero que la aventura de ayer no le haya acarreado consecuencias nefastas.

—Gracias por utilizar un eufemismo tan amable —replicó—. Le aseguro que lo único que se resintió fue mi orgullo. —En realidad, el día anterior estuvo a punto de darle un soponcio cuando se quitó el abrigo y se miró en el espejo de pie que tenía en su dormitorio.

Evidentemente el duque de Bewcastle no había ido solo a interesarse por su salud. Aunque ya se habían despedido el día anterior. Al menos, en lo que a ella se refería. Porque él no lo hizo. De algún modo le entristeció que ni siquiera le dijera adiós cuando se estaban separando para siempre.

—Señora Derrick —dijo él—, me preguntaba si le apetecería dar un paseo por el parque conmigo.

—¿Un paseo? —Miró de reojo a Melanie y se percató de que la sonrisilla seguía allí, como si se la hubieran pintado en la cara.

—Un paseo —repitió el duque—. La traeré de vuelta antes de la hora del té.

Melanie comenzó a dar golpecitos con los impertinentes en el reposabrazos del sillón.

—Es muy amable por su parte, Bewcastle —dijo—. A Christine no le ha dado el aire hoy. Hemos tenido visitas durante toda la mañana.

Sin embargo, los ojos de su excelencia no se apartaron de ella ni un momento. La miraba con las cejas enarcadas. Si decía que no, Melanie se burlaría de ella sin piedad. Si decía que sí, se burlaría igualmente cuando regresara. A decir verdad, no esperaba volver a verlo. No deseaba verlo.

—Gracias —se escuchó decir—. Voy a por el bonete y la pelliza.

Cinco minutos más tarde caminaban por la calle en dirección al parque, tomados del brazo. Se le había olvidado lo alto que era, lo imponente que resultaba su presencia. Se le había olvidado el aura tan poderosa que proyectaba. Pero no se le había olvidado que había compartido momentos de gran intimidad con ese hombre. Y de repente se descubrió sin aliento. No tenía nada que decirle que no le hubiera dicho el día anterior, y era imposible que él tuviera que decirle algo.

¿Por qué puñetas la había invitado a dar un paseo?

Al menos mientras caminaban por la calle podía distraerse observando a la gente en sus quehaceres diarios. Sin embargo, pronto estuvo con el duque de Bewcastle en un desierto y silencioso Hyde Park... o al menos la zona por la que ellos caminaban parecía desierta, detalle atribuible al desapacible y gélido viento que soplaba.

Giró la cabeza y observó su perfil.

—Bueno, excelencia... —dijo.

—Bueno, señora Derrick...

Al menos, pensó en un absurdo arranque de vanidad, llevaba su vestido nuevo de color azul con la pelliza a juego y el bonete gris que había estrenado para la boda. Sentía especial predilección por el bonete. La parte interior del ala estaba forrada con seda azul plisada que, al igual que las cintas con las que se ataba, hacía juego con el resto de su vestimenta. Al menos, se repitió por enésima vez, no iba hecha un adefesio como en verano. Ni hecha una sopa, con la ropa pegada al cuerpo, como el día anterior.

Caminaron en absoluto silencio durante lo que le pareció todo un kilómetro. Era ridículo y enervante. Sobre todo porque podría estar en casa haciendo el equipaje. Y él podría estar donde quiera que soliese estar en una tarde de principios de marzo. Ambos podrían estar en un sitio mucho más agradable.

—En ocasiones —dijo—, la gente se enzarza en un juego de miradas y se reta para ver quién la aparta antes. Nosotros lo hemos hecho alguna que otra vez, aunque supongo que para usted no es un juego. Simplemente espera que los insignificantes mortales bajemos la mirada cuando nos topamos con la suya. ¿Este es uno de esos juegos, excelencia? ¿Quiere ver quién es capaz de prolongar más el silencio? ¿Ver quién acaba hablando primero?

—En ese caso, señora Derrick —contestó él—, creo que estará de acuerdo conmigo en que acabo de ganar.

—Desde luego —reconoció entre carcajadas—. ¿Por qué puñetas me ha invitado a dar un paseo? Después de lo que sucedió ayer —y después de lo del verano pasado— me creía la última persona sobre la faz de la tierra con la que le gustaría pasar un rato.

—Pues estaba usted equivocada, señora —le aseguró.

Caminaron en silencio unos cien metros.

—Este al menos es un juego que jamás ganaré —dijo finalmente—. Le confieso que siento mucha curiosidad. ¿Por qué me ha invitado? Obviamente, no ha sido para charlar.

Dos caballeros cabalgaban por el camino en dirección contraria a la suya, aunque instaron a sus monturas a abandonar el sendero para dejarlos pasar. Intercambiaron los saludos de rigor con el duque y se llevaron las fustas al ala de sus sombreros en su honor.

—Mis hermanos y sus respectivas familias pasarán conmigo las vacaciones de Pascua en Lindsey Hall —lo escuchó decir de repente.

Lo miró con disimulo.

—Seguro que le resultará muy agradable —replicó, preguntándose si sería así. No acababa de imaginárselo rodeado de hermanos, hermanas, sobrinos y sobrinas. ¿Cómo serían? No recordaba haber conocido a ninguno. ¿Se parecerían a él? En ese momento la idea le resultó graciosa.

—He estado pensando en invitar a sus cuñados y a sus primos políticos.

En esa ocasión no lo miró con disimulo, sino abiertamente y con expresión anonadada. Sabía que era amigo de Héctor, pero no se había percatado de que hubiera una relación tan estrecha con el resto de la familia.

—Aunque necesito que usted me ayude a decidir —siguió.

—¿Yo? —preguntó sin apartar la mirada de ese perfil serio y frío.

—Los invitaré... —dijo—, si usted los acompaña.

—¿¡Cómo!?

Dejó de caminar y se giró para mirarlo con los ojos desorbitados. Sin embargo, otros cuatro jinetes se aproximaban por el camino y el duque la instó a tomarlo del brazo para seguir caminando y dejarlos atrás después de un nuevo intercambio de saludos. Una vez que los perdieron de vista, le soltó el brazo y volvieron a detenerse.

—No puedo invitarla a usted sola —adujo—. Sería muy inapropiado, aunque toda mi familia esté en Lindsey Hall. No puedo invitarla con su madre, sus hermanas y su cuñado; no estamos comprometidos. Así que debo invitarla como un miembro más, aunque alejado, de una familia con la que deseo pasar las vacaciones.

La ira comenzaba a atenazarle el estómago.

—¿Tiene intención de seducirme? ¿Es eso? —le preguntó. No añadió «otra vez». Lo que sucedió entre ellos aquella noche de verano no tuvo nada que ver con la seducción.

—¿En mi casa? —preguntó él a su vez con tirantez—. ¿Con mi familia y la familia de su difunto esposo bajo el mismo techo? Cree usted conocerme muy bien, señora Derrick, pero si es capaz de hacerme semejante pregunta, está claro que no me conoce en absoluto.

—Y supongo que, por esas mismas razones —añadió—, una vez allí no volverá a pedirme que sea su amante.

—No lo haré —contestó—. Jamás debí hacerlo. No deseo convertirla en mi amante.

—Entonces, ¿qué? —quiso saber—. ¿Por qué? Es imposible que todavía quiera casarse conmigo.

—Señora Derrick —le dijo—, me pregunto si cree usted estar al tanto de los pensamientos, las intenciones y los deseos de todos sus conocidos. Es un rasgo de lo más irritante.

Dolida por el comentario, apretó los labios, se dio la vuelta v siguió caminando despacio. El viento le azotaba la cara, pero alzó la barbilla y recibió con gusto su frío asalto.

—Me gustaría que me asegurara que si invito a su familia política a Lindsey Hall —lo escuchó decir una vez que estuvo a su lado de nuevo—, usted también aceptará su invitación.

—Pero ¿por qué? —volvió a preguntarle—. ¿Quiere que vea con mis propios ojos lo que perdí al rechazarlo?

—No soy dado a dejarme llevar por el rencor —le aseguró—. Además, estoy seguro de que si ese fuera el motivo que me impulsa, se limitaría usted a echarle un vistazo a mi casa y a reírse en mi propia cara.

—Ahora es usted quien cree conocerme —replicó.

—Cuando declinó mi propuesta de matrimonio —siguió—, me dio una larga lista de todas las carencias que me incapacitan para ocupar el papel de su marido.

—¿De veras? —Apenas recordaba lo que le dijo aquel día. Lo que sí tenía grabado en la mente era el terrible deseo de ir tras él cuando se marchó por la calle... y las lágrimas que la dejaron agotada por el dolor.

—Está grabada a fuego en mi memoria —respondió—. Según me dijo, cualquier hombre que desee casarse con usted debe tener una personalidad cariñosa, humana y poseer sentido del humor. Debe amar a la gente, sobre todo a los niños, y gustarle las diversiones y las situaciones absurdas. Debe ser un hombre que no esté obsesionado consigo mismo ni con su propia importancia. Debe ser alguien que no sea un témpano de

hielo. Debe tener corazón. Debe ser capaz de convertirse en su compañero, su amigo y su amante. Me preguntó si yo podría cumplir rodos esos requisitos... o alguno de ellos. E insinuó, evidentemente, que no podría cumplir ninguno.

No recordaba haber dicho nada de eso. Pero debió hacerlo. Porque eran las palabras exactas que habría deseado decir. Sin embargo, él las recordaba. Al pie de la letra.

Se humedeció los labios.

—No quería ser cruel —le aseguró—. Aunque supongo que sí quise serlo, porque me molestó muchísimo la forma en la que eligió declararse. Ahora mismo no deseo ser cruel. Me casé en una ocasión porque me di de bruces con el amor, y era tan joven y tonta que creí que la euforia de aquellos primeros momentos tan románticos me llevaría en volandas durante el resto de mi vida. No tengo intención de volver a casarme. Pero, en caso de que cambie de opinión, lo haré con un hombre que posea todas esas cualidades que acaba de repetirme. Es imposible, ¿no se da cuenta? Ningún hombre puede poseerlas todas ni puede encarnar por completo mi sueño. De modo que por eso he elegido permanecer soltera y libre. Siento mucho si lo ofendí. No parece usted la clase de hombre que se ofende con facilidad, sobre todo si se trata de alguien tan insignificante como yo. Pero si lo ofendí, le pido disculpas.

—Quiero demostrarle que poseo al menos algunos de los atributos que sueña encontrar en un hombre —declaró.

—¿¡Cómo!?

Se detuvo de nuevo y se giró para mirarlo. En esa ocasión no había nadie a la vista. Se percató de repente de que se habían desviado del sendero principal por el que transitaban jinetes y carruajes y que habían ido a parar a uno más aislado, pensado especialmente para los caminantes.

—Al contrario de lo que usted afirma —dijo—, no creo carecer de humanidad.

—Yo no he dicho que...

—«Una personalidad cariñosa y humana» fueron sus palabras exactas —puntualizó.

Lo miró fijamente y de repente recordó algo que se había obligado a olvidar. Recordó la expresión que asomó a sus ojos antes de que abandonara el jardín de Hyacinth Cottage y algunas de las palabras que le dijo en aquel entonces. «Alguien que tenga un corazón. No, tal vez tenga razón, señora Derrick. Tal vez no tenga corazón. Y si no lo tengo, eso quiere decir que carezco de todo aquello con lo usted sueña, ¿no es verdad?» Recordó que la invadió un dolor tan grande que creyó que se le había partido el corazón.

—Me equivoqué al insinuar algo así —admitió—. Le pido perdón. Pero en realidad usted está muy lejos de cumplir mi sueño. Y no lo digo con ánimo de ofender. Usted es como es, y estoy segura de que en su propio mundo esa personalidad le es de utilidad. Porque inspira respeto, obediencia e incluso temor. Y supongo que son unos atributos necesarios para cualquier aristócrata en su posición. Sin embargo, no son los que yo busco en un compañero de por vida.

—Además de ser un duque, también soy un hombre, señora Derrick —señaló.

Deseó con toda su alma que no hubiera dicho algo así. Porque tuvo la impresión de que un puño gigantesco acababa de golpearle el abdomen, dejándola sin aliento y sin fuerza en las piernas.

—Lo sé —susurró. Carraspeó—. Lo sé.

—Un hombre que no le resultó indiferente en el pasado —añadió él.

—Lo sé.

Lo vio alzar una de las manos, protegidas por los guantes, y por un instante le acarició una mejilla con los nudillos. El gesto hizo que cerrara los ojos y frunciera el ceño. Si seguían por ese camino, acabaría llorando a grito pelado o arrojándose a sus brazos y suplicándole que volviera a pedirle matrimonio para poner tener el placer de vivir infeliz a su lado por los siglos de los siglos.

—Déme una oportunidad —le dijo—. Venga a Lindsey Hall.

—Sería absurdo —afirmó, abriendo los ojos—. Nada va a cambiar. Ni usted, ni los sentimientos que me inspira. ¡Yo tampoco voy a cambiar!

—Déme una oportunidad —repitió.

Nunca lo había escuchado reír. Ni siquiera lo había visto sonreír. ¿Cómo iba a casarse con un hombre que estaba eternamente con semblante serio? Estirado, arrogante y frío. Porque ese era su aspecto a pesar de que le estaba suplicando que le diera una oportunidad para rebatir sus acusaciones.

—A su lado acabaría consumida —afirmó al tiempo que parpadeaba con fuerza cuando sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas—. Acabaría por robarme toda la energía, toda la alegría. Apagaría el fuego de mi vitalidad.

—Déme la oportunidad de avivar las llamas de ese fuego —le rogó— y de darle alas a su alegría.

Se apartó de él con brusquedad y le dio la espalda mientras se tapaba la boca con una mano.

—Lléveme a casa —dijo—. Lléveme con Melanie. No debería haber accedido a pasear con usted. No debería haber venido a Londres. No debería haber asistido a la fiesta campestre.

—Eso es precisamente lo que me repito todos los días —replicó el duque con voz cortante—. Sin embargo, asistí a esa fiesta de la misma manera que asistió usted. Y entre nosotros existe algo indefinible que aún no hemos zanjado por mucho que quisiéramos hacerlo en Schofield Park la noche del baile. Venga a Lindsey Hall. Prométame que aceptará la invitación y que no me dejará a solas con unas personas a las que solo invitaré para que usted pueda venir a mi casa.

—Quiere que vaya para demostrarle lo incompatible que somos —lo acusó—, la mala pareja que hacemos, lo infelices que seríamos si nos comprometiéramos a pasar la vida juntos, ¿es eso? ¿Acaso no lo dejó bien claro la escena de ayer?

—Si es necesario, sí —contestó—. Si puede convencerme de todas esas cosas, señora, tal vez me haga un gran favor. Porque tal vez consiga ayudarme a sacármela de mis pensamientos.

—No serán unas Pascuas felices —le aseguró—. Para ninguno de los dos.

—Venga de todas formas —insistió.

Suspiró y pensó en Eleanor. Jamás había necesitado tanto de una voluntad férrea como en esos momentos.

—¡Muy bien, de acuerdo! —exclamó—. Iré.

Algo parecido al triunfo iluminó brevemente esos ojos plateados.

—Lléveme de vuelta a casa de Melanie, si es tan amable —dijo.

En esa ocasión el duque no hizo oídos sordos a su petición. Recorrieron el camino de regreso en absoluto silencio. No quiso entrar en casa de Melanie, ni ella lo invitó a que lo hiciera. Se limitó a cogerle la mano en la acera, hacerle una reverencia y llevarse dicha mano a los labios antes de mirarla a los ojos.

—Recuerde lo que me ha prometido —dijo.

—Sí —accedió, apartando la mano—. Lo recordaré.

Capítulo 14

Wulfric ya no podía entrar en ninguna estancia de Lindsey Hall y disfrutar de la soledad y del silencio. La mansión estaba atestada con los Bedwyn, sus cónyuges, sus hijos y sus familiares. Los Bedwyn nunca habían sido tranquilos. Sin embargo, al recordar el pasado, podría decirse que eran monjes y monjas de clausura... tal era el alboroto provocado tanto por el considerable crecimiento de la familia como por el tiempo que había transcurrido desde que todos estuvieron juntos por última vez.

Freyja y Joshua, los marqueses de Hallmere, fueron los primeros en llegar desde Londres con su hijo Daniel, que tenía dos años, y su hija Emily, de tres meses. Freyja se había recuperado muy bien de su último parto. Al parecer, su actividad preferida era revolcarse con su risueño hijo por el suelo... y no necesariamente en la habitación infantil. Cuando Daniel no estaba ocupado con tal menester, era fácil encontrarlo en cualquier lugar de la mansión, galopando a hombros de su padre, en lugar de en la habitación infantil con su niñera como era lo habitual.

Alleyne y Rachel, lord y lady Alleyne Bedwyn, y Morgan y Gervase, los condes de Rosthorn, llegaron el mismo día. La primera pareja con sus gemelas, Laura y Beatrice, de un año y medio, y con el barón Weston, el tío de Rachel, que se había recuperado bastante bien de los achaques cardíacos que había padecido el verano anterior. Morgan y Gervase iban acompañados de sus hijos, Jacques, de casi dos años, y Jules, de dos meses.

Parecía que Rachel volvía a estar encinta, aunque su condición todavía no era evidente.

Rannulf y Judith, lord y lady Rannulf Bedwyn, aparecieron al día siguiente con su hijo, William, de casi tres años, y con Miranda, de un año. No tuvieron que pasar muchas horas desde su llegada para que William exigiera hacer lo mismo que su primo y se le viera cabalgar a hombros de su padre por toda la mansión. El buen humor con el que Rannulf accedió a su imperiosa orden dejó bien clara la firmeza con la que ejercía la autoridad paterna en su hogar... Y puesto que Jacques no iba a ser menos, también se lo pidió a su padre, aunque con más educación, tirándole de una de las borlas de sus botas de montar hasta que le hizo caso y luego alzando los brazos.

A partir de ese momento fue normal encontrarse con un grupo de monturas humanas que avanzaban dando zapatazos por los pasillos y escaleras de Lindsey Hall a las órdenes de sus escandalosos jinetes. De vez en cuando alguno de esos jinetes era una de las gemelas, si bien le costaba trabajo saber cuál de las dos.

Aidan y Eve, lord y lady Aidan Bedwyn, llegaron con la señora Pritchard, la tía de Eve, y sus tres hijos, Davy, de diez años, Becky, de ocho, y Hannah, de casi uno. Davy y Becky eran en realidad sus hijos adoptivos, pero ni Eve ni Aidan tolerarían que se dijera tal cosa en su presencia. Davy se refería a ellos como «tío» y «tía», mientras que Becky los

llamaba «papá» y «mamá». Sin embargo, a ojos del matrimonio, los niños eran tan suyos como la misma Hannah.

Davy se convirtió en el preferido de los niños, que abandonaron sin miramientos a sus padres, asombrados por el primo mayor que se deslizaba por el pasamanos de la escalinata cuando no había adultos mirando. Y Becky recibió la adoración de todos por igual, aunque fueron las niñas quienes se arremolinaron a su alrededor como los pollitos con mamá gallina.

Todo le resultaba un poco desconcertante, por no decir irritante. Y la cháchara entre sus hermanos y sus cónyuges se fue avivando y aumentando de volumen con cada nueva llegada. Se refugió en la biblioteca, su dominio privado, tal como hacía cuando todos vivían allí. También visitó su lugar de retiro en la propiedad, aunque en una sola ocasión.

Los últimos miembros de la familia en llegar fueron sus tíos, los marqueses de Rochester. Su tía era una Bedwyn de nacimiento y tan formidable como cualquiera de ellos. Llevó consigo —puesto que parecía altamente improbable que el marqués hubiera tenido algo que ver— a una sobrina de Rochester que había estado languideciendo en algún lugar del norte hasta la edad de veintitrés años, momento en el que sus familiares londinenses se percataron del asunto y la tía Rochester decidió acogerla bajo su ala y presentarla tanto a la reina como a la alta sociedad durante la temporada que estaba por comenzar.

La tía Rochester también se ocupó de hacerles saber que tenía toda la intención de promover una unión entre la señorita Amy Hutchinson y el mayor de sus sobrinos... él.

—Conseguiremos un marido para Amy antes de que acabe la temporada social —anunció sin pelos en la lengua mientras estaban sentados a la mesa la noche que llegaron—. O puede que antes de que empiece. No se puede permitir que una joven siga soltera a los veintitrés.

—Yo me casé a los veinticinco, tía —le recordó Freyja.

La tía Rochester levantó sus enjoyados impertinentes, que tenía junto a su plato, y los meneó en dirección a su sobrina.

—Una espera tan larga puede ser peligrosa, Freyja —replicó antes de mover los impertinentes y señalar a Joshua con ellos—. Si este muchacho no hubiera aparecido para domesticarte y hacerte olvidar tu obstinada naturaleza gracias a su encanto, habrías acabado siendo una solterona. Es un destino muy desagradable para cualquier muchacha, aunque tenga a un duque por hermano.

Joshua meneó las cejas en dirección a su esposa y esta le lanzó una mirada fulminante y altiva como si hubiera sido él quien acabara de ensalzar su encanto y de tildarla a ella de desmedida y obstinada.

Menos de cinco minutos después la tía Rochester interrumpió la conversación con otro comentario.

—Y ya es hora de que tú te cases, Bewcastle —afirmó—. Treinta y cinco años es la edad perfecta para un hombre, pero también es peligrosa. Es la edad perfecta para casarse y es peligroso perder el tiempo. ¿Qué hombre desearía estar achacoso por la gota antes de tener a un hijo y heredero en la habitación infantil?

Cinco pares de ojos Bedwyn, más los que no eran Bedwyn, se clavaron en él con malsano regocijo.

—Ahí te ha pillado, Wulf —replicó Alleyne—. Ya tienes treinta y cinco. No puedes perder ni un solo momento más... podría ser fatal.

—Sigue mi consejo, Wulf —añadió Rannulf—, los papás con gota son peores monturas, y los hijos no los quieren igual.

—Muchas gracias, tía —repuso él, consciente de que los comentarios sobre su persona y sobre la señorita Hutchinson eran tan evidentes para todos los presentes como para sí mismo—. Aunque todavía no padezco ningún síntoma de gota. Cuando llegue el momento, si acaso llega, de elegir a la que será mi duquesa, yo mismo informaré a la familia de mi elección y de mis intenciones.

Los Bedwyn le sonrieron, al igual que Joshua y Gervase. Eve le sonrió con ternura. Como Rachel. Judith prefirió cambiar el tema de conversación, aunque para él era meramente irritante.

—¿Tienes alguna actividad especial pensada para las fiestas, Wulfric? —le preguntó para aliviar la probable incomodidad de la señorita Hutchinson, que aunque elegante y guapa, era muy tímida y saltaba a la vista que la compañía la abrumaba—. ¿Podemos organizar algunas? Después de la Pascua iremos a la iglesia, por supuesto. Pero ¿podemos organizar algunas actividades para después? ¿Un concierto, tal vez? ¿Alguna interpretación? ¿Una comida campestre si el tiempo lo permite? ¿Un baile quizá?

—¿Cuál de las preguntas quieres que Wulf conteste primero, amor mío ? —le preguntó Rannulf.

—La de la interpretación. —Soltó una carcajada—. ¿Podemos hacerlo?

—Si lo hacemos —intervino Freyja mirando a su cuñada de soslayo—, me pondrás de mal humor, Judith. Tú nos ganarás a todos y nos harás parecer unos aficionados.

—Pues entonces, encanto, vamos a tener que organizar algo para que Judith pueda interpretar un papel mientras que tú y yo cantamos a dúo —terció Joshua—. Nada más lejos de nuestra intención que ponerte de mal humor.

—No veo la necesidad de organizar actividades —intervino Morgan—. Nunca hemos necesitado hacerlo para entretenernos, ¿verdad? Por mi parte, me he traído las pinturas y estoy ansiosa por sacar el caballete. Nunca he podido pintar la propiedad como quería... La señorita Cowper no paraba de revolotear a mi alrededor dándome sugerencias sobre cómo debía hacerlo. Creo que le daba miedo que Wulf se enfadara con ella si no me enseñaba como era debido y la encadenara en las mazmorras. Estoy segurísima de que se fue pensando que había mazmorras en los sótanos de Lindsey Hall.

—¿No las hay, Morg? —preguntó Alleyne con fingida sorpresa—. ¿Quieres decir que Ralf y yo mentimos cuando le dijimos que había una escalera secreta que bajaba hasta ellas? ¡Madre mía!

—A los niños les encantará jugar en una propiedad tan bonita —comentó la señora Pritchard con su marcado acento gales—. Y tienen muchos primos con los que jugar.

—Pero ¿podemos organizar algo especial, Wulfric? —insistió Judith.

—Espero más invitados —anunció.

El comentario despertó el interés de todos los presentes. Aunque tenía por costumbre recibir visitas tal como dictaban las buenas costumbres, jamás había sido dado a tener invitados ajenos a la familia pernoctando en la mansión.

—He invitado a Mowbury para que venga de Londres con la vizcondesa, su madre —explicó—. Y su hermano y sus hermanas también van a venir. Justin Magnus, lady Renable con el barón y sus hijos, y lady Wiseman con sir Lewis. Y Elrick, el primo de Mowbury, con su vizcondesa y con la viuda de su hermano, la señora Derrick.

—¿Mowbury? —repitió Aidan—. ¿Sigue siendo tan despistado como siempre, Wulf? ¿Y toda su familia? No sabía que tuvieras una relación tan estrecha con ellos.

—¿Y van a venir todos? —añadió Rannulf—. ¿A qué viene eso, Wulf?

Soltó la cucharilla del postre para agarrar el mango del monóculo.

—No era consciente de que tenía que informar a mis hermanos de los invitados que decido recibir en mi casa —replicó.

—No seas injusto, Wulf —lo reprendió Freyja con altivez—. Morgan y yo no hemos dicho nada. ¿La señora Derrick no es la mujer a la que sacaste de la Serpentina y llevaste empapada a su casa en tu caballo?

—¡No! —exclamó Alleyne con una carcajada y añadió sin perder la sonrisa—: ¿Wulf hizo algo así? ¡Caramba! Cuéntanos más, Free.

Adiós a la idea de que su nombre pasara desapercibido entre la lista de invitados, pensó, mientras que Freyja, ayudada por Joshua y Gervase, procedía a dar una versión más o menos exacta, pero decididamente delirante, de lo que había sucedido el día de marras en Hyde Park.

—Seguro que no te hizo ni pizca de gracia, Wulf —dijo Rannulf en cuanto todos dejaron de reírse—. Y ahora te sientes en la obligación de invitar a la dama con el resto de su familia. ¡Mala suerte, hermano! Pero no temas, te protegeremos de ella.

—Formaremos un muro de irascibles Bedwyn —le prometió Alleyne con una carcajada—. No conseguirá pasar entre nosotros, Wulf. Podrás recuperar tu dignidad tranquilamente.

Alzó el monóculo y lo dejó a medio camino del ojo.

—Todos mis invitados serán tratados con el debido respeto —ordenó—. Pero en respuesta a tu pregunta, Judith, celebraremos un baile. Mi secretario ya ha enviado las invitaciones y se está encargando del resto de los preparativos. Estoy seguro de que surgirán actividades a medida que vayan pasando los días.

Dejó caer el monóculo, cogió una vez más la cucharilla y se concentró por completo en las natillas.

¿Qué bicho le había picado?

«Déme una oportunidad», le había suplicado. ¿Una oportunidad para qué? ¿Para demostrarle que era algo que no era? Él jamás suplicaba. No le hacía falta.

«Nada va a cambiar», le había respondido ella. Y tenía razón. Cómo iba a ser capaz de cambiar su forma de ser? ¿Quería hacerlo siquiera? Tenía toda la razón del mundo. No había nada que pudiera ayudarlos a conseguir ese final feliz de los cuentos de hadas.

«A su lado acabaría consumida», había dicho ella. «Acabaría por robarme toda la energía, toda la alegría. Apagaría el fuego de mi vitalidad. »

Él no sabía lo que era la alegría. Y tampoco sabía mucho sobre la vitalidad... al menos, sobre la clase de vitalidad que a ella la hacía resplandecer de esa forma tan indescriptible.

¿Había algo en él que pudiera despertar su interés? Y, dándole la vuelta a la moneda, ¿había algo en ella susceptible de convertirla en una candidata adecuada para ser su duquesa? No solo su mujer o su esposa, sino su duquesa.

Soltó la cucharilla, se aseguró de que todo el mundo hubiera terminado de comer y miró a su tía al tiempo que enarcaba ligeramente las cejas. Su tía entendió la indirecta, se levantó y salió con las damas del comedor.

Era un día frío y muy ventoso a pesar de estar casi en abril. Unos nubarrones grises encapotaban el horizonte y descargaban de vez en cuando una fina llovizna sobre el triste panorama que tenían debajo. Sin embargo y por suerte, retuvieron la mayor parte de su carga y el camino permaneció transitable durante el largo trayecto.

Christine casi deseaba que un prolongado chaparrón los obligara a detenerse en alguna posada rural hasta que pasaran las fiestas. Pero ya era demasiado tarde para eso. Debían de estar muy cerca de Lindsey Hall. De hecho, estaba pensando eso mismo cuando el carruaje aminoró la marcha y pasó entre dos imponentes postes para enfilar un recta avenida flanqueada por olmos.

—¡Madre del amor hermoso! —exclamó Melanie, que acababa de despertarse sobresaltada de una larga siesta. Sacó las manos de debajo de la manta de viaje que tenía en el regazo y se enderezó el bonete—. ¿Ya hemos llegado? Bertie, despierta. No aguanto más tus ronquidos. No acabo de entender cómo la gente puede dormir en un carruaje. Las sacudidas y los botes me han dejado descoyuntada. ¿A ti no, Christine?

—Yo creo que ha sido un viaje muy cómodo —respondió.

Acercó la cabeza a la ventanilla que tenía al lado y vio una enorme mansión al final de la avenida. No era medieval, ni isabelina, ni georgiana, ni paladiana, pero parecía tener características de todos esos estilos. Era magnífica. Asombrosa. Jamás se había mareado en un carruaje; sin embargo, en ese momento descubrió que tenía el estómago revuelto. Menos mal que el viaje estaba llegando a su fin. Aunque fue precisamente esa idea lo que empeoró su malestar.

El carruaje tomó una curva y vio que estaban rodeando un enorme jardín circular, plagado de vistosos tulipanes y narcisos tardíos, en cuyo centro se alzaba una gran fuente de piedra que lanzaba el agua a casi diez metros de altura. Su visión engrandecía la llegada a la mansión.

También vio que el jardín circular estaba emplazado de tal modo que en cuanto rodeasen la fuente estarían justo frente a la enorme puerta principal. Sus dos hojas se abrieron en ese momento antes de que el carruaje llegara a su destino final y perdiera la vista de la casa.

Melanie llevaba parloteando desde que se despertó, pero apenas si había entendido dos palabras. Ojalá pudiera retroceder en el tiempo, a aquel momento en Hyde Park, pensó, y declinar la invitación en lugar de aceptarla... ¡Qué sencillo parecía! A esas alturas estaría tranquila en casa, porque sería un día como cualquier otro, deseando que llegara la Pascua para celebrarla con su familia.

Sin embargo, no había dicho que no, y por eso estaba allí. Los latidos del corazón le atronaban los oídos mientras un criado ataviado con una preciosa librea abría la portezuela del carruaje y bajaba los escalones. No había escapatoria.

Detestaba estar tan nerviosa. Lo detestaba con todas sus fuerzas. Le había dicho al duque que sería inútil, que no iba a cambiar nada, que nada podía cambiar. Le había dicho que los dos estarían condenados a pasar unas Pascuas desdichadas si insistía en que fuera a su casa.

Había insistido de todas maneras y ella había accedido.

Así que ¿por qué estar nerviosa? ¿Qué motivo tenía para estarlo? ¿Por qué habría de esperar desdichas y por tanto atraer semejante destino? ¿Por qué no limitarse a disfrutar? Podía volver a sentarse en un rincón para reírse de las estupideces humanas, ¿no? Aunque la táctica no hubiera funcionado en Schofield Park, no había motivos para que no funcionara en esa ocasión.

Solo los criados salieron a recibirlos al exterior de la mansión. Un mayordomo al que se podría confundir con el mismísimo duque en caso de no conocerlo en persona les hizo una rígida reverencia y los invitó a seguirlo al interior, donde su excelencia los esperaba.

Melanie y Bertie lo siguieron como era lo normal.

Ella no.

El carruaje en el que viajaban los hijos de Melanie y su niñera acababa de detenerse detrás del suyo, y se percató al instante de que las cosas no iban bien en su interior. Pamela, de seis años, seguramente había vuelto a vomitar, cosa que había sucedido con frecuencia casi desde que se pusieron en camino, y la paciencia de la pobre niñera estaría a esas alturas agotada. La regañina —pronunciada con una voz tan chillona que confirmó sus sospechas— se escuchó en toda la terraza en cuanto se abrió la puerta del carruaje. Phillip, de ocho años, estaba riéndose de ese modo tan desagradable típico en los niños dispuestos a irritar a los adultos y Pauline, de tres años, pasaba del llanto a los gritos de protesta contra su hermano. No hacía falta ser un genio para comprender que Phillip no paraba de chincharla, el deporte preferido de los hermanos mayores. Y también era evidente que la niñera iba a ser incapaz de controlar la situación a menos que alguien le echara una mano de inmediato.

Echó a andar en dirección al segundo carruaje.

—¡Phillip, acaba de suceder la cosa más graciosa del mundo! —exclamó con una enorme sonrisa en el rostro al tiempo que se preparaba para mentir como una bellaca—. ¿Ves a ese mayordomo tan formal? —Señaló la espalda del mayordomo—. Me ha preguntado por la identidad del elegante caballero que viajaba en este carruaje. Supongo que te ha confundido con un adulto. ¿Qué te parece?

A Phillip pareció encantarle la idea. Saltó a la terraza con los mismos aires de un dandi curtido y ella aprovechó para acercarse al carruaje y coger a Pauline en brazos.

—Ya hemos llegado, cariño —dijo al tiempo que le sonreía a la niñera, que estaba acunando a una Pamela de rostro ceniciento en su regazo con expresión tensa y agradecida—. Y pronto vas a poder explorar una habitación infantil enorme. ¿No te gusta la idea? Estoy casi segura de que habrá más niños allí, nuevos amiguitos.

Melanie, Bertie y el mayordomo ya habían desaparecido en el interior de la mansión, se percató con una mueca. Sin embargo, otra persona había aparecido desde el otro

extremo de la terraza. Una mujer de mediana edad que evidentemente había salido para llevarse a los niños y a la niñera por otra puerta. Phillip la saludó con una rígida inclinación de cabeza y procedió a informarle de que la mayor de sus hermanas estaba enferma por el viaje, de que la menor estaba cansada y de que su niñera agradecería su ayuda.

—Es usted el perfecto caballero —afirmó la mujer con una sonrisa complacida—. Y se preocupa mucho por sus hermanas.

Tal parecía que estuviera a punto de surgir un halo en torno a la cabeza del diablillo.

—Yo la cogeré, señora —le dijo la mujer al tiempo que extendía los brazos para coger a Pauline mientras la niñera descendía muy despacio del carruaje con Pamela.

Sin embargo, Pauline se negó a soltarla. Se agarró a su cuello con fuerza, haciendo que se le ladeara ligeramente el bonete, le enterró la cara en el cuello y dejó bien claro que estaba reuniendo las escasas fuerzas que le quedaban para protagonizar un buen berrinche.

—Está cansada y todo esto le resulta extraño —le dijo a la mujer—. Yo la llevaré a la habitación infantil ahora mismo.

Y se giró a toda prisa en dirección a la puerta de la mansión, que casi esperaba que ya hubieran cerrado para que no pudiera pasar. No fue así. Entró en la mansión y, al comprender horrorizada que se había convertido en el centro de atención, fue muy consciente de su desaliño.

Apenas prestó atención a sus alrededores, pero lo poco que vio le bastó para darse cuenta de que el vestíbulo era inmenso y magnífico, de estilo medieval. Había una enorme chimenea justo enfrente de la puerta, y delante de ella, una gran mesa con sus sillas, que ocupaba prácticamente la estancia de lado a lado. El techo tenía un artesonado de roble. Las paredes estaban encaladas y adornadas con pendones, blasones y armas. En uno de los laterales se alzaba una celosía de intrincada talla que ocultaba una galería superior. En el otro extremo se emplazaba una escalinata que conducía a las plantas superiores.

Podría haberle prestado más atención a todo, de no ser por el nutrido grupo de personas que aguardaban en fila para recibirla entre la puerta y la mesa. Un grupo de personas que aguardaba para recibirla a ella, ¡ni más ni menos!, dado que Melanie y Bertie ya iban camino de la escalinata.

Tardó unos instantes en adaptarse a la penumbra del interior. Pero cuando lo hizo, vio que el mismísimo duque de Bewcastle encabezaba la fila. De hecho, acababa de abandonarla para hacerle una reverencia formal con una expresión inescrutable en el rostro... Claro que tampoco le había visto ninguna expresión que no fuera inescrutable, la verdad fuera dicha. Lo vio abrir la boca para hablar, pero se le adelantó:

—Lo siento muchísimo —se disculpó con voz demasiado alta y un poco jadeante—. Pamela estaba indispuesta; Phillip, insoportable; y Pauline, a punto de protagonizar un berrinche. He dejado a Pamela con su niñera, he convencido a Philip para que se comportara como un caballero durante al menos cinco minutos y he sacado a Pauline del carruaje para tranquilizarla. Pero la pobre está cansada y como todo le resulta desconocido ha insistido en quedarse conmigo. Así que... —De repente, se quedó sin palabras. Soltó una carcajada—. Así que aquí estoy.

Pauline se pegó más a ella, giró el cuello para mirar de reojo al duque y le torció un poco más el bonete en el proceso.

—Bienvenida a Lindsey Hall, señora Derrick —la recibió el duque de Bewcastle, y por un instante creyó ver un extraño brillo en esos ojos plateados—. Permítame presentarle a mi familia.

Se giró y señaló a la primera persona de la fila, una mujer de porte altivo ya entrada en años, a quien reconoció al punto como una de las aristócratas más cascarrabias aunque nunca las habían presentado.

—La marquesa de Rochester, mi tía —dijo el duque—. Y el marqués.

Hizo la mejor reverencia que pudo con una niña de tres años en los brazos. La marquesa inclinó la cabeza y la observó de arriba abajo con un solo vistazo con el que le dejó bien claro que acababa de despacharla por su insignificancia. El marqués, cuya persona era la mitad que la de su esposa, hizo una reverencia y musitó algo ininteligible.

—Lord y lady Aidan Bedwyn —prosiguió el duque al tiempo que señalaba a un caballero de porte militar, aspecto serio y pelo oscuro que se parecía mucho a él, salvo que era más ancho de hombros, y a una dama muy guapa de pelo castaño que le sonrió mientras su marido le hacía una reverencia.

—Señora Derrick —la saludó la mujer—. Esa pequeña está a punto de quedarse dormida.

—Lord y lady Rannulf Bedwyn —continuó el duque.

Lord Rannulf no se parecía en nada a sus hermanos salvo por algunos rasgos faciales, en especial la nariz. Era una especie de gigante de pelo rubio y ondulado, quizá demasiado largo. Nada más verlo pensó en un guerrero sajón. Su esposa era una belleza pelirroja, despampanante y voluptuosa que también le sonrió con amabilidad al tiempo que su marido le hacía una reverencia.

—Señora Derrick —dijo él con un brillo travieso en los ojos—. Lady Renable creía que había escapado.

—¡Por Dios! —Soltó una carcajada—. Es posible que la niñera no hubiera sobrevivido de no haber ido en su rescate. Los viajes y los niños no son una buena combinación, sobre todo si estamos hablando de tres criaturas encerradas, dos días seguidos, durante horas en un mismo carruaje.

—Los marqueses de Hallmere —dijo el duque de Bewcastle.

Saltaba a la vista que la marquesa era quien pertenecía a la familia. Era bajita y se parecía mucho a su hermano, lord Rannulf. También tenía la nariz de la familia... y la altivez.

—Señora Derrick —la saludó con una inclinación formal de cabeza mientras su marido, un altísimo adonis rubio, le hacía una reverencia, le sonreía y le preguntaba si el viaje había sido agradable.

—Sí, muchas gracias, milord—contestó.

—Lord y lady Alleyne Bedwyn —siguió el duque.

Lord Alleyne, concluyó al punto, era el hermano guapo. De pelo oscuro, delgado, con facciones perfectas a pesar de la nariz familiar y unos ojos risueños... tal vez burlones, tal vez alegres nada más. Eran los ojos de un sinvergüenza. Le hizo una reverencia muy

elegante mientras pronunciaba las cortesías de rigor. Lady Alleyne también era encantadora. Otra belleza, en su caso rubia.

—Mi tío cree haber conocido a su difunto esposo, señora Derrick —le dijo—. Me gustaría presentárselo más tarde... cuando deje a esa pobre criatura en la habitación infantil y vea su dormitorio.

—Los condes de Rosthorn —continuó el duque, señalando a la pareja que estaba en última posición.

—Encantado de conocerla, madame —dijo el conde con un ligero y atractivo acento francés al tiempo que le hacía una reverencia.

—Señora Derrick, ha sido un detalle que cogiera a esta pequeñina que parece cansadísima —comentó la condesa mientras acariciaba la mejilla de Pauline con los nudillos y sonreía al ver que la niña la miraba con un ojo entrecerrado.

Tal vez lord Alleyne fuera el hermano guapo, pensó, pero la jovencísima condesa de Rosthorn era a todas luces la belleza de la familia. De pelo oscuro y muy delgada, tenía unas facciones y una figura perfectas.

El duque de Bewcastle debió de dar una orden silenciosa, ¿enarcar una ceja tal vez?, porque una criada apareció en el vestíbulo y se detuvo a escasa distancia en espera de sus órdenes.

—Señora, la acompañarán a la habitación infantil y luego a sus aposentos —le informó el duque de Bewcastle—. Y dentro de media hora alguien la acompañará al salón para tomar el té.

—Gracias—replicó, girándose para mirarlo.

—Y cuando Wulf dice media hora —señaló lord Alleyne con una carcajada—, quiere decir treinta minutos exactos.

La expresión del duque era muy seria e impasible. ¿Cómo era posible que hubiera insistido tanto para que fuera a Lindsey Hall? ¿O que hubiera invitado a toda la familia de Oscar como excusa para poder invitarla a ella también? En sus ojos no se vislumbraba nada salvo una fría cortesía.

¡Cómo se odiaba por alegrarse tanto de volver a verlo! Había estado deseando con todas sus fuerzas verlo de nuevo, la verdad fuera dicha. ¿Eso quería decir que estaba empecinada en llevar una vida desdichada? A juzgar por el exterior de su mansión y por ese vestíbulo, por su aristocrática familia, por el entorno en el que se movía, era evidente que jamás podrían funcionar como pareja, aunque fueran compatibles a nivel personal —cosa que desde luego no eran—.

La idea de convertirse en duquesa era ridícula como poco.

Siguió a la silenciosa criada en dirección a la escalinata... y sintió una repentina frustración. Había imaginado que llegaría a Lindsey Hall toda compuesta y elegante con su ropa nueva, representando la viva imagen de una dama educada, y que saludaría al duque de Bewcastle junto a Melanie y Bertie, con una sonrisa distante, controlando plenamente la situación.

En cambio...

Bueno, parecía haberse sofocado y acalorado durante el trayecto entre el carruaje de Bertie y la puerta principal de Lindsey Hall. Y su bonete estaba definitivamente ladeado, ya que de reojo alcanzaba a ver varios centímetros más del lado izquierdo del ala que del

derecho. Además, en cuanto echó a andar se había dado cuenta de que llevaba la capa torcida de tal modo que había acabado tirando del vestido hacia arriba, y cuando se miró los pies se percató de que estaba enseñando demasiado uno de los tobillos, aunque por suerte los llevaba cubiertos por sus nuevos botines.

Para colmo, en lugar de esperar a que el duque la saludara para sonreírle con calculada elegancia, ¡se había puesto a hablar sin ton ni son!

Sí, no podía negarlo. Se había puesto a hablar sin ton ni son y en voz lo bastante alta como para que todos escucharan cada una de sus palabras. Y después le había presentado a sus hermanos, a sus respectivos cónyuges y a la increíblemente arrogante marquesa de Rochester... con la ropa torcida, el bonete ladeado, las mejillas sonrojadas y una niña que ni siquiera era suya en brazos.

Era suficiente para echarse a llorar.

Era suficiente para convencer al duque de Bewcastle de que ningún hombre, mucho menos él, querría convertirse en el hombre de sus sueños.

Y esa idea sí que era suficiente para que le entraran ganas de echarse a llorar a lágrima viva.

Capítulo 15

Mientras tomaba el té en el salón, Wulfric se esforzó por prestar atención a todos los invitados salvo a Christine Derrick. Había organizado la distribución de los comensales para la cena de tal modo que estuviera sentada bien lejos de la cabecera de la mesa, entre Alleyne y Joshua, mientras que a su lado se sentarían lady Elrick, a la izquierda, y lady Mowbury, a la derecha.

No quería que su familia sospechara que ella era, en realidad, la invitada de honor.

Como era habitual, iba ataviada con sencillez. Llevaba un vestido de noche verde claro de talle alto y manga corta, con un discreto volante en el bajo y un escote recatado. Nada de joyas ni de adornos en el cabello. Su atuendo era bonito y decente, pero aunque no era un espectador objetivo, debía reconocer que no igualaba el esplendor de sus hermanas, ni el de sus cuñadas, ni el del resto de las damas presentes. No obstante, la sección de la mesa a la que se sentaba rebosaba alegría e ingenio mientras Alleyne primero y Joshua después hablaban con ella... o eso le pareció, ya que no escuchó ni una palabra de la conversación.

Después de la cena, cuando los caballeros se reunieron una vez más con las damas en el salón, la descubrió sentada en un rincón de la estancia, lejos del fuego, con Eve, Rachel y la señora Pritchard. Sus miradas se encontraron brevemente y no le causó sorpresa ver el brillo risueño que iluminaba esos ojos azules, como si estuvieran diciéndole que había fracasado estrepitosamente en su plan de convertirse en una espectadora discreta que observaba la humanidad sin participar en sus actividades.

En lugar de enfrentar su mirada, decidió prestar atención resto de los invitados y sin saber muy bien cómo, al cabo de un rato se encontró realizando la tediosísima tarea de pasarle las páginas de la partitura a la señorita Hutchinson mientras la muchacha tocaba el piano, de forma competente, aunque un tanto nerviosa en su opinión. Una vez que acabó y le dedicó los elogios pertinentes, se alejó para aceptar la taza de té que le ofrecía Judith, encargada de servirlo, y acabó conversando con su tía y con la señorita Hutchinson de nuevo, aunque la primera se excusó unos minutos después, aduciendo que Rochester acababa de hacerle un gesto para que se acercara, y se alejó con presteza agitando las plumas que llevaba en la cabeza.

Rochester, según comprobó, estaba jugando a las cartas con Weston, lady Mowbury y la señora Pritchard, y seguramente ni siquiera recordaba que su esposa estaba en el salón.

La señorita Hutchinson, que ya había mostrado indicios de nerviosismo, pareció estar a punto del desmayo cuando se convirtió en la única persona con la que seguir conversando. Morgan se acercó a ellos en ese instante con una sonrisa, pero antes de que la señorita Hutchinson pudiera aferrarse a ella como si fuera su tabla de salvación, la tía Rochester cayó sobre ellos en picado y se llevó a Morgan con una excusa ridícula.

Aquello ya pasaba de castaño oscuro, decidió. Hacía más de una década que no era objeto de las artimañas casamenteras de su tía.

—Señorita Hutchinson —dijo—, veo que hay un grupo de jóvenes congregado en torno al piano. ¿Le gustaría unirse?

—Sí, por favor, excelencia —contestó la muchacha.

Su tía debía de haber perdido la razón por completo, pensó, si creía posible un enlace entre esa joven y él. Sin embargo, cuando se le metía una cosa entre ceja y ceja, no era fácil hacerla cambiar de opinión. Si no quería volver a encontrarse a solas con la señorita Hutchinson en cuestión de cinco minutos, iba a tener que tomar cartas en el asunto y buscar una alternativa. De modo que hizo lo que deseaba.

Se acercó al rincón de la estancia donde en ese momento Christine Derrick estaba sentada a solas. Se plantó frente a ella mientras la miraba y volvió a deleitarse con la idea de que realmente estaba en Lindsey Hall. Después de que los Renable hicieran su entrada en el vestíbulo pensó durante un espantoso lapso de tiempo que había cambiado de opinión y que no los había acompañado. Y al instante, cuando la vio entrar sonrojada y sin aliento, con el bonete torcido, el vestido y el abrigo alzados por un lado, y la niña en brazos justo antes de que se pusiera a hablar sin ton ni son, recordó la conclusión a la que había llegado hacía tanto tiempo: carecía de buenos modales. Sin embargo y al mismo tiempo, tuvo la extraña impresión de que si el sol se había dejado ver en algún momento durante el desapacible día, Christine Derrick se había quedado con su luz y la había llevado consigo al interior de su vestíbulo.

Jamás se le había pasado por la cabeza la posibilidad de enamorarse. Ni que el objeto de dicho sentimiento fuera alguien tan inapropiado. De modo que no estaba preparado para enfrentarse al torbellino emocional que esos dos hechos habían provocado.

—Bueno, señora Derrick... —dijo.

—Bueno, excelencia...

—Confío en que todo sea de su agrado. ¿Sus aposentos? ¿El servicio?

—Mi habitación es preciosa —afirmó—, y tiene una vista maravillosa. El ama de llaves ha sido muy amable conmigo. Incluso ha insistido en asignarme una doncella personal, aunque le aseguré que no necesitaba de sus servicios.

Inclinó la cabeza. Su ama de llaves, por supuesto, se limitaba a cumplir las órdenes que él le había dado. El mismo había escogido la habitación que ocupaba Christine Derrick, en parte porque creyó que le agradarían los tapices de seda china, los biombos, los alegres tonos dorados y verdes de la colcha y de las cortinas, y en parte porque quiso que cuando mirara por la ventana viera la fuente rodeada por las flores primaverales y, tras ella, la larga y recta avenida de acceso. Siempre había creído que esa vista en concreto era una de las mejores de la propiedad. Y era la misma que él disfrutaba desde sus propias ventanas, aunque sus respectivos aposentos estaban separados por tres estancias. También había supuesto que no tendría doncella personal. Sería la única dama de la casa sin ella. Simple y llanamente inconcebible.

Se sentó en un sillón cercano al que ella ocupaba tras alzarse los faldones del frac.

—Espero que el viaje haya sido agradable.

—Sí, gracias —le aseguró ella.

—¿Su madre está bien? ¿Y su hermana?

—Ambas lo están, gracias.

—Espero que su otra hermana, la esposa del vicario, también lo esté. Y sus sobrinos.

—Todos están bien, gracias. —Lo miró con el asomo de una sonrisa en los labios, si bien sus ojos se rieron abiertamente de él—. Y Charles, el vicario, también lo está.

¿Cuándo había comenzado a adorar esa forma tan peculiar que tenía de reírse de él?

—Me alegra saberlo. —Los dedos de su mano derecha se cerraron en torno al mango de su monóculo, y por un instante los ojos de Christine Derrick siguieron el gesto, del que hasta ese momento no había sido consciente.

No era un hombre particularmente sociable. Evitaba las fiestas y las conversaciones insulsas siempre que le era posible. No obstante, era un caballero y, por ende, era capaz de mantener una conversación educada cuando la ocasión lo requería. Y la situación lo requería esa noche en concreto. Tenía invitados en su propia casa. Y todos, incluidos sus hermanos, habían sido invitados por culpa de esa mujer, por su necesidad de tenerla en Lindsey Hall y de cortejarla de alguna manera.

No se le ocurría nada que decirle.

—Me sorprendió encontrar la habitación infantil llena de niños —dijo ella—, y que muchos de ellos fueran tan pequeños.

—Mis hermanos han demostrado ser muy prolíficos durante estos últimos años —replicó—. Pero no tiene por qué temer que tomen la casa por asalto o que recurran a usted cuando necesiten algo. Su sitio está en la habitación infantil, y sus niñeras se encargarán de mantenerlos allí.

Había decidido que su propia familia debía limitar el uso de la mansión en lo que a los niños se refería una vez que llegasen los invitados.

—Me quedo más tranquila —replicó ella en voz baja—. Los mantendrán en la habitación infantil. Qué conveniente para las clases acaudaladas es tener niñeras y habitaciones infantiles que los ayuden a olvidar la existencia de sus propios hijos... salvo para el tema de la sucesión.

—¿Prefería que estuvieran constantemente en medio? —le preguntó—. ¿Interrumpiendo a todas horas las conversaciones de los adultos y poniendo a prueba su paciencia?

—Según mi experiencia —respondió—, suele ser a la inversa. Son los adultos quienes interrumpen constantemente las conversaciones de los niños y quienes ponen a prueba su paciencia. Sin embargo, los adultos y los niños pueden coexistir para felicidad y beneficio de ambas partes.

—De tal modo que los adultos deben montar en alfombras voladoras con los niños y agitar los brazos mientras sobrevuelan el océano Atlántico sin mojarse los pies —repuso—, ¿no?

—¡Ay, Dios! —exclamó ella, sonrojándose—. Así que fue testigo de parte de la lección de geografía, ¿verdad? Un poco grosero por su parte el haberse colocado frente a la cerca con el sol a la espalda, lo que dificultaba que lo viéramos. ¿No le gustaron mis métodos? ¿Cree que me no me comporté con decoro? ¿Habría sido mejor sentarlos ordenadamente sobre el césped para así poder demostrarles mi superioridad física e intelectual? ¿Habría sido mejor darles una lección de historia sobre el comercio de pieles en el interior de Norteamérica, más allá de la frontera canadiense, y describirles de ese

modo las rutas en canoa de los viajeros, los ríos que recorren o la flora y la fauna de la zona que atraviesan? ¿Darles una lista de la comida que llevan consigo y de las mercancías que luego cambian por pieles? En ese caso ¿habría estado justificado mi enfado al día siguiente cuando descubriera que ni un solo niño recordaba el menor detalle sobre la lección?

Muchas personas hablaban tan solo con los labios. La señora Derrick lo hacía con los labios, con los ojos, con el rostro, con las manos, con el cuerpo... y con todo lo que llevaba dentro. Hablaba igual que vivía: con fogosidad, incluso con pasión. La escuchó y observó con creciente fascinación.

—En realidad, señora Derrick —contestó—, me encantó.

—¡Vaya!

La había dejado sin palabras. Porque se había preparado para una discusión. Tal vez, pensó a destiempo, debería haberla fastidiado un poco.

—Y a pesar de eso, ¿cree usted que los niños deben estar en la habitación infantil ?

—Me pregunto qué pensarían los niños que tenemos arriba si de repente invadiéramos sus dominios sin motivo alguno —repuso—. ¿Llegarían tal vez a la conclusión de que el conjunto de adultos debe estar en la planta baja?

Su reflexión le arrancó una carcajada.

—Es una posibilidad muy novedosa, la verdad —respondió ella—. Mi hermana Hazel se pasa el día mandando callar a los niños en la vicaría porque Charles está escribiendo o reescribiendo su sermón dominical, o corrigiéndoles la gramática que utilizan, o reprendiéndoles por las posturas, o controlando sus actividades. Tal vez mis sobrinos estarían encantados de tener una habitación infantil que fuera su dominio privado.

—¿Eso quiere decir que no soy el monstruo por el que usted me había tomado? —preguntó.

—Creo que debemos buscar un término medio —siguió ella—. A los adultos se nos debe permitir disfrutar libremente sin que los niños estén presentes, y a ellos debemos permitirles disfrutar sin que nosotros les molestemos. Sin embargo, si no los vemos nunca, ¿cómo vamos a aprender de ellos? ¿Cómo van a aprender ellos de nosotros?

—¿Podemos aprender de los niños?—le preguntó.

—Por supuesto. —Se inclinó hacia delante—. Podemos aprender a ver el mundo de una forma diferente a través de sus ojos. Podemos aprender lo que es la espontaneidad, la alegría, la curiosidad, la despreocupación y la risa. Y el amor.

—Atributos de los que yo carezco, señora Derrick —concluyó.

La observó reclinarse de nuevo en el sillón mientras lo miraba con recelo.

—No sabría decirle —replicó.

—Yo creo que sí —la contradijo, alzando el monóculo a medio camino de su ojo—. O al menos eso afirmó en una ocasión.

—No debería haberlo hecho —admitió—. Usted no debería haberme provocado hasta ese punto.

—¿Eso hice al pedirle matrimonio? —preguntó en voz baja al tiempo que la miraba con los ojos entrecerrados—. ¿La estaba provocando?

—Excelencia —contestó—, debería dar gracias a Dios todas las noches por el hecho de que declinara su proposición.

—¿Usted cree?

Volvió a comprobar que sus ojos eran del azul más puro. Como el del mar en un día de verano. Unos ojos en los que podía ahogarse si no tenía cuidado.

—Mire a su alrededor, excelencia —respondió ella—. Mire al resto de las damas.

Y lo hizo para complacerla. Incluso se llevó el monóculo al ojo. Se percató de que el vaporoso vestido dorado y las plumas del mismo tono que Freyja llevaba en el pelo le otorgaban una apariencia magnífica. Por no mencionar los diamantes que brillaban en torno a su cuello, en sus orejas, en sus muñecas y en varios dedos. Aunque su apariencia no era distinta a la de las demás. Todas iban ataviadas con la misma elegancia y opulencia.

—Ya lo he hecho —dijo al tiempo que bajaba el monóculo y miraba a Christine Derrick.

—Y ahora míreme a mí.

Vio lo mismo que había visto durante la cena. Era obvio que el vestido que llevaba era nuevo. Ciertamente era más elegante que los que le había visto el verano anterior, pero no dejaba de ser sencillo. Además, no llevaba joyas. Su lustroso cabello oscuro carecía de adornos. Tenía las mejillas ligeramente sonrosadas. Sus pestañas eran oscuras y sus ojos, de mirada inteligente. Parecía que las pecas habían desaparecido. Sus labios eran carnosos, suaves y en ese momento estaban ligeramente entreabiertos.

—Ya lo he hecho—le aseguró en voz baja.

—Ahora dígame que no ve la diferencia —lo retó.

—Veo una diferencia abismal —admitió—. Porque ninguna de esas damas es usted.

—¡Oh! —El rubor que le cubría las mejillas se intensificó—. Está muy ingenioso esta noche, excelencia.

—¿Ingenioso, dice usted? —replicó—. ¿Acaso hay un libreto? ¿Debería haber dicho otra cosa?

—No pertenezco a su mundo —señaló ella—. Formé parte de él en el pasado por mi matrimonio, aunque solo como la esposa del benjamín de la familia. Nunca tuvimos mucho dinero, sobre todo en los últimos años, y Oscar murió endeudado. Mi ropa nueva, la cual he elegido con sumo tiento y sin perder de vista su precio, fue adquirida gracias al dinero que me envió mi cuñado como regalo cuando supo que estaba invitada a la boda de Audrey. Vivo muy contenta en un pueblo pequeño. Doy clase a los niños. Soy la hija de un hombre que fue un caballero por apellido y por educación, aunque no por sus riquezas. Mi abuelo paterno era un baronet, pero mi abuelo materno era médico. Debería estar muy agradecido, excelencia, por que haya declinado su propuesta. Igual que lo estoy yo. Creo que preferiría la muerte a casarme con un duque.

La vehemencia de la afirmación lo dejó desconcertado.

—Esas son palabras mayores, señora Derrick —dijo—. ¿Preferiría la muerte a casarse con el hombre del que se ha enamorado, ya sea un duque o un deshollinador?

—Pero no estoy enamorada —le aseguró.

—Ciertas personas tienen la curiosa habilidad de hacer como que responden a una pregunta cuando en realidad no lo han hecho—replicó.

—No creo que fuera feliz si me casara con un duque o con un deshollinador, excelencia. Por tanto, recae sobre mí la responsabilidad de no encariñarme con ninguno de los dos, ya que en caso contrario me encontraría en una disyuntiva espantosa, ¿no le parece? ¿Prefería la muerte antes que casarme con el hombre que amo... solo porque sea un deshollinador o un duque? ¿Cree usted que acabaría siendo la heroína de una gran tragedia al estilo de las de Shakespeare si la respuesta fuera afirmativa? En cualquier caso, ni yo misma lo sabría. Estaría muerta y flotando río abajo con el pelo extendido sobre la superficie del agua... si no me lo hubiera cortado, claro.

Sintió que se le caía el alma a los pies al escucharla.

No pensaba aceptarlo y le estaba advirtiendo, tal cual había hecho en Hyde Park, de que nada de lo que hiciera lograría hacerla cambiar de opinión. Ante él tenía un extraño desafío. No podía ofrecerle ni su título ni su inmensa fortuna, y no sabía cómo cortejar a una mujer como un hombre normal y corriente. Además, aunque supiera cómo hacerlo, seguiría siendo inmune a él porque era un duque e inmensamente rico.

Christine Derrick era una mujer con los pies bien plantados en el suelo, aunque tal vez estuviera equivocada. Entre el espíritu práctico y un sueño, ¿por qué elegir lo primero? ¿Por qué lo sensato? ¿Por qué no el sueño? ¿Por qué no vivir peligrosamente?

¿Era realmente Wulfric Bedwyn quien estaba pensando y soñando con rebelarse contra todo aquello que había regido su vida durante más de veinte años? ¿Con vivir peligrosamente?

Claro que había invitado a Christine Derrick a su casa, ¿no?

Mucho se temía que sus sentimientos por esa mujer iban más allá del mero enamoramiento. Mucho se temía que Christine Derrick se había convertido en la piedra angular de su felicidad. Y ese pensamiento en sí mismo era extraño y alarmante. Porque jamás había buscado la felicidad. Jamás la había considerado importante. Ni siquiera había creído en ella. O tal vez sí. Durante los tres últimos años había visto a todos y cada uno de sus hermanos encontrar la felicidad y vivir con ella. Había visto cómo los desmedidos y en ocasiones fríos —o despiadados incluso— Bedwyn se convertían en los todavía desmedidos aunque casi domesticados y felices Bedwyn. Y, si bien no había sido del todo consciente, se había sentido desplazado y ligeramente amargado.

Y muy solo.

El silencio duraba demasiado y comprendió que Christine Derrick no iba a romperlo.

—En ese caso —dijo—, si alguna vez se convierte en la protagonista de dicho drama, espero que acabe siendo la heroína romántica en lugar de la trágica. Tal vez haya un maestro de escuela en algún sitio que logre despertar su admiración y su amor incondicional. Espero que sea feliz con él. Entretanto, haré todo lo que esté en mi mano para que tanto usted como el resto de los invitados pasen unas Pascuas memorables en Lindsey Hall.

El brillo risueño había desaparecido por completo de sus ojos. La vio inclinarse hacia delante de nuevo.

—Creo que lleva usted una máscara de medio metro de grosor —lo acusó—. Virtualmente impenetrable. ¿Lo he ofendido?

—¿Cómo dice? —había vuelto a alzar el monóculo a medio camino del ojo.

—Sus ojos vuelven a ser dos carámbanos —respondió ella—. Los ojos suelen ser el punto débil de cualquier disfraz, ¿sabe usted? Porque el portador del mismo debe ver el mundo y debe dejarlos expuestos por muy bien que oculte el resto de su persona. Sin embargo, sus ojos son su disfraz... o al menos son la parte más importante. Me es imposible vislumbrar siquiera un trocito de su alma por mucho que los mire.

Si sus ojos eran dos carámbanos, estaban helando el resto de su persona. La miró del único modo que sabía hacerlo... con gélida arrogancia. ¿De qué otro modo iba a mirarla? ¿Cómo iba a arriesgarse a... ?

—Quizá, señora Derrick —repuso—, debería mostrar mi corazón al mundo para evitarle la necesidad de mirarme a los ojos. ¡Vaya, se me olvidaba... que no tengo corazón!

—Excelencia, creo que estamos discutiendo —afirmó ella—. Sin embargo, usted lo hace con su inigualable estilo, enfriándose y mostrándose cada vez más soberbio, en lugar de acalorarse como solemos hacer los insignificantes mortales. Es una lástima.

—¿Preferiría verme enfurecido? —Enarcó las cejas.

—Creo que me encantaría —contestó.

—¿Aunque fuera usted el objeto de mi ira?

Lo observó con expresión pensativa y la cabeza ladeada mientras aparecía el asomo de una sonrisa en el fondo de esos ojos azules.

—Sí, incluso en ese caso —respondió—. Porque si lo viera enfurecido, podríamos pelear de verdad. Sospecho que sería un hombre muy peligroso en dicha situación, aunque tal vez lograra comunicarme con el hombre de verdad si perdiera los papeles. En caso de que en su interior exista un hombre de verdad, y no sea usted solo un duque hasta la médula de los huesos.

—Me está ofendiendo, señora —le advirtió en voz baja al tiempo que sentía la inmensa furia que comenzaba a apoderarse de él.

—¿ Ah, sí? —Abrió los ojos como platos—. ¿Lo he ofendido? ¿Lo he enfurecido? Pues espero haber logrado ambas cosas. No he venido aquí por mi propia iniciativa, excelencia. No quería aceptar su invitación, y creo que fui bastante elocuente al respecto. Me pidió una oportunidad para poder demostrarme que hay mucho más en su interior aparte de lo que me ha revelado. De momento no he visto nada. Sin embargo, cuando lo acuso de llevar una máscara, de esconderse detrás de unos ojos gélidos y de una actitud arrogante, su comportamiento se torna aún más frío y me ataca arrojándome mis propias palabras a la cara para que me sienta incómoda. «¡Vaya, se me olvidaba... que no tengo corazón!», ha dicho. Tal vez tenga razón. Tal vez no haya ninguna máscara. Tal vez mi primera impresión sobre su persona fuera la correcta.

Se inclinó un poco hacia delante, acercándose a ella.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó—. Estamos discutiendo de verdad. Y aunque esté usted ahí sentada, sonriendo y hablando en voz baja, y yo recurra a mi frialdad habitual, acabaremos convirtiéndonos en el centro de atención si seguimos por este camino. Seguiremos, pero este no es el momento ni el lugar. Si me disculpa, debo circular entre el resto de mis invitados. ¿Le apetece que la lleve con alguien? ¿Con lady Wiseman, tal vez, o con lady Elrick?

—No, gracias —respondió—. Aquí estoy estupendamente.

De modo que se puso en pie, le hizo una reverencia y se acercó a una de las mesas donde jugaban a las cartas. Se detuvo a la espalda de lady Renable y miró la mano de naipes que tenía la dama sin ver nada.

Había echado a perder el encuentro, desde luego. Su intención había sido la de pasar unos diez minutos en su compañía, a fin de lograr que se sintiera cómoda, tanto en su casa como en su presencia, y comenzar de ese modo a demostrarle que era humano; en cambio, había acabado... ¡discutiendo con ella! ¿Era eso lo que habían hecho ? Nunca había discutido con nadie y nadie había intentado jamás discutir con él. Nadie se había atrevido. ¿Formaba eso parte de la fascinación que sentía por ella? ¿Ese atrevimiento?

¿Seguía encontrándola fascinante? Porque sus palabras habían sido ofensivas. Carecía de buenos modales y era una entrometida. Había mencionado máscaras, ojos y carámbanos. Había insinuado que además de carecer de corazón tampoco tenía alma. «Me es imposible vislumbrar siquiera un trocito de su alma por mucho que los mire. »

Inspiró hondo y de forma brusca. Tenía... ganas de echarse a llorar.

Lady Renable alzó la cabeza para mirarlo por encima del hombro y se rió mientras devolvía la carta que había estado a punto de soltar al montón que sostenía en la otra mano. Eligió otra en su lugar.

—Tiene muchísima razón, Bewcastle —dijo—. Esa no era la carta adecuada ni mucho menos.

Se percató de que Justin Magnus estaba con la señora Derrick en su rincón. Estaban conversando y riéndose. Parecía feliz y tranquila una vez más. Apretó los dientes con fuerza para no rechinarlos y combatió los celos.

Esa sería la humillación definitiva.

Capítulo 16

Después de que los demás se acostaran, los Bedwyn y sus respectivos cónyuges siguieron en el salón... a excepción de Wulfric, que se retiró a la biblioteca, su dominio privado.

—Ojalá Wulf se hubiera quedado con nosotros —dijo Morgan.

—Bastante sorprendente ha sido que haya aguantado toda la velada sin buscar una excusa para escabullirse hasta que los demás se han ido —replicó Freyja.

—Yo creo que es lo normal después de haber invitado a todas esas personas a su casa —repuso Rannulf al tiempo que se sentaba en el suelo a los pies de Judith y echaba la cabeza hacia atrás para apoyarla en su regazo—. ¿Alguien sabe por qué ha invitado a Elrick, a Renable y a todos los demás? No es que tenga nada en su contra, pero no parecen del tipo de Wulf, ¿no creéis?

—¿Wulf tiene un tipo específico? —preguntó Alleyne.

—Es posible que ahora mismo se alegre de tener más invitados además de la familia —dijo Aidan, que se sentó en un enorme sillón junto a Eve y le pasó un brazo por los hombros—. La tía Rochester está en modo casamentero. No sé si compadecerme más de Amy Hutchinson o de Wulf.

—Wulf se la comería para desayunar a la mañana siguiente de la boda —afirmó Freyja con desdén—. Josh, anda, ayúdame a quitarme estas tontas plumas del pelo. Están todas enredadas.

—Se supone que tienes que pedirlo por favor, Free —señale Rannulf.

—No me mires así, encanto —le dijo Joshua, sonriendo mientras se sentaba en el brazo del sillón y le apartaba las manos para ayudarla—. Yo no he dicho nada sobre tu falta de buenos modales.

—Tal vez debamos hacer algo para ayudar —sugirió Eve—. Para mantener a Amy lejos de Wulfric y viceversa.

—La tía Rochester se defenderá con todas sus fuerzas —apostilló Alleyne—. Está decidida.

—¿Se me permite señalar que Wulfric es un digno rival para esa tía cascarrabias? —preguntó Gervase tras colocarse de espaldas a la chimenea—. La idea de que colaboremos en su salvación me resulta un poco absurda, ¿a vosotros no?

Casi todos se rieron y le dieron la razón.

—Lo que tenemos que hacer es encontrar una distracción —dijo Morgan con el ceño fruncido—. Encontrar a otra persona para Amy o para Wulf.

—No veo a Mowbury en el papel —comentó Aidan—. Jamás he conocido a un hombre más despistado. Dudo mucho que se haya percatado de la existencia de la muchacha. En cuanto al hermano, Amy le saca al menos una cabeza... y además es el hijo menor y no cumpliría las expectativas de la tía Rochester.

—Cosa que no lo excluye como posible pretendiente —señaló Judith.

—También es muy delgado y está medio calvo —terció Freyja sin tapujos—, y seguramente no cumple las expectativas de la propia Amy.

—En ese caso, tendrá que ser alguien para Wulf—dijo Morgan—. Tenemos que encontrar a otra mujer.

—Chérie, tendremos el mismo éxito que tuvo el rey Canuto cuando le ordenó a la marea que se detuviera —apuntó Gervase con ternura.

—Y la señora Derrick parece la única candidata a ser esa distracción —dijo Freyja.

El comentario los silenció durante unos minutos. Hasta que Joshua se echó a reír mientras le tendía a Freyja la última de las plumas doradas.

—Habría pagado una fortuna por ver cómo Wulfric la sacaba de la Serpentina y la llevaba en su caballo a casa —aseguró—. Apostaría cualquier cosa a que no estaba muy contento.

—Su entrada de esta tarde fue también triunfal —añadió Aidan—. Creí que a la tía Rochester se le saldrían los ojos por las lentes de los impertinentes.

—Yo temí que Wulfric la convirtiera en un carámbano —dijo Morgan—. Pero ella no le hizo ni pizca de caso, ¿verdad? Estaba hecha un desastre, pero prefirió rescatar a esa niña antes que hacernos una reverencia, y luego nos saludó derrochando buen humor.

—Su coraje es admirable —comentó Freyja—. Joshua siempre dice que somos un grupo formidable cuando estamos juntos. Según él podemos ser tan eficaces como un pelotón de fusilamiento, sin necesidad de hacer un derramamiento de sangre.

—De hecho, la señora Derrick me parece una mujer muy simpática —dijo Alleyne—. Es una buena conversadora y posee un sentido del humor muy saludable.

—Pero es totalmente opuesta al ideal de mujer de Wulf —le recordó Freyja al tiempo que se pasaba una mano por el pelo, libre por fin de las plumas, y hacía un mohín al percatarse de los enredos—. ¿Os lo podéis imaginar aceptándola como pareja aunque Amy sea la única alternativa?

Las carcajadas fueron unánimes cuando intentaron imaginarse la escena.

—Pero sí pasó un tiempo hablando con ella esta noche, Free —señaló Rannulf—, y precisamente porque estaba huyendo de Amy... o más bien de la tía Rochester.

—Pero no consentirá que vuelva a pasar —le aseguró Freyja—. No, tenemos que buscar a otra persona.

—Pero es que no hay nadie más, Free —señaló Morgan—. A menos que el conde de Redfield haya invitado a alguien para pasar las fiestas. Tal vez la prima de Lauren esté de visita.

—¿Lady Muir?—preguntó Rannulf—. Hubo un tiempo en el que me gustaba mucho. —Echó la cabeza hacia atrás y le sonrió a Judith—. Pero después conocí a Jude y me olvidé hasta de que existía.

La aludida le dio un golpecito en la cabeza.

—Yo no tengo tan claro que la señora Derrick sea inadecuada para Wulfric —dijo Rachel de repente—. Es viuda y entre ellos no hay tanta diferencia de edad como en el caso de Amy. Me parece muy guapa, fuera de los cánones de belleza de la alta sociedad, claro. Y todos nos hemos dado cuenta de lo alegre que es, de lo cariñosa que se muestra y de su carácter risueño. Tiene cierta chispa que tal vez sea justo lo que Wulf necesita.

—¿Wulf? —Rannulf la miró sin dar crédito. Como el resto.

—Wulfric posee una capacidad de amar inmensa —siguió Rachel—. Lo único que necesita es que alguien lo ayude a demostrar ese amor.

Rannulf soltó una carcajada y Joshua se rió por lo bajo.

Alleyne se sentó junto a Rachel, le cogió la mano y entrelazó sus dedos.

—Rachel tiene esta extraña certeza sobre Wulf desde que lo vio por primera vez —comentó.

—Yo fui la única que vio su rostro cuando volvió a ver a Alleyne el día de la boda de Morgan, después de haberlo dado por muerto —les dijo—. Vosotros solo lo visteis correr por la terraza y abrazarlo. Pero yo vi su rostro. Y si alguien se atreve a decir en mi presencia que Wulfric es un hombre frío y sin emociones, que se prepare para discutir conmigo.

—Y la ira de Rachel es temible. —Alleyne se llevó sus manos unidas a los labios y le besó los dedos.

—¡Bravo, Rachel! —exclamó Freyja—. Siempre he admirado a cualquiera que se atreva a regañar a un Bedwyn.

—¡Tienes toda la razón del mundo, Rachel! —afirmó Morgan—. Jamás le había contado esto a nadie, salvo a Gervase. En cierta forma me parecía desleal, y al mismo tiempo debo admitir que estaba horrorizada. Después de la misa en memoria de Alleyne cuando lo dimos por muerto, fui a la biblioteca de Bedwyn House porque necesitaba el consuelo de estar en la misma habitación que Wulf. Menos mal que no me vio. Estaba delante de la chimenea llorando.

El bochorno y la sorpresa los enmudecieron a todos.

—Chérie, no creo que Bewcastle vaya a agradecerte nunca que hayas contado esa espantosa historia sobre él —dijo Gervase.

—Por supuesto que Wulfric es capaz de amar —afirmó Eve—. Nos ayudó a Aidan y a mí a superar nuestras diferencias cuando ya estábamos casados. Y creo que también ayudó a Freyja y a Joshua, y a Rannulf y a Judith. Sería muy fácil decir que lo hizo por el buen nombre de la familia y por orgullo, pero hace mucho que creo que le importa de verdad. Además, ¿por qué fue a Oxfordshire para asegurarse de que mi primo no me quitaba a Davy y a Becky sino por amor? Pero ¿de verdad crees que la señora Derrick es la adecuada para traspasar todas sus defensas, Rachel?

Freyja resopló.

—Por supuesto que lo es —contestó de forma inesperada—. No entiendo cómo no nos hemos dado cuenta antes. ¿No fue Wulf a la fiesta campestre de lady Renable el verano pasado? Seguramente la señora Derrick también estuvo invitada. Además, ¿no nos hemos estado preguntando por qué se dignó a rescatarla del desastre en la Serpentina cuando, por lo que cuentan, la mitad de la alta sociedad estaba presente para ayudarla en caso de que él no lo hiciera? No es propio de él exponerse de esa manera a los cotilleos y al ridículo. ¿Y por qué ha invitado a su familia a pasar la Pascua aquí cuando de todos es sabido que no mantiene una estrecha amistad con ninguno de ellos, salvo tal vez con lord Mowbury? ¿Por qué nos ha invitado a nosotros? Normalmente nos invitamos solos.

—¿No estarás diciendo... ? —comenzó Alleyne.

—¿Y por qué nos alineó en el vestíbulo esta tarde cuando solo era lord Renable quien llegaba? —continuó Freyja al tiempo que agitaba una mano en el aire—. A todos nos extrañó en ese momento.

—¡Madre del amor hermoso! —exclamó Alleyne—. ¡Sí que lo estás diciendo! Las mujeres tenéis una imaginación maravillosa, de verdad. Vais del punto A al punto D sin mirar siquiera los puntos B y C. ¿Crees que Wulf ya tenía los ojos puestos en la señora Derrick, Free?

—Es muy probable —comentó Rachel, que giró la cabeza para mirar a su marido a los ojos.

—Bueno —intervino Aidan con voz enérgica—, creo que todos estamos de acuerdo en que hay que acabar con la desquiciada idea de la tía Rochester de que Amy Hutchinson y Wulf pueden congeniar... por el bien de ambos. Y si emparejarlo con la señora Derrick sirve a ese propósito, propongo que lo usemos. Si por casualidad Wulf se enamora perdidamente de ella —aunque eso me parece que se escapa incluso a la mente más imaginativa estaré preparado para comprarle un vestido nuevo a Eve para la boda.

—Lo que yo creo, si en algo vale mi opinión, ya que tratándose de los Bedwyn sé muy bien que van a hacer lo contrario de lo que se les sugiera... Lo que yo creo es que deberíamos dejarlo tranquilo. No se me ocurre nada más ridículo que una bienintencionada conspiración entre los Bedwyn para salvar a Wulfric de un matrimonio más que hipotético y empujarlo hasta otro muchísimo menos probable. ¡Estamos hablando de Bewcastle, por el amor de Dios!

—Eso mismo pienso yo. —Gervase se echó a reír.

—¿Ridículo? —preguntó Freyja con altivez—. ¿Nos estás acusando de ser ridículos, Joshua? ¿Y a ti te hace gracia, Gervase?

Aidan se puso en pie.

—Creo que es hora de que todos nos acostemos —dijo—. Si hay algo más alarmante que los Bedwyn en plan casamentero, son los Bedwyn a la greña. Dentro de unos minutos comenzarán los puñetazos y hay dos o tres damas presentes.

—¿Dos o tres... ? —Freyja se puso en pie de un salto echando chispas por los ojos.

Sin embargo, Aidan levantó una mano y reinó el silencio. Cuando se lo proponía, podía ser casi tan formidable como Wulfric y además contaba con la ventaja de haber sido coronel de caballería varios años.

—Freyja, sabes muy bien que en cualquier pelea, tus puños serían los primeros en golpear —explicó—. Y ahora, a la cama, y ya veremos qué nos depara el nuevo día. Yo estoy casi convencido de que Wulf será capaz de frustrar los planes de la tía Rochester y de evitar a la señora Derrick sin hacer nada más extenuante que enarcar una ceja y sin la menor ayuda por nuestra parte. —Le ofreció el brazo a Eve.

—Hay personas que siempre tienen que decir la última palabra —musitó Freyja al tiempo que movía la cabeza.

Rannulf y Alleyne se miraron y luego miraron a su hermana con los labios apretados. Joshua sonrió y le pasó un brazo por la cintura.

Mientras los Bedwyn estaban en el salón, Christine estaba con Hermione en su dormitorio. Su cuñada se había acercado a ella en la escalinata de camino a sus respectivos dormitorios y se había invitado ella sola a acompañarla al interior.

La miró con expresión insegura y la invitó a tomar asiento en una silla mientras ella lo hacía en el borde de la cama.

—Vaya, es una habitación preciosa —dijo Hermione tras echar un vistazo—. Debe de ser uno de los dormitorios más grandes y elegantes de la mansión.

Ni siquiera había reparado en eso. Había supuesto que todas las habitaciones de esa planta eran igual de lujosas. Pero Hermione dejó el tema ahí. Se sentó en la silla y la miró con seriedad.

—Christine, Basil y yo hemos estado hablando y nos hemos preguntado a qué viene esta invitación —dijo—. Nuestra relación con su excelencia es mínima y nunca antes había organizado una fiesta en Lindsey Hall. ¿Por qué nos ha invitado? Es cierto que tiene amistad con Héctor, pero el caso de Melanie y Bertie es idéntico al nuestro, aunque Héctor lo llevara a Schofield Park el verano pasado. No, hemos llegado a la conclusión de que tú eres el motivo de que nos hayan invitado.

—¿Yo?

—Por extraño y casi increíble que parezca, creo —y Basil está de acuerdo conmigo— que su excelencia se ha encaprichado contigo.

Se mordió el labio inferior.

—Resulta evidente que la marquesa de Rochester tiene otros planes para él —continuó Hermione—, y tiene mucha influencia. Además, su familia jamás aprobaría una unión semejante, tenlo por seguro. El tampoco. En caso de que esté encaprichado contigo, solo te ofrecerá una aventura.

—¿Intentas advertirme de que no me haga demasiadas ilusiones? —preguntó.

Su cuñada frunció el ceño.

—Te estoy pidiendo que no te pongas en ridículo y que no nos pongas en ridículo a nosotros. Jamás serás la duquesa de Bewcastle... la mera idea es absurda. Pero si recurres a tus ardides habituales, tu ambición quedará patente a ojos de la marquesa y también a ojos de los hermanos de su excelencia, y la vergonzosa vulgaridad de tus actos nos afectará a todos.

—Mis ardides habituales. —Sintió que se le helaba la sangre en las venas.

—Fingir que te caes de un árbol cuando está cerca —explicó Hermione con una nota amarga y triste en la voz—. Fingir que te caes accidentalmente en la Serpentina cuando pasa a caballo por el lugar. Estar casualmente en el paseo de los laburnos cuando él decide pasar por allí. Fingir que Héctor te ha hecho muchísimo daño cuando en realidad te ha dado un simple pisotón y tardar toda una hora en volver al salón de baile. Todo ello al mismo tiempo que te granjeas la admiración del resto de los caballeros invitados a la fiesta campestre. El conde de Kitredge incluso llegó a proponerte matrimonio en Londres. Pero tengo entendido que lo rechazaste. ¿Por qué conformarse con ser condesa cuando crees que puedes ser duquesa?

—Creo que es mejor que te vayas, Hermione —le dijo.

Su cuñada se puso en pie y se acercó a la puerta sin mediar palabra. Claro que las cosas entre ellas siempre habían sido así, pensó de repente... al menos durante los últimos años de la vida de Oscar, después de su muerte y durante el verano anterior, y en ese preciso momento. Nunca hablaban de verdad.

—¡Espera! —exclamó, y Hermione la miró por encima del nombro.

Se levantó de la cama y se acercó a la ventana. Apartó las cortinas, aunque evidentemente no podía ver nada del exterior... solo las gotitas de lluvia en los cristales y la oscuridad reinante.

—Hubo un tiempo en el que te encantaban mis continuos desastres —dijo—. Solías decirme que la alta sociedad estaba encantada conmigo a pesar de la risa que provocaba. Que la risa era buena para el alma y para la alta sociedad. Que tenía un don para atraer a las personas, que les caía bien a las damas, que les caía bien a los caballeros y que incluso me admiraban porque era seguro hacerlo al ser una mujer casada. Oscar me quería y yo lo quería a él, éramos una familia feliz. Afirmabas que yo era la hermana que nunca habías tenido y siempre habías querido tener. Tú eras la hermana que yo necesitaba para reemplazar a las que estaban lejos. ¿Qué cambió? Nunca lo he entendido. Era como una pesadilla de la que no podía despertarme. De repente, todas mis meteduras de pata eran vergonzosas y humillantes para vosotros. Y de repente todos los caballeros con los que hablaba o bailaba, a los que sonreía, eran víctimas de mis ardides coquetos. Y no solo coqueteaba con ellos. De repente, tenía una larga lista de amantes secretos. ¿Qué provocó ese cambio?

Hermione seguía mirándola por encima del hombro. Se produjo un breve silencio.

—Dímelo tú, Christine —contestó finalmente—. Supongo que te cansaste de Oscar. Te diste cuenta de que podías atraer a un pez más gordo. No sentías nada por él... ni por nosotros.

Parpadeó para contener las lágrimas.

—Siempre quise a Oscar —afirmó—. Incluso durante los últimos años, cuando comenzó a ponerse difícil, cuando empezó a jugar sin cabeza y perdió toda su fortuna. Ni siquiera entonces dejé de quererlo. Era su esposa. Nunca se me pasó por la cabeza engañarlo.

—En fin, me encantaría creerte, Christine —dijo Hermione—, pero las dos sabemos que es mentira. Si no lo fuera, Oscar seguiría vivo.

—Es increíble que me creas culpable de eso —replicó—. Te supliqué en su momento que le preguntaras a Justin. ¿ Por qué no lo hiciste? Te habría confirmado mi inocencia.

—Por supuesto que le preguntamos a Justin —replicó Hermione con voz cansada—. Y por supuesto que él declaró tu inocencia... una y otra vez y muy indignado por el hecho de que pudiéramos dudar de ti un instante. Pero siempre te ha defendido, ¿no es verdad? Sin importar la situación, Justin siempre ha estado ahí para defenderte, para negar todos los cargos en tu contra. Justin siempre ha estado enamorado de ti, Christine. Sería capaz de cometer perjurio antes de permitir que piensen mal de ti.

—Entiendo —dijo—. Así que soy culpable. Solo por su afán de defenderme. Pobre Justin. Sus intentos por defenderme siempre han tenido el efecto contrario al que pretendía. En fin, me da igual lo que pienses. Aunque puedes quedarte tranquila en un aspecto. No estoy aquí para ser la duquesa de Bewcastle. Ya he rechazado esa posición y la volveré a rechazar si me la vuelven a ofrecer. Quizá sea más consciente que Basil y que tú de que sería una unión infernal... para los dos. Estoy deseando que llegue el día de volver a casa para proseguir con la vida que me ha hecho feliz durante casi tres años... aunque durante el primero llorara por la pérdida de Oscar.

—Christine. —De repente, Hermione también tenía los ojos llenos de lágrimas—. De verdad que ahora mismo quiero creer lo mejor de ti. Basil y yo queremos hacerlo. Eres la viuda de Oscar.

Asintió con la cabeza. Parecía que no quedaba nada por decir. Suponía que acababan de tenderle una rama de olivo... otra vez.

Hermione salió del dormitorio sin decir nada más, dejándola con la poco envidiable tarea de intentar dormir en una cama extraña en una casa extraña mientras le daba vueltas y más vueltas en la cabeza a la conversación con su cuñada y también a la pelea con el duque.

Capítulo 17

A la mañana siguiente todos asistieron a la misa del Viernes Santo. Los invitados de más edad fueron en carruaje, pero la mayoría se trasladó a la iglesia andando, ya que el tiempo había mejorado bastante.

Christine caminaba al lado de Justin. El duque, según se había percatado, llevaba a la señorita Hutchinson del brazo, aunque lord y lady Aidan no se separaron de ellos en ningún momento. Saltaba a la vista que la marquesa de Rochester estaba promoviendo un enlace entre la pareja. Se compadecía de todo corazón de la muchacha, una jovencita guapa y de carácter dulce... en absoluto adecuada para el duque.

Justin pareció leerle el pensamiento.

—Pobre muchacha —dijo, señalando con la cabeza en dirección a la señorita Hutchinson—. Me pregunto si es consciente del gran precio que tendrá que pagar por convertirse en duquesa. De todas formas, supongo que su tía se lo explicará todo al detalle antes de los esponsales; siempre y cuando consigan convencer a Bewcastle, claro.

No dijo nada. No quería hablar del duque, ni siquiera con su mejor amigo. Mucho menos después de la conversación de la noche anterior. Sin embargo, Justin siguió con el tema.

—Lady Falconbridge lo entenderá, desde luego —afirmó—. Supongo que de todas formas no esperaba que se casara con ella. Y su amante también lo entenderá, sí; no le quedará más remedio, a menos que decida abandonar su empleo, el cual supongo que será muy lucrativo.

—¡Justin! —exclamó con tirantez—. ¿Tienes por costumbre hablarles a las damas de estas cosas?

La expresión de su amigo se tornó contrita al instante.

—Perdóname —dijo—. Pero ya sabes lo de lady Falconbridge, y como hace tanto tiempo que tiene una amante, pensé que lo sabías. Un error por mi parte; eres una dama. Pero demostraste ser muy lista. —Le dio unas palmaditas en la mano que descansaba sobre su brazo—. Al rechazarlo. Supongo que eso no le gustó mucho.

—Voy a cambiar de tema ahora mismo —anunció con firmeza—. Héctor me ha dicho que dentro de poco se marcha de nuevo para proseguir con sus viajes y que te vas con él. ¿Es cierto?

Lo vio torcer el gesto.

—Solo si decide visitar un lugar civilizado —contestó—. Italia, quizá.

Lo escuchó sin prestarle demasiada atención. No tenía el menor interés en las mujeres del duque de Bewcastle. Era muy irritante que Justin la tratara como si fuera un amigo en lugar de una dama. Lo que el duque hiciera no era de su incumbencia, por supuesto, aunque empleara a todo un harén de mujeres. Sin embargo, le fue imposible no recordar sus palabras cuando afirmó que si se casaba, su esposa sería la única mujer con la

que compartiría la cama durante el resto de su vida. Una afirmación que había creído en su momento. Aunque tampoco tenía importancia, ¿verdad? Jamás sería su esposa. Estaba decidida a pesar de que la hubiera convencido de ir a Lindsey Hall para cortejarla.

¿Era realmente ese el motivo de la invitación? Le costaba creerlo.

Lo evitó durante toda la mañana y se sentó bien lejos de él durante el desayuno y el almuerzo. No obstante, se encontró de repente obligada a hacerle compañía por la tarde. Lord y lady Aidan anunciaron sus planes de llevar a sus hijos a dar un paseo, lord y lady Rannulf decidieron acompañarlos con los suyos y, al cabo de un minuto, todo el mundo se les había unido. El grupo se dispersó en busca de los abrigos, los sombreros y los niños tras acordar encontrarse de nuevo en el vestíbulo. Por su parte, estaba encantada con la idea de tomar un poco de aire fresco y con el descubrimiento de que los Bedwyn compartían su amor por el aire libre.

Se acercó a Audrey y a sir Lewis cuando regresó al vestíbulo, donde los niños más pequeños correteaban emocionados ante la idea de dar rienda suelta a toda la energía contenida. Abrazó a Pauline y a Pamela, que corrieron hacia ella en cuanto la vieron antes de volver con sus compañeros de juegos. Justin, que estaba conversando con Bertie, le hizo un gesto para indicarle que se reuniría con ella en breve. La marquesa de Rochester, que no iba a acompañarlos, bajó al vestíbulo de todas formas para despedirlos... y para organizar un poco.

—Le he hablado a Amy de la ruta que comunica el sendero agreste con el lago, Wulfric —dijo con una voz en que la que se sentía su tendencia a dar órdenes—. Debes asegurarte de enseñársela.

El duque correspondió las palabras de su tía con una rígida reverencia en su dirección y en la de la aludida, y la pobre señorita Hutchinson se encogió visiblemente ante la idea de pasar la tarde en su compañía.

—Tía, me temo que tendrán que dejarlo para otro día —intervino la condesa de Rosthorn, cogiendo a la muchacha del brazo al tiempo que les dedicaba una sonrisa de disculpa a su hermano y a su tía—. Le he prometido a Amy que hablaríamos sobre su presentación a la reina, para la que faltan apenas unas semanas. Pienso ofrecerle toda mi experiencia y todos los consejos que pueda darle por si le sirven de algo.

Vio que el marido de la condesa, que hablaba con un encantador acento francés, llevaba a un niño a hombros; su hijo Jacques. Sabía su nombre porque esa misma mañana había subido a la habitación infantil antes de ir a la iglesia para conocer a todos los niños, incluidos los bebés.

—¡Pobre Wulfric! —gritó lady Alleyne—. Ahora te has quedado sin pareja. A ver si la señora Derrick se apiada de ti...

Justin, que acababa de echar a andar hacia ella, se detuvo en seco cuando el duque de Bewcastle se giró y le hizo un gesto con la cabeza.

—¿Señora? —le dijo al tiempo que le ofrecía el brazo—. ¿Le apetece? No le han dejado muchas opciones, la verdad.

Ni a él tampoco, pensó mientras lanzaba una mirada lastimera a Justin y aceptaba el brazo de su excelencia antes de salir de la mansión. Hizo todo lo posible por no mirar en dirección a Hermione y a Basil.

—Al parecer —dijo el duque—, las damas de mi familia se han unido en contra de mi tía. Me pregunto si en beneficio de la señorita Hutchinson o en el mío.

—En el de la señorita Hutchinson, sin duda —replicó—. Es evidente que usted la aterra.

Se percató de que la miraba de reojo, pero mantuvo la vista al frente.

—Evidentemente, he aceptado participar en el paseo por usted —lo escuchó decir—. Sin embargo, no tengo la menor intención de verme asaltado por los niños ni de acabar con los tímpanos destrozados por sus chillidos. Tanto ellos como sus padres se dirigen al prado y al bosque. Nosotros guiaremos a los que sean capaces de enfrentarse al sendero agreste.

—Supongo que jamás permite que quebranten su tranquilidad —aventuró.

—No si puedo evitarlo —reconoció—. Y por regla general suelo conseguirlo. Estaba deseando enseñarle la propiedad. Supongo que es mucho más pintoresca durante el verano, pero la belleza de la primavera le otorga cierto aire de frescura. Además, hoy hace un día muy bueno.

—Los paisajes invernales también me gustan mucho —le aseguró—. Pese a la muerte que aparentan, encierran la promesa de la resurrección. El invierno nos ayuda a entender el poder, el misterio y la gloria de la vida. Y después llega la primavera. ¡Me encanta la primavera! Me resulta difícil imaginar la propiedad todavía más bonita.

Atravesaron el prado que se extendía por la parte oeste de la mansión a fin de enfilar el sendero que discurría colina arriba en dirección a lo que supuso que era el sendero agreste y dejaron atrás unos cuantos cerezos en flor. Los niños y sus padres, un grupo bullicioso y entusiasta, prosiguieron por el prado.

—Señora Derrick —dijo el duque—, creo que es una optimista sin remisión. Encuentra usted esperanza incluso en la muerte.

—La vida en sí misma sería una tragedia si no comprendiéramos que es indestructible —adujo.

Siguieron un sendero empinado que ascendía entre árboles cuyas copas brillaban con el verde resplandeciente de las hojas nuevas, mucho más evidente por el contraste con el verde oscuro de los árboles de hoja perenne. Tras un recodo situado en la parte más alta, accedieron a un trecho llano que discurría entre rododendros y otras especies arbóreas de mayor altura. En los espacios abiertos el suelo estaba cubierto de narcisos silvestres y prímulas. De cuando en cuando atisbaban parte de la mansión o de los jardines adyacentes a través de los árboles. En la parte este de la propiedad había un enorme lago bordeado de árboles con una isla en el centro.

Algunos invitados habían decidido pasear también por el sendero agreste, pero enseguida se quedaron rezagados, incapaces de seguir el ritmo que habían impuesto. Tras la depresión de a noche anterior se encontraba mucho más animada. Y lo que acababa de decir era cierto. La Pascua comenzaba con el sufrimiento por una muerte y era un tiempo de tristeza, pero tras ella llegaba la gloria de la resurrección.

El sendero siguió ascendiendo de forma suave hasta alcanzar la Darte superior de la loma, donde se alzaba un torreón en ruinas.

—¿Se puede subir? —preguntó.

—Desde arriba se disfruta de una amplia panorámica —contestó el duque—. Pero la escalera es muy empinada, tortuosa y oscura. Tal vez sería mejor seguir caminando en lugar de detenernos.

Lo miró de reojo.

—O tal vez no —se corrigió Bewcastle—. Si la memoria no me falla, le gusta subir a las almenas de los antiguos castillos.

El comentario la hizo reír.

Subió la escalera con cuidado, manteniéndose pegada a la pared, lugar donde los escalones eran más anchos, y alzándose el bajo del vestido con una mano para no tropezarse. Sin embargo, el esfuerzo mereció la pena cuando llegó a la parte superior y contempló las vistas. Desde allí se apreciaban la enorme extensión y la belleza de Lindsey Hall, además de las tierras de labor colindantes. La mansión parecía enorme e imponente.

Si en lugar de haber dicho «no» hubiera dicho «sí», habría sido la dueña y señora de todo aquello, pensó. Y de las otras propiedades que el duque mencionó durante el verano. ¡Y de él! Tal vez todavía pudiera serlo. ¿La estaba cortejando?

¿No comprendía que era un imposible?

Se giró para mirarlo y lo descubrió en el escalón superior, observándola a ella en lugar de admirar el paisaje. Tenía los ojos entrecerrados a causa del sol.

—Las vistas son magníficas —dijo, girándose un poco para observarlas en su totalidad.

—Sí —reconoció él—, desde luego. —Pero la estaba mirando a ella.

Y él también era magnífico, concluyó. El marrón, el beige y el blanco de su atuendo, sumados al negro resplandeciente de las botas de montar, le conferían un aspecto impecable. La austera apostura de su rostro completaba la imagen del aristócrata consumado y refinado que proyectaba. Sería el sueño de cualquier retratista.

Estaban atrapados a medio metro de distancia mirándose el uno al otro, él con los ojos entrecerrados y ella con los ojos desorbitados, sin nada que decirse.

Al cabo de unos instantes Bewcastle dio un paso al frente y señaló con la mano hacia un punto concreto del paisaje. Ella se dio la vuelta para mirar en esa dirección.

—¿Ve el pequeño edificio situado entre los árboles al norte del lago? —le preguntó.

Tardó un momento en localizarlo, pero acabó por hacerlo. Se refería a un edificio con tejado de paja y planta circular.

—¿Qué es?—preguntó—. ¿Un palomar?

—Sí —respondió él—. Me gustaría enseñárselo, pero está bastante lejos.

—¿Y me ve incapaz de caminar tanto? —preguntó entre carcajadas.

—¿Me acompañará? —Había girado la cabeza hacia ella y sus miradas se encontraron y entrelazaron de nuevo.

—Sí —contestó y tuvo la impresión de que la invitación que había aceptado era mucho más trascendental de lo que parecía.

El resto del grupo que los acompañaba llegó al torreón mientras ellos bajaban. La señora Pritchard y lord Weston, lady Mowbury y Justin, y Hermione y Basil. Audrey y sir Lewis se habían rezagado muchísimo.

—Voy a continuar con la señora Derrick, pero abandonaremos el sendero en uno de los recodos —les informó el duque de Bewcastle—. No se preocupen. Si siguen caminando

sin desviarse, acabarán de vuelta en la mansión. A lo largo del camino hay varios puntos diseñados para descansar.

Caminaron un corto trecho en silencio antes girar hacia la derecha y abandonar el sendero, en dirección a una cuesta cubierta de hierba que debían descender para llegar hasta los árboles que rodeaban el lago. El duque volvió a ofrecerle el brazo, ya que la pendiente era bastante pronunciada y sería difícil bajar sin resbalarse. En realidad, pensó mientras rechazaba la ayuda de su excelencia, solo había un modo sensato de bajar. Se alzó las faldas por encima de los tobillos y echó a correr colina abajo.

La cuesta era más larga y empinada de lo que había supuesto. Cuando llegó abajo con el ala del bonete doblada hacia atrás, los rizos agitándose en torno a la cara y chillando a pleno pulmón, estaba a punto de salir volando. Pero ¡qué emocionante había sido! En ese instante se dio cuenta de que el grupo que llevaba a los niños se acercaba desde los árboles... y la mayoría habría sido testigo de su vergonzoso descenso. Se echó a reír al tiempo que miraba hacia atrás para ver cómo el duque de Bewcastle bajaba la colina con porte majestuoso, como si estuviera paseando por Bond Street.

—¡Qué colina más estupenda para bajarla rodando! —gritó.

—Si le resulta imposible resistir la tentación, señora Derrick —dijo él al llegar al pie—, la esperaré aquí mientras usted sube y luego baja rodando. Asumiré el papel de espectador.

Y después se giró con las cejas enarcadas cuando un eufórico grupo de niños llegó corriendo al claro seguido por los adultos.

—¿Vamos a subir? —gritó el pequeño William Bedwyn a su padre, lord Rannulf—. ¡Quiero subir, papá!

—¡Arriba! —le exigió Jacques al suyo.

Daniel ni siquiera preguntó. Se limitó a salir corriendo colina arriba hasta llegar a la mitad y después corrió hacia abajo con toda la velocidad que le permitieron sus piernas hasta aterrizar en los brazos de su madre, lady Freyja, que lo salvó de caerse de bruces. El pequeño no tardó en zafarse de ella para volver a subir.

Saltaba a la vista que la colina iba a ser una zona de juegos durante un buen rato. El duque de Bewcastle observó a sus sobrinos con esa indescifrable expresión tan característica en él antes de girarse hacia ella y ofrecerle su brazo; sin embargo, Pamela y Pauline se le habían adelantado al tomarla de ambas manos. Las niñas no paraban de hablar a la vez —o más bien de gritar— exigiéndole que las mirara aunque Melanie y Bertie estuvieran por allí cerca. De modo que aceptó entre carcajadas y las observó subir a la carrera para participar en el juego de bajar corriendo. Beatrice Bedwyn fue la primera en hacerse daño y se echó a llorar a lágrima viva hasta que su padre la cogió en brazos, se la subió a hombros y se marchó hacia la espesura a pleno galope. Miranda Bedwyn, que apenas sabía andar, convenció a lord Rannulf para que la acompañara una pequeña distancia y así poder bajar agarrada de su mano. Antes de llegar abajo, su padre la alzó en brazos con un ensordecedor rugido y llegaron a la base con la niña chillando de alegría y exigiendo una repetición. Hannah Bedwyn se limitaba a caminar en círculos dando palmas y riéndose, con los ojos clavados en lord Aidan hasta que perdió el equilibrio y aterrizó sobre un trasero bien acolchado.

El jaleo era ensordecedor.

—¡Phillip y Davy van a subir hasta arriba del todo —chilló Pamela con todas sus fuerzas mientras la agarraba de nuevo de la mano—, y mi amiga Becky y yo también queremos subir! Ven con nosotras, prima Christine.

Cuando Becky la cogió de la otra mano, ni se le pasó por la cabeza negarse a pesar de que acababa de bajar la pendiente poco antes. La subió con las niñas y se detuvieron a medio camino para ver cómo los dos niños corrían cuesta abajo entre eufóricos alaridos.

—¿Sabéis que sería mucho más divertido bajarla rodando que corriendo? —les dijo cuando se acercaban a la parte superior.

—¿¡Rodando!? —Becky soltó una risilla nerviosa—. ¿Cómo?

—Hay que tumbarse de espaldas en el suelo con los brazos extendidos por encima de la cabeza —contestó— y después rodar hacia abajo. Es la cuesta más estupenda que he visto en la vida para bajar así.

—¡Enséñanos! —exigió Pamela.

—De acuerdo —accedió ella—, os enseñaré cómo se hace aunque yo no participe. Sería un poco indigno para una señora mayor, ¿no os parece?

Las niñas se echaron a reír, encantadas, y ella las imitó. Una vez que llegaron a la parte superior de la colina, se tumbó en el suelo y les mostró la posición ideal para rodar cuesta abajo.

—Es muy fácil —les aseguró—. Si tenéis problemas para dar el giro inicial, yo os empujaré. Pero tened en cuenta que una vez que empecéis a bajar, ya no habrá...

La frase acabó con un chillido. Entre carcajadas infantiles, dos pares de manos le habían dado un empujón que la envió colina abajo. En un primer momento pensó en intentar detenerse, pero sabía por experiencia que podría hacerse daño, sobre todo en una pendiente tan empinada; y, además, en caso de que no se hiciera daño, la imagen que iba a dar intentando encontrar con manos y pies algún asidero sería de lo más humillante. Al cabo de un instante comprendió que el momento de intentar detenerse había pasado, de modo que continuó girando y girando colina abajo entre chillidos a una velocidad alarmante.

Cuando llegó a la base era incapaz de pensar con coherencia y los chillidos se habían transformado en carcajadas. Dos fuertes brazos la atraparon y dos ojos plateados de expresión seria la miraron desde arriba. Cuando sus pensamientos recuperaron la coherencia, comprendió a quién pertenecían dichos brazos y ojos, y se percató de que todos se estaban riendo salvo él.

Los chillidos inundaron de nuevo el aire cuando las niñas bajaron rodando y a partir de ese momento el juego tomó otra dimensión diferente, porque todos los niños quisieron imitarlas. Phillip y Davy ya subían a la carrera.

—Ya veo que ha cumplido su deseo, señora Derrick —le dijo el duque de Bewcastle.

—¡Un espectáculo muy divertido! —exclamó lord Rannulf con una sonrisa que aumentó su ya de por sí viril atractivo.

—Estoy muerta de la envidia —dijo lady Freyja—. Hace años que no bajo rodando por ahí. Pero voy a volver a hacerlo hoy mismo. ¡Davy, espérame!

Mientras se aseguraba de que tenía los brazos y las piernas decentemente cubiertos, se preguntó si habría dejado alguna brizna de hierba en la colina o si se las había llevado

todas consigo durante el descenso... Se puso en pie al tiempo que se sacudía la ropa con fuerza.

—Wulf —escuchó que decía lord Alleyne—, ahora que la señora Derrick les ha enseñado a los niños a divertirse de verdad y ha retado a Free, ¿por qué no la llevas al lago?

—Si la señora quiere —replicó el duque—, eso es lo que haré. Gracias, Alleyne. ¿Señora?

—Desde luego —contestó ella, riéndose mientras aceptaba el brazo de su excelencia—. Ya me he puesto en ridículo lo bastante por un día.

Se percató de que el conde de Rosthorn le guiñaba un ojo.

El duque la acompañó hacia la espesura y pronto dejaron atrás el ruido y las risas.

—Solo estaba enseñándoles a las niñas cómo se hacía —adujo al ver que el silencio se prolongaba demasiado—. ¡Me empujaron!

El no replicó.

—Habré dado un espectáculo de lo más bochornoso —siguió—. Sus hermanos creerán que soy una criatura espantosa.

El duque siguió en silencio.

—Y usted también —añadió.

No supo muy bien qué le hizo en el brazo en ese momento; pero, fuera lo que fuera, de repente se encontró con la espalda pegada a un árbol y con el duque de Bewcastle frente a ella, mirándola con semblante serio y realmente peligroso. Una de sus manos descansaba en el tronco del árbol, junto a su cabeza.

—¿Y le importa, señora Derrick? —le preguntó—. ¿Le importa mi opinión?

Su opinión era bastante obvia. Estaba furioso con ella. La consideraba vulgar y poco femenina. Acababa de dejar ambos defectos bien claros delante de toda su familia. Y como era su invitada... su comportamiento lo dejaba a él en muy mal lugar. De repente, recordó la advertencia que Hermione le hiciera la noche anterior.

—No —respondió, aunque fuera mentira. Porque sí que le importaba.

—Lo suponía. —Su expresión era gélida.

—No le gustan los niños, ¿verdad? —aventuró—. Ni nada que recuerde remotamente a una reacción infantil, exuberante o eufórica. Para usted lo único importante es mostrar esa fría dignidad, esa reserva. ¡No le importa nada más! Por supuesto que me importa un bledo lo que piense de mí.

—De todas formas voy a decírselo —replicó con los ojos iluminados por un gélido resplandor que supuso que se debía a la furia—. Creo que la pusieron en este mundo para iluminar a los simples mortales, señora Derrick. Y también creo que debería dejar de suponer que me conoce y me comprende.

—¡Uf! —Presionó la parte posterior del bonete contra el tronco del árbol—. Detesto que haga eso. Justo cuando creo que acabamos de enzarzarnos en una satisfactoria disputa, me deja sin palabras. ¿Qué puñetas ha querido decir con eso?

—Que no me conoce en absoluto —contestó.

—Me refería a lo otro —especificó—. Lo de iluminar a los mortales.

Lo vio acercar la cabeza un poco más, pero sus ojos todavía se asemejaban a un par de refulgentes carámbanos. ¡Una contradicción ciertamente curiosa!

—Hace cosas impulsivas, poco femeninas, torpes e incluso vulgares —reconoció—. Habla demasiado, se ríe demasiado y brilla de un modo que no resulta en absoluto sofisticado. Sin embargo, todo el mundo se acerca a usted, como las polillas a una llama. Cree que la gente la desprecia, la insulta y le da la espalda, cuando sucede justo lo contrario. En una ocasión me dijo que no encajaba en la alta sociedad. No creo que sea cierto. Creo que en realidad encaja a la perfección; o lo habría hecho si le hubieran dado la oportunidad. No sé quién le metió esa idea en la cabeza, pero quienquiera que fuera estaba equivocado. Tal vez no pudo resistir el poder de su luz, o tal vez no soportaba la idea de compartirla con el mundo. Tal vez confundió dicha luz con coquetería. Eso es lo que opino, señora Derrick. Estaba asimilando la alegría de ver que la vida había vuelto a Lindsey Hall con los niños, muchos de los cuales son los hijos de mis hermanos... y justo entonces rodó usted colina abajo hasta mis brazos. No consiento que me diga que no me gustan los niños, ni la euforia, ni la alegría.

Sus palabras la perturbaron considerablemente. Y al mismo tiempo le provocaron un inmenso júbilo. ¡Había conseguido enfurecerlo! Porque estaba furioso con ella. Y había dado rienda suelta a su enfado. Jamás lo había escuchado pronunciar tantas palabras seguidas desde que lo conoció.

—Y yo no consiento que usted me diga lo que debo o no debo decir —contraatacó—. Tal vez ostente un poder absoluto en su mundo, excelencia, pero yo no formo parte de él. No tiene poder alguno sobre mí, detalle del que debemos alégrame después de haber escuchado su descripción sobre mi persona acabaría avergonzándolo todos y cada uno de los días de su vida; como hice en Hyde Park. Como he hecho hace un rato.

—A diferencia de su difunto marido o de su hermano, o de quienquiera que la convenciera de que es usted una coqueta sin remedio —repuso—, me creo capaz de soportar el poder de su luz, señora Derrick. Mi identidad no menguaría a su lado. Y la suya no menguaría por mi poder. En una ocasión me dijo que acabaría robándole la alegría. , pero si eso es lo que piensa, le aseguro que se está menospreciando. La alegría solo se consume al lado de la debilidad. Y no me tengo por un hombre débil.

—¡No dice más que tonterías! —exclamó cuando el duque se apartó por fin y retiró la mano del tronco—. Para usted los demás solo somos peones que corren a cumplir sus órdenes y deseos. Y rige su mundo con el simple gesto de enarcar una ceja o de alzar un dedo. Es evidente que tendría la necesidad de controlarme si fuera tan tonta como para otorgarle poder sobre mí. No tiene ningún otro modo de relacionarse con las personas.

—Y usted, señora Derrick —replicó su excelencia mientras se alejaba unos pasos de ella, tras lo cual dio media vuelta para mirarla—, no tiene otro modo de enfrentarse a la atracción que siente por mí que no sea convenciéndose de que me conoce completamente. ¿Ha decidido entonces que no llevo ninguna máscara? ¿O que estaba en lo cierto cuando insinuó anoche que era el duque de Bewcastle hasta la médula de los huesos?

—¡No me siento atraída por usted! —gritó.

—¿Ah, no? —Alzó una de esas arrogantes cejas antes de hacer lo mismo con el monóculo—. En ese caso, ¿mantiene relaciones sexuales con todos los que la invitan a un lugar apartado después de bailar con usted?

La furia la invadió. Y se concentró en un objeto concreto.

—¡Ahora sí que se ha pasado de la raya! —exclamó, acercándose a él con grandes zancadas.

Arrancó el monóculo de la pasiva mano que lo sujetaba y, tras pasarle por la cabeza con brusquedad la cinta que lo sujetaba, lo lanzó por los aires con un iracundo giro de muñeca.

Ambos observaron la amplia trayectoria ascendente cuyo cénit se localizó entre dos árboles, tras el cual comenzó a bajar... aunque nunca llegó al suelo. La cinta se quedó trabada en una rama bien alta y la lente se limitó a balancearse de un lado a otro como si fuera un péndulo colgado a un kilómetro del suelo... o eso le parecía a ella.

Fue la primera en hablar.

—Esta vez no pienso subir al árbol —afirmó.

—Me alegra escucharlo, señora —replicó él con la voz más fría que le había escuchado jamás—. Detestaría tener que llevarla en brazos hasta la mansión con otro vestido arruinado.

Giró la cabeza para fulminarlo con la mirada.

—No me siento atraída por usted. Ni un ápice —le aseguró—. Y no soy promiscua.

—Nunca he pensado que lo fuera —reconoció su excelencia—. De hecho, esa era la base de mi argumento.

—Supongo que, cuando volvamos a la mansión—dijo al tiempo que miraba hacia el monóculo, al que la brisa mecía suavemente—, se limitará a enarcar una ceja para que un ejército de jardineros corra a rescatarlo. Porque no podrá alzar el monóculo, ¿verdad? Aunque es posible que tenga un suministro infinito de ellos.

—Ocho —afirmó con brusquedad—. Tengo ocho, o los tendré en cuanto ese en particular vuelva a estar en mi poder. —Y con esas palabras se alejó de ella.

En un primer momento pensó que iba a dejarla sola en penitencia por los pecados cometidos. Sin embargo, se dio cuenta de que iba en dirección al viejo roble con el fin de recuperar el monóculo. Lo vio trepar por el tronco exactamente igual que había bajado por la colina: con agilidad y elegancia. Cuando consiguió llegar a la altura de la rama de la que pendía, ella tenía el corazón en la boca. No obstante, el monóculo estaba bastante alejado del tronco, de modo que tuvo que sentarse en la rama y seguir avanzando de ese modo.

—¡Tenga cuidado, por favor! —gritó antes de taparse la boca con las manos.

—Siempre lo tengo —le aseguró al tiempo que liberaba la cinta y la soltaba para que ella lo recogiera, aunque siguió sentado, observándola—. Siempre. Salvo en lo que a usted se refiere, según parece. De otro modo, me quedaría sentado aquí arriba hasta que usted estuviera sana y salva en Gloucestershire. De otro modo, la habría evitado en Schofield Park como si fuera la peste. Me habría encerrado en Bedwyn House después de la boda de la señorita Magnus y no habría vuelto a salir hasta estar seguro de que se encontraba usted a cincuenta kilómetros de Londres como poco. Abandoné la idea de casarme después de un fallido plan matrimonial cuando tenía veinticuatro años. A partir de ese momento dejé de buscar esposa. De haberlo hecho, jamás me habría fijado en usted, se lo aseguro. Habría tenido mucho cuidado a la hora de elegir. Y habría elegido con sensatez. A decir verdad, es usted la antítesis de la mujer que habría elegido.

—Teniendo dos amantes, no me extraña que no quiera casarse —replicó con sarcasmo y comprendió, demasiado tarde, que la había incitado hasta llevarla a cometer la mayor de las vulgaridades.

¿¡Cómo se atrevía a decirle sin tapujos que era la antítesis de la mujer que querría como duquesa!?

Su excelencia seguía observándola desde las alturas con expresión malhumorada... y guapo hasta lo indecible.

—Dos... —lo escuchó decir—. ¿Una para la semana y otra para los domingos? ¿O una para el campo y otra para la ciudad? ¿O una para el día y otra para la noche? Su informante está muy desinformado, señora Derrick. Mi única amante, a la cual mantuve durante años, murió hace más de un año y no sé de ninguna otra. Estoy seguro de que me perdonará la vulgaridad de haber mencionado a semejante persona puesto que fue la primera en sacarla a colación.

Más de un año. En ese caso, había intentado reemplazar a dicha amante en Schofield Park... con ella.

—Consigue usted que me sienta constantemente enfurecido y embelesado —le confesó—. A menudo al mismo tiempo. ¿Encuentra alguna explicación?

—¡No quiero embelesarlo! —gritó—. Ni siquiera quiero enfurecerlo. No quiero tener absolutamente nada que ver con usted. No entiendo cómo puede sentir algo por una mujer a la que es obvio que desprecia. Imagínese hasta qué punto me despreciaría si se viera obligado a vivir conmigo durante el resto de su vida.

Se sintió atravesada por esos gélidos ojos plateados.

—¿Eso fue lo que le sucedió a su matrimonio? —le preguntó él.

—Lo que le sucediera o dejara de sucederle a mi matrimonio no es asunto suyo —repuso—. ¡Yo no soy asunto suyo! ¿Va a quedarse todo el día ahí sentado... o está esperando a que ponga rumbo a Gloucestershire? Es absurdo que sigamos discutiendo de esta manera cuando usted corre el riesgo de caerse y yo de sufrir una tortícolis por culpa de esta postura.

Su excelencia comenzó a bajar sin mediar palabra. Lo observó en silencio. Era un hombre de físico atlético y muy viril, reconoció a regañadientes. Y su presencia le resultaba inquietante. Porque acababa de ver que en su interior había mucho más que hielo y poder. Había sido testigo de su furia y de su frustración. Le había dicho que lo embelesaba... y que lo enfurecía.

¿Por qué se atraían los polos opuestos?, se preguntó. Y bien opuestos que eran en su caso. Sin embargo, los polos opuestos no iban más allá de la mera atracción. Jamás podían coexistir en armonía y felicidad. Nunca más —¡jamás de los jamases!— renunciaría a su libertad por el capricho de una atracción. Aunque pareciera amor.

El duque se sacudió la ropa mientras ella se colocaba el monóculo en torno al cuello. Iba a encargarse de que esa tarde no volviera a utilizarlo.

—Ya es demasiado tarde para ir al palomar —dijo—. Tendremos que dejarlo para otra ocasión. Regresaremos al lago... como Alleyne sugirió.

Esos ojos plateados se posaron en el monóculo, aunque no hizo ningún comentario ni le exigió que se lo devolviera.

—Sí —replicó ella, llevándose las manos a la espalda—. Gracias.

«Creo que la pusieron en este mundo para iluminar a los simples mortales, señora Derrick. »

¿Olvidaría algún día el momento en el que le había dicho esas palabras? Unas palabras tan extrañas, que la habían dejado al borde del llanto.

Él, el muy desagradable y estúpido, era quien la dejaba al borde del llanto.

Capítulo 16

Volvieron a la mansión, caminando por la orilla del lago. El viento soplaba desde la otra orilla y, aunque hacía un día precioso, la sensación era la propia de un día de principios de primavera.

Wulfric estaba anonadado por el hecho de haber perdido el control con ella. Él nunca perdía el control. Aunque tampoco se había enamorado nunca... hasta ese momento. Le había dicho la verdad, lo enfurecía y lo embelesaba a la vez. En ese mismo momento estaba tentado de dejarla marchar, de emprender la retirada, de recurrir una vez más a la frialdad —aunque según ella nunca la hubiera abandonado— y de olvidarse de esa locura de conquistarla.

¿Desde cuándo una duquesa de Bewcastle rodaba colina abajo ante una enorme audiencia compuesta por los miembros de su familia, tanto adultos como niños, entre gritos de júbilo y alegres carcajadas? Y tan increíblemente hermosa que había estado a punto de alzarla en brazos cuando llegó a los pies de la cuesta para cubrirle la cara de besos.

Se preguntó cómo habrían reaccionado sus hermanos, y los Renable, si hubiera cedido a la tentación.

Caminaban en silencio. Fue él quien acabó por romperlo... a regañadientes. No estaba seguro de lo que sus palabras podían llegar a provocar. No estaba seguro de querer conocer la respuesta, en caso de que ella estuviera preparada para dársela. Pero ¿cómo iba a amarla si no la conocía de verdad?

—Háblame de sus años de matrimonio —le dijo.

La vio girar el rostro hacia el lago. Al bajar la vista, vio también que tenía su monóculo al cuello. Por unos instantes creyó que no iba a responderle.

—Era rubio, guapo, dulce y encantador —respondió ella—. Me enamoré a primera vista y, por increíble que parezca, él se enamoró de mí. Nos casamos a los dos meses de conocernos, y por un tiempo parecía que seríamos felices para siempre. Adoraba a su familia, y ellos me adoraban a mí, incluso su hermano y su cuñada. Adoraba a mis sobrinos. La vida en la alta sociedad nunca fue fácil, pero de algún modo conseguí que me aceptaran, incluso que me recibieran con los brazos abiertos... En eso estaba usted en lo cierto. Incluso fui presentada a la reina y recibí invitaciones para Almack's. Me creía la mujer más afortunada del mundo.

Debía de tener unos veinte años por aquel entonces. Una joven preciosa, cargada de sueños románticos con su apuesto marido con el que sería feliz para siempre. Sintió una oleada de ternura por esa joven. De haberla conocido en aquel entonces, ¿también se habría enamorado de ella?

—¿Qué pasó?—quiso saber.

La vio encogerse de hombros y siguió un poco encorvada aunque no se quejó del frío.

—Oscar me sorprendió cuando llegué a conocerlo mejor —respondió—. A pesar de su apostura, su encanto, su posición y su fortuna, era muy inseguro. Emocionalmente dependía mucho de mí. Me adoraba y apenas permitía que me alejara de su vista. No me importaba... por supuesto que no me importaba. Para mí, él era el aire que respiraba. Pero entonces empezó a pensar que podía perderme. Empezó a acusarme de coquetear con otros caballeros. Su obsesión llegó a tal extremo que si hablaba, sonreía o bailaba con otro hombre, se deprimía durante días. Y después, cada vez que salía sin él —aunque siempre me acompañaba otra dama o mi doncella—, pensaba que era para encontrarme a escondidas con otro hombre. Incluso me acusó de... bueno, da lo mismo.

Oscar Derrick, se percató él, era un hombre débil, y como tal fue muy posesivo. El rasero de su valía era la cantidad de atención que le prestaba su esposa. Y cuando no le resultó suficiente, porque jamás habría podido serlo, se convirtió en un hombre malhumorado e incluso cruel.

—¿Adulterio?—sugirió.

La escuchó inspirar hondo. Aún tenía el rostro girado.

—Hermione y Basil acabaron creyéndolo —siguió ella—. Debe de ser terrible que te acusen de algo cuando eres culpable. Pero cuando eres inocente, es una situación intolerable. No, esa palabra no es lo bastante fuerte. Es una situación demoledora. Durante los últimos años de mi matrimonio me despojaron de toda la alegría. Y a Oscar le sucedió lo mismo. Empezó a beber mucho y a apostar grandes sumas de dinero. Nunca fuimos ricos, pero su fortuna era respetable. Cuando murió tenía tantas deudas que si hubiera seguido con vida, jamás habría podido saldarlas. De no ser por Justin, creo que no habría podido sobrevivir sin volverme loca. Al parecer, era el único amigo que me quedaba. Siempre creyó en mí, siempre confió en mí, siempre me consoló. Pero por más que lo intentó, nunca tuvo mucha influencia sobre sus primos.

Había dejado de caminar y estaba mirando con los ojos entrecerrados una bandada de patos que nadaban cerca de la isla. Oscar Derrick le había hecho un favor al morir joven, pensó.

—¿Su marido murió en un accidente de caza? —le preguntó.

—Sí. —La respuesta fue inmediata.

—En una ocasión me dijo que la habían acusado de matarlo aunque no estaba con él cuando murió —comentó.

—Murió en un accidente de caza —dijo, recalcando cada palabra. El viento azotaba el ala de su bonete y la parte inferior de su pelliza.

Había pensado que era posible llegar a conocerla mejor esa tarde. Había planeado llevarla al palomar, pero se demoraron demasiado en la colina y luego se produjo la discusión en el bosque. En ese momento acababa de decirle algo que sospechaba que no le había contado a muchas personas, pero era evidente que aún guardaba secretos concernientes a la muerte de su esposo. Se sentía decepcionado. Se percató de que quería ser su amigo. De que quería que fuera su amiga.

¡Menuda estupidez! Jamás había inspirado una amistad sincera en los demás.

Siguió caminando muy despacio, subiendo la suave pendiente de la loma que se alejaba del lago para regresar a la mansión a través de la arboleda.

—Le dispararon en un duelo —la escuchó decir de repente.

Se detuvo al punto pero siguió en silencio.

—Estábamos en Winwood Abbey —continuó ella, y al girarse para mirarla se dio cuenta de que tenía los puños apretados a ambos lados del cuerpo. La vio volverse para encararlo—. Hermione y Basil se ausentaron durante unos días y Oscar había salido a jugar a las cartas con un vecino. Mientras estaba fuera, llegó otro vecino, un joven soltero. Oscar y él habían sido amigos desde niños. Me lo encontré fuera de la mansión, y él se negó a entrar porque Oscar no estaba en casa. Lo acompañé por la avenida porque había salido para hacer un poco de ejercicio y él había ido a la casa a pie. Cuando llegamos al final de la avenida nos encontramos con Justin... acostumbraba a pasar temporadas con nosotros. Justin también conocía al señor Boothby. Desmontó y los tres nos quedamos allí charlando un buen rato. Justin acababa de montar y yo estaba despidiéndome del señor Boothby cuando Oscar apareció por el camino a lomos de su caballo. Aún recuerdo lo que el señor Boothby le gritó entre risas: «Derrick, por fin has vuelto. Como has estado descuidando a tu mujer, llevo más de una hora entreteniéndola. Primero me pesca tu primo con ella y ahora tú».

—¡Vaya! —exclamó él—. Una broma poco afortunada para cualquier marido. Y de consecuencias desastrosas para un marido celoso.

—No creyó ni mi afirmación de inocencia ni la insistencia de Justin al asegurarle que había estado presente durante casi todo el tiempo —continuó—. Esa misma tarde Oscar cabalgó hasta la casa del señor Boothby y lo retó a duelo, arrastrando al pobre Justin con él, y a la mañana siguiente se batieron con pistolas. Fue espantoso, horrible. —Se estremeció—. El señor Boothby dijo que había apuntado a la pierna de Oscar y que allí era donde le había disparado. Pero le dio en una arteria y murió desangrado, ya que no habían tenido la precaución de llevarse a un cirujano. Hermione y Basil llegaron justo cuando lo estaban entrando en casa. Ellos... —Agitó una mano en su dirección y le dio la espalda de repente—. Lo siento. No puedo...

Saltaba a la vista que estaba luchando contra las lágrimas y contra los recuerdos.

—¿No la creyeron? —preguntó al cabo de un momento.

La vio negar con la cabeza.

—Estaba tan guapo... Parecía tan tranquilo... Yo...

Pero no podía continuar.

Su primer impulso fue el de acercarse a ella para abrazarla con fuerza. El instinto le advirtió que posiblemente necesitara estar sola. Si Oscar Derrick siguiera vivo, pensó, estaría más que tentado de hacerlo entrar en razón a base de golpes.

—¿Le ha contado a alguien esta historia? —quiso saber.

La vio negar de nuevo con la cabeza.

—Acordamos que todos diríamos que había sido un accidente de caza —contestó ella—. De ese modo el señor Boothby evitaba problemas con la ley y nosotros, el escarnio público.

—Pero usted era inocente —replicó.

—Sí. —Giró la cabeza para mirarlo por encima del hombro—. No puedo creer que le haya contado esto precisamente a usted. No sabe cuánto he deseado poder contárselo a alguien.

Sostuvo su mirada. Hasta cierto punto comprendía la reacción de Oscar Derrick. Un tonto muerto de celos, indudablemente debilitado por la bebida y por unas deudas desastrosas. Mucho más difícil de comprender era el papel que habían interpretado los Elrick en esa historia. Parecían personas sensatas. Pero, por supuesto, Derrick era el hermano de Elrick. Cuando estaba implicada la familia, no siempre era posible enfrentarse a las personas y a las situaciones con objetividad. La sangre, como rezaba el dicho, era más espesa que el agua.

—Gracias —dijo finalmente, con la extraña sensación de que le había hecho un gran regalo al haberle contado la verdadera historia—. Gracias por contármelo. Puede confiar en mi discreción.

—Sí —afirmó ella—. Lo sé.

La vio acercarse a él con las manos entrelazadas a la espalda y su monóculo al cuello. Regresaron a la mansión caminando el uno al lado del otro en completo silencio.

«No crees vínculos emocionales con nadie. »

«No intentes comprender ni compartir las emociones de otra persona. »

«Mantén las distancias. »

«Céntrate en los hechos. »

«Decídete siempre por actuar con lógica en todas las situaciones y evita la impulsividad y las emociones. »

Todas esas reglas se las habían grabado a fuego los dos tutores que su padre contrató. Y finalmente las había aprendido y las había seguido al pie de la letra, las había hecho suyas, se regía por ellas de forma inconsciente. La frialdad y la lógica se habían convertido en una parte esencial de su carácter.

Acababa de romper esas reglas. Se había adentrado en la vida emocional de otra persona. Y, que Dios lo ayudara, el vínculo emocional que lo unía a ella era innegable.

—Os estoy diciendo que le tiró el monóculo a un árbol. —Alleyne se dejó caer de espaldas en la cama de Eve y Aidan, se cubrió los ojos con una mano y estalló en carcajadas—. Tuvo que ser ella. Wulf no lo habría hecho nunca y ese chisme no subió solo. Y estaban discutiendo, de eso no había duda.

—¡Me gusta esa mujer! —exclamó Morgan al tiempo que se sentaba en el borde de la cama y se llevaba las manos al pecho—. Es una criatura cortada por nuestro mismo patrón, ¿no os parece?

Después de dejar a los niños en la habitación infantil, se habían reunido en la habitación de Aidan porque Alleyne les había dicho que tenía algo muy importante que decirles tras su paseo por el bosque con Beatrice sobre los hombros.

—No me entra en la cabeza que alguien tenga la temeridad de tocar siquiera uno de los monóculos de Wulfric, mucho menos de quitárselo y lanzarlo por los aires —dijo Gervase entre risas—. Esto es divertidísimo.

—¿Y le ordenó que subiera a cogerlo? —quiso saber Joshua—. Lady Renable me comentó al principio de nuestro paseo que el año pasado la señora Derrick trepó a un árbol en el jardín de una iglesia y se dejó medio vestido en una rama cuando bajó... delante de casi todos los invitados de Schofield Park. Wulfric fue quien acudió en su rescate.

—Cada vez me gusta más —declaró Freyja—. Cuando la vi rodando colina abajo, supe que era la mujer adecuada para Wulf. ¿Fue ella la que trepó al árbol para recuperar el monóculo, Alleyne? En fin, tómate tu tiempo para responder, no te preocupes, termina primero de reírte.

—No, no fue ella la que trepó —respondió—. Fue Wulf... y luego se quedó sentado en una rama fulminándola con la mirada mientras retomaban su discusión.

La imagen de su hermano mayor trepando a un árbol a fin de rescatar su monóculo para después quedarse sentado en una rama y retomar una discusión, fue demasiado para los Bedwyn y sus cónyuges. El ataque de hilaridad duró varios minutos.

—No escuché lo que decían —les aseguró Alleyne cuando se recuperó un poco—. No habría estado bien y estoy seguro de que Bea no habría cooperado mucho. Lo único que escuché fue que Wulf decía que era la antítesis de la mujer que elegiría y que la señora Derrick le soltaba con increíble desdén que era lógico que no quisiera casarse teniendo dos amantes.

Se hizo el silencio más absoluto durante un instante tras el cual volvieron a estallar en carcajadas.

—¡Pobre Wulfric! —exclamó Rachel al tiempo que se enjugaba los ojos con un pañuelo—. Si ha reaccionado de un modo tan descortés es porque está enamorado.

A los hombres les pareció muy graciosa la idea de que Wulfríe estuviera enamorado, aunque las mujeres estaban de acuerdo con Rachel.

—Tengo que tenerla por cuñada —dijo Freyja—. Y no pienso dejar que me contradigan.

—Pobre Wulfric —se compadeció Joshua—. No tiene la menor oportunidad, encanto.

—¡Pobre tía Rochester! —exclamó Rannulf con una sonrisa—. Está tan decidida a emparejar a Wulf con la sobrina de Rochester que no ve más allá de sus narices... y eso es decir mucho siendo una Bedwyn.

—Deberíamos bajar al salón para tomar el té —les recordó Eve—, o nos tomarán por unos maleducados... y la pobre Amy se encontrará sentada con Wulfric en un *téte-a-téte*.

—Debemos asegurarnos de que la señora Derrick y Wulf pasan más tiempo juntos —añadió Judith.

—Creo que podemos dejar eso en sus manos, Jude —le dijo Alleyne al tiempo que se sentaba en la cama.

—Pues no —lo contradijo ella—. No habrían estado juntos esta tarde si a Morgan no se le hubiera ocurrido decir que le había prometido a Amy hablar sobre su presentación a la reina. Y si no hubieran estado juntos, no habrían tenido la oportunidad de discutir.

—¿Y según la lógica femenina eso es bueno? —quiso saber Rannulf, que le sonrió con ternura a su esposa.

—De haber sabido que algún día me vería involucrado en una conspiración para casar a Wulfric —dijo Aidan con voz seria al tiempo que abría la puerta para hacerlos

salir—, me habría pegado un tiro en algún campo de batalla y les habría echado la culpa a los franceses.

No obstante, por supuesto que fueron los Bedwyn quienes convencieron a Christine, pese a sus protestas, de salir a cabalgar con ellos a la mañana siguiente. Dado que otros invitados también irían, confiaban en que el deber de Wulfric como anfitrión lo instara a acompañarlos.

No debería haber accedido a hacer algo así, pensó Christine cuando colocó el pie en las manos de lord Aidan para que la alzara hasta la silla de amazona.

Para los Bedwyn, sin excepción alguna, montar a caballo era tan natural como respirar. Al igual que para la señorita Hutchinson. Melanie, Bertie y Justin eran excelentes jinetes.

De ella no se podía decir lo mismo.

En primer lugar, no tenía traje de montar, de modo que llevaba un vestido de viaje verde oscuro y un sombrero. En segundo, tuvo que sufrir la humillación de pedir, delante de todos, el caballo más manso de toda la cuadra... Uno cojo y medio ciego le iría de perlas, le dijo a lord Aidan, que estaba seleccionando las monturas. Y en tercero, una vez en la silla, se quedó sentada muy tensa y decidida a no caerse. Aunque sabía que no le serviría de nada, se aferró a las riendas como si fueran lo único que la mantenía a salvo a pesar de estar lejos del suelo. Como era de esperar, su montura, que no estaba ni coja ni ciega pero que era el animal más dócil que había existido jamás según lord Aidan, comenzó a removerse con nerviosismo desde el primer momento.

Sabía lo que ocurría, pero parecía incapaz de ponerle remedio. Tampoco ayudaba el hecho de llevar casi tres años sin montar a caballo, ya que el trayecto que recorrió empapada desde la Serpentina hasta la casa de Bertie en la ciudad no contaba.

Los Bedwyn y sus cónyuges parecían encantados de todas formas. Prorrumpieron en gritos de ánimo y consejos, y al ver que estallaba en carcajadas, la imitaron. Salieron del patio de los establos con ella en el centro del grupo, y cabalgaron así un momento para darle una falsa sensación de seguridad.

Y después la abandonaron.

Un grupito se llevó a la señorita Hutchinson, si bien la marquesa de Rochester la había encomendado al cuidado del duque. Otro grupo se llevó a Melanie y Bertie, a Audrey y sir Lewis, y a Justin.

La única persona con la que podía cabalgar era el duque de Bewcastle. Y viceversa.

Se sentía más nerviosa que nunca en su compañía. Seguía sin poder creer que le hubiera contado la verdadera historia de lo sucedido en su matrimonio y de la muerte de Oscar. Nunca le había contado los detalles a nadie, ni siquiera a Eleanor, la hermana con quien tenía más confianza. Después de hacerlo, se sintió extrañamente reconfortada aunque él no le hubiera ofrecido palabras de consuelo. Sin embargo, esa mañana se sentía avergonzada... y un poco helada a su lado. No le había ofrecido palabras de consuelo. Desde luego que no. Posiblemente estaba disgustado, aunque le hubiera dado las gracias por contárselo. La noche anterior mantuvo las distancias con ella y esa mañana no le había dirigido la palabra durante el desayuno.

—Si queremos mantenernos a la par con los demás y llegar a Alvesley Park antes del anochecer, será mejor que consiga que ese caballo se ponga en marcha y deje de bailar, señora Derrick —lo escuchó decir.

En cuanto su caballo perdió la guía de todos los demás, comenzó a hacer eso... bailotear sin moverse del sitio.

Soltó una carcajada, aunque se sentía un poco avergonzada.

—Tenemos que conocernos —le aseguró—. Solo necesitamos un momento.

—Trixie, te presento a la señora Derrick —dijo él—. Señora Derrick, le presento a Trixie.

—Me encanta saber que gracias a mí alcanza tales cotas de ingenio —repuso. Apretó la rienda que tenía en la mano derecha y Trixie obedeció al punto trazando un círculo completo.

—Relájese —le indicó el duque—. Relaje el cuerpo. Su montura se percata de lo tensa que está, y eso la pone nerviosa. Y relaje las manos. Es más una seguidora que una líder. Seguirá a Noble si la deja a su libre albedrío.

Parecía muy sencillo, solo tenía que relajarse. Cuando lo intentó, sin embargo, funcionó y Trixie siguió como una buena chica al magnífico semental negro que montaba el duque.

—Ahora espero no encontrarme de repente con una cerca en el camino —dijo—. Supongo que Noble la saltaría sin dilación, y dado que Trixie es una seguidora, iría tras él. Me temo que a mí me dejarían tirada en el suelo al otro lado.

—Prometo volver a por usted —le aseguró él.

Soltó una carcajada y el duque la miró con esos ojos inescrutables.

—Cuénteme cosas de Alvesley Park y de su gente —le pidió. Ya que ese era su destino, según había entendido—. ¿Es el hogar del conde de Redfield?

—Así es —contestó.

Supuso que eso era todo lo que iba a decirle y llegó a la conclusión de que no se molestaría intentando entablar una conversación mientras cabalgaban. Si él estaba a gusto en silencio, ella también.

Sin embargo, el duque procedió a contarle cosas de los tres hijos del conde. El primogénito había muerto hacía unos años y el benjamín trabajaba como administrador en una de sus propiedades galesas. Había sufrido heridas terribles en la Península y al parecer estaba decidido a demostrarles a todos que no era un inútil. Kit Butler, el vizconde de Ravensberg, era el hijo mediano y el actual heredero del conde de Redfield, y vivía en Alvesley Park con su esposa y sus hijos.

—¿Las dos familias siempre han estado unidas? —quiso saber.

—Casi siempre —contestó él—. Los hijos de Redfield y mis hermanos, Freyja incluida, fueron compañeros de juegos... y Morgan se les unió cuando tuvo edad suficiente.

—Pero ¿usted no?

—Durante un tiempo. —Se encogió de hombros—. Crecí antes que ellos. ;

Pronunció las palabras con frialdad y desdén. ¿Acaso ese hombre nunca había conocido la alegría, ni siquiera cuando niño? ¿Cómo se había podido creer enamorada de él? ¿Cómo había podido contarle sus secretos el día anterior? ¿O discutir con él? Casi se

había olvidado de la pelea. En aquel momento no actuó con frialdad. ¡Uf, la complejidad de ese hombre era frustrante!

—Durante un tiempo —repitió ella—. ¿Eso quiere decir que han sufrido desavenencias?

Acto seguido el duque procedió a narrarle la extraordinaria historia del plan que el conde de Redfield y él habían acordado para concertar un matrimonio entre lady Freyja y el fallecido primogénito del conde, un plan que había funcionado a las mil maravillas hasta que Kit regresó de la Península un verano y lady Freyja y él se enamoraron. Lady Freyja renunció a él y anunció su compromiso con su hermano, y Kit regresó a la Península, después de haberse enzarzado en una terrible pelea con lord Rannulf en el jardín de Lindsey Hall una noche. Y tres años después, ya muerto el hermano mayor, el conde y él concertaron un nuevo matrimonio entre lady Freyja y Kit, suponiendo que dicho plan sería bien recibido por ambas partes. Pero cuando Kit regresó a casa ese verano, supuestamente para celebrar el compromiso, llevó a la actual lady Ravensberg consigo como su prometida.

—Vaya —dijo ella—. ¿Y lady Freyja se quedó muy afectada?

—Estaba enfadada —respondió el duque—. Si estaba afectada, no lo admitió. Pero ninguno de nosotros, si le digo la verdad, estaba muy contento con Kit... y todos se lo hicimos saber tanto a él como a su prometida a nuestra manera. Aunque las desavenencias ya han quedado en el olvido. Freyja incluso hizo las paces con lady Ravensberg después de conocer a Joshua.

Era una historia muy compleja que el año anterior no se habría dignado a contarle, comprendió al recordar la desapasionada descripción que le había hecho de sus propiedades y su familia, carente de detalles superfluos y emoción. En ese momento se percató de que estaba intentando abrirse, tal como ella había hecho el día anterior. Estaba intentando entablar algún tipo de relación con ella. Y en cierto sentido estaba cortejándola.

El duque habló durante casi todo el trayecto hasta Alvesley Park sin necesidad de que lo animara. Le contó cosas sin necesidad de que le preguntara. Le resumió las historias de amor de sus hermanos y también le habló del espantoso verano de 1815, cuando creyeron durante unos meses que lord Alleyne había muerto en la batalla de Waterloo, a la que fue para llevarle una carta al duque de Wellington de parte del embajador británico, a cuyo servicio estaba por aquel entonces.

—Y entonces regresamos a Lindsey Hall desde la iglesia tras la boda de Morgan —dijo, zanjando la historia—, y allí estaba, de pie en la terraza, esperándonos.

Se percató de que tenía una especie de nudo en la garganta.

—Debió de ser un momento maravilloso —dijo.

—Sí —reconoció el duque con brusquedad—. Se cayó del caballo después de que le dispararan en la pierna en Waterloo, y se golpeó la cabeza con tanta fuerza que es un milagro que sobreviviera. Perdió la memoria unos meses. Fue Rachel quien lo encontró y quien cuidó de él hasta que se recuperó.

Lo miró mientras Trixie seguía plácidamente a su caballo. Y en ese momento descubrió algo que no estaba muy segura de querer saber. Pese a la frialdad de su voz y a la severidad de su expresión, estaba reviviendo algo que había sido extremadamente emotivo para él.

«Y allí estaba, de pie en la terraza, esperándonos. »

¿Sería consciente de lo mucho que se había traicionado con esas palabras?

Parpadeó varias veces y giró la cabeza para mirar al frente. ¿Cómo le iba a explicar el motivo de sus lágrimas si llegaba a verlas ?

Llegaron a Alvesley Park, otra gran mansión, al cabo de un rato y el duque la ayudó a desmontar antes de dejar los caballos al cuidado de un mozo de cuadra y de llevarla con los demás, que ya estaban en el interior. Fue un enorme alivio no estar más tiempo a solas con él. Estaba comenzando a echar por tierra algunos de sus prejuicios y no tenía ni pizca de ganas de que eso sucediera. Quería retomar la seguridad de su vida. Pero, sobre todo, quería retomarla sin remordimientos, sin dudar en ningún momento de que eso era lo que deseaba tanto con la cabeza como con el corazón.

A lo largo de la siguiente hora llegó a la conclusión de que para no haber querido relacionarse con los miembros de la alta sociedad en Schofield Park el año pasado y después en Londres, tras la boda de Audrey, había perdido el control de su mundo de un modo alarmante. Primero los Bedwyn, y luego los invitados de los condes de Redfield.

Tras ser presentada a los condes de Redfield y a los vizcondes de Ravensberg —a quienes observó con detenimiento tras la historia que acababa de contarle el duque—, le presentaron a todos sus invitados, y no había ni uno solo sin título: los condes de Kilbourne, los duques de Portfrey, lady Muir, los condes de Sutton, el marqués de Attingsborough y el vizconde de Whitleaf, todos ellos parientes de la vizcondesa de Ravensberg. La situación era abrumadora. Sin embargo y por suerte, había tantas personas y tantas voces hablando a la vez, que logró encontrar un asiento libre en el mullido alféizar de una ventana del salón donde consiguió pasar relativamente inadvertida. Y se dispuso a recuperar su antigua ambición de ser una espectadora satírica de la humanidad en lugar de participar en sus tonterías. El duque de Bewcastle se sentó con un grupo formado por el conde de Redfield, el duque de Portfrey y Bertie, y pronto estuvo inmerso en la conversación. Por extraño que pareciera, era el más aristocrático de todos los presentes... y también el más guapo. Un pensamiento de lo más tonto, por supuesto, sobre todo porque había llegado a la conclusión de que lord Alleyne era el más apuesto de los hermanos Bedwyn y porque el vizconde de Whitleaf era un joven muy atractivo con unos irresistibles ojos violetas, cuyo efecto estaba sufriendo en ese instante Amy Hutchinson. Y el marqués de Attingsborough, un hombre alto, moreno, guapo y encantador, bastaba para que cualquier mujer con sangre en las venas tropezara y se quedara sin palabras. Por no mencionar al conde de Kilbourne y al vizconde de Ravensberg...

—¿Soñando despierta, Chrissie? —le preguntó Justin al tiempo que se sentaba a su lado—. Siento haberte abandonado a tu suerte con Bewcastle de camino hasta aquí. No me quedó más remedio. Pondré más empeño en el camino de vuelta.

Le sonrió. Le había prometido la noche anterior que se quedaría a su lado cuando pudiera para protegerla de las que él consideraba las inoportunas atenciones del duque. En aquel momento no hizo nada por hacerlo desistir. Ni por alentarlo.

Había dormido con su monóculo junto a la almohada —el monóculo del duque, por supuesto—, para no olvidarse de devolvérselo por la mañana. En ese preciso momento notaba su presencia... un peso considerable en el bolsillo de su vestido de viaje.

—No me ha importado —le aseguró—. Me he enterado de muchas cosas interesantes sobre su familia. Son personas muy agradables, ¿no te parece, Justin?

—¿Agradables? —Justin soltó una risilla—. Si te agradan las personas arrogantes y avasalladoras, Chrissie, supongo que lo son. Y si te agrada que en este momento se junten en grupitos para reírse de nosotros. Los escuché ayer después del paseo... estaban todos juntos en una habitación. No les gustó tu comportamiento, te lo aseguro. Pero no te preocupes por eso. —Le dio unas palmaditas en la mano—. A mí me gustó, aunque no te viera lanzarte rodando colina abajo. Y tú me gustas. Iré a Schofield Park a pasar el verano en cuanto termine la temporada social. Así podremos estar juntos. Daremos largos paseos y también saldremos en carruaje, y nos reiremos de la alta sociedad.

¿Por qué no se había enamorado de alguien tan seguro como Justin nueve años antes... o el verano pasado?, se preguntó. De todas formas y a pesar de lo que Hermione había afirmado un par de noches atrás y de que le había propuesto matrimonio, nunca había pensado que Justin estuviera enamorado de ella. Sin embargo...

—Señora Derrick...

Levantó la vista sobresaltada y se encontró cara a cara con lady Sutton, una joven que daba la impresión de tenerse en gran estima.

—¿No fue usted quien causó un gran alboroto al caerse a la Serpentina hace unas semanas?

—¡Ay, Dios mío! —Sintió que se ruborizaba cuando todos los presentes, que hasta ese momento habían estado charlando, se giraron para mirarla—. Me temo que tengo ese dudoso honor.

El marqués de Hallmere rió por lo bajo.

—Se inclinó para recoger el guante que cierta... dama había dejado caer al agua —dijo— y se cayó de cabeza. Lord Powell la sacó del agua, pero fue Bewcastle quien hizo de caballero andante, protegiéndola con su abrigo para llevarla a casa en su caballo.

—La historia corrió por todo Londres en cuestión de una hora, como cabía esperar —añadió lady Rosthorn, que de repente tenía una expresión tan arrogante como la de su hermano mayor—. A todo el mundo le pareció muy gracioso y no hubo nadie que no apreciara su encanto por haberse puesto en peligro por semejante motivo.

—Nos llevamos una espantosa decepción —intervino lady Hallmere, con aspecto realmente formidable—, al igual que muchos otros, cuando la señora Derrick se marchó poco después. Habría estado muy solicitada en muchos eventos sociales. Pero hemos tenido la suerte de encontrarla aquí, invitada por Wulfric.

—Ayer mismo —añadió lord Alleyne con una sonrisa deslumbrante—, tuvimos el privilegio de presenciar la exuberante y extraordinaria actitud con la que la señora Derrick se enfrenta a la vida cuando rodó ladera abajo, junto al sendero agreste, para deleite de nuestros hijos, que por supuesto se sintieron obligados a imitarla.

—Al igual que Free —señaló lord Rannulf.

—¡Por el amor de Dios! —musitó lord Sutton.

—Los niños la adoran —comentó lady Aidan—. Esta mañana, antes del desayuno, la obligaron a ir a la habitación infantil.

—No me sorprende en absoluto —dijo la encantadora vizcondesa de Ravensberg al tiempo que la miraba con una sonrisa—. Los niños siempre saben muy bien con quién se encariñan. ¿Ha tenido mucha relación con niños, señora Derrick? ¿Tiene hijos propios?

Lo que estaban haciendo todos en ese momento, se percató mientras intentaba contestar, era defenderla contra el inequívoco desdén de la condesa de Sutton. El duque de Bewcastle no había dicho ni una sola palabra, pero le había lanzado una de sus gélidas miradas a la condesa y se había llevado el monóculo —uno de los siete restantes— al ojo.

Durante el resto de la hora, se vio obligada a abandonar su papel de espectadora. La incluyeron en numerosas conversaciones y sin saber muy bien cómo acabó sentada al lado del marqués de Attingsborough en vez de al lado de Justin. El marqués también era un caballero extremadamente encantador. Cuando llegó la hora de marcharse la acompañó al exterior y la ayudó a montar a Trixie, que la miró con resignada paciencia mientras estaba en el suelo y se comportó con extrema docilidad una vez que estuvo en la silla con el cuerpo y las manos relajadas con toda deliberación.

—Señora Derrick, ¿podría reservarme un baile en la fiesta de Lindsey Hall? ¿Tal vez el primero? —le preguntó el marqués antes de apartarse.

—Gracias. —Le sonrió desde la silla—. Será un placer.

Se percató de que Justin se había colocado junto al duque de Bewcastle y estaba hablando con él. Sin duda alguna para mantener su promesa de protegerla de su compañía cuanto le fuera posible. En algunas ocasiones, pensó con cierta deslealtad —y por primera vez desde que lo conocía—, Justin podía ser muy pesado.

Sin embargo, no tuvo motivos para temer que Trixie se desmandara sin la tranquilizadora y dominante presencia de Noble. Lord Aidan se colocó a su lado y, al recordar que había sido coronel de caballería, se sintió tan segura como era posible estarlo sentada en una silla de amazona a un kilómetro de altura.

Capítulo 19

Aunque Justin Magnus era el hermano de Mowbury y respetaba muchísimo a este último, el cual estaba disfrutando esa mañana de la oportunidad de vagar por la biblioteca de Lindsey Hall, nunca había sentido mucha afinidad con el joven Magnus. Incluso había llegado a preguntarse con gran disgusto si los celos serían uno de los motivos de dicha antipatía, dada la amistad que lo unía a Christine Derrick.

Había pasado toda la noche en vela, pensando. Se levantó muy temprano y salió a dar un paseo vivificante durante el cual pensó un poco más. Cuando regresó a la mansión aún era demasiado pronto, de modo que se había sentado en la biblioteca para seguir pensando.

De hecho, fue él quien manipuló la situación para que Justin Magnus cabalgara a su lado de vuelta a Lindsey Hall, aunque era probable que el joven creyera justamente lo contrario.

—Attingsborough se está tomando su tiempo para despedirse —comentó con voz gélida—. Ha tenido tiempo más que suficiente en el salón para decir todo que quisiera.

Se preguntó si esas palabras bastarían. En caso negativo, estaba condenado a aguantar un tedioso regreso a casa a pesar de que sus hermanos habían intentado que cabalgara junto a la señora Derrick, igual que cuando salieron de Lindsey Hall. Y en esa ocasión en concreto no podían estar haciéndolo en deferencia a Amy Hutchinson, porque la tía Rochester no estaba ahí para emparejarlos. ¡Por el amor de Dios! ¡Sus hermanos estaban haciendo de casamenteros!

—Attingsborough lleva años siendo uno de los libertinos más reputados de Londres —replicó Magnus como si tal cosa mientras cabalgaban a cierta distancia del grupo.

Era la primera noticia que tenía sobre el tema. Sabía que Attingsborough llevaba años siendo uno de los solteros más cotizados en el mercado matrimonial y dudaba mucho que hubiera llevado una vida monacal. Pero... ¿un libertino?

Se limitó a soltar un gruñido evasivo. Esperó para ver lo que llegaba a continuación.

—Sin embargo, sería injusto acusar a Christine de estar coqueteando con él —prosiguió Magnus—. Aunque ha estado casada con un aristócrata y conoce en cierto modo la vida de la alta sociedad, en realidad no es una mujer adecuada para alguien como Attingsborough, ¿no le parece? Y supongo que es natural que el marqués la haya elegido para conversar, ya que lady Muir es su prima, Whitleaf estaba monopolizando a la señorita Hutchinson y las restantes damas están casadas. Además, Chrissie es mucho más guapa y encantadora de lo que cree.

—Ciertamente —replicó con fingido aburrimiento.

—Supongo que está molesto con ella por el hecho de que le esté prestando tanta atención al marqués —aventuró Magnus—. Es imposible pasar por alto, si me disculpa el atrevimiento, la admiración que usted le profesa. No le culpo por sentirse un poco irritado.

Pero es mi mejor amiga y debo salir en su defensa. No debe culparla cuando hombres como Kitredge o Attingsborough demuestran también un interés por ella. No tiene la culpa. Es el efecto que siempre ha tenido sobre los hombres. No puede hacer nada para evitarlo. Oscar convirtió su vida en un infierno al acusarla durante todo su matrimonio de coquetear e incluso de ir más allá del coqueteo. Hermione y Basil también le recriminaron lo mismo. Y, además, está el detalle de la cortina de humo que se ideó para justificar la muerte de Oscar, de la que también la culpan. Pero ella es inocente por completo. Quiero que le quede muy claro.

—Tengo la impresión de que protesta usted demasiado —dijo con voz gélida—. Según mi experiencia, cuando el río suena, agua lleva.

Magnus suspiró.

—¿Qué quiere que le diga? —preguntó—. Chrissie es mi amiga. Y por supuesto que es inocente. La defenderé hasta la muerte. Habría creído en su palabra aunque hubieran sido cientos de deslices en lugar de unos pocos. Eso es lo que hacen los amigos.

Aunque durante el trayecto de ida a Alvesley Park había tomado la ruta más sencilla en deferencia a la señora Derrick, que no era buena amazona, en ese momento no tuvo la menor consideración. Estaban atravesando un prado y podría haberse desviado un poco para salir por la verja, que estaba abierta, pero siguió adelante con decisión. Azuzó a Noble y se dirigió a la parte más ancha de la cerca. El animal la superó con una buena holgura. Una vez al otro lado, apretó los dientes y aguardó a que Magnus saltara la cerca y se reuniera con él.

—¡Dios mío! —exclamó con una carcajada cuando estuvo a su lado—. Hace mucho tiempo que no hacía nada tan arriesgado.

—Creo que está enamorado de la señora Derrick —afirmó él con voz acerada mientras lo atravesaba con una mirada gélida—. Creo que diría cualquier cosa en su defensa. Creo que llegaría al extremo de cometer perjurio si fuera necesario.

Justin Magnus cabalgó en silencio durante unos minutos.

—La confianza es esencial para la amistad, igual que lo es para el amor —dijo finalmente—. Yo confío en Chrissie. Siempre lo he hecho y siempre lo haré. Bewcastle, si la ama, o le profesa un poco de cariño, también tendrá que confiar en ella... aunque en ocasiones parezca que haya cometido alguna indiscreción. Usted es un hombre de mundo. Oscar no lo era y tampoco era fuerte. La quería para él solo. Y con esto no quiero decir que Chrissie pueda cometer alguna indiscreción. No me refiero a eso, ni mucho menos, sino a todo lo contrario. Chrissie es la personificación del honor. Pero en ocasiones parece justo lo contrario; como por ejemplo el día anterior a la muerte de Oscar. Estuvo una hora a solas con un hombre en Winwood Abbey sin nadie que les sirviera de carabina. Intenté ofrecerle una coartada porque la creí cuando me contó lo sucedido. Pero de todas formas, cometió una indiscreción, ¿entiende? Aunque todo fuera muy inocente. Estoy yéndome de la lengua. Supongo que no le interesará este tema en particular.

—Ciertamente —le aseguró en voz baja.

—Le he prometido que intentaré mantenerlo apartado de ella en la medida de lo posible —confesó Magnus con una sonrisa sincera y un tanto pesarosa—. Por eso estoy cabalgando con usted. Supongo que la idea de convertirse en duquesa le resulta tentadora... al igual que la posibilidad de ser la condesa de Kitredge. Sería todo un logro

para la hija de un maestro rural, ¿no cree? Sin embargo, le tiene un poco de miedo, Bewcastle... porque teme que sea usted más estricto que Oscar. Chrissie necesita ser libre para...

—¿Coquetear? —sugirió.

—Esa palabra no me gusta nada. —Magnus parecía molesto—. Chrissie jamás coquetea. Necesita ser libre para poder ser ella misma.

—Libre para perseguir sus... mmmm... «amistades» con los caballeros —puntualizó él.

—Bueno, sí, si lo prefiere así... —concedió su interlocutor—. Pero son amistades inocentes.

—Ciertamente. —El trayecto desde Alvesley Park jamás le había parecido tan largo, pensó cuando Lindsey Hall apareció por fin en la distancia—. Sin embargo, esta conversación me resulta tediosa, Magnus. Al contrario de lo que parece pensar, mi interés por la señora Derrick es mínimo. Y, por supuesto, no me creo nada de lo que ha dicho sobre ella. Su lealtad es admirable, pero es evidente que esa mujer es una ramera. —Y con ese último comentario por fin hizo girar a su caballo en dirección a la alameda que daba acceso a la mansión.

—¡Excelencia! —exclamó Magnus indignado a más no poder—. ¡Le recuerdo que está usted hablando de mi prima política y de mi amiga!

—A quien defendería usted con su vida —añadió—. Lo entiendo perfectamente. Un hombre enamorado creerá cualquier cosa que quiera creer... o, mejor dicho, pasará por alto aquello que no desee creer. Si su intención al cabalgar a mi lado era la de proteger a la señora Derrick de mi opresiva compañía al tiempo que defendía su caso, ha fracasado estrepitosamente. Y por mi parte el tema queda zanjado.

—Pero...

Wulfric azuzó a su caballo para adelantar a su acompañante y puso rumbo al establo.

«No hay que enfadarse nunca. Es contraproducente. También es innecesario. »

«Si hay que decir algo, dilo. Si hay que hacer algo, hazlo. »

«No hay que enfadarse nunca. Pero, sobre todo, no hay que mostrar enfado. »

«El enfado es un indicio de debilidad. »

Había aprendido bien las antiguas lecciones. Sin embargo, ese día en concreto estaba sometiendo su dominio a una dura prueba. Porque ardía en deseos de matar a alguien... con sus propias manos.

Ese día estaba muy, muy enfadado.

Los marqueses de Hallmere estaban a punto de interpretar un dueto, aunque la marquesa se negó en un principio y no accedió hasta que dos de sus hermanos la acicatearon.

—Que el señor se apiade de nosotros... —dijo lord Rannulf con una sonrisa—. Joshua, ¿todavía no le has enseñado a Free a cantar?

—Se rumorea, Ralf —comentó lord Alleyne—, que el clima húmedo de Cornualles hace que los serruchos se oxiden a las primeras de cambio.

Bertie y Héctor se echaron a reír. La marquesa de Rochester se llevó los impertinentes a los ojos. La señora Pritchard, que sonreía de oreja a oreja, meneó un dedo en dirección a lord Alleyne y le recordó que los galeses eran famosos por sus cantantes y también por su clima húmedo. Y lady Freyja se puso en pie en un espantoso arranque de dignidad.

—Josh —dijo—, vamos a cantar. Y, después, si alguien tiene alguna broma más sobre serruchos oxidados, aplastaré unas cuantas narices.

—Nadie lo hace mejor que tú, encanto —repuso su marido entre carcajadas—. Cantar, digo.

Todos habían ido turnándose para entretener al resto. La señorita Hutchinson había tocado el piano. Lady Rannulf había devuelto a la vida a Desdémona, demostrando un increíble talento para la interpretación. Héctor les había regalado una de sus infrecuentes actuaciones de magia y prestidigitación. Y el dueto estaba a punto de comenzar en ese momento.

Christine estaba intentando divertirse. En realidad no tenía motivo alguno para no hacerlo. Había sido un día repleto de actividades. Tras el paseo matinal a caballo, la visita y el almuerzo, durante el cual estuvo charlando con el barón Weston, había acompañado a los más jóvenes y a los niños a dar un paseo. Había retozado con ellos en un prado muy espacioso donde los mayores y algunos adultos jugaron a la pelota, mientras que otro grupo jugaba con los pequeñines al corro de la patata. El conde de Rosthorn llevaba a su benjamín en brazos y lady Alleyne estaba haciéndole arrumacos a la pequeñina de los Hallmere. Después del juego, acompañó a Justin a dar un paseo.

—Había hecho muy bien al evitar a Bewcastle y sus atenciones, afirmó Justin al tiempo que le daba una palmadita de ánimo en la mano. Según él, el duque era un hombre arisco y sin duda sería un marido muy celoso para la pobre dama que algún día llegara a casarse con él. Le había irritado mucho que el marqués de Attingsborough la acompañara al exterior de la mansión, la ayudara a montar y charlara un rato con ella a modo de despedida.

—Cosa que fue muy injusta por su parte —añadió—, puesto que Whitleaf estaba haciendo lo mismo con la señorita Hutchinson. Pero Chrissie, no sé si te has dado cuenta, el caso es que se ha encaprichado contigo y ansia conseguir toda tu atención. Le he dicho bien clarito que eres un espíritu libre, que necesitas libertad para ser tú misma. No me importa si le ha sentado bien o no.

El duque no había salido de la mansión en toda la tarde. Por lo que ella sabía, claro. Y aunque había aparecido para la cena —haciendo gala de una actitud gélida y casi sin participar en la conversación—, no había hecho acto de presencia en el salón cuando los caballeros se reunieron con las damas.

A ella le importaba un bledo. Desde luego que sí. Había sido una estupidez por su parte discutir con él el día anterior y después confiarle sus secretos. Las revelaciones que Bewcastle le había hecho sobre su familia y sus vecinos esa mañana no tenían la menor importancia. Solo habían sido un intento por mantener una conversación.

Y en ese instante, justo cuando los marqueses de Hallmere estaban sentándose al piano, alguien le dio un golpecito en el hombro. Cuando levantó la vista, se encontró con un criado inclinado hacia ella para decirle al oído:

—Su excelencia le pide que se reúna con él en la biblioteca, señora.

Lo miró sorprendida. Sin embargo, vio que Hermione y Basil estaban de pie y caminaban hacia la puerta. ¿Los había invitado también? Se puso en pie y atravesó la estancia al mismo tiempo que los marqueses comenzaban a tocar el piano.

Tras intercambiar un par de miradas avergonzadas con sus cuñados, los tres bajaron la escalinata en silencio. Aunque hacía varios días que había desaparecido la hostilidad, habían mantenido las distancias casi como si se hubieran puesto de acuerdo.

—¿De qué va todo esto? —quiso saber Hermione.

—Supongo que Bewcastle desea ser sociable, pero no le apetece sentarse en un salón abarrotado —aventuró Basil.

Ella guardó silencio.

El mismo criado que había ido a avisarlos se adelantó para abrir la puerta de la biblioteca cuando llegaron frente a ella.

—Lord y lady Elrick, y la señora Derrick, excelencia —anunció.

Era una estancia inmensa con olor a cuero, madera y cera de las velas. Calculó que habría miles de libros en las estanterías que: ocupaban las paredes desde el suelo hasta el altísimo techo. Cerca de los ventanales había un escritorio de gran tamaño y delante de la chimenea, donde crepitaba el fuego, se emplazaban unos cuantos sillones en semicírculo.

El duque de Bewcastle estaba de pie de espaldas al fuego, distante e imponente con su atuendo de gala en blanco y negro. No se encontraba solo. Justin se estaba levantando del sillón que ocupaba frente a la chimenea con expresión sorprendida, aunque sonrió al verlos.

El duque hizo una reverencia para saludar a sus invitados y les indicó que tomaran asiento con un gesto, sin moverse del lugar que ocupaba y sin que su gélida actitud se relajara ni un ápice. Claro que pocas veces lo hacía.

Lo miró a la cara. ¿Cómo se atrevía a estar irritado con ella por haber hablado esa mañana con el marqués de Attingsborough y por permitirle que la ayudara a montar? ¿¡Cómo se atrevía!? Por un breve instante sus miradas se encontraron y ella se negó a desviarla. Fue él quien acabó cediendo.

Hacía muy bien en apartar la mirada. ¡Qué hombre más desagradable! ¿Acaso creía tener algún derecho sobre ella por el simple hecho de haber aceptado su invitación a Lindsey Hall y por haber mantenido alguna que otra conversación privada?

—Las actividades del salón nos han parecido muy entretenidas —dijo Hermione—. Lady Rannulf es una actriz excelente. Logró que durante unos minutos me olvidara de que no era la pobre Desdémona, a punto de ser asesinada por Otelo. Y Héctor ha hecho unos cuantos trucos de magia. Siempre lo miro con atención, convencida de que esa vez conseguiré averiguar el truco, pero nunca lo consigo. ¿Cómo es posible que un trozo de cuerda se divida de repente en dos y que luego vuelva a unirse? ¡Y eso que en ningún momento acerca las manos a los bolsillos y que lleva la chaqueta remangada!

—Héctor tiene esa habilidad desde que era pequeño —comentó Justin—. Solía entretenernos de ese modo a Audrey y a mí en la habitación infantil, pero nunca compartió sus secretos con nosotros.

—Es una ilusión —explicó el duque de Bewcastle—. Tanto la actuación como la magia. El truco está en lograr que el espectador confunda lo aparente con la realidad. Y eso requiere dedicación y habilidad.

—Bueno, pues a mí me supera —confesó Justin—. Lo que lamento es haberme perdido la interpretación de lady Rannulf. Tal vez la repita alguna otra noche.

—Ciertas personas, por ejemplo —siguió el duque, haciendo oídos sordos al comentario de Justin—, poseen la habilidad de decir una cosa y de insinuar justamente lo contrario.

—La ironía puede resultar entretenida —afirmó Basil—. Tiene razón, Bewcastle. Algunos utilizan la técnica con maestría, y muchos de nuestros grandes escritores la convirtieron en un arte. Como Alexander Pope, por ejemplo, y su poema «El rizo robado». Cada vez que lo leo acabo riendo a carcajadas.

—Y otras tienen la habilidad de decir la verdad y de convencer a quienes las escuchan de que están mintiendo —continuó el duque como si Basil no hubiera hablado.

Hermione, Basil y Justin lo miraron de forma imperturbable y guardaron silencio. Ella, por su parte, siguió mirándolo con expresión desabrida. Llegó a la conclusión de que era un hombre arrogante y pagado de sí mismo. Le resultaba increíble haber llegado a creer que hubiera algo más en él. ¿Tal vez por obra de alguna ilusión como él acababa de decir?

No alcanzaba a entender por qué la había invitado a la biblioteca.

—Por lo que he escuchado —continuó su excelencia—, la señora Derrick está considerada una coqueta.

—¡Y un cuerno! —exclamó Justin poniéndose en pie de un brinco.

Hermione se llevó una mano a las perlas que adornaban su cuello.

—Bewcastle, creo que le debe una disculpa a mi cuñada —advirtió Basil con tirantez.

Ella se quedó petrificada en el sillón.

El duque cogió el mango enjoyado de su monóculo entre sus largos dedos.

—Espero que todos se dignen a escucharme —replicó con una nota hastiada en la voz—. Siéntese, Magnus.

—¡No! —exclamó el aludido—. No hasta que le haya pedido disculpas a Chrissie.

El duque alzó su excelso monóculo hasta su excelso ojo.

—¿He dicho que yo la considere como tal? —señaló con arrogancia.

Justin se sentó, pero saltaba a la vista que estaba furioso. Le regaló una sonrisa tranquilizadora antes de volver a mirar a Bewcastle con la que esperaba que fuera una expresión tan acerada como la que él lucía.

—Es lo que usted misma la llamó, señora —siguió el duque dirigiéndose a Hermione con una ligera inclinación de cabeza—, en Schofield Park el año pasado. Sin embargo, debo confesar que esa ha sido la única ocasión en la que he escuchado la acusación abiertamente. Porque lo que sí he escuchado hasta la saciedad ha sido lo contrario... que no es una coqueta.

Cuando esos ojos plateados se clavaron en ella unos instantes, lo fulminó con la mirada. Ojalá pudiera ponerse en pie y cruzarle la cara de un bofetón, pero dudaba mucho que las piernas la sostuvieran. Además, estaba tan alterada que le faltaba el aliento.

—Según dijo usted —continuó su excelencia refiriéndose a Hermione—, la señora Derrick había coqueteado con todos los caballeros invitados a la fiesta campestre y también había coqueteado conmigo el día que aceptó acompañarme por el paseo de los laburnos, a fin de ganar la apuesta que mantenía con el resto de las jóvenes. Le pido por

favor que intente recordar quién la hizo pensar así. ¿Llegó usted sola a esa conclusión después de observar los acontecimientos? ¿O fue otra persona quien juró y le perjuró que la señora Derrick no estaba coqueteando, hasta el punto de que comenzó a sospechar y acabó convenciéndose de ello?

—¿¡Lo ve!? —gritó Justin antes de que Hermione pudiera contestar—. Le dije esta mañana que siempre pasaba esto, Bewcastle. Se refiere usted a mí, ¿no? Ojalá jamás hubiera hablado en defensa de Chrissie. Siempre acabo perjudicándola en lugar de ayudarla. ¡Siempre! Pero hasta aquí hemos llegado. ¡No volveré a hacerlo más! —La miró desde la distancia a punto de echarse a llorar—. Lo siento, Chrissie.

Sin embargo, ella lo estaba mirando sin dar crédito.

—Todos sabemos que Justin siente un gran afecto por Christine —adujo Hermione—. Tal vez incluso esté enamorado de ella. Y también hemos sabido siempre que jamás verás nada malo en ella. La defendería incluso en el caso de haberla visto cometer una flagrante indiscreción. Es un rasgo enternecedor de su carácter. Pero no inspira confianza en absoluto. Perdóname, Justin. Sé que siempre has actuado de buena fe.

—Si hay alguna otra palabra aparte de «coqueteo» que parezca ir unida a la señora Derrick en todas y cada una de las historias que he escuchado sobre su matrimonio y en todos y cada uno de nuestros encuentros a lo largo de este último año es... —El duque, hizo una pausa antes de añadir—: «Justin».

—¿Qué está queriendo decir? —el aludido volvió a ponerse en pie—. Asqueroso...

El duque de Bewcastle, que no se inmutó en lo más mínimo, había vuelto a llevarse el monóculo al ojo.

—Quiero decir que se siente, Magnus —contestó y, por increíble que pareciera, Justin se sentó—. Elrick —prosiguió—, si no le importa, me gustaría que recordara las ocasiones en las que su difunto hermano, su esposa y usted tildaron a la señora Derrick de haber coqueteado o de haberse comportado de forma descocada con otros caballeros durante su matrimonio y también me gustaría que se preguntara si en realidad alguno de los tres tuvo una evidencia irrefutable de su culpabilidad o si recibió alguna queja de otra persona. Le pido que recuerde si alguna vez llegó a usted algún rumor sórdido sobre su cuñada.

A pesar de estar cerca del fuego, Christine se sentía helada. Y ya no estaba mirando al duque. Estaba observando a Justin.

—No creo que nuestros asuntos familiares sean de su incumbencia, Bewcastle —replicó Basil.

Escuchó que Hermione tragaba saliva antes de decir:

—Siempre fue Justin quien sacaba el tema a colación. Nos traía las noticias de los clubes de caballeros y de otros lugares. Habladurías que nadie se atrevía a comentar en presencia de Basil y de Oscar. Siempre lo hacía enfadado y molesto. Siempre defendió a Christine e insistió en que nada de lo que se decía era cierto. Siempre...

—¡Justin! —exclamó ella, llevándose una mano a la boca—. ¿Qué has hecho?

Todo era tan simple... tan, tan simple. Y casi indetectable.

—Esta mañana, durante el trayecto desde Alvesley Park a Lindsey Hall —prosiguió el duque—, que recorrí en compañía de Magnus, este me aseguró que la señora Derrick no podía considerarse culpable de responder a las atenciones del marqués de Attingsborough, ni de coquetear con él, puesto que su ilustrísima es un reputado libertino.

Me aseguró que no podía evitar el efecto que provocaba en los hombres como Attingsborough, Kitredge o yo mismo. Que esa es su forma de ser... aunque es perfectamente comprensible que ambicione conseguir el título de más rango que se ponga a su alcance. Me aseguró que aunque la señora Derrick hubiera cometido cientos de indiscreciones en lugar de unas pocas, tendría que defenderla siempre porque en eso consistía la amistad. Me aseguró que aunque la señora Derrick estuvo una hora a solas con un caballero el día anterior a la muerte de su esposo, le ofreció una coartada porque confía plenamente en ella.

—Justin... —todavía tenía los ojos clavados en él—. ¿Destrozaste mi matrimonio deliberadamente? ¿Volviste loco a Oscar? ¿¡Lo condujiste a su propia muerte!?

—¡Chrissie, es imposible que creas algo así! —adujo Justin con los ojos desorbitados—. Soy tu amigo. Soy el único que te comprende. ¡Te quiero!

Basil carraspeó.

Hermione se había llevado una mano a la frente y tenía los ojos cerrados.

—Esto es una pesadilla —dijo—. No puede ser cierto. Es imposible. Pero lo es. Lo sé. Justin... siempre has sido tan convincente... Siempre nos hemos compadecido de ti. Y no nos creíamos nada de lo que nos decías.

—¡Usted! —gritó Justin, señalando al duque con un dedo acusador—. ¡Bewcastle! ¡Usted la llamó ramera esta mañana!

—Y después me marché al establo para que pudiera saborear su triunfo en privado —apostilló el duque al tiempo que volvía a llevarse el monóculo al ojo.

—Y después me dijiste que su excelencia sería un marido terriblemente celoso y posesivo, porque al ver que el marqués de Attingsborough me acompañaba al exterior y me ayudaba a montar a caballo se había irritado. ¡Justin! ¡Justin, por Dios! ¡Pobre Oscar!

Enterró la cara en las manos y sintió el tacto frío de una mano en la nuca... Hermione.

—Nadie te quiere tanto como yo, Chrissie —afirmó Justin—. Pero, claro, siempre te dejas deslumbrar por el físico. Primero fue Oscar y ahora es Bewcastle, y entre ambos un sinfín de caballeros apuestos. Mírame a mí... Porque eso es precisamente lo que nunca has hecho. Ninguna mujer me mira nunca, en realidad, y tú menos. Jamás me has tomado en serio. No soporto verte con otros hombres que no te aprecian como es debido. ¡Chrissie, yo te quiero!

Se apartó las manos de la cara a tiempo de ver cómo el duque de Bewcastle se inclinaba sobre el sillón de Justin y, sin hacer ningún esfuerzo aparente, volvía a enderezarse alzando al mismo tiempo por la corbata a su supuesto amigo, de modo que apenas tocaba el suelo con las puntas de los pies.

—Comparto su habilidad en cierto modo, Magnus —escuchó que decía su excelencia en voz tan baja y gélida que le provocó un escalofrío—. Jamás he estado seguro de lo que es el amor, pero sí sé lo que no es. El amor no destruye a los seres queridos ni les ocasiona un tormento indecible.

Había vuelto a enterrar la cara en las manos, pero las ardientes lágrimas que se le escapaban de los ojos discurrían entre sus dedos y caían sobre sus muslos.

—Me gustaría zarandearlo como la alimaña que es hasta que no quede ni un hálito de vida en su cuerpo —siguió el duque con el mismo tono de voz—, pero es un invitado en mi hogar, al igual que otros miembros de su familia, entre los que se incluye su madre.

Ellos se encargarán de hacer con usted lo que estimen oportuno más adelante, pero en este instante va a inventarse una excusa convincente y mañana por la mañana antes del desayuno se marchará de mi casa. Y, si sabe lo que le conviene, se mantendrá alejado de mi vista tanto como le sea posible durante los próximos diez años como poco.

Se percató de que Basil se ponía en pie.

—Justin —dijo—, antes de que te marches, antes de que te vayas de Lindsey Hall y de Inglaterra, para ser exactos, me gustaría hablar contigo. Fuera. Ahora.

—Basil... —lo llamó Hermione justo cuando ella alzaba la cabeza.

—Hermione, no te muevas de aquí —ordenó su cuñado—. Ni tú tampoco, Christine. ¿Justin? ¡Fuera!

Justin se detuvo al pasar frente a ella, con el rostro lívido y demudado. Tenía lágrimas en los ojos.

—¿Chrissie?—lo escuchó decir.

En ese momento sucedió algo realmente sorprendente y chocante. El duque de Bewcastle alzó una pierna y estampó un pie en el trasero de Justin, mandándolo de ese modo y casi en volandas tras Basil, que ya salía de la estancia.

Hubo un breve silencio cuando ambos se marcharon.

—Las dejaré a solas —le dijo Bewcastle con una reverencia—. Nadie las molestará.

Sin embargo, antes de marcharse se detuvo frente a ella al igual que había hecho Justin y le colocó en la mano un enorme pañuelo de lino.

Tanto Hermione como ella siguieron un rato en silencio.

—Christine —dijo su cuñada al cabo de unos minutos—, ¿podrás perdonarnos algún día?

—A mí me engañaron igual que a vosotros —contestó—. Era mi amigo. Durante los años previos a la muerte de Oscar era la única persona en la que confiaba.

En ese momento ambas estallaron en lágrimas la una en los brazos de la otra. Lloraron por los años perdidos y por la amistad truncada. Por la innecesaria muerte de un hombre débil y atormentado. Por la ingenuidad que habían demostrado al caer víctimas de una estrategia tan engañosamente simple que había funcionado a la perfección.

Cuando se serenaron, se sonó la nariz con el pañuelo que el duque le había prestado.

—Espero que Basil no se haga daño —dijo—. Ha sido una tontería por su parte decirle a Justin que salga.

—Es un hombre —señaló Hermione con cariño—. ¿De qué otro modo iba a reaccionar ante semejante revelación? Espero que le dé una buena tunda.

Ambas sucumbieron a la risa nerviosa antes de compartir una nueva andanada de lágrimas.

Capítulo 20

El domingo, el domingo de Pascua, transcurrió en relativa calma. Fueron a la iglesia por la mañana, se entretuvieron en familia por la tarde y pasaron una tranquila velada escuchando música, charlando y leyendo.

Nadie comentó la repentina ausencia de Justin. Todos sabían que se había disculpado con el duque de Bewcastle al recordar un compromiso anterior en la capital y además, tal como su madre solía decir, Justin iba y venía a su antojo desde que se convirtió en un adulto así que tendría un buen motivo para marcharse. Todos aceptaron la avergonzada explicación de Basil sobre el moratón que lucía en la mejilla derecha, producido a causa de un golpe, y sobre las heridas de los nudillos... que se había desollado al caerse de la bañera en su vestidor. Si alguien no lo creyó, se guardó las sospechas.

Justin, les había asegurado Basil a Hermione y a ella cuando regresó a la biblioteca, tenía un aspecto mucho peor. Después de decirlo, abrazó primero a Hermione y luego a ella. Fue un abrazo largo y sentido.

—Oscar te amaba, Christine —le dijo con la voz un tanto entrecortada—. Te quiso hasta el final, aunque dejó de confiar en ti.

—Sí, lo sé. —Eso fue lo único que pudo decir.

—Y ha estado mal por nuestra parte no habernos preocupado de ti desde que murió. No te pido que nos perdones... solo que nos permitas recuperar el tiempo perdido.

Volvió a sonarse la nariz con el pañuelo del duque.

—Y si decides casarte con Bewcastle —prosiguió Basil—, tendrás mi bendición, y estoy seguro que también la de Hermione.

—¡Desde luego que sí! —exclamó la aludida—. Creo que te tiene mucho afecto, Christine, ¿por qué si no iba a hablarle a Justin de una forma tan amenazadora?

Lo dejaron así, y ella regresó al salón, donde la señora Pritchard estaba interpretando una versión un tanto temblorosa aunque muy dulce de una balada galesa. Hermione acompañó a Basil a su dormitorio para refrescarle la mejilla con agua fría.

El lunes amaneció nublado, ventoso y muy frío. Recibieron la visita de un numeroso grupo de jinetes procedentes de Alvesley Park, a quienes ofrecieron una cálida bienvenida. Cuando se marcharon ya era hora de almorzar. Lord Aidan anunció su intención de sacar los botes al lago después de comer a pesar del mal tiempo, y su respuesta recibió el apoyo entusiasmado de muchos de los presentes, que se levantaron de la mesa al unísono y se marcharon a la habitación infantil para preparar a los niños.

—Debes llevar a Amy a la isla, Wulfric —ordenó la marquesa de Rochester—. Las vistas son muy agradables desde allí.

El duque, sentado a la cabecera de la mesa, se puso en pie.

—Estoy seguro de que otra persona estará encantada de llevarla, tía —replicó—. Ya he acordado acompañar a la señora Derrick a dar un paseo... a menos que le sea imposible hacerlo, por supuesto.

Sus ojos se clavaron en ella tal vez por primera vez desde que saliera de la biblioteca dos noches atrás, dejando su pañuelo tras de sí. En circunstancias normales se habría reído de él, dado que ambos sabían que acababa de soltar una mentira. Pero tenía el corazón desbocado y se había vuelto a quedar sin aliento. Y era muy consciente de que la marquesa la estaba observando con detenimiento.

—¡En absoluto, excelencia! —exclamó—. Estoy deseando dar ese paseo con usted.

La marquesa emitió un sonido semejante a un gruñido mientras ella se ponía en pie, temerosa de quedarse en el comedor a solas con la mujer.

—Iré en busca de mi bonete y mi pelliza —añadió.

Y así fue como apenas diez minutos después salía de la mansión tras haberse encontrado en la escalera con una horda de Bedwyn, tanto adultos como niños. La habían invitado a unirse a su expedición, y ella se había visto obligada a rechazar la invitación y a explicarles que iba a dar un paseo con su excelencia.

Juraría que todos recibieron sus palabras con una risilla ladina.

—Supongo que esperaba pasar una tarde tranquila en su biblioteca —dijo tras aceptar el brazo que el duque le había ofrecido.

—¿Lo supone? —preguntó él—. Cree usted conocerme muy bien, señora Derrick.

Caminaron en silencio un rato. Aún estaba nublado y soplaba un fuerte viento más propio del invierno que de principios de primavera. Pero al menos lo tenían de espaldas.

—Debo agradecerle lo que hizo por mí el sábado por la noche —dijo finalmente—. Me siento un poco tonta por no haberlo sospechado siquiera. Todo parece muy evidente ahora que sé la verdad.

—Los planes más crueles y los que mejor funcionan suelen ser con frecuencia los más sencillos. ¿Por qué iba a sospechar de él? Le ofreció su amistad, su consuelo y su apoyo cuando los necesitó. ¿Y por qué iban a sospechar su marido y sus cuñados? Era su pariente, y sabían —y no se equivocaban— que le tenía mucho aprecio. De modo que les resultó muy fácil creer que la defendería contra viento y marea. En mi caso, al no estar implicado, fue mucho más sencillo descubrir que esas dos palabras, «coquetear» y «Justin», solían ir de la mano con tediosa regularidad. Y, sin embargo, ni una sola vez la he visto coquetear. ¿Está muy afectada?

—¿Por haber perdido a Justin? —preguntó—. No. Pero sí porque Oscar perdiera la vida antes de conocer la verdad, porque muriera pensando que lo había traicionado. No era un hombre emocionalmente fuerte. Era, supongo, la víctima perfecta de semejante plan, y Justin debía de saberlo muy bien cuando lo ideó. Pero también era un hombre muy dulce cuando lo conocí. Podríamos haber tenido un buen matrimonio aunque la imagen que me había hecho de él en mis en sueños románticos fuera muy distinta a la realidad. Sí, estoy afectada, pero en paz. Hermione y Basil saben la verdad, y eso es lo que me importa. Siempre nos tuvimos mucho afecto hasta que comenzaron los problemas. Tengo mucho que agradecerle. No era necesario que se molestara en mi nombre.

—Era muy necesario—la corrigió él en voz baja.

No elaboró el comentario y ella no le pidió que lo hiciera. Siguieron caminando en silencio a través del prado que dominaba el lago y a lo largo de la linde del bosque. Enfilaron el sendero agreste y dejaron atrás la colina por la que había rodado unos días antes, y los árboles donde habían discutido y le había arrebatado el monóculo... que todavía no le había devuelto. Se percató de que debían de ir de camino al lugar donde quiso llevarla aquella tarde, al palomar situado al norte del lago.

El silencio entre dos personas, descubrió, no tenía por qué ser algo incómodo. No cuando sus mentes estaban en armonía. Porque había cierta armonía entre ellos. Comprendió que la idea estaba empezando a gustarle y, aunque la inquietaba un poco —porque, por supuesto, las diferencias entre ellos seguían siendo abismales e imposibles de superar—, decidió relajarse y disfrutar de la sensación por esa tarde. Al fin y al cabo, había aceptado su invitación. Y él acababa de hacer algo increíblemente maravilloso por ella.

«Era muy necesario. »

Molestarse en su nombre, claro.

Miró de reojo ese perfil serio y aristocrático. Por extraño que pareciera y aunque no hubiera cambiado, empezaba a resultarle un perfil muy preciado.

Finalmente, llegaron a un claro en cuyo centro se alzaba el antiguo edificio de piedra que le había señalado desde el torreón.

Era alto, de planta circular, con tejado de paja y ventanas pequeñas en la parte superior de la pared. Para acceder a la puerta de madera había que bajar unos escalones.

—El palomar... —dijo—. Es muy bonito. ¿Está ocupado?

—¿Por pájaros? —precisó él—. No, dejó de usarse y quedó abandonado en tiempos de mi padre. A mí siempre me ha gustado su forma, pero hasta hace un par de años no me decidí a repararlo, sobre todo el interior. No quería que llamara demasiado la atención al cambiar el exterior, aunque sí hice que arreglaran el tejado, permítame que se lo enseñe.

Lo vio bajar los escalones, meter una llave en la cerradura y abrir la puerta, tras lo cual se apartó para dejarla pasar.

No sabía muy bien lo que esperaba encontrar, pero lo que vio le robó el aliento y la dejó de piedra mientras miraba a su alrededor. Porque veía perfectamente, aunque la luz no fuera blanca. Había un total de seis ventanas, según contó, en la parte superior de la pared. Todas con vidrieras de intensos colores.

Si miraba hacia arriba, veía el punto central del techo. Las paredes eran de piedra, pero tenían pequeños nichos desde el suelo hasta el techo donde las palomas descansarían en la época en la que hubiera cientos de ellas. Sin embargo, todos estaban limpios en ese momento, y muchos de los situados en los niveles inferiores tenían velas o libros. En uno vio un tintero, y en otro un yesquero.

En la estancia propiamente dicha, había una cama baja cubierta con una piel de oveja, un escritorio muy sencillo y su correspondiente silla, un enorme sillón orejero, una chimenea, que obviamente era de reciente construcción al igual que el tiro que ascendía por la pared justo enfrente de la puerta. Al lado de la chimenea había una pila de leña en el leñero y unos cuantos atizadores.

Era un refugio exquisito, con el toque mágico de la luz multicolor que lo bañaba.

Se dio la vuelta para mirarlo. Estaba delante de la puerta, con el sombrero en la mano y la vista clavada en ella. Era un momento terrible. El momento que habría preferido

evitar. El momento en el que por fin salió de dudas y lo supo con certeza. Supo que estaba tan apegada al duque de Bewcastle que no podía separarse de él... ni posiblemente penetrar en su mundo.

Sin embargo, ya era demasiado tarde para salvaguardar sus sentimientos o para ponerles freno.

Pasó a su lado antes de que se le ocurriera algo adecuado que decir. Se quitó el bonete y los guantes a pesar de que allí dentro hacía frío y los dejó sobre el escritorio mientras él encendía el fuego, ya que la leña estaba preparada. Aunque prendió de inmediato, dudaba mucho que la estancia pudiera calentarse por completo.

—¿Por qué? —le preguntó—. ¿Por qué este lugar cuando posee todo Lindsey Hall y tiene otras muchas mansiones?

Aunque de algún modo ya conocía la respuesta. Tenía la sensación de haber vivido ese momento con anterioridad y de saber cuál iba a ser su respuesta. Estaba asustada por ridículo que pareciera, como si estuviera a punto de quedar sepultada por una avalancha de nieve.

—Es posible perderse en la inmensidad —contestó él—. En ocasiones incluso se me olvida que soy algo más aparte de el duque de Bewcastle.

Tragó saliva, incómoda.

—Aquí puedo recordarlo —siguió—. Sin embargo, no he estado en este lugar desde hace un año... Hasta la semana pasada, de hecho, cuando pensé que debía traerla.

Y entonces lo supo... Supo que ese momento había sido inevitable, que esa era la oportunidad que le había pedido, que la visita a ese lugar de retiro en lo más recóndito de su inmensa propiedad era lo que él había soñado y lo que había planeado. Todo estaba limpio y ordenado, aunque nadie más que él visitaba el palomar. Había limpiado y ordenado la estancia, y también había dejado dispuesta la leña.

Echó un vistazo a su alrededor en busca de un sitio donde sentarse y se decantó por la silla de madera emplazada frente al escritorio. Se dejó caer en ella y se aferró a los bordes de su pelliza.

—¿ Y qué es lo que recuerda cuando está aquí? —quiso saber.

—Que también soy Wulfric Bedwyn —le contestó.

La avalancha cayó sobre ella.

Sí. ¡Sí! Por supuesto que lo era. A lo largo de esos días en Lindsey Hall había descubierto que había una persona real detrás de la formidable figura del duque de Bewcastle. Evidentemente, eran la misma persona. El hombre y el duque eran inseparables. En ningún momento lo tomó por loco, en ningún momento pensó que hubiera dos personas distintas compartiendo el mismo cuerpo. Sin embargo, no estaba segura de querer ver más al hombre ni de saber más sobre él. Su vida había vuelto a ser segura desde hacía casi tres años... y en ese momento volvía a tener a Hermione y a Basil.

No obstante, sus palabras le habían llegado al corazón: «También soy Wulfric Bedwyn».

—Cuénteme más cosas... de usted —le pidió. Había estado a punto de decir «de él», como si Wulfric Bedwyn fuera una persona distinta al hombre a quien veía delante de la chimenea. Serio, distante y, según parecía, al mando de su mundo—. No, me he expresado

mal. Nada mejor que pedirle a alguien que hable de sí mismo para dejarlo sin palabras. Cuénteme cosas de su infancia.

Si quería conocerlo, a pesar de la renuencia que la idea le provocaba, tendría que empezar por su niñez. Era casi imposible imaginárselo como un bebé, como un niño pequeño o como un muchacho. Aunque, por supuesto, hubiera pasado por esas tres etapas.

—Siéntese en el sillón —le dijo al tiempo que lo señalaba con una mano.

Cuando lo hizo, el duque cogió la piel de oveja de la cama y se la colocó sobre el regazo antes de sentarse en una esquina del escritorio, con un pie en el suelo mientras balanceaba el otro en el aire. Se había quitado el gabán, que descansaba sobre el respaldo de la silla. Su figura estaba bañada por la luz azul y morada.

—¿Cómo era? —le preguntó.

—Era un manojo de nervios incansable —respondió—. Iba a recorrer el mundo cuando fuera mayor. Iba a agrandar las fronteras de América. Iba a cruzar esas fronteras para atravesar el Pacífico hasta China. Iba a desentrañar los misterios de África y a dejarme seducir por el exotismo del lejano Oriente. Iba a ser un pirata pero al estilo de Robin Hood y si no, a dar caza a los piratas. Después, cuando tuve un poco más de sentido común —con unos nueve o diez años—, iba a ser el capitán de mi propio barco y a convertirme en el almirante de una flota; o un oficial del ejército para convertirme en el comandante general de las tropas británicas allá donde lucharan para conducirlas a brillantes victorias. Pero mientras esperaba a crecer y a conseguir mi glorioso futuro, sembraba el pánico en casa y en toda la propiedad. Era el terror de los jardineros, de los mozos de cuadra y de los criados. El mayor desafío al que mi padre se enfrentó jamás y la desesperación de mi madre.

Volvió a ponerse en pie y se acercó a la chimenea, donde golpeó un leño con la punta de la bota para que prendiera bien.

—Aidan y yo teníamos un plan —prosiguió—. Supongo que todavía éramos muy pequeños. Habíamos acordado que nos cambiaríamos de ropa y por tanto de identidad, y nuestro padre nunca se daría cuenta. Aidan se quedaría en casa y se convertiría en duque algún día, y yo me echaría a la mar y navegaría en busca de cualquier aventura que el mundo y la vida me pusieran en el camino.

Guardó silencio, sorprendida y fascinada mientras él contemplaba el fuego y, sin duda, el lejano pasado. Al cabo de unos minutos, la miró por encima del hombro y volvió al presente.

—Pero, desde que nací, mi destino era heredar el ducado y todos los deberes y responsabilidades que conlleva —dijo—. Y en el caso de Aidan su destino era el ejército. Soñábamos con cambiarnos, pero era imposible, claro está. Al final lo traicioné.

A pesar de la abrigada piel, bajo la cual tenía las manos, se quedó helada.

—No quería la carrera que habían elegido para él—continuó—. Era un chico pacífico y muy tranquilo. Solía seguir a nuestro padre como si fuera su sombra cada vez que recorría la propiedad, y también pasaba mucho tiempo con el administrador. Le suplicó a nuestro padre y consiguió que nuestra madre apoyara su causa. Lo único que quería era vivir tranquilamente de la tierra, trabajarla y administrarla. Pero no sé por qué cruel destino nació el segundo y yo fui el primogénito. Evidentemente, después de que nuestro

padre muriera, podría haberle dado lo que quería. Yo tenía diecisiete años y él, quince. Pasó varios años en el colegio, pero cuando regresó a casa, se entregó a los asuntos de la propiedad con entusiasmo. Conocía las tierras de labor que rodeaban Lindsey Hall como la palma de su mano. Sabía cómo llevarlas. Tenía mejores instintos que yo para eso. Intentó darme consejos, con muy buen tino. Quería que retirase al antiguo administrador, que ya era demasiado mayor para el trabajo, y ocupar el puesto. Intentó señalarme ciertas mejoras y también ciertos errores que yo había cometido. Tenía buena intención, amaba este lugar, lo conocía mejor que yo, y yo era su hermano. Pagué por su ingreso en el cuerpo de oficiales del ejército y lo llamé a la biblioteca para decírselo. No le quedó más alternativa que obedecerme. Tal era mi poder como duque de Bewcastle, a pesar de que todavía era muy joven. Lo utilicé sin pestañear. Lo he estado utilizando desde entonces.

—Y jamás se ha perdonado por ello —señaló. A modo de afirmación porque no hacía falta preguntar—. Aunque hizo lo correcto.

—Cierto —convino él—. Pero tuve que elegir entre mi papel de duque de Bewcastle y el de hermano... del muchacho con el que fui uña y carne. Fue la primera ocasión de relevancia en la que me enfrenté a ese conflicto y tuve que elegir. Elegí el papel de duque, y desde entonces me he visto enfrentado a la misma tesitura en muchas ocasiones. Seguirá sucediendo hasta que me muera, supongo. Al fin y al cabo, soy ese aristócrata, y tengo deberes y responsabilidades. Hay cientos de personas, tal vez miles, que dependen de mí, y no puedo ni pienso rehuir mi deber. Por tanto, no puedo asegurarle que vaya a cambiar para amoldarme a su sueño, ¿lo entiende? Para usted soy un hombre frío, reservado y serio. Y está en lo cierto, lo soy. Pero esa solo es una faceta, hay más.

—Lo sé —le aseguró, aunque no estaba segura de que hubiera salido algún sonido de sus labios.

El duque estaba delante de la chimenea con las manos a la espalda y los pies ligeramente separados. Su expresión fría y arrogante nada tenía que ver con lo que estaba diciendo... o tal vez sí. Había decidido que fuera el papel de duque de Bewcastle el que rigiera su vida.

—Como ve, no puedo ofrecerle lo que no soy —dijo él—. Solo me cabe esperar que comprenda que cualquier persona que haya vivido treinta y seis años es muy compleja. Hace un par de noches me acusó de llevar una máscara, y se equivocaba. Antepongo el papel de duque de Bewcastle con sus responsabilidades al de Wulfric Bedwyn, pero soy ambos. El hecho de que el deber sea lo primero no mengua mi hombría. Además se preguntaba usted si soy un aristócrata frío e insensible hasta la médula. No lo soy. Si lo fuera, ¿cree que me habría quedado prendado de usted nada más conocerla y que me habría visto atormentado por su recuerdo? No es usted la clase de mujer en la que Bewcastle se fijaría, ni mucho menos cortejaría.

Eso la dejó petrificada.

—Pero me estoy adelantando a los acontecimientos —dijo él—. Tuve una buena infancia. Alegre y feliz. Mis padres fueron buenos, aunque durante la adolescencia no tuve la impresión de que mi padre se preocupara mucho por mí.

—¿Qué pasó? —quiso saber. Se había quedado prendado de ella. ¡Se había visto atormentado por su recuerdo! ¿¡Atormentado!?

—Sufrió un ataque al corazón cuando yo tenía doce años —contestó—. Sobrevivió, pero le dijeron que tenía el corazón débil y que podría detenerse en cualquier momento. Era uno de los hombres más ricos y poderosos de Gran Bretaña. Poseía más propiedades que cualquier otro. Sus deberes y responsabilidades eran enormes. Y, sin embargo, su primogénito —su heredero— era un niño salvaje e ingobernable.

Era casi imposible recordar que estaba hablando de sí mismo.

—Aunque me quedé en Lindsey Hall —prosiguió—, me separaron casi por completo de mi familia. Me dejaron al cuidado de dos tutores. Veía poquísimo a mi padre, y mucho menos a mi madre. Aidan y Rannulf, y más tarde Alleyne, fueron al colegio, como yo había esperado hacer, y casi nunca los veía... ni siquiera cuando regresaban a casa durante las vacaciones. Estaba prácticamente aislado. Me rebelé, grité, pataleé y lloré... y aprendí. Dispuse de cinco años para aprender todo lo que debía saber acerca del resto de mi vida. Nadie sabía que serían cinco años, por supuesto. Podría haber sido solo uno, incluso menos. Mi padre murió cuando yo tenía diecisiete años. En su lecho de muerte me besó la mano y me dijo que en ocasiones el amor hacía daño, aunque no por ello dejaba de ser amor. Como verá, no tuvo alternativa. Yo era su hijo y me amaba. También era su heredero. Debía aprender para ocupar su lugar.

De repente, se percató de que era muy probable que nunca le hubiera contado esa historia a nadie... al igual que ella no le había contado a nadie más los acontecimientos que rodearon la muerte de Oscar. Ese hecho la aterró... y amenazó con llenarle los ojos de lágrimas. Estaba desnudando su alma ante ella. Por que... porque se había quedado prendado de ella y después se había visto atormentado por su recuerdo. Porque la había llevado a ese lugar con toda deliberación, a Lindsey Hall, a ese palomar, a su refugio particular, con ese propósito en mente. Porque le había suplicado que le diera una oportunidad.

En ese momento se dio cuenta de que estaba locamente enamorada de él. Pero aún así...

Aún así no creía en el felices para siempre. Ya no era la jovencita que se lanzó sin pensar, hace diez años, en una relación que seguramente habría evitado si se hubiera dado un poco de tiempo para conocer mejor a Oscar. Lo había querido hasta el final, pero en el fondo era consciente de que ya desde el principio de su matrimonio había detectado la debilidad de su carácter. Entre ellos no hubo esa pasión imperecedera y arrolladora con la que siempre había soñado.

En ese momento era más madura y muchísimo más cautelosa. En ese momento era muy consciente de que el felices para siempre no la aguardaba después de una proposición de matrimonio y un sí por su parte. Aún así...

Aún así era un hombre que, en contra de todo pronóstico, había llegado a gustarle. Un hombre al que, muy a su pesar, estaba comenzando a admirar. ¿Cómo no iba a admirar a un hombre para quien el honor y el deber lo significaban todo? ¿A un hombre que valoraba la responsabilidad que tenía para con cientos e incluso miles de personas por encima de su gratificación personal? Tal vez su educación hubiera sido opresiva, incluso brutal, pero seguro que su padre se encargó de que no avasallaran su espíritu. Después, cuando el anterior duque murió, podría haberle dado la espalda a todo lo que le habían enseñado. Podría haberse convertido en un muchacho desmedido y despilfarrador, como

muchos otros en sus mismas circunstancias. Al fin y al cabo, tenía el poder y la riqueza para hacer lo que quisiera.

Sin embargo, se había mantenido firme. Desde los diecisiete años cumplía el papel del duque de Bewcastle sin pestañear.

¿Cómo no iba a admirarlo? Y, que Dios la ayudara, ¿cómo no iba a amarlo?

Le sonrió.

—Gracias —dijo—. Sé que es una persona muy celosa de su intimidad. Gracias por mostrarme este lugar tan encantador y por contarme cosas sobre usted.

La miró, tan serio y formidable como de costumbre, con una expresión más inescrutable que nunca en los ojos.

—Llevo casi un año soñando con verla aquí, sentada en ese mismo lugar —lo escuchó decir—. No voy a hacerle ninguna pregunta hoy. No es el momento adecuado. Aunque sí voy a decirle algo. No la he traído aquí para seducirla. Pero la deseo. Lo sabe muy bien. Quiero hacerla mía ahora mismo, en esta cama. Quiero que sea una expresión libre de lo que siento por usted y, tal vez, de lo que usted siente por mí. Sin compromisos ni obligaciones... a menos que haya consecuencias, aunque ya me dijo en una ocasión que no era probable. ¿Se acostará conmigo? Vaya... parece que después de todo le he hecho una pregunta.

Se le quedó la mente en blanco y eso que tenía un millar de preguntas en la cabeza. Su cuerpo, sin embargo, funcionaba a las mil maravillas. El deseo le endureció los pezones y sintió una punzada en el abdomen y también entre los muslos. Se quedó sin aliento. ¿Allí? ¿En ese momento? ¿De nuevo? Los recuerdos de la noche que pasaron en Schofield Park junto al lago afloraron a su mente. Y contestó exactamente lo mismo que aquella noche cuando él le hizo prácticamente la misma pregunta:

—Sí.

Lo vio dar los tres pasos que los separaban y tenderle la mano derecha con la palma hacia arriba. Apartó la piel de oveja y colocó la mano en la suya.

El se la llevó a los labios.

Capítulo 21

Wulfric cogió la piel de oveja y la dejó sobre la cama, tras lo cual colocó el embozo y apartó un extremo para poder meterse debajo. Cuando se giró para mirarla, seguía tal cual la había dejado, observándolo, aunque se había quitado la pelliza, que descansaba en el respaldo del sillón.

Llevaba un vestido de lana de color amarillo claro, aunque en un lateral, por el efecto de la luz rojiza de los ventanales, parecía color melocotón. Era de talle alto, escote cerrado y mangas largas, sin adorno alguno. Se ceñía a sus curvas y resaltaba su figura, atractivo más que suficiente.

—Acércate más al fuego —le dijo mientras se ponía a su lado.

Le colocó una mano en la parte baja de la espalda y la instó a acercarse a la chimenea donde se beneficiarían del calor de las llamas. No quería que ese momento fuera un simple derroche de avidez sexual como la otra vez. Aunque no había mencionado la palabra y no pensaba hacerlo, quería hacerle el amor.

No la besó de inmediato. Le tomó la cara entre las manos y le pasó los pulgares por las cejas. Esos brillantes ojos azules lo miraban abiertos como platos. La luz rosácea y morada de los ventanales resaltaba el brillo de su piel. Tenía una boca preciosa de labios suaves que se curvaban hacia arriba en las comisuras. Enterró los dedos en su pelo. Sus rizos eran suaves y estaban limpios, y recuperaron su forma en cuanto se escurrieron entre sus dedos. El estilo le sentaba de maravilla.

Bajó las manos hasta sus hombros y las trasladó hasta su espalda, donde descubrió la hilera de botones del vestido. Los fue desabrochando uno a uno hasta que pudo bajar la parte delantera por los hombros y los brazos hasta la cintura, desde donde cayó al suelo, alrededor de sus pies. No llevaba corsé. Las curvas eran suyas, tal cual se las había otorgado la naturaleza. Lo único que la cubría desde el pecho hasta las rodillas era una sencilla camisola de lino.

Se apartó un poco de ella para arrodillarse y quitarle los zapatos, tras lo cual le desató las ligas y fue enrollando las medias por sus piernas hasta quitárselas.

Antes de soltarle el pie le besó el empeine y después la rodilla.

Ella todavía no lo había tocado, se percató. Sin embargo, a juzgar por sus labios entreabiertos y por los párpados entornados, supo que deseaba seguir adelante tanto como él.

Le rozó un hombro con los labios y lo lamió. Su piel, cálida y suave, tenía un sabor ligeramente salado. La notó temblar a pesar del calor del fuego. Le bajó uno de los tirantes de la camisola hasta desnudar un pecho y, mientras lo tomaba en la mano, fue dejando un reguero de besos hasta llegar a él. Era perfecto. Suave y generoso, aunque turgente y firme a la par. Rodeó el pezón con los labios y le echó el aliento antes de chuparlo. Esa fue la

primera vez que ella lo tocó. Le enterró los dedos en el pelo e inclinó la cabeza hasta que su frente se apoyó en él, momento en el que soltó un ronco gemido.

De repente cayó en la cuenta de que no la había visto desnuda a pesar de haberse acostado con ella en una ocasión. Y quiso hacerlo en ese instante. Quería hacerle el amor sin que existiera barrera alguna entre ellos.

El anhelo, el deseo y la necesidad palpitaban en su interior al ritmo de los latidos de su corazón. Sentía el calor del fuego en el costado izquierdo de su cuerpo.

Alzó la cabeza y ella apartó las manos.

—Ven a la cama —le dijo.

La terminó de desvestir antes de que se acostara. Un rayo de luz rosácea procedente de uno de los ventanales caía sobre la mitad superior de su cuerpo, pero se iba tornando rojizo a medida que descendía por sus caderas y sus piernas. Aunque podría haberse quedado un rato más deleitándose con lo que veían sus ojos, estaban lejos del fuego, cuyo calor aún no había erradicado el frío que reinaba en el palomar. La cubrió con las sábanas y con la piel de oveja, y se sentó en el borde de la cama para quitarse las botas. Una vez descalzo, se puso en pie para acabar de desvestirse y cuando estuvo desnudo, alzó la ropa de la cama y se reunió con ella.

El calor que irradiaba su cuerpo era muy tentador. Se giró hacia ella, acomodó las sábanas y volvió a tocarla.

Se dispuso a excitarla con toda la habilidad y la paciencia de las que disponía empleando las manos, los dedos, los labios, la lengua y los dientes. Su cuerpo ardía de deseo por ella, ansiando el momento de colocarse encima y volver a consumar la pasión que despertaba en él.

Sin embargo, ella no permaneció pasiva. Sus manos comenzaron a explorarlo, con timidez en un principio, si bien fueron ganando confianza a medida que su cuerpo se excitaba y su respiración se tornaba agitada.

Había llegado el momento, comprendió. Le tentaba colocarse sobre ella, alzarle las caderas con ambas manos mientras le separaba los muslos, hundirse en su cuerpo y dejarse llevar por el frenesí hasta que ambos estuvieran satisfechos.

No obstante, quería hacerle el amor.

Así que alzó la cabeza y la miró a los ojos.

—Christine... —susurró y la besó por primera vez con exquisita dulzura, acariciando apenas esos labios entreabiertos.

La vio abrir mucho los ojos al tiempo que soltaba una pequeña exclamación.

—Christine —repitió—, eres tan hermosa...

Y la besó con pasión.

El deseo sexual era demasiado intenso como para continuar con los preliminares. Se colocó sobre ella, que separó las piernas al instante y lo rodeó con ellas. Tras alzarle las caderas con las manos y ajustar su posición, se hundió, lentamente, en su cuerpo. Christine cambió un poco de posición en ese momento y se cerró con fuerza en torno a él, atrapándolo en su interior.

Apartó las manos de ella, se apoyó en un brazo y alzó la cabeza para mirarla otra vez a la cara. Esos ojos azules lo miraban con un brillo risueño y soñador.

—Wulfric —le dijo—. Un nombre poderoso para un hombre poderoso. Muy poderoso —reiteró con una carcajada suave y picara.

Bajó la cabeza hasta ese tentador lugar oculto bajo el lóbulo de su oreja y gruñó. La escuchó reír de nuevo. Sus piernas lo apretaron con fuerza y sus músculos internos se tensaron aún más en torno a él.

La amó despacio y durante mucho rato, protegidos en el cálido refugio que les proporcionaban las sábanas mientras que el fuego crepitaba en la chimenea y la luz rosácea, rojiza y morada bailaba sobre la piel de oveja. La amó hasta que ambos se quedaron sin aliento y sus movimientos los dejaron sudorosos y excitados. La amó hasta que respondió con un gemido a cada embestida, hasta que se tensó con fuerza a su alrededor.

Y ambos alcanzaron un clímax rápido y sobrecogedor.

—Wulfric... —la escuchó protestar, con voz adormilada, cuando se apartó de ella para evitar que su peso la aplastara.

Perder su calor le provocó un escalofrío, ya que tenía el pecho empapado de sudor, pero la calidez de las sábanas hizo que la sensación pasara rápido.

Se colocó de costado y la observó dormir con los ojos entrecerrados. Las luces en tonos pastel le iluminaban una mitad del rostro, mientras que la otra mitad descansaba en sombras. Tenía el pelo alborotado.

Era un hombre poderoso, tal cual había dicho Christine poco antes. Al parecer tenía todo lo que un hombre podía desear en la vida. Sin embargo, había algo que quería y que no estaba seguro de poder conseguir algún día. Aunque no pensaba preguntar nada ese día. Tal vez ni siquiera al día siguiente, ni al otro.

Tenía miedo de hacer esa pregunta.

Tenía miedo de que la respuesta fuera negativa. Porque, de ser así, jamás podría volver a hacerla.

Así que debía esperar.

Lo que quería era su amor.

Cuando salieron del palomar, las nubes se habían alejado y el sol brillaba. El viento, no obstante, aún soplaba con fuerza, de modo que el día seguía siendo desapacible y frío.

Caminaron de vuelta a la mansión tal cual lo hicieron la noche del baile en Schofield Park desde el lago: sin tocarse y sin hablar. Sin embargo, la sensación era distinta. Porque en esa ocasión el silencio y la cercanía eran agradables. Aunque no era exactamente eso. Entre ellos había una... certeza. Habían compartido mucho más que lo que compartieron en Schofield Park. Allí habían compartido sus cuerpos. En el palomar lo habían compartido todo.

Christine todavía se sentía vulnerable y le temblaban las piernas. Estaba profundamente enamorada. Y al mismo tiempo intentaba convencerse de que debía ser sensata, de que un enamoramiento no era lo mismo que el amor verdadero. Era un alivio que no le hubiera hecho la consabida pregunta. Ojalá no se lo preguntara... nunca. Porque si lo hacía, tendría que responder y no sabía qué acabaría diciendo.

Sabía lo que no debía decir, pero no lo que diría.

Pero ¿y si nunca se lo preguntaba? ¿Podría soportarlo?

Ya se lo había preguntado una vez y le había dicho que no. Probablemente no querría sufrir una nueva humillación al repetirle la pregunta.

Claro que, ¿qué explicación tenía entonces su estancia en Lindsey Hall? ¿Qué explicación tenía lo de esa tarde?

¡La había llamado «Christine»! Era absurdo recordar ese momento como, tal vez, el más tierno y precioso de todos. Pero ¡lo había sido! «Christine... », le había dicho con esa dicción tan aristocrática y culta. Aunque la primera vez lo había susurrado.

Y después ella lo había llamado por su nombre y él había gruñido en respuesta.

Giró la cabeza para mirarlo y descubrió que él la estaba observando. Volvió a mirar al frente de inmediato.

—¿Qué? —preguntó Wulfric—. ¿Así de fácil he ganado hoy?

Sintió que se ruborizaba.

—Hay muchos árboles —contestó ella—. Si no miro por dónde voy, acabaré poniéndome en ridículo al darme de bruces con uno.

El rubor se intensificó al recordar que había sido ella quien tomara la iniciativa la segunda vez que hicieron el amor en el palomar. Tras despertarse después de la primera ocasión, se sintió calentita, protegida y en la gloria. Giró la cabeza y lo descubrió mirándola. Y ese fue el momento en el que se incorporó sobre un codo, se inclinó sobre él y lo besó en los labios con ardor. Wulfric se tumbó de espaldas y ella lo siguió, colocándose encima de ese cálido cuerpo desnudo con sus maravillosos músculos, y comenzó a frotarse contra él a modo de flagrante invitación que fue rápidamente aceptada.

Jamás había hecho nada parecido.

Hacer el amor con el duque de Bewcastle, con Wulfric, era con diferencia la experiencia más excitante y más emocionante que había conocido en la vida.

Sin embargo, no debía confundir el acto del amor, o el hecho de estar enamorada, con el amor en sí.

La condujo hasta la mansión por una ruta distinta. Salieron de la arboleda por el extremo más apartado del lago, por la zona más agreste donde los árboles llegaban hasta la misma orilla. Y allí, justo delante de ellos, estaban todos los demás, adultos y niños, obviamente encantados, mientras jugaban al escondite entre los árboles.

Pamela, que fue la primera en verla, se acercó a ellos dando saltos con Becky al lado.

—¡Prima Christine! —gritó—. Hemos subido en una barca y he metido la mano en el agua y Phillip quería remar, pero el papá de Becky le ha dicho que no, que no hoy no se puede porque el agua está agitada y Laura se mareó y tuvimos que pararnos en la isla y después Laura no quería subirse, pero el papá de Becky le dijo que si miraba siempre al horizonte no volvería a marearse y no se mareó y yo tampoco, aunque Phillip decía que me iba a marear porque siempre me mareo cuando voy en el carruaje.

Se echó a reír al escucharla.

—Una tarde muy emocionante, sí, señor —dijo.

Se percató de que Becky había tomado a Wulfric de la mano y caminaba moviendo sus brazos.

—Tío Wulf —la escuchó decir—, Pamela y yo queríamos jugar a la escuela, pero con tantos niños en la habitación infantil no podemos. ¿Nos prestas la biblioteca cuando volvamos a casa?

—Siempre que me prometáis no llevárosla muy lejos —contestó él.

Las niñas se echaron a reír, encantadas.

—¡Tonto! —exclamó Becky—. ¡No vamos a llevárnosla a ningún sitio, solo vamos a utilizarla!

—¡Ah! Entonces sí—replicó Wulfric.

El juego del escondite debía de haber llegado a su fin. Tanto los adultos como los niños estaban congregados en torno a la orilla, y las niñas los guiaron en esa dirección.

—Estábamos diciéndoles a los niños que —les explicó lord Rannulf—, aunque siempre se nos permitió nadar en el lago, aquí estaba prohibido.

—Porque la tentación de lanzarse de cabeza desde las ramas de los árboles era muy difícil de resistir —apostilló lord Alleyne.

—Pero ¡sería muy divertido! —gritó Davy, señalando hacia arriba—. Mira esa rama, tío Aidan. Te apuesto lo que quieras a que podría lanzarme de cabeza desde ahí.

—Parece un poco peligroso —dijo lady Aidan.

—¡Terminantemente prohibido, muchacho! —exclamó lord Aidan al mismo tiempo que hablaba su esposa.

—Siempre estuvo prohibido, Davy —le aseguró lord Rannulf al niño—. Una lástima.

—Sin embargo, eso nunca os detuvo —dijo Wulfric en ese momento—. A ninguno. Ni siquiera a Freyja. A ella menos que a ninguno. Morgan incluida.

Melanie se echó a reír y todos los Bedwyn se giraron para mirar a su hermano mayor con incredulidad.

—Oh, oh... —dijo lord Alleyne—, ¿lo sabías, Wulf? Con lo avispados que nos creíamos...

—La primera vez que lo intenté, Kit se quedó flotando debajo de la rama y se ofreció a cogerme —confesó lady Rosthorn—. Tenía ocho años, si no recuerdo mal, y habría preferido la muerte a que me creyera una gallina. Estaba enamorada de él hasta las cejas.

Todos se echaron a reír con ella. Lord Rosthorn le pasó un brazo por los hombros.

—¡Yo tengo ocho años! —gritó Becky—. Papá, quiero intentarlo un día que haga calor.

—¿Veis la que habéis formado al hablar delante de los niños? —exclamó exasperada lady Aidan.

—¡Ha empezado Wulf! —señaló lady Hallmere—. ¿Cómo sabías que nadábamos aquí, Wulf?

—Porque yo también lo hacía cuando era pequeño —contestó—. Con Aidan. Nunca trajimos a Rannulf porque teníamos miedo de que se abriera la cabeza con una piedra o con una raíz, motivo por el que nos habrían dado unos buenos azotes en el culo.

Los niños estallaron en vítores, encantados con lo que oían.

—¡El tío Wulf ha dicho «culo»! —gritó William y todos volvieron a estallar en carcajadas.

—¿¡Wulfric tirándose de cabeza desde una rama! ? —exclamó lord Hallmere con una sonrisa—. ¿En contra de las reglas? No acabo de creérmelo.

—Ni yo tampoco —convino lord Rannulf con sorna—. Nunca habría accedido a que me dejaran atrás.

El duque se llevó el monóculo al ojo.

—¿Debo entender que se me está acusando de... mentiroso? —preguntó.

Sin embargo, la pregunta solo sirvió para que las carcajadas y las burlas subieran de volumen.

Se percató de que Becky todavía lo tenía cogido de la mano.

—¡Demuéstraselo, tío Wulf! —susurró la niña—. ¡Demuéstraselo!

Lo vio mirar a la niña y lo escuchó suspirar.

—No hay ninguna otra forma, ¿verdad? —preguntó.

Y para estupefacción de todos los presentes, incluida ella, se quitó el sombrero, los guantes y el gabán, y se los fue dando a Becky.

—¡Caray! —exclamó lady Hallmere—. Wulf va a tirarse al agua. Josh, ponte detrás de mí. Estoy a punto de desmayarme.

—Wulfric... —dijo lady Aidan—, el agua estará helada.

—Es fuera del agua y ya estamos congelados... —apostilló Melanie.

Bertie gruñó.

—¡Esto es maravilloso!—exclamó lady Alleyne.

A esas alturas se había quitado la chaqueta, el chaleco, el monóculo y la corbata, prendas que había ido pasándole a ella. Finalmente, se pasó la camisa por la cabeza y la dejó sobre el montón de ropa que descansaba en sus brazos.

—Wulfric —le dijo lady Rannulf—, no dejes que te provoquen. Es peligroso. Vas a hacerte daño.

Los niños saltaban de un lado para otro, locos de alegría.

—Ver para creer —comentó lady Rosthorn al tiempo que le daba una palmadita a la mano de su esposo, que reposaba sobre uno de sus hombros.

Lord Rannulf y lord Alleyne contemplaban la escena codo con codo, sonriendo de oreja a oreja.

Wulfric se quitó las botas sin sentarse en el suelo y las dejó una junto a la otra, sobre la hierba.

Debe de estar helado, pensó ella. Aunque no podía evitar mirarlo con asombro.

Lo último que se quitó fueron los calcetines, que acabaron en el interior de las botas.

De modo que se quedó con los pantalones y los calzones que sabía que llevaba debajo.

Se alejó de ellos descalzo y trepó por el tronco del roble como si fuera una actividad que practicara todos los días. Claro que algo de práctica sí que tuvo pocos días antes, cuando rescató el monóculo...

Caminó por la rama que se extendía en paralelo sobre el agua sujetándose a otra superior para no perder el equilibrio hasta que le fue imposible hacerlo y después siguió sin ningún apoyo. Cuando llegó al extremo, comprobó la solidez de la rama dando pequeños saltitos al tiempo que flexionaba los brazos. Comprendió que lo estaba haciendo para deleite de su público, que estaba encantadísimo.

Y en ese momento se tiró de cabeza con los brazos extendidos hacia delante, las piernas rectas y los pies estirados. Apenas salpicó cuando entró en el agua.

Sin embargo, sí se escuchó, desde la orilla, una colectiva exclamación de asombro, que pronto fue seguida por una ovación. Ella se llevó la mano libre a la boca hasta que vio emerger su cabeza, la cual comenzó a sacudir para quitarse el agua de los ojos.

—¡Alguien debería haberme advertido de que el agua está fría! —gritó.

Y en ese momento fue cuando se enamoró total e irremediablemente de él.

Justo antes de que sucediera algo extraordinario; además de lo anterior, claro. Lady Hallmere se plantó frente a ella con expresión ceñuda y la abrazó con todas sus fuerzas, aplastando la ropa de su hermano en el proceso.

—Si esto es obra tuya —la escuchó decir—, te querré toda la vida.

Y después se alejó con los demás para seguir disfrutando del espectáculo de ver al duque de Bewcastle nadando la escasa distancia que lo separaba de la orilla. Una vez allí, salió y se plantó en el suelo, chorreando agua de la cabeza a los pies.

—Lanzarse de cabeza al agua desde esas ramas... —dijo, dirigiéndose a los niños con su acostumbrada autoridad, si bien le castañeteaban los dientes—, sigue estando terminantemente prohibido.

—Un poco extremo, ¿no te parece, Wulf? —le preguntó lord Aidan—. Si querían convencerse de que estabas diciendo la verdad, solo tenían que preguntarme a mí. —Lo vio esbozar una de esas raras sonrisas que aumentaban en gran medida su atractivo.

Ella se había acercado a la carrera hacia ellos, pero le tendió la ropa a lord Aidan en lugar de ir pasándola prenda a prenda a Wulfric.

Esos ojos plateados, más plateados que nunca por el contraste con el pelo mojado, se clavaron en ella.

—Me alegra recordar, señora —dijo—, que no me reí de usted el día que cayó a la Serpentina. Ahora entiendo la incomodidad que sufrió.

Sin embargo, ella sí se rió de él. No en voz alta. Pero sí con los ojos.

Lo había hecho por ella. Estaba segura.

Para demostrarle que era tanto Wulfric Bedwyn como el duque de Bewcastle.

Capítulo 22

El baile de Lindsey Hall estuvo muy concurrido, ya que la mayoría de las familias de la zona seguía en el campo debido a las fiestas de Pascua. Además, los grandes bailes organizados por el duque de Bewcastle eran un evento único. Acudieron personas desde varios kilómetros a la redonda.

Por supuesto, Wulfric no había organizado el evento en persona. Tenía un secretario para encargarse de los detalles mundanos, y hermanas y cuñadas para preocuparse por otras cosas, como los arreglos florales del salón o la selección del menú para la cena y para la sala de refrigerios. Sin embargo, el día señalado se interesó por los preparativos más de lo acostumbrado y se paseó de la biblioteca al vestíbulo principal y de allí al salón de baile, incapaz de concentrarse en una actividad en concreto.

Sus invitados se marcharían al cabo de dos días. Incluso su familia se marchaba, unos a la ciudad y otros a sus propiedades campestres. Iba a dejarlos marchar. Iba a dejar que ella se marchara. Así lo había decidido.

Pero quería que esa noche fuera especial.

Por eso deambuló impaciente por la mansión y se mantuvo alejado del salón, negándose a participar en las actividades que los demás habían planeado.

Al llegar la noche y una vez que estuvo en la línea de recepción junto a sus tíos, vestido como de costumbre de blanco y negro, pensó que el salón de baile estaba realmente magnífico, adornado con canastillas de flores primaverales colgadas de las paredes y por encima de las puertas, y los enormes tiestos de helechos y lirios que rodeaban las tres columnas centrales.

Y ella también estaba encantadora... Sí, Christine Derrick, que sonreía y brillaba con luz propia al pasar de la línea de recepción al salón y verlo por primera vez. Llevaba un vestido blanco. El delicado festón que adornaba el bajo y las mangas cortas de farol estaba compuesto por mariposas, margaritas y hojas. Parecía un trocito de primavera.

Le dio un vuelco el corazón al verla.

Al salir del comedor tras el almuerzo le había preguntado si podía reservarle el primer vals. Podría decirse que eran las primeras palabras que le dirigía en dos días, después de zambullirse en el lago.

Lo embargaba una absurda timidez.

O tal vez se tratara de pánico. Quería creer que todo estaba bien entre ellos, que ella sentía lo mismo que él y que —eso era lo más importante de todo— en esos momentos creía posible un futuro juntos. Pero no estaba seguro. Y puesto que la incertidumbre no era habitual en su vida de adulto, no tenía muy claro cómo enfrentarse a ella.

Abrió el baile con la vizcondesa de Ravensberg, que había elegido muy acertadamente un vestido violeta del mismo tono que sus preciosos ojos. A continuación bailó con lady Muir, la hermana del conde de Kilbourne, y se preguntó por qué una mujer

con su belleza no había vuelto a casarse a pesar de llevar viuda varios años y de ser un gran partido. En cierta forma resultaba extraño que nunca se le hubiera pasado por la cabeza cortejarla él mismo. Acompañó en el tercer baile a Amy Hutchinson gracias a los tejemanejes de su tía. La tía Rochester había tomado al asalto la biblioteca el día anterior y le había soltado un sermón sobre el deber y su responsabilidad para con el apellido familiar. Una responsabilidad que debería alejarlo, según ella, de la hija de un maestro rural que sonreía demasiado y cuyos modales dejaban mucho que desear en ciertas ocasiones. Había escuchado el sermón sin replicar, tras lo cual se llevó el monóculo al ojo, le agradeció su preocupación y prácticamente la obligó a irse por donde había llegado y a dejarlo como dueño y señor de sus dominios, llevándose su indignación con ella. Sin embargo, parecía no haber cejado en su empeño de imponerle a su sobrina.

El cuarto baile sería un vals.

Christine Derrick había bailado con Attingsborough, Kit y Aidan. Estaba sonrojada y tenía los ojos brillantes; de hecho, su imagen era la opuesta a la que debía lucir una dama durante un baile: distante y ligeramente hastiada. Estaba realmente adorable. La vio al otro lado del salón de baile con lady Elrick y la duquesa de Portfrey.

Sus ojos se encontraron a través de la pista de baile vacía.

Fue incapaz de resistirse. Aferró con fuerza el mango enjoyado de su monóculo y se lo llevó al ojo antes de bajarlo ligeramente. A pesar de la distancia se percató del brillo risueño que iluminó sus ojos.

Y después la vio rebuscar en el ridículo de tela que colgaba de su muñeca, del cual sacó algo. Por un instante solo alcanzó a ver una cinta negra. Hasta que ella alzó muy despacio el objeto hasta llevárselo al ojo y mirarlo... a través de la lente de su propio monóculo.

Wulfric Bedwyn, el arrogantísimo y gélido duque de Bewcastle, se sorprendió tanto que soltó una carcajada. Antes de esbozar una lenta sonrisa rebosante de afecto y buen humor.

Ella ya no sonreía, se percató, mientras avanzaba por la pista de baile vacía hacia ella. Ni siquiera se le pasó por la cabeza que habría sido mucho más correcto rodear el perímetro de la estancia sin llamar la atención. Sin embargo esos claros ojos azules lo miraban abiertos como platos mientras se mordía el labio inferior.

—Señora Derrick —dijo al tiempo que le hacía una reverencia tras llegar a su lado—, creo que es mi turno.

—Así es, excelencia —replicó ella—. Gracias.

Fue en ese instante, al tenderle la mano, cuando se percató del repentino silencio que se había apoderado del salón de baile. Giró la cabeza y miró a su alrededor con expresión sorprendida y las cejas enarcadas para ver qué había sucedido. Sin embargo, nada más hacerlo todos los presentes retomaron sus respectivas conversaciones.

—¿Me he perdido algo? —preguntó.

Christine aceptó su mano. El monóculo había desaparecido una vez más en el ridículo.

—Sí —respondió ella—. Pero le habría hecho falta un espejo. Se ha perdido la oportunidad de verse sonreír.

¿De qué demonios...?, pensó y la miró con el ceño fruncido.

—Por lo que tengo entendido —siguió ella y comprendió que la muy picara volvía a reírse de él—, es tan extraordinario como una rosa en invierno.

Qué tontería, pensó. ¡Qué tontería más grande! Pero no dijo nada al respecto.

Durante media hora bailó el vals con ella y el mundo a su alrededor se desvaneció. En esa ocasión, no había riesgo de que Héctor chocara con ellos al bailar en dirección contraria, ya que se había marchado a la sala de juegos nada más comenzar los primeros acordes. No había nada que pudiera hacerle daño a ella ni que pudiera distraerlo a él de su presencia. Christine estaba resplandeciente. Tenía la sensación de llevar a la misma alegría entre los brazos. La miró a los ojos todo el tiempo, maravillado por su belleza, inhalando su fragancia, sin hacer nada para disimular la admiración con la que lo hacía.

—Gracias —dijo cuando la música llegó a su fin y se vio obligado a regresar a la realidad. Tras lo cual añadió en voz mucho más baja—: Gracias, Christine.

El deber lo llamaba. Era el anfitrión del baile. Su hogar estaba repleto de invitados. Su media hora de complacencia había terminado.

Christine no recordaba haberse sentido nunca tan deprimida. Aunque eso fuera precisamente lo que se pensaba cuando se estaba deprimido. De todas formas, esa depresión superaba con creces a cualquier otra.

Wulfric había querido demostrarle algo. La había invitado para hacerlo... y lo había conseguido. Hasta ahí llegaban sus intenciones.

Había tenido su oportunidad el año pasado y la había rechazado... con firmeza y sumo desdén. No volvería a pedírselo. Por supuesto que no lo haría. Era el duque de Bewcastle.

Y por si fuera poco, ese día se había puesto a llover. Aunque no lo suficiente como para retrasar su partida y demorarlos un día más en Lindsey Hall. Gracias a Dios que no estaba lloviendo con fuerza. No obstante, bastaba para convertir el mundo en un lugar gris y triste, y para empañar las ventanillas del carruaje una vez que estuvieran en camino.

Echó un último vistazo al dormitorio de estilo oriental que había ocupado durante su estancia. Ya habían bajado su bolsa de viaje y la habían metido en el carruaje.

Hace dos noches había alcanzado la cima de la felicidad. Él le había sonreído desde el otro lado del salón de baile después de haberlo mirado a través de su propio monóculo... que en esos momentos estaba en el bolsillo de su pelliza envuelto con su pañuelo. Le había sonreído, y habría jurado que el corazón le dio un vuelco. Y después bailaron el vals mientras él se la comía con los ojos. Estaba segura de haber visto una sonrisa en sus profundidades. Su color plateado pareció, de repente, cobrar vida y luz. Tuvo la sensación de que sus escarpines apenas tocaban el suelo mientras bailaban.

Todas sus dudas se habían evaporado, todas las barreras habían caído.

Pero después acabó el vals... y desde entonces apenas le había dirigido la palabra.

El día anterior había estado muy ocupada con el resto de los invitados divirtiéndose de la mañana a la noche. Sin embargo, el duque de Bewcastle se había encerrado en su biblioteca, y solo Bertie, Basil, Héctor y lord Weston obtuvieron el permiso para entrar en su dominio privado.

Y en ese momento se marchaba. Los dos carruajes de Bertie estaban listos en la terraza. Los niños estaban subiendo con su niñera al segundo. Melanie y Bertie seguramente estarían en el vestíbulo, preguntándose dónde se había metido.

Inspiró hondo y salió del dormitorio sin echar la vista atrás. Se obligó a esbozar una sonrisa.

En el vestíbulo la aguardaba una multitud.

—¡Ah, aquí estás, Christine! —exclamó Melanie.

Acto seguido, se vio envuelta en un remolino de manos y abrazos. Eran los primeros en marcharse, si bien el resto se iría ese mismo día. Hermione lloraba abiertamente, y eso estuvo a punto de hacerla estallar en lágrimas. Ensanchó la sonrisa.

Melanie y Bertie corrieron hacia el carruaje.

—Señora Derrick... —dijo la voz arrogante y fría del duque—. Permítame que le sostenga el paraguas para que no se moje.

Añadió una nota risueña a su mirada.

—Gracias —replicó.

Bajó la vista al cruzar el umbral de la puerta principal, momento en que él abrió un enorme paraguas. Intentó darse prisa. Pero él la cogió del brazo con firmeza.

Se giró y le sonrió.

—La lluvia me ha convertido en una maleducada —dijo—. No le he agradecido su hospitalidad, excelencia. Ha sido una estancia espléndida.

—El problema, señora Derrick, es que su madre no está aquí —lo escuchó decir—, ni sus hermanas ni su cuñado. Hay una pregunta que me gustaría hacerle, pero las buenas maneras me obligan a hablar al menos primero con su madre, cosa que no hice el verano pasado. ¿Puedo hablar con ella? ¿Puedo hacerle mi pregunta después? No la molestaré, ni a ella ni a usted, si prefiere que no lo haga.

El paraguas otorgaba una falsa sensación de intimidad. Escuchaba el repiqueteo de la lluvia contra la tela. Lo miró a los ojos, y de repente la depresión se esfumó, y fue sustituida por una radiante felicidad.

—Sí —respondió casi sin aliento—. Puede hablar con mi madre. Se sentirá honrada. Y puede preguntarme después. Yo me sentiré...

—¿Christine?—la instó él en voz baja.

—Encantada —concluyó, y salió de debajo del paraguas a toda prisa para subir los escalones y meterse en el carruaje sin esperar a que él la ayudara.

Fue entonces cuando las tontas lágrimas aparecieron, anegándole los ojos y empañándole la vista, y amenazando con deslizarse por sus mejillas.

Melanie le dio unas palmaditas en la mano mientras la portezuela se cerraba con un golpe sordo y el carruaje se ponía en marcha casi al mismo tiempo.

—Lo siento mucho, Christine —la consoló—. Esperaba algún anuncio durante el baile. Todo el mundo lo esperaba. Pero no importa. De todas maneras, es un hombre muy arrogante y muy desagradable, ¿verdad? Ya te encontraremos a alguien. Que sepas que no será difícil. Los hombres te encuentran muy atractiva.

No se había producido ningún anuncio durante el baile, pensó, porque su madre no estaba allí, ni Eleanor, Hazel o Charles. Y él había creído —¡qué diferente del año

anterior!— que sería descortés proceder a hacerlo sin haber cumplido con la formalidad de consultarlos antes.

No estaba enamorada de él, pensó. No, ni mucho menos.

¡Lo amaba!

Wulfric supuso que Christine no le había dicho a su familia que debían esperar su visita. Mientras charlaba con su madre y sus hermanas en la sala de estar de Hyacinth Cottage le quedó muy claro que estaban aterradas. Al menos, la señora Thompson y la señora Lofter, que había llegado de visita nada más aparecer él y en cuanto entró le dio la sensación de que se habría marchado si las buenas maneras se lo hubieran permitido. La señorita Thompson lo observaba por encima de sus anteojos, que no se había quitado a pesar de haber cerrado el libro que estaba leyendo cuando lo vio aparecer. Su rostro tenía una expresión un tanto burlona, que le recordó en cierta forma a su hermana.

Habían pasado ocho días desde que Christine se marchó de Lindsey Hall con los Renable. Y, como no podía ser de otro modo, tuvo que aparecer una tarde en la que ella no se encontraba en casa, aunque esperaban que regresara en cualquier momento para tomar el té. La señora Thompson no dejaba de mirar por la ventana con nerviosismo como si de ese modo pudiera apremiarla.

De hecho, era algo positivo que no estuviera en casa, decidió. Ya estaba harto de la cháchara insustancial.

—Hay algo de lo que me gustaría hablar con usted, señora —dijo, dirigiéndose a la señora Thompson—, antes de hablar con la señora Derrick. Así que tal vez sea oportuno que sus otras hijas también estén presentes. Me preguntaba si se opondría usted a que la señora Derrick se convierta en la duquesa de Bewcastle.

La señora Thompson lo miró con la boca abierta. La señora Lofter se llevó ambas manos a la cara. Fue la señorita Thompson quien habló tras un breve silencio.

—Excelencia, ¿Christine lo está esperando? —le preguntó.

—Creo que sí—respondió.

—En ese caso, es la ilusión de su llegada lo que ha avivado sus pasos y ha añadido aún más ternura a su sonrisa desde que volvió de Hampshire la semana pasada —afirmó—. Creo que estaremos encantadas, excelencia. Y no porque vaya a ser la duquesa de Bewcastle, sino porque volverá a ser feliz.

—Pero Eleanor, Christine siempre es feliz.

—¿De veras? —preguntó la señorita Thompson y dejó la cuestión en el aire.

—¡Madre del amor hermoso, Christine una duquesa! —exclamó la señora Thompson—. Es muy amable por su parte pedir nuestra aprobación, excelencia. Pero estoy segura de que no era necesario que lo hiciera, ya que usted es un duque y Christine es lo bastante mayor como para decidir por sí sola. Ojalá su padre hubiera vivido para ver este día.

En ese momento se escucharon voces en el vestíbulo.

—Llego tarde para tomar el té, señora Skinner —decía Christine—. Le estaba leyendo al señor Potts y se quedó dormido como suele suceder cada vez que llego al tercer párrafo,

pobrecillo. Pero en cuanto me dispuse a salir de puntillas, se despertó y me entretuvo durante media hora contándome todas sus historietas. Ojalá alguien me diera un chelín por cada vez que las he escuchado. Pero es que le encanta verme exclamar y reírme en el momento adecuado.

En ese instante abrió la puerta de la salita con una sonrisa en el rostro y entró en la estancia con el viejo bonete de paja y un vestido de popelina con rayas verdes y blancas que recordaba del año anterior. Tan guapa como lo había estado con su ropa nueva en Londres y en Lindsey Hall.

—¡Vaya! —exclamó, con la sonrisa congelada en el rostro.

El se levantó y le hizo una reverencia.

—Señora Derrick—la saludó.

—Excelencia. —Le hizo una reverencia.

La señora Thompson también se puso en pie.

—Su excelencia desea hablar contigo en privado, Christine —dijo—. Vamos, Eleanor. Vamos, Hazel. Dejémoslos solos.

—Preferiría salir con la señora Derrick al jardín lateral, señora —replicó. El lugar donde había metido la pata el año anterior. Era importante para él remediar el error en el mismo sitio.

Y así, al cabo de un par de minutos, salían por la puerta principal en dirección a los escalones que daban al arco emparrado, el cual dejaron atrás de camino al tranquilo jardín cuadrado que había visto en sus pesadillas durante semanas después de la última vez que estuvo allí.

—La señora Skinner tendría que haberme avisado antes de pasar a la sala de estar —dijo—. Me habría arreglado un poco.

—En primer lugar, no creo que le hayas dado opción a tu ama de llaves a decir ni una sola palabra. Y en segundo, estás adorable tal como estás.

—¡Vaya! —Se había colocado una vez más detrás del banco de madera, tal como hiciera en aquella ocasión. La vio aferrarse al respaldo con ambas manos.

—Antes de nada, debo decirte que nunca podré ser tu hombre soñado... —dijo al tiempo que entrelazaba las manos a la espalda.

—Sí que puede —lo interrumpió ella a toda prisa—. Puede serlo y lo es. No recuerdo muy bien la lista que le enumeré el año pasado, pero no tiene importancia. Es todo lo que siempre he soñado y mucho más.

Adiós al discurso que había preparado con tanto esmero.

—¿Eso quiere decir que me aceptas? —le preguntó.

—No. —Cuando la vio negar con la cabeza, cerró los ojos—. No soy ni mucho menos la clase de mujer que necesita para ser su duquesa —adujo.

Abrió los ojos.

—No tendrás pensado soltarme una sarta de tonterías, ¿verdad? —le preguntó—. Según la más alta instancia —Freyja—, ninguno de mis hermanos, ni sus cónyuges o sus hijos, volverán a dirigirme la palabra si no te ofrezco esa posición y además te convenzo para que aceptes. Y ningún miembro de la alta sociedad es más elitista que un Bedwyn.

—La marquesa de Rochester lo es —señaló ella.

—Mi tía es como el resto de nosotros —replicó—: le gusta salirse con la suya. Tenía la absurda idea de que la sobrina de mi tío y yo formaríamos una buena pareja. Pero se sobrepondrá a la desilusión. Me adora. Soy su preferido. Circunstancia que, por cierto, ninguno de mis hermanos envidia.

Se echó a reír, como había sido su intención. La vio rodear el banco y sentarse.

—Excelencia, yo... —comenzó.

—¿Por qué me llamas así? —le preguntó—. ¿Por qué, Christine?

—Me parece presuntuoso llamarte Wulfric —contestó.

—Pues no te lo pareció mientras estábamos en la cama del palomar —replicó.

La vio ponerse roja como una amapola, aunque siguió sosteniendo su mirada. Era increíble pensar que hubiera sido precisamente eso lo que la llevó a fijarse en ella en Schofield Park.

—Wulfric, tengo treinta años —le dijo—. Los cumplí hace tres días.

—¡Vaya! —exclamó—. En ese caso, durante unas semanas puedo fingir que solo soy cinco años mayor que tú. Porque aún no he cumplido los treinta y seis.

—Sabes muy bien lo que quiero decir —repuso ella—. Aunque no fuera estéril, me estoy acercando al final de mis años fértiles. Pero resulta que soy estéril. Debería haberte dicho que no cuando me preguntaste si podías venir. Pero no estaba pensando con la cabeza. Solo pensaba en los días tan maravillosos que había pasado en Lindsey Hall y en...

—Christine, deja de decir tonterías —la interrumpió—. Ya te he dicho que tengo tres hermanos, y cualquiera de ellos sería un magnífico heredero. Tú los conoces. Y si Aidan no tiene hijos varones, me parece muy bien que William me suceda algún día. No había planeado casarme. Después del fallido intento de celebrar un matrimonio de conveniencia a los veinticuatro años, supe que jamás podría casarme a menos que conociera a la mujer que se convertiría en la otra mitad de mi alma. A decir verdad, no esperaba conocerla jamás. No soy un hombre que inspire mucho amor.

—Tus hermanos te quieren con locura —afirmó.

—Christine, tú eres la luz, la alegría y la personificación del amor. Si aceptas ser mi esposa, jamás intentaré que te amoldes a la imagen preconcebida de lo que debe ser una duquesa... ni que nadie intente amoldarte a ella. La tía Rochester lo intentará con todas sus fuerzas. Lo único que intentaría, o que más bien te exigiría, es que seas tú misma, nada más. Si a alguien le disgusta tu forma de llevar el papel de duquesa, que se vaya al cuerno. Pero no creo que eso vaya a pasar. Tienes un don para despertar el amor y la risa, incluso en aquellos que no están predispuestos a quererte ni a reírse contigo.

Christine clavó la vista en sus manos, que tenía unidas en el regazo, y su rostro quedó oculto por el ala del bonete.

—Siempre seré el aristócrata serio, distante y frío que tanto detestas —siguió—. Tengo que serlo. Yo...

—Lo sé —le aseguró ella al tiempo que levantaba la cabeza—. Jamás esperaría, ni querría, que cambiases. Amo al duque de Bewcastle tal como es. Es formidable, magnífico y peligroso... sobre todo cuando levanta a los villanos del suelo con una sola mano y los sostiene en el aire mientras los aterroriza con unas cuantas palabras pronunciadas en voz baja.

Lo estaba observando con su característica expresión risueña.

—Pero también seré siempre Wulfric Bedwyn —añadió—. Y Wulfric ha descubierto que de vez en cuando es divertido lanzarse al agua desde la rama de un árbol prohibido.

La sonrisa se extendió por todo su rostro.

—Amo a Wulfric Bedwyn con locura —le aseguró ella con una nota traviesa en la voz.

—¿De verdad? —Cruzó la distancia que los separaba y le cogió ambas manos. Se las llevó a los labios, primero una y después la otra—. ¿De verdad, amor mío? ¿Lo bastante como para arriesgarte conmigo? Porque debo hacerte una advertencia. Los Bedwyn tenemos una tradición según la cual, aunque tardemos en casarnos, cuando lo hacemos les entregamos a nuestros cónyuges toda nuestra devoción y fidelidad. Si te casas conmigo, serás el objeto de mi adoración por el resto de tu vida.

La oyó suspirar.

—Creo que podré soportarlo —le aseguró—, si pongo todo mi empeño. Pero solo si me permites hacer lo mismo.

Sonrió al escucharla reírse de él.

—Bien. —Le apretó las manos con más fuerza—. Bien.

Se arrodilló en la hierba delante del banco y le besó las manos antes de dejárselas en el regazo.

—¿Te casarás conmigo, Christine?

Ella se inclinó hacia delante y le besó la mejilla.

—Sí —contestó—. Sí, Wulfric, si no te importa.

Giró la cabeza y sus labios se encontraron.

Sentarse en un banco de la iglesia de Saint George, en Hanover Square, durante la boda de Audrey con sir Lewis a finales de febrero, había llenado a Christine de asombro y eso que estuvo medio vacía.

Verla en esos momentos —el día de su boda, a mediados de junio— desde el fondo de la nave, llena a rebosar con casi todos los miembros de la alta sociedad que todavía seguían boquiabiertos por la sorpresa, le provocaba tal pánico que temía haber olvidado cómo caminar y ya se veía de bruces en el suelo cuando el órgano comenzara a sonar —cosa que estaba haciendo en ese preciso momento—, de modo que Basil tendría que arrastrarla hasta el altar para que no perdiera la oportunidad de convertirse en duquesa.

Puesto que Charles estaba ayudando a oficiar la ceremonia, la decisión sobre quién la llevaría al altar fue evidente.

—¡Ay, Dios! —murmuró, aterrada.

—Tranquila. —Basil le dio una palmadita en la mano—. Todo el mundo está ansioso por verte, Christine.

Ese era el problema, pensó.

Wulfric había dejado en sus manos la elección del lugar donde se celebraría la boda. Le habría encantado casarse en la iglesia del pueblo con Charles oficiando la ceremonia. Del mismo modo que le habría encantado hacerlo en la iglesia de Lindsey Hall. Como a Wulfric. Porque se lo había dicho. Pero no, había tenido que enfrentarse al asunto con

generosidad. Al fin y al cabo, era el duque de Bewcastle, uno de los hombres más ricos y poderosos del país. Por tanto, era importante que su boda se celebrara con toda la pompa y el boato dignos de su posición. Así que se decantó por Saint George, donde se celebraban las bodas más elitistas de la alta sociedad siempre y cuando fuera durante la temporada social.

Así que era la única culpable de estar pasando por ese aterrador momento.

Justo entonces Basil le dio otra palmadita en la mano para indicarle que debían caminar hacia el altar... y descubrió que recordaba perfectamente cómo se hacía. Aunque no fue un acto consciente que tuviera que agradecer a sus extremidades.

En cuanto miró al frente, hacia el comulgatorio...

Lo vio vestido de crema, marrón y oro. Estaba guapísimo. El asombro y la incredulidad se apoderaron de ella por un instante... o tal vez dos. Era imposible que la estuviera esperando a ella. Debía de haberse colado en el sueño de otra persona y seguro que estaba a punto de despertarse en la escuela o en Hyacinth Cottage.

Sin embargo, en ese momento alcanzó por fin a ver su rostro. Era guapo, pese a la frialdad y austeridad de su atractivo, con una mandíbula firme, labios delgados, pómulos afilados y una nariz prominente de perfil aguileño. El rostro del duque de Bewcastle.

El rostro del hombre al que amaba con toda su alma.

El rostro de Wulfric.

Le sonrió a través del velo de su bonete verde musgo.

Y por fin, a medida que se acercaba del brazo de Basil, le vio los ojos... esos ojos plateados que la observaban caminar con un brillo intenso, ajenos al parecer a la presencia de lord Aidan a su lado y a la de todos los demás invitados que llenaban la iglesia.

Y en ese momento lo vio sonreír muy despacio, de ese modo tan especial que lo convertía en el hombre más apuesto que jamás había pisado la tierra.

Poco después estuvo a su lado, y a partir de ese momento los nervios la abandonaron. No había nadie más en el mundo salvo ellos dos... y el sacerdote que iba a convertirlos en marido y mujer para el resto de sus vidas.

—Queridos hermanos... —comenzó con ese tono tan particular que todos los clérigos utilizaban en las ocasiones solemnes.

Una vez terminada la ceremonia, firmaron el registro y el órgano comenzó a tocar para que los novios salieran de la iglesia caminando entre los bancos ocupados por los solemnes invitados, momento en el Wulfric degustó lo que le depararía el resto de su vida de casado.

Christine iba aferrada a su brazo y la miró con compasión. Sabía que había elegido Saint George y una boda fastuosa y muy pública por él. Y era de suponer que estuviera muy nerviosa al tener que enfrentarse a sus invitados por primera vez.

Su rostro, libre del velo que se había recogido sobre el ala del bonete, lucía una sonrisa radiante. Sonreía a diestro y siniestro, a su propia familia, a los pocos Bedwyn que todavía estaban en la nave, a varios conocidos...

Se había preocupado en vano.

Y en ese momento, a mitad del pasillo y cuando el órgano acababa de alcanzar el crescendo del solemne himno, la vio señalar con un brazo hacia el otro extremo de la iglesia.

—¡Mira, Wulfric! —exclamó en voz alta—. ¡Allí están los niños!

Y sí que estaban. Los más pequeños, con sus respectivas niñeras, cerca de la puerta para poder sacarlos sin problema en caso de que comenzaran a dar la lata.

—¡Es la tía Christine! —dijo William a voz en grito. —¡Y el tío Wulf! —añadió Jacques.

Y Christine levantó el brazo y los saludó con la mano... con toda la alta sociedad como testigo.

Aguardó a que estuviera lista para proseguir la solemne procesión y como no tenía nada que hacer salvo esperar, levantó la mano y también los saludó. Y sonrió.

La vida, supuso, iba a ser una aventura a sus recién estrenados treinta y seis años. De hecho, era el día de su cumpleaños.

—Será mejor que te lo advierta —murmuró cuando llegaron a la puerta—. No sé si cuando salíamos te has dado cuenta de que los bancos más cercanos al altar estaban vacíos. Las personas que deberían ocuparlos nos esperan fuera.

Y ciertamente fuera estaban los Bedwyn, sus cónyuges y sus hijos mayores, alineados entre la puerta y el carruaje que los esperaba, y armados con pétalos de rosas.

Había muchísimas más personas, una masa de curiosos que había acudido para ver una boda de la alta sociedad. Alguien vitoreó a los novios y el gentío respondió.

—¡Wulfric, qué emocionante es todo esto! —exclamó Christine.

Soltó una carcajada, la cogió de la mano y echó a correr con ella. Una lluvia de pétalos cayó sobre ellos. Aunque, como era inevitable, ella se detuvo a medio camino y se agachó para recoger un puñado que procedió a lanzar contra Rannulf, Rachel y Gervase con una alegre carcajada.

Poco después se subieron al carruaje descubierto y mientras ella se afanaba con las faldas del elegantísimo vestido color crema ribeteado de verde, él cogió las bolsas con monedas y procedió a arrojarlas a puñados sobre las cabezas de la multitud. Un lacayo de librea se subió al pescante junto al cochero y otros dos lo hicieron detrás, y el carruaje se puso en marcha... creando un gran estrépito, ya que arrastraba unas cuantas hileras de botas viejas y otros cacharros, además de un sinfín de cintas de colores.

Miró a su novia, a su esposa, a su duquesa, y le cogió la mano.

—Por fin —dijo—. Ahora por fin puedo creer que vamos a ser felices para siempre.

—Wulfric, nada de felices para siempre —lo corrigió—. Eso es demasiado estático. No quiero ser feliz para siempre. Quiero ser feliz, vivir, pelearme, reconciliarme, tener aventuras y...

Se inclinó hacia ella y la besó en los labios.

—Bueno, y eso también —dijo ella con una carcajada mientras el gentío que se agolpaba frente a la iglesia estallaba en otra tanda de vítores y los dos lacayos que iban en la parte trasera del carruaje clavaban la mirada al frente.

Epílogo

Era el cumpleaños del duque de Bewcastle. Cumplía treinta y siete años. Sin embargo, no tenía por costumbre celebrarlo en compañía de un gran número de invitados en Lindsey Hall.

También era su primer aniversario de boda. Obviamente, habría celebrado la ocasión con su duquesa, pero no habría invitado a nadie.

Era mucho más probable, pensó mientras aguardaba con paciencia a que su ayuda de cámara le hiciera un nudo perfecto en la corbata, que hubieran ido al palomar, donde habían pasado gran parte de las fiestas navideñas.

No obstante, la mansión estaba ocupada por un gran número de invitados. Más que los que asistieron a la Pascua del año anterior. Y se esperaba la llegada de muchos más después de que acabara la misa a la que todos iban a asistir.

La celebración no se debía ni a su cumpleaños ni al aniversario de boda. Los duques ni siquiera esperaban ser el centro de atención.

Ese honor lo tenía James Christian Anthony Bedwyn, marqués de Lindsey.

Sin embargo, una hora después de que la corbata del duque hubiera sido cuidadosamente anudada y el resto de su atuendo colocado, y después de que la duquesa apareciera ataviada con un nuevo vestido azul que hacía juego con sus ojos, el marqués parecía dispuesto a cederles ese honor a ellos.

Se había quedado dormido.

Aunque se despertó sobresaltado cuando el agua que se suponía que debía estar templada, pero que a él le pareció gélida, le cayó sobre la frente y se escurrió hasta la nuca. Dio rienda suelta a su ira durante un par de minutos.

No obstante, alguien se encargó de secarlo de inmediato y en un abrir y cerrar de ojos estuvo en los brazos de otra persona cuya firmeza le dejó claro que si bien lo querían por encima de todas las cosas, debía aprender a no ponerse en ridículo llorando por una tontería.

En lugar de discutir, lord Lindsey volvió a quedarse dormido.

Acababa de ser bautizado. Llevaba el preciosísimo traje de cristianar que los hijos del duque de Bewcastle habían llevado durante generaciones.

Tenía tíos y tías a mansalva para arrullarlo, y también tenía una abuela y una tía abuela, cuyos impertinentes se quedaron trabados por un angustioso momento en el encaje de sus faldones. También tenía primos, la mayoría de los cuales quisieron cogerlo en brazos una vez que volvió a casa en brazos de su padre... para sorpresa y espanto de su niñera. Los únicos que no expresaron ningún deseo por cogerlo fueron Davy, el mayor, que consideraba tal cosa indigna de su masculinidad, y Robert, el más pequeño, hijo del tío Alleyne y de la tía Rachel, que estaba dormido en una cuna en la habitación infantil. A todos sus primos les negaron la petición, salvo a Becky y a Marianne, que tuvieron que

sentarse primero y colocar los brazos tal como les dijeron para coger un minuto cada una al marqués de Lindsey.

También hubo vecinos que lo arrullaron.

Una vez que lo llevaron de vuelta a la habitación infantil para que la multitud no lo molestara, su madre le dio un beso en una de sus regordetas mejillas y su padre lo hizo en la otra.

No le molestó. Le dio exactamente igual, ya que estaba dormido y protegido bajo las mantas.

Sin embargo, comenzaba a identificar esas dos voces que hablaban entre sí por encima de la cuna. Dos voces que habría tildado de ser las más importantes para él si su mente fuera capaz de razonar en esos términos a la tierna edad de seis semanas y dos días.

—Nuestro pequeño milagro —dijo su madre con cariño y de forma un poco boba.

—Nuestra futura fuente de problemas —replicó su padre con firmeza, pero con el mismo cariño que había demostrado su madre—. En la iglesia no solo estaba molesto, Christine. Estaba furioso. Nos dará más de un quebradero de cabeza, ya lo verás.

El marqués de Lindsey habría notado la caricia de dos dedos en la mejilla de no haber estado profundamente dormido.

—Eso espero, Wulfric —repuso su madre demostrando así su falta de sentido común—. Eso espero. Y espero que tenga hermanos y hermanas que nos den muchos más.

—En fin, amor mío —dijo el duque de Bewcastle con una nota arrogante y un poco hastiada en la voz—, si puedo ayudar de alguna manera para que tus deseos se cumplan, solo tienes que decírmelo.

La duquesa de Bewcastle soltó una risilla.

El marqués ni siquiera sabía lo que eran hermanos y hermanas.

Todavía...

FIN